

# Los retornos de Ulises

UNA ANTOLOGÍA DE JOSÉ VASCONCELOS

*Estudio preliminar y edición*  
CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA  
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

## *Las memorias*

## ULISES CRIOLLO (Fragmento, 1935)

### EL NARCÓTICO

Era septiembre y faltaban dos meses para los exámenes. Abandonarme y perder el curso hubiera sido traicionar el propósito que motivó su sacrificio; en cambio, resultaba casi cuestión de honor hacerlo válido. Al principio no lograba concentrar la atención en el estudio. Las imágenes de la ventura perdida se proyectaban sobre la página del texto y removían la pena íntima. Era menester echarse a andar y castigar de alguna manera la inquietud del cuerpo, o bien distraerlo y hartado. Urgía un cambio total de ocupación y preocupación. Mis escasos haberes no permitían emprender viajes o ensayar excitantes experiencias. Recortando aquí y allá junté lo suficiente para el espectáculo de la canción y la pornografía. El "género chico" español, con decires de ingenio y lindas mujeres, estaba en auge. No pocos condiscípulos se pasaban la tarde o la noche en la galería del Principal, dándose ración de ojos sobre caderas y pantorrillas. Sumándome al público estudiantil aprendía a combatir mi melancolía con la excitación violenta del desnudo o semidesnudo femenino. No buscaba, como algunos colegas, las piececillas de aires más agradables, sino las más atrevidas en la incitación de la sensualidad. Por hábito de lucha contra el deseo había evitado, hasta entonces, las ocasiones de tentación. Ahora, al contrario, las buscaba, gozándolas con cínico abandono.

Y lo que antes había hecho por excepción y con desagrado, rendirme al amor callejero, ahora me parecía un goce y lo practicaba hasta el límite de mis recursos monetarios. Así es que regresaba a mi alcoba deshecho de cuerpo y estragado de alma. Estudiaba unas horas para no perder el puesto en la clase y me acogía al sueño como a una muerte provisional y casi deseando no despertar más. Indeseada, penetra por las rendijas de nuestra puerta la mañana. No puede ya traernos ninguna promesa. Y, en cambio, nos confirma en la desgracia. En el sueño, acaso imaginamos que todo ha sido una pesadilla que se disipará con el alba. Pero el despertar realista y amargo aniquila la esperanza. Descuidado en el arreglo físico, desganado en la mesa del desayuno, desmayado en la marcha por las calles luminosas, pero vacías de contenido de espíritu, únicamente al trasponer el zaguán del patio grande de la Preparatoria me acogía un soplo del ímpetu antiguo. Empujaba la ambición. No era posible presentarme en Piedras Negras con un desastre como final de año. Además, paseando la mirada por las aulas, los laboratorios, las salas de lectura, recibía la impresión del que abarca un botín. Cada una de las ciencias allí cultivadas sentirían la garra de mi ingenio; era menester sobresalir en todas...

Cuando recogí mis notas, tragando lágrimas porque ya no tenía a quién mostrarlas, comprobé ciertas calificaciones máximas con la naturalidad de quien recibe lo que se le adeuda. No obstante, una vaga, pueril vanidad susurró para sí misma: “Está visto que ‘no sólo en Campeche’”. Más que la sensualidad, la ambición se iba imponiendo al quebranto y cambiaba las imágenes fúnebres por otras de acierto y de brío. En los sueños su imagen se me aparecía rodeada de esplendor lunar y sonriéndome. “Estoy de paso —parecía decirme— y para quedar más cerca de vosotros sólo más tarde escalaré los cielos.” Así que ya no la necesitáramos, ella se iría más allá de la Luna, cielo adentro, a la final beatitud. Desde una penumbra angustiada mi alma le tendía su anhelo, se apoyaba en su seno. En el instante en que iba a tocar su túnica negra sobre la rodilla, sedante, y justamente cuando ella extendía también la mano para poner su caricia en mi frente, una sacudida brusca me despertaba. Palpándome el rostro no hallaba otra huella que la del llanto. ¿Lo ocasionaba la dicha del sueño o el despecho de despertar?

El fin del curso determinó cambios de importancia en la vida de nuestra casa provisional. Durante los meses de vacaciones las señoritas Orozco se marchaban a Oaxaca; mis futuros cuñados, con mi novia, salieron para su pueblo de la Mixteca. Los últimos días quedé solo en la casa con la criada. Era ésta una vieja cocinera oaxaqueña que a menudo se asomaba a mi cuarto para darme en su charla un relato confuso de cosas y personas de la provincia. Citaba nombres que ya conocía por haberlos oído en mi infancia, y casi ni prestaba atención a sus cuentos, salvo una vez que me dijo: “Tú debías llamarte Castellanos... tu padre es hijo del cura Castellanos...” Tan inesperado aserto me produjo perplejidad. Me di cuenta de que nunca se habló en mi casa del abuelo paterno. Cierta o falsa la versión me preocupó, y sólo muchos años después supe la verdad: mi padre había sido un bastardo pero no de cura, sino de comerciante español acomodado y aun noble de estirpe.

#### EL RETORNO

Con sabor amargo en los labios me acercaba a Piedras Negras, ya no el pueblo en que se ha soñado, sino el sitio de la más tremenda pena del ánimo. Temía el encuentro con mis familiares... Anticipaba el golpe de verlos de luto. Nos daríamos un abrazo, pero sin apretarlo demasiado, por peligro de hacernos daño en la herida interna. No se produjo ninguna escena dramática: la recepción se desenvolvió rápidamente merced a los carricoches que de la estación nos transportaron a la vieja casa de la esquina del parque. En la perspectiva conocida nada había cambiado. Mis hermanas, un poco más crecidas, redondeadas por la pubertad, se veían más blancas bajo las telas del luto. La distribución de las habitaciones, el abandono del patio, coincidía con el recuerdo de la época infantil. Y aun podría imaginarse que no habíamos estado en Campeche ni habían corrido los años y cambiado los

panoramas, si no fuese porque, en el mismo instante de apuntar la idea optimista, una punzada violenta recordaba la falta de lo único que realmente nos hubiera complacido hallar intacto y vivo. Como por tácito acuerdo evitábamos hablar de ella, así nos refiriésemos detalles de la vida común. Sólo la abuelita, incapaz de contener sus ojos cansados, lloraba a menudo sin comentar su llanto.

Otra novedad fue que, a eso de las doce, Concha y Lola empezaron a asomarse a la puerta, entre inquietas y alborozadas. La abuelita no vaciló en prevenirme: "Estas niñas, tan jovencitas, andan ya entusiasmándose porque unos tipos les pasean la calle".

Y, según el uso de la época, apenas advertí que mis hermanas miraban en dirección del jardín de enfrente, me eché yo a la acera con aire provocativo. Pasaban, en efecto, dos jóvenes del lugar. Desde mi puesto a orillas de la acera, los desafíé con la mirada; ya podían venir, si osaban. Ahora mis hermanas tenían quien las defendiese. Aunque atractivas por su juventud, Concha resultaba fea con su rostro pecoso de frente grande bajo el cabello castaño claro. Sus ojos inteligentes, pequeños y grises, sus pestañas escasas, la predestinaban con claridad para la ciencia, no para el amor. Así me lo advertía el instinto antes que lo confirmase la experiencia. Se hacía, pues, más necesario protegerla de un galanteo que serviría únicamente a la fatuidad de un necio. A puñetazos decidí terminar semejantes relaciones. Por lo pronto, ya tuve ocupación periódica: mantener la guardia en la puerta en las horas consabidas. Con enojo, las chicas protestaban, pero puertas adentro. Afuera logré ahuyentar a los importunos. En efecto, en la frontera se reconocía el derecho del hermano a intervenir, violentamente si era necesario, en defensa de las de su clan. Tanto, que lejos de tomármelo a mal, cierto día que pasé junto a un grupo masculino que conversaba en una banca de la plaza, alguien me hizo seña invitándome a acercarme; entre otros, reconocí a los que paseaban la calle a mis hermanas. Temeroso de aparecer intimidado, me acerqué. "Ven a sentarte con nosotros —dijo una voz—: soy Fulano de Tal y éste es Zutano", etc. Me acogieron así, cordialmente, como vecino y paisano.

Lola era una rubia pálida del mismo tipo que mi madre, según lo comprobaba el retrato juvenil de ésta. Su cuello largo y fino contrastaba con el muy corto que Concha y yo tenemos. Afilada la nariz, los ojos claros y rubio el cabello, Lola se parecía poco a Concha, de ojos grises y pelo desteñido. También por el humor ligero discrepaba de Concha, reflexiva y apasionada. Lola, en apariencia vehemente, ponía la cabeza delante del corazón; había nacido para la tierra. La otra, reprimida y ardiente, acabaría en el renunciamento.

Apenas en sus doce años, Mela era ya la bonita entre las tres. El Mela, reducción familiar de Carmela, designaba ya una pequeña belleza de pelo negro y ojos claros. Muy blanca y de temperamento nervioso. Ya se permitía ensueños mundanos, según el que nos refirió una vez: Bajaba las escaleras de mármol de un palacio en fiesta, cogida de la mano de un lindo paje.

Seguían en escala cronológica dos varones, Carlos y Samuel, de once y diez años, y una mujercita de nueve: Soledad. Todos muy unidos y bulliciosos, no obstante la nube de la materna orfandad.

La plaza había mejorado con un nuevo edificio municipal. Doble construcción de ladrillo colorado y mansarda negra, estilo texano francés, resultaba horroroso, a pesar de que había costado un exceso. Mirándolo en la esquina opuesta de la iglesia, recordaba mi palacio infantil del corral de nuestra primera casa fronteriza. Cuánto mejor lo que hice entonces, que el adefesio levantado sin consultarme. Era doloroso lo que hacían con mi ciudad aquellas autoridades cretinas. En cambio, el otro lado, dentro de su estilo moderno, mejoraba notoriamente, no sólo en cantidad, también en gusto. El contraste humillaba. De un lado la fuerza, el acierto, la libertad. Del lado nuestro la ruindad, la envidia, el despotismo. Los de Eagle Pass no habrían vacilado en abrir un concurso entre los escolares, en busca de alguna idea aprovechable. Sólo entre nosotros la suficiencia torpe se aliaba al autoritarismo sombrío.

Bajo una apariencia distraída, y mientras iba y venía con mis hermanas o con mi padre, un deseo me roía el pecho; en nuestras conversaciones se eludía el comentario de la reciente desgracia. Se diría que aplazábamos la escena de echarnos a llorar juntos, con pretexto de cualquier explicación. En consecuencia, no me atreví a proponer que alguien me acompañase a la visita del cementerio.

Dada mi condición de autor de un plano de Piedras Negras, no tuve que interrogar a nadie para llegar a nuestro único camposanto, rectángulo a cielo raso, protegido por una verja de madera. Las señas contenidas en una de las cartas de mi padre decían: "Junto a la tumba de los Músquiz..." La puerta cerrada a candado sólo se abría previo aviso especial; pero rodeando por una esquina descubrí un trecho donde el terreno bajaba dejando libre un buen espacio entre los barrotes y el suelo. Por allí penetré; y justamente a poca distancia, dos sepulcros de ladrillo blanqueado ostentaban el nombre de nuestros antiguos vecinos. Reposaba en uno de ellos precisamente aquel viejo que me acusara de pedir un beso a su hija pequeña. Inmediato a estas sepulturas había un túmulo reciente, todavía sin lápida y con sólo una cruz provisional de madera. Frente a él me detuve. Una fría, terrible sequedad me embargaba. Incapaz de hilar juicio estuve no sé cuánto tiempo primero de pie, después sentado sobre la tierra todavía sin macidez. Durante meses me había acosado el deseo de acercarme a la tumba amada y ahora me faltaba la ternura. Una suerte de anonadamiento y un pensar como de aguja dentro del cráneo me decía: "Lo que está aquí abajo se ha vuelto ya horrible; no podrías besarlo". Luego, lentamente, un presagio libertador y jubiloso clamaba: "Lo que está aquí abajo no tiene nada que ver con ella; búscala por el alto cielo". En torno la llanura caliza se daba al abrazo infecundo de un sol que en vano la calcina: páramo inmenso abajo, y arriba un azul vacío. A distancia un maizal cultivado penosamente y uno que otro mezquite entre chaparros grises. Naturaleza sin alma; seguramente, ella estaba ya muy lejos de aquella tierra que le recibió el ca-

parazón sin atender al alma valiosa que lo había animado. Con todo, en honor de la huella de su paso por los arenales ingratos, recé unas salves, recordando, a la vez, que nada podía complacerla más.

Con el rezo empezó a deshacerse mi hielo interno y advertí la emoción que nos devuelven las cosas por donde ha pasado lo que amamos. Y ya no por lo que allí estuviese de ella, sino por lo que ella misma desechara, por sus ropas para mí queridas, sus huesos entrañables, por toda la humilde compañía de su alma, lloré copiosamente, acariciando la tierra que la cubría benigna.

Oscureció mientras padecía y llegué a casa cuando ya me esperaban con cierta alarma. Mi padre imaginó la causa de mi demora, y al procurar contestarle, la voz se me anudó, y vencido, me eché a una cama y sollocé sin freno... Mi llanto rompía el compromiso tácito de no comentar nuestra desgracia; mis hermanas me rodearon afligidas y mi padre, enjugándose las lágrimas, refirió pormenores que me había estado reservando... Momentos antes del final, y cuando le pusieron los óleos santos, redactó su testamento... "Que mis hijos se mantengan fieles cristianos... A Pepe díganle que nunca olvide a Dios Nuestro Señor..." A cada uno había renovado el ruego: la abuela, mi padre, mis hermanas, cada uno me transmitía idéntico mensaje póstumo: "A Pepe que nunca olvide a Dios Nuestro Señor", tales habían sido sus últimas palabras.

—Yo quería llamarte —explicó mi padre—, pero ella se opuso, no permitió que perdieras el año, no se preocupó del agravamiento de su estado: "Ya le tengo hechas todas mis recomendaciones", afirmaba.

A su entierro había concurrido una infinidad de personas...

—Ahora quiero a estas gentes de Piedras Negras —insistía mi padre—. ¡Cuántos amigos hemos descubierto entre ellos...!

Deseoso de distraerme, inventaba mi padre paseos, concertaba visitas.

—¿Te acuerdas de Jimmy —interrogó una vez—, el gringuito que te pegó? Trabaja en la Maestranza; me ha preguntado por ti; le he prometido llevarte a verlo.

Y lo visitamos una mañana en su propio taller. Vestido de caqui azul, vigilaba una máquina perforadora de láminas de acero; se había vuelto un gigante rubio encendido. Apenas me vio gritó: "Hello, Joe!..." Respondí: "Hello, Jim!" Me apretó la mano, me abrazó después levantándose en peso... "Con razón —pensé— nunca pude con él..." Me sorprendió hablándome en español corrientemente y nos despedimos afectuosamente reconciliados.

En la vida fronteriza no es raro que las más enconadas rivalidades terminen en amistad que se impone a las diferencias de raza y el conflicto de las naciones. El amor vence cuando el trato humano se prolonga en condiciones leales y el nacionalismo se purificaría de rencor si no se fundase, tan a menudo, en injusticias.

Mi visita al cementerio se había hecho cotidiana; me gustaba sentarme a pensar entre las cruces. Buscando por el rumbo de la vega, juntaba unas

cuantas flores silvestres, mirtos morados y margaritas fúnebres; colocaba mi ofrenda a los pies del túmulo y en seguida divagaba. No había, no podía haber problema más importante que el de la muerte. El breve plazo de la vida con sus alegrías y sus dolores, la ciencia, la experiencia y el mismo bien, sólo adquirirían sentido mediante una tesis cualquiera del más allá. Investigar la realidad trascendental era la única ocupación digna de un ser ambicioso. Revisaría primero todo lo escrito en tal materia, las religiones, las ciencias... Ensayaría las pruebas que personalmente pudiese aducir.

El sol poniente caía en el llano, se hundía todo rojo incendiando un instante el confín. Dejé pasar el crepúsculo, perdiéndome en una ensoñación, sin advertir que la noche comenzaba. De pronto, me volvió a la realidad una lumbrada que ardía en el campo inmediato al cementerio. Sorprendido, porque sabía que estaba deshabitada la comarca, atravesé entre las tumbas, hacia el extremo opuesto de la verja. Imaginé que algunos pastores habrían hecho fuego a la intemperie. Súbitamente, al rodear por algún sepulcro, desapareció la luminaria. En vano me empiné oteando la llanura que difícilmente podía ocultar cosa alguna y no vi fuego ni humo. Pensando que quizá se había apagado la llama, salté la cerca para buscar las brasas o la ceniza caliente. Al no encontrar la más leve huella me entró de pronto un escalofrío de espanto y corrí en la sombra en dirección de las casas del suburbio iluminado ya con electricidad. Cuando ganaba una de las callejas oscuras, bordeadas de cercas de espinas, salió del arroyo un estruendo y luego un bulto pasó rozándome; iba a soltar un grito, cuando advertí que se trataba de un cerdo extraviado. El nuevo chasco me serenó bastante, pero no logró quitarme la preocupación de la lumbre que apareció y desapareció sin causa.

La tarde siguiente, dominando mis nervios, me quedé en el camposanto hasta bien entrada la noche. No se produjo nada anormal y me sentí casi defraudado. Era como si los signos, después de iniciarse, tornasen a su reposo mudo. Sin embargo, confundida con otras cien, una idea explicaba: Semejante a la hoguera que ardía y luego se tornó invisible, el espíritu se aleja de los lugares estériles. No lo busques entre gusanos y arenas... vete por el mundo a pelear por su causa entre los vivos y arde hasta que tu hoguera también ilumine y se ausente...

Después de la comida de mediodía, y antes de salir para su oficina, me habló una tarde mi padre. Estaba apesadumbrado; él tenía la culpa por no haberme llevado, como era su deber; le dolían tanto semejantes ocasiones que prefería evitarlas; ahora veía que había hecho mal... Un conocido le informó que había visto en el cementerio mis flores y deseaba advertirme: no era ésa la tumba, sino precisamente la de al lado... Si yo quería, el informante me acompañaría para mostrármela, pero no era necesario; yo encontraría las flores ya cambiadas por la mano amiga...

Es imposible expresar el disgusto que me produjo mi engaño... De manera que flores, oraciones y lágrimas, todo desperdiciado en la sepultura de un extraño...; no sólo el destino me la había plagiado en sus últimos días;



también ahora el azar escamoteaba sus restos. Lo más curioso es que ya no sentía por la tumba auténtica la misma ternura lúcida que ante la falsa. Imposible revivir momentos que fueron únicos. No era rito de piedad filial lo que me había llevado a aquel pedazo de tierra, sino pasión desesperada que arde y no vuelve, como no volvió la hoguera que a poca distancia se encendió... Lo que hice después tuvo ya mucho de rito. Una vez más limpiar de yerba, renovar las flores; en fin, ¿a qué continuar un relato de lo que tantos han padecido también?

Volvía ella a tener razón: Para no caer en engaño, "prescinde de poner odio ni amor en lo que cambia y perece...". No más idolatría de las tumbas...

Cuando estas resoluciones se recuerdan a distancia de años parecen lógicas y fáciles; sin embargo, cuesta dolor tomarlas en el momento vivo.

Mis vacaciones estaban a punto de terminar cuando a mi padre le llegó un ascenso. Lo trasladaban con el mismo cargo de vista a la Aduana de Ciudad Juárez, de categoría un grado mayor que Piedras Negras. Debe de haberle agradado el poder salir con los suyos de un medio que ya no podría traerle sino recuerdos dolorosos. El viaje de toda la familia se preparó con precipitación, y juntos salimos otra vez, pero ahora cabizbajos y diezmados, dejando para siempre en Piedras Negras la parte más preciosa de nuestras almas. Enlutados salimos del pueblo que tantas veces nos vio alegres y amantes. En Torreón, cruce ferroviario, tomé yo rumbo a la capital y siguieron mis gentes hacia el antiguo Paso del Norte.

#### EL ESTUDIANTE

No era la primera vez que entraba en la capital y, sin embargo, el corazón me latía con fuerza a medida que el conductor anunciaba las estaciones inmediatas: Cuautitlán, Lechería, Tacuba. Periódicamente el convoy frenaba, reducía la velocidad. Los pasajeros se sacudían las ropas; reunían sus maletas; en las últimas paradas trepaban los agentes de equipaje; por las ventanillas lanzaban sus tarjetas de anuncio los hoteleros. ¡Por fin, la capital! Y el frío y la zozobra encogían mis nervios. A la vista estaban las barriadas pobres; los tranvías amarillos se deslizaban luminosos. Las farolas bombeadas y blancas con luz de arco, tipo alemán, difunden claridad discreta, más poderosa y más serena que el chillón destello de las bombillas incandescentes yanquis. Era yo uno más que se sumaba al medio millón de habitantes. ¿Me tragaría la ciudad como a tantos que disuelve en su vientre insaciable, minados por la enfermedad, el infortunio y la miseria? ¿O sería, según lo sospechaba, de los llamados a sacudirla y conmoverla? La angustia de la duda, el agotamiento de mi soledad entre la multitud, la extensión de aquel organismo multánime, todo contribuía a turbar, por lo pronto, el ánimo. Tímidamente, y a falta de señas precisas, me dejé llevar al más próximo hospedaje: el Hotel Buenavista, frontero a la estación, y próximo a otro, también malo: el Hotel Dos Repúblicas.

Algo familiar perduraba en aquel barrio cosmopolita frecuentado por los gringos del ferrocarril con su inevitable acompañamiento de peluquerías de negros y restaurantes chinos. Parecía un trozo de la frontera, metido al extremo de la vía férrea que liga las dos naciones. Después de dos días y dos noches en vagón, resulta un placer caminar a pie durante horas, sobre todo si se atraviesa una ciudad como nuestra metrópoli, que cada vez me parecía más espléndida.

La mañana siguiente, después de un desayuno a la yanqui: fruta, huevos con jamón y café, pedí el diario para buscar en los avisos de ocasión un domicilio. Entre largas listas elegí uno que decía: "Leandro Valle 5, estudiantes, Matilde..." El número 5 de la calle de Leandro Valle era una conocida colmena estudiantil. No sé cuántas viviendas ocupadas casi todas con pensiones y a un salto de la Escuela de Medicina; raro era el estudiante que no la había visitado, por lo menos, en busca de algún condiscípulo. Instalarse en ella era adquirir patente de corzo, privilegio pleno en la soberanía del pueblo escolar de la República.

Por dieciocho pesos, de los treinta de mi pensión, aseguré alimentos y una alcoba grande con balcón a la calle, compartida con dos camaradas, desconocidos. Con los doce pesos restantes había para baños y barbería, toros y aventuras.

El único tropiezo de mi nueva vida emancipada se produjo en la Secretaría de la Escuela. Para el reingreso, aparte de los certificados del curso anterior, exigían una solicitud firmada por el padre o tutor de los menores de edad...

—No tengo tutor —declaré al empleado que, sin levantar hacia mí la vista clavada en algún expediente, gritó:

—Pues búsquese uno...

Irritado de no depender de mí mismo del todo, pedí su firma al tío Luis, que ya andaba de pasante o de empleado en uno de los juzgados de la capital. Sin vacilar me prestó el servicio; pero apenas puesta en el papel la firma se la cobró echándome encima recomendaciones y advertencias pesimistas...

—¿Pero vas a vivir tú solo?... pero ¿cómo permite don Nacho que andes así de bala perdida...? Te vas a hundir... vas a estar sin freno... dirás que no me importa, pero, al fin. Carmita era mi hermana... y tú nunca vas por casa... eres muy despegado de los parientes... ¿a dónde vas a parar?

Un minuto después no me quedaba ni el eco de sus advertencias, pero la alegría de haber asegurado el ingreso me tornaba ligero; por el momento, mi escuela era mi amor.

El comienzo de los cursos era animado. Cada profesor nos endilgaba en un discurso inaugural el panorama entero de la materia a su cargo. Las clases de Matemáticas y de Física estaban servidas por antiguos y venerados maestros; en el laboratorio disponíamos de mesa propia, grifo de agua, probetas y tubos. Cada tema del texto se comprobaba en los aparatos. Las horas de clase transcurrían amenas. En cambio, el régimen escolar extracátedra era un remedo del cuartel. De director teníamos a un coronel porfirista auxiliado

de una docena de prefectos que hacían veces de sargentos. Jamás se nos permitió congregarnos ni en los patios ni en los alrededores del colegio, y cuando se abría el salón de actos se aumentaba la vigilancia de los empleados. El miedo de las tiranías a las asambleas se manifestaba vivo, así nos reuniésemos para leer versos o para preparar un festejo: Si en torno a una columna del corredor se juntaban más de cinco, en seguida venía el prefecto a disolvernos. Tan oprimidos se hallaban los ánimos, que apenas, por cualquier motivo, nos íbamos en grupo al gimnasio o a clase y estallaba lo que llamábamos "gritería"... colectivo alarido irresponsable que en seguida provocaba la venganza. Nos cercaban los prefectos y nos ponían en fila; luego contaban: uno, dos, tres, cuatro, cinco, al calabozo... uno... cinco, al calabozo... uno... cinco, al calabozo. Los elegidos en estas quintas eran encerrados en separos oscuros por cinco o seis horas. A la segunda o tercera captura venía la expulsión irrevocable...

Cuando entrevistábamos al director para pedir cambios de horarios, ventajas para el aprovechamiento, parecía gozarse en oponer dificultades; empero, si pedíamos asueto lo concedía en seguida, sobre todo si se trataba del onomástico del ministro o de alguna fecha grata a los funcionarios.

En cambio, nadie impedía que el alumnado patrocinara cantinas y tabernas y casas de prostitución y billares establecidos a inmediateces de las instituciones de enseñanza. El título de don Vidal para el respeto y el temor de los alumnos era la confianza que le dispensaba el caudillo. Sin grado universitario, sin autoridad científica o moral, su poder se asentaba en la obediencia a su amo y en la dureza con que imponía el orden porfiriano. Versión poco digna de nuestro lema escolar: Amor, Orden y Progreso, pero perfectamente acatada por todas las luminarias del comtismo nacional.

Nuestro amor juvenil se dio sin reservas a la Física y la Química, la Astronomía y la Mecánica; complementando los cursos ordinarios asistíamos a las academias o conferencias bisemanales de exposición general y de historia científica. El conferencista de la Academia Física disertaba entre los aparatos de laboratorio. Ejecutaban experiencias los ayudantes, mientras él la hacía de animador vestido con pulcritud, flor en el ojal del *jacket*, bien afeitado y limpia la mirada; su palabra fluía, conmoviéndonos a menudo... Relataba en cierta ocasión los trabajos que precedieron al descubrimiento de la botella de Leyden, se extendía en consideraciones sobre la devoción, el espíritu de sacrificio que demanda esa moderna diosa que es la Ciencia. Ella era la novia que él ofrecía a nuestra juventud por encima y aun en oposición a las novias que, decía, nos llevan a comprar docenas de zapatitos para los nenes... La Ciencia no era un medio de acrecentar la dicha humana sino el fin en sí, la verdad neutra y hermosa que reclama entero nuestro afán. Quien no se entregaba a la Ciencia con pasión exclusiva jamás llegaría a la cumbre en la que irradian Laplace y Newton, Lavoisier y Berthelot... La familia, los amigos, el amor, todo era secundario ante la epopeya magnífica de nuestro tiempo, la conquista del progreso que levanta al hombre por encima de la bestia y a la altura de los dioses de la antigua era teológica.

Tal entusiasmo cientifizante me sedujo. Daba a mi desencanto de abandonado de la gracia divina, privado del amor materno, ignorante del amor erótico, una orientación nueva y un objetivo concreto.

El conferenciante de Química era un melencólico, todavía joven, especie de genio fracasado. Alabando los méritos del descubridor científico, exclamaba: "¿Quién sabe si aquí, entre nosotros, esté el genio que ha de dar gloria a la ciencia mexicana...?" Un estremecimiento recorría los bancos llenos de alumnos; era forzoso empeñarse, el porvenir se cargaba de promesas y agradecidos pensábamos: "Acaso él mismo está a punto de revelarnos algún hallazgo genial". No pasó el pobre de ayudante de laboratorio, pero le debimos instantes de la más pura y noble ilusión.

En la cátedra, en cambio, se nos estrangulaba sistemáticamente la fantasía. "No otorgarás fe sino al testimonio de tus sentidos." "La observación y la experiencia constituyen las únicas fuentes del saber." Estos y otros conceptos comtianos recordados ante cada ocasión iban conformando un criterio metódico, rigurosamente científico, según la otra definición positivista: "Sólo adquiere categoría científica un hecho, un fenómeno cuyas condiciones de producción conocemos y que se repite, cada vez que esas condiciones vuelven a reunirse". Dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno producen agua invariablemente. La distancia más corta entre dos puntos es siempre la línea recta, y a la inversa. Cuanto no puede comprobarse de modo experimental carece de valor científico y pertenece al reino caduco de lo teológico o de lo metafísico. No hay más verdad que la de la experiencia sensible, ni otro dogma que el ser todo relativo y condicionado a sus antecedentes. "Lo único absoluto es que todo es relativo."

El aspecto doctrinario de la ciencia era, sin embargo, el único que me interesaba. Ni por un momento pensé dedicarme a descubrir una onda o aislar un metal. La conclusión última de cada disciplina y su alcance con la totalidad del saber, tal era el resultado único que, en cada ciencia, buscaba. Nuestros textos franceses servían este propósito con bastante eficacia. De haber estado en uso manuales como los que se acostumbran en los colegios de Norteamérica, todo un grueso volumen dedicado a enseñar las aplicaciones del hidrógeno y ni una sola palabra de teoría atómica, seguramente cambia el estudio de la ciencia por el del comercio o el del ajedrez. El laboratorio era el taller del obrero científico. Las leyes allí descubiertas interesaban al filósofo sólo por su relación con el concepto del universo que a él corresponde formular. Tal iba a ser mi papel; acumular las conclusiones parciales de todas las ciencias a efecto de construir con ellas una visión coherente del Cosmos.

Me decepcionaba, por lo mismo, hurgar en la entraña científica para recoger tan sólo afirmaciones modestas: "La experiencia no revela otra cosa que ciertas regularidades en el proceso". Sin embargo, no me dejaba ir, como más tarde, por el lado de la astrología; me mantuve fiel a Copérnico, sumiso a Comte, que prohíbe las aventuras de la mente y las excluye del periodo científico que profesamos.

El desastre de mi amor materno para el cual no aceptaba consuelos, la negación despiadada del milagro que pudo restituírle la salud, me mantenían en rebelión antisentimental y antimística. Movido de dolorosa voluptuosidad me entregaba al dogma agnóstico y comtista: "No hay otra realidad que la que palpan los sentidos". Después, con dolorida ironía, repetía el célebre pasaje: "La ciencia acompaña al buen Dios hasta sus fronteras y allí lo despide dándole las gracias por sus servicios". Ni quería recordar las anticipaciones del San Agustín de mi infancia cuando decía, refiriéndose a Dios: "y no te acerques sino a los contritos de corazón; ni serás hallado de los soberbios, aunque con curiosa pericia cuenten las estrellas del cielo y las arenas del mar o investiguen el curso de los astros..."

La vanidad de creernos en una era nueva y el esnobismo de una ciencia entendida a medias me impedían reconocer que el cálculo maravilloso de la paralaje y el descubrimiento sorprendente de Neptuno eran tan sólo otros casos de cuento y recuento de las estrellas, vaivén de las olas... conocimiento humano limitado siempre por el confín del misterio.

#### EL NÚMERO CINCO

Nuestra vivienda dentro del tumultuoso número 5 de Leandro Valle era de las más pacíficas. Mis compañeros de cuarto estudiaban tanto o más que yo. Morones pertenecía a mi curso y era de mi edad. El otro, de veinticuatro, se llamaba Pacheco y estudiaba el último año de Medicina. Entre Morones y Pacheco había una alianza casi religiosa, siendo Morones el devoto y Pacheco el ídolo. Sin resistencia me fueron admitiendo a un terceto bastante discreto. Con Morones solía juntarme para estudiar. Con Pacheco conversábamos, discutíamos. Y no muy a menudo porque las horas libres las pasaba con la novia y llegaba ya sólo ponerse la visera verde para la lectura de sus gruesos volúmenes de patología, a la luz de su quinqué. La calavera sobre su mesa y el olor, yodoformo de sus instrumentos acababan de identificarlo con su profesión. Morones era un mestizo de Xochimilco, de poco talento, gran tenacidad y sólida honradez. Pacheco era de familia criolla orizabeña. Esmerado en el vestir, ordenado en sus hábitos, fino en su trato. Los tres nos levantábamos temprano, a pesar de que las luces del estudio ardían, a veces, más allá de las doce. Tras el rápido aseo Pacheco se encaminaba al hospital donde era practicante. Morones y yo bajábamos al jardincillo de Santo Domingo para repasar las lecciones del día. El rojo tezontle de la fachada del templo, su torre garbosa y delicada, la fragancia de la pequeña plaza, en la hora matinal, nos ponían alegre el ánimo. A menudo, marco tan poético nos apartaba del estudio y nos entregaba a la divagación. Por tal de consolarme de la aridez de las ecuaciones del segundo grado, leía cada mañana el folletín del diario popular de la época: las interminables aventuras de Rocambole. En seguida, con el gesto de fumador que arroja la colilla de un mal tabaco, dejaba el periódico,

abría el texto y paseaba. El grato ambiente, la silueta esbelta y sólida del colorido barroco dominicano, la eterna primavera de los follajes en aquel clima benigno, todo contribuía a la deliciosa embriaguez del pensamiento. Tan dichoso parecía el instante, que resultaba pueril toda preocupación del futuro.

¿Para qué el estudio y para qué la acción, si la bella vida podría ser gustada a sorbos, palpada en el cristal del ambiente? La armonía de las cosas no se logra para pedirnos expresiones o empeños, sino para recibirnos en su seno y permearnos de su dicha. No era el momento de buscarle nombres a las cosas, sino de inmergirse en ellas. Apetito de convivir, participando de cada latido del Cosmos. Negación de la ciencia ociosa que dilucida oposiciones vanas, inventa problemas e ignora, en cambio, la alegría del estar y el ser. El ser y el estar —me decía filosofando—: los dos verbos que encierran el enigma de la creación: el famoso monólogo de Hamlet me irritaba como una simpleza o, según dice la palabra insustituible del francés: una "platitud". Ser o no ser, no es el problema: el problema es el ser, que en siéndolo de veras no puede dejar de ser. El segundo problema es el estar, que así goce no se conforma con estar nada más, reclama todo el ser. Decididamente era fácil mejorar a Shakespeare, como filósofo. Satisfecho de este revolcón metafísico al inglés Shakespeare, me entregaba a consideraciones sobre mi porvenir.

Un anhelo que lo mismo hiende los aires o se reparte sobre la tierra sin precisarse me levantaba el talón en cada paso, me emborrachaba de posibilidad y certeza, de ambiciones y de alegrías.

Entre el libro abierto y el despejado cielo, en una nebulosidad de potencias, mi futuro indeciso interrogaba; ¿Dicha o poder? ¿Paz o gloria...? Antes que nada el poderío, no sobre los hombres: sobre la existencia; oportunidad de sondear los abismos y de contemplar las alboradas. Nutrirse de todas las imágenes, devorar emociones, y luego, a semejanza de la naturaleza, engendrar en muchedumbres los pensamientos, las teorías y las síntesis.

Lo intentaría todo y arrebataría cada ocasión: sería rico y sería pobre, conocería la derrota y el triunfo, la miseria y la abundancia. No era verdad lo que afirmaba uno de nuestros maestros, que quien ha conocido la estrechez y la vence después ya no aventura su buen pasar; yo jugaría con el éxito, y siempre habría manera de volver a ganarlo. Conquistar riquezas para tirarlas, en un instante de hartura y desdén, tal era la norma de una ambición decente. Poseer para despilfarrar y desdeñar lo que se posee. Y para probar que no está nuestra medida en la posesión, sino en la capacidad. Quería el placer pero a costa de haber desafiado el infortunio. Más que la mente, era mi corazón quien ansiaba la experiencia; más que problemas quería aventuras. ¿No era yo un minúsculo simulacro de la potencia divina, echado al mundo por el acontecer? Pues a removerme dentro de mi ambiente, tratando de estar en todo, mientras era posible volver al ser lo que ya no está porque es.

Calentada la cabeza con el monólogo, apenas quedaba tiempo para preparar la lección.

En la mesa nos hacía compañía nuestra patrona. Matildita. Era una viuda menuda y gruesa, blanca y afable, originaria de Guanajuato. Cada domingo, para ir a misa, vestía su traje negro con abalorios. Era su predilección Pacheco, a cuya novia visitaba, y, con todos sus hábitos de señora, en la casa trabajaba y mantenía el orden rigurosamente. Por las viviendas contiguas solía haber reuniones con entrar y salir de invitadas sospechosas y botellas de aguardiente. Ella no admitía sino muchachos “serios y de buenas costumbres”. La comida abundante, en relación a la cortedad de nuestra paga, confirmaba su fama de mujer de conciencia. Después de la cena y antes de clavarlos en los libros, Morones y yo pasábamos un rato en el balcón de nuestro cuarto. Era el último del segundo piso, rumbo a la espalda de Santo Domingo. En frente, las bóvedas, la cúpula y parte del costado de la hermosa iglesia nos daban motivo a noble contemplación. Cuando había luna, la arquitectura se agrandaba misteriosa, llenando de paz el barrio.

Así que habíamos estudiado una o dos horas, por vía de descanso y entre cigarros y bromas, nos echábamos boca abajo sobre el umbral del abierto balcón, para escuchar el diálogo de unos enamorados, que a medianoche se entendían, él desde la calle, ella en un balcón del tercer piso contiguo. Algún cuchicheo, alguna risa mal reprimida, denunciaba nuestro espionaje provocando comentarios despectivos de la novia y amenazas del que abajo se fatigaba el pescuezo para escuchar... “Pero ¡di que me quieres, dilo!... ¿eh?... no se oye... oye, dilo otra vez...”

Y de nuevo nuestras risas irónicas, insolentes...

Pacheco trabajaba en el Hospital de Sanidad de la ex iglesia de la Santa Veracruz, por Hombres Ilustres, frente a la Alameda. Así que se cerraban las clases y en los días de preparación de los exámenes, los estudiantes invadían los jardines públicos, especialmente el de la Alameda. Pero no todos conocían el secreto de las ventanas con reja del antiguo ex convento. Y aunque Pacheco aplazaba la promesa de llevarnos a visitarlo, nosotros contábamos ya como propio el goce de ver aquellas bellezas en la cama sanitaria que las rehabilita para el ejercicio de la profesión amorosa.

La tala de los árboles de la hermosa Alameda se consumaba con descaro y a pesar de nuestra sorda indignación. Ciertos rincones del parque nos brindaban sombra y poesía. Estudiábamos, repasábamos de memoria los temas del curso, forjábamos ambiciones risueñas.

Después del almuerzo rápido volvíamos a la Alameda. Dormitábamos sobre los bancos en torno de la Venus que sale de su concha, en el centro de las aguas de una fuente circular. Las turgencias de aquel bronce fueron durante muchos años el arquetipo de mis ensueños voluptuosos. No imaginaba modelo más seductor de mujer. Y precisamente por delante de la Venus simbólica pasaban cada miércoles las pupilas de las casas de placer de las calles de Dolores, para la visita de sanidad del otro lado de la Alameda, en el Hospital de Pacheco. Respondiendo a algún gesto o simplemente al deseo que ardía en nuestras miradas, solían levantar la falda para mostrar la pantorrilla, o la ce-

ñían a la cadera desquiciando nuestra voluntad. Pasaban españolas despampanantes, cubanas sensuales y tapatías delicadas y voluptuosas. Caminaban desenvueltas, nos miraban provocativas, nos dejaban inquietos y ofendidos. Para seguir las sólo hacía falta un poco de audacia y más dinero que el que tenían nuestras bolsas. Pero fue dulce esperanza la de poder alguna vez abrazarse a la más insolente y mórbida, la más descarada y linda, con beso de ternura y ganas de fiera.

#### SIGLO NUEVO

Una calle larga bordeada de casas de un solo piso; arroyo de tierra recién regada; aceras de losa o de madera, sobre las cuales rebasan las mercancías de una serie de comercios, junto a los puestos de zapatos nuevos y de ropa a la medida, judíos internacionales que asaltan ofreciendo "ocasiones". Nadie vendía tanto como la tienda de Las Tres B: Bueno, Bonito y Barato. De ella salían los labradores vestidos de nuevo. Los pequeños propietarios de los "partidos" y los burócratas consumábamos nuestras compras del otro lado, en los almacenes de El Paso. Abríamos la boca delante de las casas de cinco pisos, aparte del sótano, sobre cuyas rejas incrustadas en la acera se podía pasar. La metrópoli del desierto, llamaban a El Paso las guías turísticas. Sobre las arenas, más que un oasis era un triunfo del ferrocarril, la industria, el comercio y la máquina. Calles asfaltadas, tranvías eléctricos, hoteles de viajeros, espaciosos y flamantes; almacenes de ropa con grandes vitrinas y mercaderías de lujo, coincidía la ciudad con el ideal de una época: el progreso. Rápidos ascensores depositaban la clientela en miradores y terrazas, sobre un desierto cortado en dos por el caudal escaso del Río Grande y salpicado de chimeneas y fábricas de ladrillo colorado. En los bajos de los grandes edificios las "droguerías" congregaban hermosas damas devotas del *soda fountain*. Malos helados, peores refrescos, pero mucho brillo de cristales, metal pulido y mármol para embobar a los necios, que, según se sabe, hacemos siempre multitud. Todo lo nórdico seducía a nuestras gentes, pero todavía no alcanzaba el efecto actual de fascinación. El refinamiento de las costumbres, el esmero de los cultivos, la uva y el vino eran privilegio mexicano. El vino dulce de El Paso era justamente afamado. Las serenatas con banda militar se llenaban de visitantes anglosajones, deseosos de aprender a vivir con abandono gozoso y sencillo. Los *cowboys* semibárbaros, que empezaban a urbanizarse en Texas, todavía no construían bibliotecas y clubes; la cultura era entonces cosa de latinos.

La iglesia de Ciudad Juárez atraía devotos y reunía turistas. Levantada como eje de una antigua misión franciscana, se mantenía como puesto avanzado de lo europeo, en tierras de milenario vacío espiritual. El envigado del techo y el retablo del altar mayor, de cedro tallado, simbolizan la civilización que avanzó de Sur a Norte, latina y católica. Para contrariarla, o bien para poder triunfar, allí mismo, Juárez, que hoy da su nombre al sitio, inició la norteamericanización, dejó libre el paso al protestantismo. Desde entonces



una nueva corriente arrastraba de Norte a Sur, torbellino de novedades manuales, sin mensaje de espíritu. Nos aventajaban, sin embargo, en lo social y político, pues practicaban la fraternidad si no la igualdad y eran libres, en tanto que nosotros, supeditados a militarismos brutales, bajábamos a grandes pasos hacia el abismo contemporáneo.

Abigarrado gentío de los dos Pasos del Norte, el antiguo y el yanqui, acudió a la misa de medianoche con que la vieja misión franciscana despedía el siglo XIX y saludaba el XX. La luz eléctrica, símbolo de la centuria difunta, iluminó la pátina de los cirios sobre las tallas del XVII. Concluido el rezo nos detuvimos en la terraza del atrio para contemplar el cielo estrellado. La noche transparente de un aire sin brumas no reveló ningún signo. Los bólidos caían como caen siempre que se mira el cielo. Un siglo no es más que un minuto para las estrellas; pero nuestros pobres corazones recordaban y hacían balances. Cumplía aproximadamente dieciocho años. Los sucesos importantes de mi vida iban a estar contenidos en el ciclo nuevo. Pero me alcanzaba el orgullo de la muerta centuria: "El Siglo de las Luces"; nunca avanzó más la ciencia, declaraba unánime la opinión. Mucho tendría que afanar el siglo XX si quería mantenerse a tono con la impulsión ya dada al progreso.

Otra imagen de aquellas vacaciones me descubre la bicicleta, que me servía para recorrer las calzadas de álamos, a la orilla de los canales de riego. Un rumor de follajes organiza pautas en la brisa. Por las aceras recién lavadas marchan enlazadas las amigas para el paseo del atardecer. A veces encontraba a mi hermana Lola repasando al piano los ejercicios del Eslava. En la escuela local superior, Concha consumaba estudios de primer año de normalista.

En los comienzos del siglo me encuentro, poco después, instalado en la pequeña vivienda de una casa baja del callejón de Tepechichilco. Me acompañaba Renato Miranda, estudiante de Medicina, hermano menor de los Miranda de la tienda de Piedras Negras. Unos dos años mayor que yo, compañero excelente y amigo leal, nos ligaba una jovial camaradería. A la puerta siguiente, y con su numerosa familia, habitaba el profesor Daniel Delgadillo, que trabajaba entonces sus textos de Geografía, que más tarde lo hicieron célebre. Visitante asiduo y vecino próximo era también Wenceslao Olvera, indígena puro de Zimapán y alumno de Medicina. Entre Renato, que tocaba el violín; Delgadillo, buen flautista, y Olvera, mediano acompañante de guitarra, se organizaban escoletas y conciertos que yo escuchaba desde mi cuarto, metido entre libros. Los alimentos los tomábamos por abono en alguna de las fondas del barrio estudiantil; el aseo matinal de la casa lo tomó a su cargo la portera. Por fin, éramos libres de ir y venir temprano o tarde sin tiranía de horas fijas para las comidas y pudiendo cambiar de fonda a discreción. Cada noche, después de la cena, se reunía la tertulia en el corredor del patio descubierta. Disparatábamos apasionadamente sobre toda clase de temas. Delgadillo era un producto de la Escuela Normal: ni Dios, ni templo; sólo el saber y la patria. No alcanzaba a organizar su descreimiento en un sistema como el comtiano,

pero justificaba su vida con la pedagogía objetiva y el naturalismo sentimental. No llegaba, como mi tía María, a la *Educación*, de Spencer; le bastaba Rébsamen. Mi camarada Renato no se ocupaba de metafísicas, porque apenas le dejaban tiempo libre las novias. Y aun el violín lo cultivaba como un auxiliar de sus faenas amorosas. Ahora nada menos, de recién llegado, ya tocaba trozos a una muchacha de la vivienda de enfrente, que no nos daba la cara ni para el saludo.

El joven poeta jalisciense Campos nos visitaba a diario. Cursaba Jurisprudencia, hacía versos y se embriagaba. El ídolo de su cenáculo de Guadalajara, un joven apuesto, rico, casi genial, se había suicidado “por desdén de la vida”, y Campos lo imitaba a pedazos. Nosotros envidiábamos a Campos, como él envidiaba al suicida. Le veíamos desperdiciar el talento divagando en amoríos y borracheras, a la par que algunas revistas le brindaban la gloria de publicar sus versos. Al grupo se agregaba con frecuencia otro aspirante a poeta, bajito y trigueño, apodado *el Chango*, que, además, cantaba canciones en la guitarra.

Fue idea de Campos ponernos a contribución hermanable a efecto de publicar una revista. Sacamos cinco o seis números en formato pequeño, con unos forros rosados de papel humildísimo. Lo central de la publicación eran los versos de Campos. Los celebrábamos con entusiasmo. Él se dejaba admirar como en broma, risueño y estoico... “Qué quieres, hermano... El genio es así, un azar sin importancia”, parecía decirnos, al agradecer nuestros elogios. Hermanito... manito... Simplificaba popularmente el diminutivo cada vez que el alcohol le ablandaba el sentimentalismo y le enrojecía el blanco de los ojos.

En su calidad de director indiscutido, Campos me asignó una sección de la revista: Filosofía, había ya propuesto, pero Campos rectificó: “Filosofía del Arte, eso vas a hacer tú...” La aserción de Campos me dejó complacido; creí que me iluminaba el camino. En aquel momento necesitaba de estímulos, porque ya eran varias las noches perdidas tratando de hacer versos, como veía a todos hacerlos. Y por más que revisaba la preceptiva y por mucho que confiaba en cierta definición, creo que del Campillo: líneas iguales rimadas al fin... pero dentro “hay que poner talento”, y yo creía poner talento, las líneas no me salían iguales y la rima se me negaba, pese al *Diccionario de la rima*, suplemento de un gran *Diccionario Castellano* legado de mi padre. Tan pobres vi mis poemas que desistí para siempre de hacerlos, consolado con mi fama de metafísico y filósofo. Sin réplica quedaban, en este particular, mis interpretaciones de la teoría de la unidad de todos los cuerpos en el elemento simple que constituye el hidrógeno. También disertaba prolijamente sobre el conflicto de la geología y el Génesis, y de Copérnico y la antigua cosmografía metafísica. Lentamente la ciencia iba disipando los prejuicios. En vez del infierno, el interior de la Tierra contenía una masa ígnea primitiva, hecha de metales fundidos.

Con pretensiones de investigador científico abordé el estudio de los fenómenos espíritas comenzando con Mesmer y rematando con Allan Kardek,

cuyos libros consulté en la Biblioteca Nacional. Una secreta esperanza me insinuaba que acaso, por la misma vía experimental, podría volver a encontrar lo perdido, el principio sobrenatural que resuelve los problemas del más allá.

Tomando como guía el volumen de la Biblioteca Alcan, del doctor Charcot, *Hipnotismo y sugestión*, empecé a visitar logias espíritas, aparte de iniciar experiencias en la casa misma que habitábamos. En general, mis colegas eran escépticos, y cuando lográbamos ser admitidos a alguna prueba no era raro que la *medium* en trance, incomodada, advirtiese: "Hay influencias hostiles". Nos echaban entonces del recinto mesmerizado y procedíamos a mover mesas por nuestra cuenta, siempre con resultados pueriles. Lo cierto es que la disciplina de la prueba científica nos era impuesta de tal modo en la Preparatoria, que no era posible que prestásemos atención a casos de simple experimentación incontrolada.

Lo que me preocupaba y aun atormentaba era mucho más serio y profundo que hablar con muertos que se parecen a los vivos. Como el nadador que a medida que penetra en el mar siente que las ondas lo toman y acaba por perder el pie, así nosotros, avanzando en el estudio del fenómeno psíquico, en los textos de la psicología empírica perdíamos hasta el último apoyo de la noción querida de lo sobrenatural. El bien y el mal son productos como el aceite y el vitriolo, acababa de explicar Taine, y nuestro catedrático, don Ezequiel Chávez, exponía su materia con celoso apego a la teoría del paralelismo psicofísico de Fechner.

Para curarnos de veleidades espíritas nos recomendó el libro de Flournoy sobre la *medium* que, sin conocer más idioma que el propio, cuando estaba en trance hablaba el lenguaje del planeta Marte. Estudiando sus "mensajes" se descubrió en ellos una mezcla de ciertos signos del árabe y palabras de inglés y de francés. Investigó entonces Flournoy todas las lecturas que pudieran haber influido en el cerebro de la *medium* aun de modo subconsciente y, en efecto, en la biblioteca de su padre, antiguo funcionario de Colonias, halló un libro con dedicatoria en árabe. Las supuestas comunicaciones marcianas no tenían de árabe sino los signos contenidos en las líneas de la dedicatoria; con ellos construía un galimatías suficiente para maravillar a los ingenuos. Cada una de estas tremendas comprobaciones afirmaba nuestra fe científica, pero nos dejaba sumidos en terror y melancolía.

Ya lo había dicho el cirujano francés Bernard, cuya *Introducción a la Medicina* leíamos a título de modelo de método científico en una edición mexicana. No sé si calumnio a Claudio Bernard, pero, según mis recuerdos, era suya la frase: "No encuentro el alma bajo el bisturí..." ¿Qué importaba entonces la ciencia? Si precisamente yo iba a ella para interrogarla como nueva esfinge: ¿Cuál es el secreto del alma? Si por anticipado se negaba a contestar, ¿qué tenía yo que hacer entre probetas y fórmulas de primer acto del Fausto? Particularmente irritante resultaba discutir con los alumnos de Medicina. En general, profesaban la filosofía chabacana del poema de Acuña, *Ante un cadáver*: "Disuelto el cuerpo se transforma en flor y el alma un soplo de

viento..." Cortando el enredo de acaloradas disputas irrumpía de pronto una dulce voz femenina, grito de carne en celo:

Si me pide un beso  
le diré que no;  
pero no resisto  
si me pide dos...

La joven que al principio no nos saludaba se había rendido al violín y a las corbatas de Renato. Eran ya medio novios y de paso nos regalaba a todos con canciones a toda hora. La recuerdo en las mañanas claras, vestida de azul y gorjeando, mientras limpiaba las flores de sus macetas...

Ahí viene la primavera,  
sembrando flores,  
sembrando amores...

Le tirábamos besos y se indignaba; dejaba de saludarnos. Luego, alguna noche de luna, vencida de coquetería y de afán, tornaba a su copla favorita:

Si me pide un beso...

Antes de que concluyese atronaban nuestros aplausos, se escondía ella y otra vez nosotros a caminar de un extremo a otro de nuestra sección opuesta del corredor, disertando: La humanidad se establece hoy en el periodo científico y hay que ajustar los viejos modos al canon nuevo de la verdad finalmente lograda... si se descomponen con la muerte los elementos que nos constituyen, qué puede quedar de nosotros... queda la memoria, pero no en nosotros, sino en las generaciones venideras y en nuestros deudos... y así hasta las dos de la mañana o las tres, igual que poseídos, una noche y otra a la vista del cielo estrellado y mudo: simple mecánica del alma.

Renato dedicaba poco tiempo a semejantes inquietudes. No era precisamente buen mozo, pero sí de agradable presencia y buen trato. Aparte de la novia de casa, tenía otra que lo retenía hasta bien tarde. Los hermanos, comerciantes en ropa de hombre, le surtían generosamente el armario, y si él hacía gala de su numerosa selección de corbatas era con el fin de recordarnos que podíamos disponer de ellas para ocasiones excepcionales.

Poco intenté yo en materia de noviazgos, porque me resultaron aburridos. Nos acercábamos a jóvenes, quizá por su extrema pobreza, muy ignorantes, así es que sólo podían atraernos por algún encanto físico. Si por honestas no nos dejaban gustarlo, no había por qué volver. En el baile preferíamos a las que se dejaban apretar el talle. Obtuve una vez una cita de cierta jovencita atractiva, mi compañera de una noche de baile. Cuando salió a recibirme a su puerta, la tarde del día siguiente, caminé con ella en derredor de la man-

zana y no me ocurría tema de conversación. La llevé del brazo un cuarto de hora, luego la devolví a su casa. Noviazgos yo no quería; en cambio, ciertas jamonas de edad mayor me provocaban ahogos de deseo. El velo blanco y los azahares sólo llegué a desearlos desesperadamente muchos años después, cuando adoré a una amante que al conocerla ya no hubiera podido llevarlos.

#### PESAR INJUSTO

Inesperadamente llegó mi padre a México; se detuvo dos días a fin de verme, pero iba camino de Campeche y se casaba con la menor de las Steger: Antonieta, de las bellas caderas y feo labio, que solía yo ver en misa con perfecta indiferencia. Aunque natural y legítima aquella decisión, me parecía monstruosa. Mi estúpida educación sentimental me la representaba como una deslealtad casi criminal contra el pacto de alma que suponía ligaba a mis padres. Acaso era la de ultratumba la fidelidad más tierna y necesaria. Precisamente cuando leía con mi madre *Los mártires*, de Chateaubriand, en los días de Campeche, reconocí la idea que distinguía el amor cristiano del amor pagano. Pesaba sobre mí toda una literatura apoyada en el supuesto, bien contrario a la letra del Evangelio, del amor, compromiso eterno. La noción de inmortalidad transportada al lío de las parejas me llevaba a confusiones trascendentales, penosas. El morbo cursi del romanticismo suplantaba en nuestro ánimo las sabias, prudentes y cristianas advertencias de San Pablo sobre el matrimonio. Un simple ardid para no quemarse. Una manera de alimentar el apetito sin exponerlo a las contingencias mercenarias y garantía para la prole. Pero yo veía consumarse la más negra traición al afecto y la memoria de nuestra muerte, y me constituí secretamente en juez y acusador. Mi padre destruía el hogar introduciendo en él a una intrusa y yo era un mártir de la devoción maternal. Llegaron los desposados unas semanas después. Los recibí de mal talante por la mañana, y volví al atardecer para acompañarlos a la estación, donde se embarcaban para Ciudad Juárez. A la hora de la despedida me cargaron con pequeños regalos y paquetes. Entre todo iba un hermoso pan de Apizaco, bien oliente. Pan de huevos espolvoreado de azúcar. Lo compraron porque sabían que me gustaba, explicaron al entregármelo. Con un nudo en la garganta sufría sus amabilidades, y con falsa sonrisa de mueca. Desde la ventanilla me dijeron adiós; pero apenas anduvo el vagón, mi carga de obsequios me produjo ironía amarga, subió a los labios una protesta y bajo las ruedas que giraban azoté el pan y las cajas. En seguida una onda de orgullo me infló el pecho y en la mente se configuró mi imagen rebelde. El símil que me ayudó a salir de mi pena y confusión era que, así como el pan despedazado, quedaba deshecho y divorciado de los viajeros mi valiente corazón.

Es fácil a distancia juzgar con ironía tales realidades. Lo que excusa la mezquindad de nuestros actos es que cuando los vivimos, padecemos, y es el caudal del dolor sufrido lo que al cabo determina la misericordia que liquida

la expiación. Sufrir lealmente vale, por lo menos, tanto como pensar después en frío y condenar con suficiencia lo que es y seguirá siendo confusión, angustia y misterio.

Cada una de estas emergencias me dejaba convencido de que ya pronto iba a estallarme el corazón. No sabía que el pobre diablo, humano corazón, resiste mil despedazamientos y oprobios y halla siempre excusa para tornar a la esperanza. Considerándome perdido para el afecto paterno, abandonado moralmente, ya que no en lo material, pues mi pensión modesta llegaba exacta como un reloj, y juzgando, por otra parte, que mis dotes excepcionales bien podían dispensarme de tan expresiva dedicación como hasta entonces había consagrado al estudio, empecé a frecuentar bailes y otras ocasiones de expansión erótica, mezclada de alcohol y canciones. Entre la grey estudiantil abundaban los vagos que dormían de día y con guitarras y mandolinas alborotaban de noche por las ventanas de amigos y novias. Cerca de casa teníamos ahora un compañero originario de Cuatro Ciénegas: José Zertuche. De su Escuela de Comercio acababa de ascender a auxiliar de contador de La Bella Jardinera, gran sucursal del almacén parisiense. Su sueldo era cuatro o cinco veces mayor que la pensión de un estudiante. Su vestuario opacaba aun al del mismo Renato, y en la misma categoría superior fue exhibiéndonos una serie de amistades femeninas que nos daban impresión de princesas. Era él buen camarada y aun demostraba cierta respetuosa consideración a nuestra calidad de preparatorianos y aspirantes de médico, ingeniero o abogado. De suerte que, no obstante pagar a veces los gastos del baile, todavía tenía Zertuche que soportar nuestra presunción. Las muchachas serias solían preferirlo, sospechando que podría casarse, y las otras sonreían a sus fluxes nuevos y sus corbatas francesas.

Usando sus derechos en la tienda, nos ofrecía Zertuche la oportunidad de adquirir ropa hecha a precios ventajosos; lo malo era que no podíamos pagarla a ningún precio. Yo me conformaba con el traje que cada año me compraban en El Paso, durante las vacaciones, sin invertir en él un centavo por razón de planchados o composturas. Sin más lujo que el baño diario de ducha, mal alimentado y no siempre bien dormido, y nada gallardo de tipo, no puedo decir que entusiasmara a las hembras. Sin embargo, no bailaba si no podía hacerlo con la más bonita, a mi juicio, y siempre quedaba el consuelo de las copas y la discusión sobre el amor, el vino y la muerte. Ya lo había dicho Baudelaire, nuestro guía de aquellos años: "Embriágate de amor, de vino o poesía".

Después de pagar las últimas materias de Preparatoria, había logrado el ingreso en Jurisprudencia. Me urgía presentar el curso de un año en los seis meses restantes. Por la mañana nos daban dos o tres horas de clase y se pasaba el tiempo restante en la tertulia de los bancos de la escuela. En seguida transcurre la tarde en visitas aburridas a las casas de los compañeros que ya no cuentan con diez centavos para el café. Cierta fatiga originada por el mucho estudio de los meses anteriores, la alimentación desordenada e insuficiente y

los desvelos, los pequeños excesos sexuales mercenarios y los grandes excesos imaginativos, me mantenían incapacitado para estudiar algo en serio. Inconscientemente buscaba en el trato humano un alivio al *surmenage*. Pero nuestra pobreza sólo nos permitía el contacto con la clase venida a menos, casi miserable, que pulula en las zonas pobres de las grandes urbes; de no pocas visitas salíamos desagradados. Alguna vez nos tomaba el furor del ejercicio físico. De tres a cuatro realizábamos excursiones por alrededores de la Villa o el Peñón y Tacuba.

Al salir de la Preparatoria nos habíamos llevado a casa los floretes y las caretas de esgrima. Tirábamos una hora o dos sudando y enconándonos a menudo en los encuentros. Llevaba varios días de desafío con el *güero* Garza Aldape, fronterizo noblote y testarudo. En la pared anotábamos las tocadas recíprocas. Me aventajaba notoriamente en destreza y en fuerza, pero yo me obstinaba en demostrar la tesis dudosa de que la esgrima obedecía a la prontitud de la mente más que al músculo. Habíamos roto varias hojas y aquel último encuentro lo librábamos con floretes desbotonados, protegido únicamente el rostro con la careta; se aceptó que sería legítimo toda clase de golpes. Intenté varias veces uno italiano por el bajo vientre; mi rival pegaba con coraje, o anulaba mi ataque con brazo de roble. En la saña no advertí un rasgón a lo largo del antebrazo derecho. Cuando el *güero* vio que me corría sangre, arrojó su florete y vino a abrazarme. En un instante la cólera se le volvía ternura amistosa. “Perdona, hermano; lo siento.” Por muchos años me quedó la marca de su acero, pero más ha durado nuestra amistad. Nunca he conocido un temperamento más sañado y la vez noble. Por gusto buscaba peleas, que aprovechaba para demostrar no sólo su valor, también su lealtad. A veces lo acompañábamos dos o tres como Estado Mayor. Nos llevaba por la Alameda: “Desafiaremos a los primeros tres que pasen y el que se ‘raje’ no es hombre”. Si el reto era aceptado, nos ponía a espiar al gendarme, mientras él peleaba; otras ocasiones concertaba el lance colectivo: “Tú contra éste; tú contra aquél; a mí déjame éste”, reservándose siempre el más peligroso. La ocurrencia se resolvía en el cambio de unos cuantos puñetazos sin consecuencias. Hasta que una vez escarmentamos todos en cabeza suya. “Mira, hermano: ése que viene allí me gusta.” Lo detuvo, el otro aceptó con calma... “Son mis testigos —dijo el *güero*, señalándonos—.” “A darle”, manifestó el desconocido, de mediana estatura y apariencia nada temible. Por una de las callejas menos transitadas de la Alameda, a la hora del oscurecer, fue fácil escapar a curiosos. Nuestro deber de testigos era doble: echar un ojo a la policía y estar listos para impedir que se pegasen a cuerpo caído. Desde el comienzo del choque empezó el *güero* a desconcertarse. Las manos del desconocido poseían un raro tino de dar con su rostro. Sin embargo, volvió a embestir... Dos o tres veces se lanzó al ataque, sólo para ser rechazado de nuevo con sangre en la cara, por la boca, por las narices. Lentamente el castigo aplacaba los arrestos del *güero* y, finalmente, le produjo lucidez. Echando entonces mano de su don de simpatía, exclamó: “Oiga, usted me la ha jugado. ¿Usted

es boxeador?" "Pa servirlo", repuso el otro, mientras recogía del pasto su saco y se arreglaba la corbata. "Está bien —asintió *el güero*—, lo merezco; me ha pegado usted a la buena. Si quiere, ahí va mi mano." El otro se la tomó cordialmente. Entre todos llevamos al vencedor a una cantina que había enfrente, La América, famosa por los grandes vasos de cerveza rubia espumosa y los tacos de pollo con aguacate. El pugilista acabó dándonos consejos:

—Miren, muchachos: el brazo izquierdo cubre el estómago; el hombro protege la cara, y el derecho pega sin alargarse, poniendo todo el cuerpo en el *swing* o acercándose para el *upper cut* en la quijada.

No nos faltaba dinero para unas cuantas copas; pero precisamente allí, en La América, entraban y salían vuelos de faldas. Imaginábamos en los reservados caderas y torsos que sobresaltan el pecho viril. Era fácil poner gusto de vino en los labios, pero la sed de mujer, y mujer hermosa, se aplazaba constantemente. Y nuestro amor, entretanto, se envilecía en los rápidos, nauseabundos encuentros callejeros que entristecen y debilitan. Tras de aquellos canceles de La América, vedada a nuestra condición, estaba la dicha plena, el placer con suavidades de seda, perfumes caros y labios frescos.

Fuera del círculo estudiantil, casi no tenía otros conocidos que los parientes de Tacubaya. Los visitaba de cuando en tarde y, cosa que al principio me sorprendió, me atraía Adelita, madrastra de mi madre, más que sus hijos. Su fortaleza de alma, su cordialidad y buen juicio reconfortaban. Con los tíos acababa siempre embrollado en discusiones agrias. Ella encontraba siempre la palabra de paz. De los desacuerdos era yo, sin duda, el culpable: les hablaba para exhibir mi ciencia reciente, ufana, y no lograba el efecto deseado. En mi despecho, llegaba a extremos ridículos; por ejemplo: la predisposición que se me desarrolló contra un lejano pariente letrado que todavía no conocía. Pero lo invocaban para contradecirme o para señalármelo como modelo: "Anda, pregúntale a Manuelito; ése sí sabe, él es filósofo". Manuelito era el librepensador oaxaqueño don Manuel Brioso y Candiani, autor de una *Lógica*, catedrático de la Normal de Oaxaca y metido por aquella época en un cargo abogadesco en la Suprema Corte de Justicia. Su fama de filósofo se afirmaba con la caspa que nunca se sacudía del cuello, el mirar distraído y la melena. Varias veces lo había encontrado en casa de los Calderón y, por fin, acepté su indicación de visitarle. Hallélo rodeado de libros, soltero y cincuentón. Me examinó de lógica desilusionándose de mí porque no pude repetirle de memoria reglas y casos de silogismo. Sin embargo, me dedicó su propio texto que nunca leí. Lo tuve por atrasado, en vista de que no aceptaba sin reservas a Stuart Mill, ni era positivista. Los viejos liberales de su género veían con desconfianza el avance positivista. El intento comtista de religión nueva les parecía sospechoso. Estábamos en la era de "las Luces" y no había razón para volver a ocuparse de la religión. Él se decía espiritualista, pero no disimulaba su odio al católico. Se especializaba en pedagogía según direcciones derivadas de Herbert. Yo profesaba un soberano desprecio por la pedagogía, ciencia que ni siquiera figura, reflexionaba yo, en el cuadro comtista. Sin embargo,



me interesaba el caso de aquel hombre. Lo sabía un poco pariente de mi madre por su segundo apellido, Candiani, y él se refería a ella con simpatía: "Tenía talento Carmita —afirmaba—; era metafísica y mística, pero tenía talento; ya veremos si tú logras algo". Examinábalo con la curiosidad que suscita un brote de estirpe que era casi la mía. Y no me halagaba demasiado mirarlo. No sé qué pequeñez se escondía en aquella erudición de autores de segunda. Su misma ambición me parecía mezquina. ¡No sentir la amargura de verse a los cincuenta el autor de una lógica escolar! Por otra parte, su criterio desentendido de los grandes, vuelto de espaldas a Kant y a Comte para construir su vida en torno de Herberts, Krauses, Pestalozzis, me desilusionaba sobre la capacidad de mi clan para la filosofía.

Precisamente la mejor lección que debíamos a Justo Sierra, años antes de que Bernard Shaw la diera, expresaba: "Leed a Homero y Esquilo, a Platón, Virgilio, Dante, Shakespeare, Goethe y, después, volved a leer a Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare..." No dedicar mucho tiempo a segundones más o menos ilustres; enderezar el rumbo con la vista en las cumbres. Y he allí quien se pasaba la vida entre libros y no atinaba a distinguir los jalones, las luminarias de la ciencia. ¡Los anteojos de aquel lejano primo de mi madre servían unos ojos miopes del espíritu! Para él, la Lógica era la máxima ciencia. Y a mí me interesaba, apenas, por los frutos que pudiera darme un audaz raciocinio.

También la orientación de nuestros maestros preparatorianos era contraria al juego de las abstracciones. Para librarnos de su vanidad, había inventado Bacon el *Novum Organum*, la experiencia que contiene sorpresa y puede conducirnos, quizá, a descifrar el misterio. La Preparatoria de mi tiempo vacilaba ya entre la rígida jerarquización comtista y el evolucionismo spenceriano. Le Bon, Worms, Gumplowitz, empezaban a privar en sociología. De positivistas pasábamos a ser agnósticos, con no poca alarma de la vieja guardia comtista.

Otro poder se alzaba enfrente de nosotros, aunque casi no lo advirtiéramos: el colegio jesuita llamado de Mascarones, por la casa colonial que ocupaba. Nuestro contacto con los alumnos del plantel católico era ocasional y motivado por los exámenes, en común cada fin de curso. La política porfirista de la conciliación con la Iglesia había llegado a términos tan civilizados que se reconocían los estudios particulares mediante un examen de tiempo doble, ante los jurados de la escuela oficial. Ninguna animosidad nos distanciaba de los estudiantes del colegio católico, y más bien les admirábamos su buena preparación en humanidades, aunque en su ciencia resultaban deficientes. Nos separaba de ellos principalmente la jerarquía social, pues ningún pobre podía con los honorarios de Mascarones.

## EN JURISPRUDENCIA

Me había matriculado en la Facultad de Leyes, por eliminación. Sin aptitud alguna para el cálculo, la carrera de ingeniero me estaba vedada por mi naturaleza. Una larga convivencia con estudiantes de Medicina me había revelado la exigencia a que se les sometía a aprender de memoria todos los nombres de los huesos con sus facetas y articulaciones. Perdidos, así, en el detalle, y encaminados desde el comienzo hacia la especialización, lo que menos se preguntaban era lo único que me hubiera interesado: el secreto de los procesos del pensamiento; la teoría de la voluntad o la psicología del amor. Todo ello estaba más bien en los filósofos, y para estudiarlo no necesitaba volverme impermeable al yodoformo. Hubiera querido ser oficialmente, formalmente, un filósofo; pero dentro del nuevo régimen comtiano la filosofía estaba excluida: en su lugar figuraba, en el *currículum*, la sociología. Ni siquiera una cátedra de Historia de la Filosofía se había querido conservar. Se libraba guerra a muerte contra la Metafísica. Se toleraba apenas la Lógica y eso conforme a Mill, casi como un capítulo de la Fisiología. Por propia iniciativa, y al margen de la cátedra, habíamos constituido un grupo decidido a estudiar a los filósofos. Antonio Caso, dueño de una gran biblioteca propia, leía por su cuenta y preparaba sus armas para su obra posterior de demolición del positivismo. Yo formaba cuadros de las distintas épocas del pensamiento, de Tales a Spencer, apoyándome en las historias de Fouillé, de Weber y de Windelband.

La disciplina legal me era antipática, pero ofrecía la ventaja de asegurar una profesión lucrativa y fácil. En rigor, era mi pobreza la que me echaba a la abogacía. Si hubiese nacido rico, me quedo de ayudante del laboratorio de Física y repito el curso entero de ciencias. Al entrar a las cátedras de Jurisprudencia advertí como un descenso en la categoría de la enseñanza. No era aquella ciencia, sino a lo sumo lógica aplicada y casuística. La reforma científica no había llegado al derecho; faltábale un genio filosófico que incorporara el fenómeno jurídico al complejo de los fenómenos naturales. Spencer, en su volumen de la *Justicia*, obra de consulta en nuestro curso, ya iniciaba tarea semejante: pero entretanto, el aprendizaje se desarrollaba dentro de las disciplinas caducas. Y mientras el célebre maestro Pallares disertaba en su clase de civil, yo me ponía a leer el periódico en un rincón de la última banca.

Con no hacerme caso me fue ganando el viejo. Enjuto de tez, ojillos penetrantes, frente muy blanca, sienes delicadas y cabellos negros, levemente rizados, sus fieles lo comparaban con Sócrates por la fealdad y por unos sarcasmos que yo hallaba crueles. Hablaba apoyando el mentón en el puño de oro de su bastón, y con gala de impertinencia, exclamaba: "Esto no se los explico porque ustedes no me entenderían... este país de catorce millones de imbéciles..."

Mi irritaba oír todo aquello en labios de un simple abogado. "Sabrá su derecho mercantil —reflexionaba—, pero ¿qué sabe de filosofía?" Ignoraba yo las virtudes del hombre; nada sabía de su vida austera, ni de su constante,

firme protesta, contra el despotismo porfiriano. Generalmente reconocido como el primer abogado de la República, vivía, sin embargo, postergado, y se había hecho inmodesto a fuerza de ser injustamente tratado. A diferencia de tantos otros, debía su cátedra a una oposición y no a nombramiento de la dictadura. Titulado en Michoacán y ferviente católico, jamás había transigido ni con su creencia ni con la farsa y abuso de los hombres de la Administración. A fuerza de tenacidad inteligente, sostenía un bufete de buenos ingresos, pero en los grandes negocios figuraba, si acaso, como consultor, y los honorarios gordos iban a las manos de medianías complacientes con el régimen, protegidos del déspota. Por experiencia sabía que sus mejores alegatos podía echarlos por tierra una sugestión, una consigna del Caudillo. Todo esto lo fui averiguando paulatinamente. Su talento y su ciencia, su íntima bondad bajo la agria apariencia, se manifestaba tardíamente y como a pesar suyo. Al principio era yo del bando que lo contrariaba.

Pues, en efecto, había dos bandos. Contra Pallares estábamos los preparatorianos de la metrópoli, antijuaristas y cientifizantes que nos sentíamos rebajados de estudiar el Derecho Romano, después de haber cursado el plan de Comte en la Preparatoria. En el bando de Pallares se afiliaban los que, habiendo hecho su secundaria en los estados, conservaban el criterio indeciso entre la ciencia y la ideología jacobina. Y aunque Pallares no era jacobino, procedía de la provincia y no era afiliado a Comte. Además, era el rival de Justo Sierra, y los metropolitanos éramos sierristas. Justo Sierra era el poeta, el literato vulgarizador de la teoría positivista en el arte y en la vida. Su obra de Ministro de Educación todavía no comenzaba, pero ya era conocido como el maestro más culto, más elocuente de la época.

Tan elocuente que en su clase de Historia, cada año, arrancaba aplausos disertando con entusiasmo sobre las libertades de Atenas. En cambio, jamás abrió los labios para comentar el derrumbe de las libertades mexicanas. Después de sus discursos helenizantes, el pobre se iba a la Corte a firmar sentencias como magistrado del porfirismo.

Uno de los motivos del desprecio de Pallares por sus alumnos era nuestra ignorancia del latín. Yo había estudiado y olvidado dos años de latín campechano, pero mis compañeros, en su mayoría, sólo habían pasado por el curso de "raíces griegas" que nos daba el maestro Ribas, un judío sefardí muy capaz, pero que, desilusionado de lo poco que podía hacerse en un solo curso, se limitaba a bromear con sus alumnos. Pallares, con razón, se preguntaba: "¿Qué puedo hacer con estudiantes incapaces de entender una cita?" Y no sólo lo decía en clase; lo había dicho en los consejos de las facultades y lo había sostenido en el Congreso.

De allí procedía su choque formal con Justo Sierra. Al discutirse en el Congreso la reforma de la enseñanza, el asunto del latín se había convertido en cuestión de partido. Los liberales estaban contra el pasado porque era pasado y contra el latín porque es el idioma que se usa en las misas. Los positivistas se apoyaban en la autoridad de Spencer que elimina las lenguas

muertas en favor de las vivas, sin duda para que poco a poco vaya quedando sólo el inglés. Así como los liberales eran yanquizantes, los positivistas se creían muy británicos siguiendo a Spencer. Ni unos ni otros se tomaban el trabajo de informarse de que al latín dedican y dedicaban hasta cuatro años todos los colegios de segunda enseñanza de Inglaterra y los Estados Unidos. Se daba, pues, el caso de que un país latino suprimía de sus programas de enseñanza el latín, en tanto que el vecino país sajón multiplicaba universidades y colegios en que el latín es obligatorio. Contra este absurdo propósito que recuerda esas estampas de zulúes descalzos y con sombrero de seda europeo, se levantó Pallares y habló convincente y firme. Pero los diputados... los diputados de entonces, menos ignorantes que los de ahora, mantenían, sin embargo, igual tradición de servilismo. Pallares era un independiente; por lo mismo, un sospechoso. Atender sus razones equivalía casi a traicionar al régimen. Don Justo representaba la opinión oficial; era subsecretario; el Gobierno siempre tiene razón para destruir a su contrincante. Al contestarle don Francisco Bulnes, lo designó cambiándole, de intento, el nombre: "el señor Pajares". Irritado éste por las discusiones, no advirtió el peal, y quiso rectificar: "Pallares, señor..." "Pajares", insistió Bulnes volviéndose a su público. Las risas estallan, la votación se apresura y triunfó la consigna abolicionista de las lenguas muertas. La intelectualidad del régimen proclamó la nueva victoria obtenida contra "las tinieblas". De su derrota injusta guardaba Pallares un rencor mudo que hacía extensivo a todos los que llegábamos de la Preparatoria.

—Según veis —concluía desde su cátedra el sardónico maestro, tras de explicar algún precepto jurídico desconocido por una práctica de abusos—, esto no está al alcance de los catorce millones de imbéciles que componen la República...

—Safo, maestro —me ocurrió a mí gritar un día desde mi banco.

—¿Qué dices, muchacho?

—Que le ruego haga en mi favor una excepción entre los catorce millones...

—Pues sin duda eres tú el más presuntuoso de todos —repuso—. A ver, ¿cómo te llamas...?

Días después, desde su pupitre, para interrogarme improvisó entre burlón y afectuoso:

En la pálida silueta de los cielos  
se destaca tu figura, Vasconcelos.

El hombre áspero ganó fácilmente mi afecto. Pero pasaron muchos años antes de que pudiese apreciar todo el alcance de su lucha ingrata contra el medio que nos incubaba.

## LA PENDIENTE

Hastados de mal comer en fondas y pensiones baratas, también para lograr más libertad, decidimos rentar una vivienda completa haciendo cocina en casa. Entre cuatro nos instalamos, suprimiendo el salón, en alcobas individuales y comedor. Un estudiante de ingeniería, Nacho Guzmán, hizo de jefe y tesorero. Mensualmente le entregábamos nuestra cuota y él se entendía con el servicio. Consistía éste de una vieja criada que hacía de ama de llaves y cocinera, auxiliada de una hija fortachona y cacariza, a salvo, según supimos, del deseo varonil más desesperado. Ocupábamos un interior del segundo piso de un edificio con ocho viviendas. Las del piso bajo eran humildísimas, ocupadas por artesanos y lavanderas. Las del frente de la calle eran habitadas por familias que no veíamos casi ni en la escalera. Por arriba éramos dueños de una azotea, cómoda para estudiar por las tardes y contemplar desde ella las puestas del sol y los tejados vecinos. Varias salidas aseguraban a cada quien independencia completa. Al principio todo fue bien: comíamos con abundancia, eligiendo los manjares a nuestro antojo. En vez de Renato, que temporalmente suspendió sus estudios, teníamos ahora de compañero a José Santos, también de Piedras Negras o de Sabinas, que ya cursaba el último año de Medicina. Lo visitaba y convivía a veces con él una Lola, su amante, y afanadora de un hospital. Ocupaba otra habitación *el Chango*, estudiante de leyes, guitarrista y poeta. Nos visitaban compañeros de diversas facultades, invitados a comer o simplemente a la charla y la divagación de las canciones y los devaneos amorosos.

Con frecuencia faltaba a clase, aburrido de traducir y comentar las *Pandectas*, y acompañaba a Santos o a Olvera a sus prácticas médicas. Llegué a saberme de memoria todas las salas del espantoso Hospital Juárez, a la vez hospital de sangre para las víctimas de los crímenes, los atropellos de la ciudad y asilo general de alcohólicos, hepáticos, los cancerosos, reumáticos, venéreos y hasta leprosos. La cantidad de horror que allí se podía ver en sólo una mañana supera a cuanto hayan imaginado las más sombrías literaturas. A tal punto que después de contemplar los tumores y las llagas, casi no impresionaba el anfiteatro, con su media docena de cadáveres despedazados sobre planchas impregnadas de la pestilencia inconfundible: la cadaverina... Bastaría recordarla para quitarnos toda posibilidad de sensación voluptuosa fundada en la atracción de la carne.

Cuando penetré por primera vez al anfiteatro, un practicante aserraba con calma el cráneo recién rapado de un muerto. La cabeza de otro cadáver al lado tenía ya cortada la tapa y se veían en los sesos las circunvoluciones. Aquella ocasión, de regreso del hospital, no pude comer. Al día siguiente comí doble. Contra la tenacidad del cuerpo que insiste en vivir y gozar, hay el disolutivo eficaz de la cadaverina. Pero en auxilio de la vida llega el olvido y actúan las apetencias. Con todo, años después, en la voluptuosidad de un amor que declinaba, sentí de pronto algo como el tufo de la cadaverina.

Como si el interior de la entraña se adelantase y se diese a la muerte antes que la piel y el rostro, antes de que la muerte se imponga.

La cadaverina: Pero ¿de qué sirven las profundas lecciones a una juventud en frenesí, sedienta de goce? Con todo y la dosis matinal de cadaverina, por las noches corríamos tras de las más humildes faldas.

Cierta mañana curamos a un herido; detrás del practicante iba la afanadora con la gasa, las bandejas esterilizadas. Recostado sobre sus pobres almohadas el enfermo descubrió el pecho. Sobre la piel morena, a la altura de las tetillas, se abrió una especie de boca con labios violáceos; el practicante pasa un algodón, luego tapa con gasa. Al concluir el recorrido, pregunto por lo bajo:

—El de la puñalada ¿no está muy mal?

—Pst... —contesta—; si esta noche le entra la fiebre, mañana está muerto.

En el extremo de los patios, ya fuera del pabellón, en unas barracas, moraban los leprosos; uno asomó sin narices...

—¿Los curas? —interrogo.

—¡Bah! Son incurables; los recoge la policía de las calles cuando ya están imposibles, y aquí se van deshaciendo despacio.

La sala de operaciones es el sagrario del hospital. Las batas blancas recuerdan el sobrepelliz del sacerdote. Los instrumentos bruñidos, hervidos, reciben honores de reliquia. El operador dirige con la mirada, los ayudantes trajinan, los alumnos forman grupo reverente. El enfermo, arrastrado en su camilla, es lo que menos importa; representa un caso en un largo registro de casos. A una señal, aplican las enfermeras la mascarilla del cloroformo; el olor nauseabundo se difunde como incienso de aquel ceremonial cuyo objeto es aliviar la carne, aun a despecho del alma. Empieza el enfermo a divagar; en seguida, en *crescendo* patético, se lamenta como mártir en el tormento. El sabio operador malhumorado dice a los alumnos:

—Estos alcohólicos consuetudinarios despliegan una sensibilidad morbosa para el cloroformo.

Por fin, y después de que ha chorreado una o dos veces la cánula del anestésico, se inicia el estertor, se apagan las quejas del enfermo y empieza a rasgar el bisturí. Las manos del médico se van llenando de sangre; corre sangre por la piel cetrina de la víctima; blanquea el tejido sebáceo y aparece el rojo lastimero de la entraña; su palpar desamparado, desnudo, produce vértigo. Una corriente nerviosa quebranta cada coyuntura y muere en los talones; durante un brevísimo instante tuve necesidad de buscar el apoyo del brazo de mi compañero de pensión. Todos atentos a la faena operatoria, nadie advierte mi momentáneo desfallecimiento; me quedó en la boca un sabor de podredumbre. La cosa no termina; extráese materia sanguinolenta, se habla de tumores. Las operaciones siempre terminan bien; ahora que, es claro, el enfermo comúnmente fallece... de alguna complicación. ¡La cirugía es infalible; el porvenir de la Medicina, la cirugía! El coro de los convencidos, nuevos creyentes de la religión terapéutica, se dispersa por las salas, regresa al centro de la ciudad.

Ya en el tranvía, el pequeño grupo de estudiantes veteranos se cuentan historias: Operaba don Tobías... encontró un enfisema; al revisar la tarjeta del enfermo, rápidamente había observado su profesión: músico. Con la prueba escondida, don Tobías diserta sobre las afecciones del diafragma, ocasionadas por los instrumentos de viento. Concluye la operación, despierta el operado, y don Tobías, triunfal, pregunta:

—¿Qué instrumento tocas, hijo?

—Doctor, la tambora...

No sé cuánto tiempo me duró la obsesión. Quería verlo todo y ensayarlo, bajar a todas las cavernas de la miseria biológica. También revisar el aparato humano en su normalidad. En un alto de la escuela de Medicina, Olvera se pasaba largas horas de la noche practicando disecciones. A menudo me llevó para encomendarme tirar de un tendón, mientras él ligaba, descubría los haces, las fibras. Ponía en su tarea un orgullo de artista. La preocupación de la estética se prolonga al terreno de lo macabro.

—Mira qué linda pelvis —exclamaba alguno delante de las vitrinas del museo escolar—, buen forro ésta... fea la otra.

Y así, entre las osamentas, restablecíanse las categorías del apetito erótico.

Y conocí algo peor. La obsesión del practicante de Sanidad, amigo de nuestro grupo. Viendo pasar las favoritas del mundo elegante, mezcladas al paseo dominical de Plateros, apreciaba, según detalles inimpresionables de las partes secretas, mientras los ingenuos admirábamos las pestañas o el talle de las bellas.

Cierto cinismo sentimental, fruto de su hábito de ver únicamente la carne, volvía molesta, en ciertas ocasiones, la compañía de nuestros futuros médicos. Había en sus charlas eróticas algo de la crudeza y desazón del higienista que explica cómo se han de masticar los alimentos a fin de asegurarles la eficacia nutritiva. Nos quita las ganas de comer.

Sin embargo, me fue preciso recorrer todo el viacrucis médico. La casa de las locas se hallaba cerca de nuestro domicilio de la calle de San Lorenzo, en la Canoa, donde hoy está la Beneficencia. Acompañado del practicante, tras-puse el zaguán, atravesé el patio; una gritería confusa, estridente, sacudió mis nervios. “Son las ninfómanas —explicó el practicante, tranquilizador—. Apenas ven pantalones y gritan obscenidades, invitaciones de pesadilla.” Por San Fernando, en otro ex convento, se hallaban instalados los locos. Sala primera, camas sin patas, los epilépticos. Apariencia normal; de repente, el vértigo, las contracciones, los gritos acompañados de una angustia que sale a la boca en espumas.

Departamento de cretinos, dientes enormes, miradas gelatinosas, babeo. En seguida los melancólicos, pacíficos, pero expuestos a accesos de furor, perdidos en horizontes irreales. Luego, los enajenados, consumando paseos interminables o entregados a crisis furiosas... El que se cree el emperador Moctezuma, el que quiere cogerse el índice sujetándolo con la izquierda y arrebatándolo con su misma mano derecha. En otra sección, los subnormales; pero fuera de allí, en el éxito y la fama, estaban otros, según Lombroso,

según Nordau, idénticos, por más que la humanidad los venera como genios. También el genio era un desarreglo, un caso de patología. El médico, sacerdote de la religión de la ciencia, entraba, con su escala de temperaturas y su registro de síntomas, en las cámaras más ocultas del laboratorio de la ciencia. Entre el criminal nato y el profeta apenas había una barrera accidental. El misticismo de Santa Teresa era un caso de excitación erótica reprimida. La charlatanería literario-terapéutica de las glándulas y las secreciones endocrinas estaba a punto de iniciarse con Voronoff. Pero todo aquel triunfo de la Ciencia, triunfo de la carne, con sus ritos de asepsia, sueros y bacilos de Metchnikoff, se unificaba en estelas de yodoformo.

Era preferible volver donde los locos con las ideas abstractas, sitio de reunión en los bancos de la Escuela de Jurisprudencia. Tardes lluviosas y melancólicas, recargadas de la fragancia del jardín, divagaciones y bostezos. Tristemente fumábamos soñando en las tardes que vendrían, lluviosas también, pero al abrigo de una alcoba con cortinajes, donde una amada perversa y hermosa vertería licores después de las fatigas del amor.

#### CONATOS DE PASIÓN

La gran necesidad de afecto del joven que vive aislado, complicándose con los deseos eróticos de la adolescencia, conduce inevitablemente a enamoramientos disparatados; súbitos ataques de epilepsia espiritual. Hay quien los evita intoxicando la fantasía con juegos de pasatiempo como las damas y el dominó. Por ejemplo: el médico nato, Olvera, se pasaba las tardes del domingo entregado a las complicaciones del ajedrez. Yo he detestado siempre los juegos. Veo en ellos la más tonta manera de usar el más precioso tesoro de cada existencia, su tiempo limitado, contado y que, por lo mismo, es necesario exprimir, aprovechar, gozar, en último caso sufrir, pero nunca, jamás, desperdiciar. Alarmado, pues, del tiempo que corría inútil como si una vena de la propia sangre corriese perdiéndose, arrastrándonos al vacío del no ser, me angustiaba de las horas sin empleo valioso. Ensayaba escribir; pero apenas traducía mi pensamiento en signos, las ideas perdían toda su profundidad; lo escrito me desencantaba, me irritaba como una traición a mi esencia singularmente valiosa. La charla con los amigos se hacía aburrida. Cada uno en la discusión buscaba exhibirse. A mí la discusión me exaltaba, me llevaba a proferir enormidades en júbilo soberano. De un extremo a otro de la habitación caminaba como con alas en los pies. Mis potencias y mi ser, y aun mis células orgánicas, se bañaban del esplendor inesperado y se aprestaban a la cita. Todo lo que me componía y constituía se alzaba fulgurando, listo para la elección escondida en la entraña del tiempo, desde antes de mi nacimiento y de mi formación.

Cuando ya la soledad me tenía así, transido de sus visiones, saltaba a la habitación donde los compañeros jugaban cartas, fumaban. "Vamos a algún



lado, muchachos”, proponía alguien... Se levantaban dos o tres, a veces todos juntos nos íbamos por el barrio, por frente a la novia de alguno o por los sitios de diversión que puede frecuentar el estudiante.

Nos habían hablado de un café recién abierto, por Santa Brígida. Lo regentaba un español que le puso por nombre no sé si La Alhambra, y consistía su novedad en el servicio a cargo de bonitas meseras. Una muchedumbre dominical, ruidosa, plebeya, ocupaba ya casi todas las mesas. Tras de alguna espera, logramos acomodarnos en torno de una los cuatro amigos. Se acercó a servimos de uniforme y delantal una joven agraciada. Después de alguna frase de galantería pedimos nuestras copas. En derredor observamos la algazara; irrumpió una orquesta. Entre el humo de la clientela, regresó nuestra camarera, seguida de otra que le ayudaba a servir y, seguramente, le quitaba los admiradores, pues era una morena esbelta de cara oval, ojazos y trenzas negros... Empezaron mis compañeros a celebrarle la hermosura; sonreía ella complacida. Deslumbrado, la contemplé a la vez que un deseo violento, pasión en *coup de foudre*, me levantó del asiento... Por entre las sillas logré alcanzarla y le planté un beso tronado en la mejilla. La imprudencia molestó a los parroquianos de al lado, con quienes acaso tropecé; nos hicimos de palabras, hubo sillas levantadas en alto, intervino el propietario, nos amenazaron y sisearon; por fin pagamos y nos marchamos despacio para no aparecer corridos...

Despreocupadamente caminamos varias calles; atravesamos casi la ciudad para retornar por nuestro rumbo, pero empecé a sentir una inquietud irrefrenable. La visión de la cara besada a medias me obsesionaba. Apenas cenamos, ya solo, regresé al café. Un público diferente, menos numeroso, sirvió lo suficiente para que pasase inadvertida la vuelta que di buscándola, y la señal con que le pedí que viniera a servirme. Llegó frente a mí toda risueña; la invité a beber, se sentó a mi lado y dio comienzo una amistad larga y accidentada.

Se llamaba María Sarabia; decía ser de por Guanajuato o por Jalisco. Aseguraba vivir con su madre en el último extremo de la ciudad por las calles del Ferrocarril. A las dos de la mañana, libre ya de su trabajo, acostumbraba marchar sola a su casa. Sin embargo, yo podía verla cuando quisiese en el café, y quizás más tarde saldríamos a pasear juntos. Eran suyas las mañanas y las tardes hasta las seis.

Ni los patios de Jurisprudencia, ni las clases de los amigos volvieron a verme en varias semanas. Dentro del café le hablaba lo menos posible; pero cuando entraba a su trabajo, yo la acompañaba a la puerta, y si salía para cenar, la llevaba por las fondas baratas del barrio. Platicándole, mirándola, se iba veloz el tiempo. A veces, a las once o doce de la noche, interrumpía la lectura o el estudio para correr desde mi cuarto hasta el innoble café a fin de verla otra vez.

Pronto dio en visitarme. Su presencia en la casa no llamaba particularmente la atención, porque todos los compañeros tenían, quién una novia, quién una amante que solía vernos. A menudo María se presentaba con una compañera. Organizaba entonces el cuarteto con uno de los colegas, y nos marchábamos de paseo, rematando siempre en alguno de los bares estudian-

tiles. Su oficio de camarera la había hecho bebedora. Los estudiantes bebíamos por presumir de calaveras y de románticos.

Bebíamos por pobreza y por tristeza. Quizá eso mismo ocurría a nuestras compañeras. A veces, cuando en la casa había quien tocara la mandolina y la guitarra, improvisábamos bailes que nos dejaban enardecidos de mujer y quemados de alcohol. Sin embargo, aquello era vivir; el genio baja a las profundidades del abismo, decía cualquier Zaratuza criollo. Echarse a la perdición era un heroísmo... y no se era hombre si no se apuraba la copa de la vida "hasta las heces". Así nos curábamos del mal vivir. Todo con versos de Musset y literatura de Dumas hijo.

La linda perdida de largos cabellos oscuros, labios enloquecedores, talle flexible y largas ancas envueltas en falda roja, era la imagen viva de la angustia que puede tornarse en goce. Bien se podía prescindir de todas las promesas de una existencia heroica, vencedora, con tal de pasar un año o unas semanas enredado en su carne, pendiente de sus labios. Sin embargo, no se entregaba. Sonreía, y una como oleada de tristeza le tornaba pálido el rostro, la mirada distante. "Sé bueno —insistía—, quiéreme bien..." Con decirlo, quedaba domeñada la urgencia y una ternura honda enlazaba las manos, súbitamente tranquilizadas. Nunca ni una palabra de respuesta a mis preguntas sobre su origen, sus padres, sus amores.

—¿Tienes novio?

—Sí, tú eres mi novio.

—¿Tienes amante?

—No sé, no me preguntes...

Y aunque en distintas ocasiones la acompañé hasta la calle misma en que vivía, nunca quiso informarme ni del número exacto de su vivienda...

—¿Para qué quieres saber? Yo he de verte... mañana, a tal hora, en tal parte... —Y aparecía otra vez jovial, deslumbrante.

A veces, impaciente, dejaba de concurrir a sus citas. Excitado por mis compañeros me proponía mandarla a paseo. Me vencía, absteniéndome de buscarla por el café. De repente, la tarde menos pensada, se presentaba en nuestra casa, más bella que nunca, siempre con su falda de color vivo, ajustada a las más lindas piernas del mundo.

Sentada en mi misma cama se soltaba la trenza, se dejaba acariciar. Luego se peinaba, me resistía. Adorándola, le mandaba traer refrescos, nieve, jerez, aguardiente, según su capricho. Entonces charlaba, bromeaba con los compañeros. Nuestra criada le ofrecía de comer, la agasajaba. Se recostaba para descansar; luego, incorporándose, preguntaba:

—¿Me acompañas?

Y a menudo, por andar recorriendo salas de baile y cantinas, faltaba al café; pero después, a medianoche, se despedía y se me volvía a perder en el misterio.

Entretanto, yo deliraba. Tras de mucho pensarlo, resolví que mi deber era salvarla, recogerla del fango, casarme con ella. Un día se lo propuse y se rió, pero dulcemente me apretó la mano...

—Estás loco...

Mas yo lo pensaba en serio. Revestía de abnegación y piedad mi deseo voluptuoso y me convencía de que era mi deber ligar su destino al mío "ten-diéndole la mano". Hice mis cálculos. Buscaría trabajo, mandarí al diablo los estudios... Sólo que, pensándolo bien, había un pequeño inconveniente: Recontando fechas, resultaba que tenía yo diecinueve años; el Código exige en estos casos el consentimiento paterno... Ni me atrevía a pedirlo, seguro de una terminante y alarmada negativa. Era mejor esperar; por ella misma era mejor esperar... pero, mientras tanto, ella debería comprometerse conmigo en una alianza espiritual.

No obstante que nuestros paseos eran bien modestos, el dinero me empezó a escasear. Muchos libros y algunos muebles que al instalarme me había dejado mi padre cogieron el camino de la casa de empeño. Con la mejor intención de sacarla del fango, yo me iba hundiendo. Y empezaba a cansar a los amigos con solicitudes de préstamo... ¡Era tan bello estar todo el día y también de noche embebido en su hermosura!

El primer contratiempo me lo proporcionó mi impaciencia. Sin advertirla, me dirigí una tarde al café. Me encontraba yo en la acera de enfrente, cuando la vi salir del brazo de un tipo robusto y apuesto. Iba él ufano; ella no me vio. Un pensamiento humillante formuló dentro de mí esta pregunta: "¿Por qué ahora no la asaltas, como cuando el beso en público?" La sorpresa me dejó clavado en la acera y un miedo vil contuvo mis ímpetus. Me sentí despreciable. No me enojaba contra ella; me dolí de mi impotencia; ni dinero para pagar ni fuerza para disputarla. Llegué a la casa sintiéndome como si me hubieran golpeado, y a gritoabierto conté mi lamentable decepción... "¿Pues qué te habías creído?", prorrumpieron los camaradas... "¿Para qué te metes de enamorado de p...?", dijo otro. "¿Ni qué derecho tienes para intervenir en sus asuntos?", aclaró Guzmán. "Además, es una fortuna que no te hayas atrevido a hablarle —observó *el Chango*—, porque el sujeto ese te habría dado una golpiza con todo derecho, puesto que iba con ella." Me pegaban así, con saña, llevados a la sana intención de curarme y, también, con secreta complacencia de mi derrota.

La gran herida me quedó abierta hasta el punto y momento en que ella se presentó una tarde, cuando ya desesperaba de verla. Iba fresca y jovial... "¡Anda, acompáñame... mi novio querido..!" En vez de rechazarla, según había ideado, la seguí con mansedumbre. La idea de que nada podía ofrecerle me volvía juicioso, complaciente. Más tarde tendría poder y fama; entonces la protegería, la recogería de donde cayese. Si de pronto estábamos desamparados, seguramente el futuro sería nuestro. Meditando así, a su vera, la acompañaba sin comunicarle mis fantasías.

[*Obra selecta*, estudio preliminar, selección, notas por Christopher Domínguez Michael, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1992, pp. 137-175.]

## LA TORMENTA (Fragmento, 1935)

### DESTITUCIÓN, CÁRCEL Y FUGA

Alejado voluntariamente de actividades políticas directas, me dedicaba más bien a reconstruir mi vida profesional, confiando en que a la postre, como casi siempre ocurre, todo se arreglaría solo y en forma de que se pudiese trabajar en paz. En lo personal no tenía un solo enemigo; las gentes que rodeaban a Carranza más bien me demostraban simpatía. No veían en mí un competidor para los puestos públicos y todos tenían que reconocerme una hoja de servicios revolucionaria impecable. Y me veía con los del Gobierno y con los de la oposición, o sea los villistas, que, por cierto, a poco de llegados en misión de paz, fueron a dar a la cárcel. Allí fui a visitarlos en sus celdas de la Penitenciaría. Era una vergüenza para la revolución tener bajo rejas, como criminales, a personalidades tan ilustres como don Manuel Bonilla, ex ministro ejemplar de Madero y hombre tan por encima de Carranza en patriotismo, capacidad y abolengo revolucionario. Sin embargo, sin aprobar que se les tuviera presos, les censuraba, y así se los hice presente, que figurasen como consejeros y como aliados políticos de Villa que, con todas sus dotes de guerrillero, no se merecía ciertamente la adhesión subordinada de gente de categoría nacional.

Cierta ocasión me encontré en la calle a don Manuel Amaya, el jefe del protocolo de Carranza y su mayordomo y consejero favorito; uno de los hombres más influyentes del instante. Y don Manuel, que era un buen rústico, mal enfundado en la levita protocolar, un fronterizo de tez clara y simpático, me hizo subir a su coche y me llevó a Palacio.

—Quiero que vea, licenciado, la idea que hemos tenido; usted, que entiende de arte...

Y me mostró en el salón de acuerdos un óleo enorme y hórrido, acabado de pintar por un retratista de alquiler. Al centro, enlevitado, estaba Carranza, con la banda presidencial en el pecho, la cabeza en las nubes y las manos extendidas en dirección de dos enanitos: Juárez, que le tendía la Constitución y las Leyes de Reforma, y Madero, que le ofrecía la bandera del Plan de San Luis.

La alegoría grosera resultaba tan de mal gusto, tan extemporánea y servil, que de no haber conocido a su autor probablemente me hubiera deshecho en vituperios, porque, en realidad, aquello era faltar al respeto a Carranza. Pero conociendo a don Manuel me limité a sonreír como ante el juego pueril de un niño. Nunca sospeché que con aquel cuadro iniciaba el señor Amaya una práctica repetida por cada uno de los sucesores de Carranza: la de hacerse pasar, cada uno en su efímero instante, como el eje de la historia nacio-

nal. ¡El payaso de cada uno de los sainetes trágicos de un proceso imbécil de disolución e ignominia de toda una raza; eso sí lo es cada uno! Y la ignorancia pétrea de cada uno de estos "Supremos" facilita la tarea del adulador.

Me reí a poco de dejar a don Manuel en el Palacio de los Virreyes. No comprendí en mi ingenuidad que me acababa de ser mostrado el símbolo de un dogma que a sangre y fuego sería impuesto a los mexicanos. Haciendo honor a don Manuel Amaya, la prensa, toda en manos de Breceda, empezó a desarrollar la exégesis del carrancismo. El Plan de Guadalupe era la piedra fundamental. Los signatarios del papelucho eran apóstoles de nuevo cuño, y para tener derecho a la vida era menester suscribir adhesión incondicionada a la Trinidad maniquea de Carranza, primera persona, Primer Jefe, y Juárez y Madero, los mozos de estribo, los precursores semiinconscientes de la grandeza carranclana.

Y cada uno de los altos funcionarios comenzó a opinar en letras de molde: "La energía de Carranza sobrepasa la de Juárez" (Rip-Rip); "el talento de estadista de Carranza era de proporciones continentales" (Fabela); "siempre he sido independiente; pero ante el caso extraordinario de Carranza me declaro incondicional" (Luis Cabrera), y así sucesivamente, hasta que un día llegó la pelota del juego de prendas en que se exigía un favor para Carranza, un disfavor para Pancho Villa, al modesto bufete mío de la calle del Uruguay. Y como llevaba semanas de estarme conteniendo porque no quería que al romper con los carrancistas se me catalogase de villista, reprimí una vez más mi sangre irascible, y en vez de contestar una majadería manifesté que no hacía declaración alguna porque no quería contribuir a la discordia ya encendida.

—Pero entonces —insistió el reportero, carranclán aleccionado—, ¿usted no se define?

—Muy bien; si quiere usted tomarlo así, diga que no me defino; haga lo que quiera.

El diario en cuestión no dio reportaje; pero a los dos o tres días de la entrevista que relato recibí un papel de oficio en que se me notificaba mi cese como director de la Preparatoria. Junto con el oficio me llegó recado de Plagianinni. Estaba muy apenado; él hubiera querido darme oportunidad de que renunciara; pero el Primer Jefe había insistido en que no se me pidiera renunciar: en que se mandara el cese. La mezquindad del proceder era típicamente primerjefista y denunciaba al hombre que después de pasarse media vida en posición servil, al verse con mando trata de humillar a los hombres altivos.

Al salir de la Dirección dejé un recado escrito a lápiz: "Les regalo mi sueldo de los días que aquí he trabajado".

Y no me fui con los villistas, como pudieron suponerlo ciertos canallas; ni me comuniqué con la oposición, ni salí de la capital. Entonces empezaron a molestarte con avisos oficiosos de que sería aprehendido, de que debía esconderme.

—No me esconderé; me harán un favor si me aprehenden —repuse—, porque el Gobierno de Carranza está cayendo y mañana resultaremos héroes sus enemigos.

Y seguí asistiendo con regularidad a mi bufete y mostrándome por todas partes. Sólo que ya desde ese momento los Manuel Amaya del régimen no me saludaban, eludían mirarme. Y era del régimen toda la gente a la vista, porque los que no lo eran tenían que permanecer escondidos, temerosos de indignos y usuales atropellos, y todos los del régimen eran Manuel Amaya...

Pero, ¿qué puede toda una banda contra un hombre dichoso? Y yo lo era, porque tenía juventud y amor y de nuevo comenzaba a ganar dinero y estaba de bodas o de rebodas con mi Ciudad de México y me deleitaba la reconquista de sus panoramas, la dulzura traicionera de su popularidad... ¿Qué importaba toda aquella gente zafia?

Ni siquiera dentro de la revolución dominaban. Se sabía ya del fracaso de Carranza para entenderse con Zapata. Zapata se sentía inexpugnable en su región y exigía que Carranza abrazase "el Plan de Ayala". El Plan de Ayala era una réplica del Plan de San Luis, adaptada a la fatuidad del guerrillero suriano. También en torno a Zapata había intransigencia y dogma. Según el zapatismo, todos eran traidores, y el primero de todos, Madero; únicamente Zapata rescataba el programa revolucionario y la exigencia agrarista. Las tierras todas del estado de Morelos habían caído en poder de los zapatistas y cada general, incluso el propio Zapata, se había adjudicado un rancho. Un poco más tarde, al caer el zapatismo, los generales de Carranza se harían de las haciendas que fueron de los porfiristas y que brevemente ocuparon los zapatistas. Una década más, y Calles y el embajador Morrow se pondrían a discutir planes para la solución del problema agrario de Morelos, desde lujosas fincas consolidadas en su provecho. Esto es lo que todavía llaman revolución. En las semanas todavía prometedoras que precedieron a la Convención de Aguascalientes, todos confiábamos en las grandes cosas que pronto tendría que hacer la revolución.

Furiosos por su fracaso ante Zapata, los carranclanes soltaron las lenguas del ultraje y la calumnia. Todos los no carrancistas éramos desleales; el Primer Jefe nos había hecho, nos había dado. A mí no me había dado nada, y más bien el Primer Jefe me debía los servicios de revolucionario que presté, casi siempre, gratuitamente, mientras el propio Carranza disponía, no de su sueldo, sino de todo el Tesoro público. Pero molestaba el concepto odioso que de la lealtad tienen algunos perros. Pues se vuelve la lealtad pestilencia cuando de ella nos valemos para encubrir complicidades de siervo, deshonestidades notorias, sólo porque un mal jefe nos dio dinero o posición y honores. En suma: lealtad al tirano es complicidad en el crimen, no gentilhomía ni ley de caballeros. El caballero se debe a su conciencia y su honra antes que a potestad humana cualquiera. Y si eso no es caballería, peor para la caballería; pero estoy seguro de que es cristianismo, porque el cristianismo tiene en la ley moral una patria superior a todas las que forja la historia o engendra una raza. Ni la patria tiene el derecho de pedirnos vilezas, mucho menos un Primer Jefe de banda.

Y como la jauría oficial no ladra en vano, muerde a veces aun sin ladrar, no pasó una semana, desde mi expulsión de la Preparatoria, sin que cayera sobre mí la garra del tiranuelo. Me aprehendieron en la calle los esbirros, con menos miramientos que los que me había dispensado la policía de Victoriano Huerta, y me llevaron a la Inspección de Policía, situada en el mismo edificio en que me había tenido preso el huertismo. Sólo que ahora, del jefe de la policía al último oficial, todos eran conocidos y se decían apenados de tener que retenerme.

Con todo, me encerraron con más de una docena de reos políticos, en su mayor parte ex huertistas. Y con dificultad me comuniqué con el exterior para avisar a mis familiares.

Pasadas las horas de la ira, mi encarcelamiento empezó a darme gusto. A ninguno de los despotillas que se han sucedido en México le he tenido la paciencia que demostré a Carranza. Y es que el hombre, en su torpeza, daba lástima. No sabíamos todavía que fuese tan malo y nos inclinábamos a perdonarle sus necesidades porque se le veía de poca estatura para la tarea que el azar le echaba encima. Pocos lo habían defendido como yo, en los días negros de su impotencia, por Coahuila y Sonora... y me pagaba con una canallada pequeña... pues, en efecto, a las pocas horas de mi detención recibí aviso de que el Primer Jefe deseaba ponerme en libertad muy pronto, pero no podía menos de tenerme detenido, para escarmiento de los tibios... para darme una oportunidad de que me declarara carrancista...

La orden de aprehensión decía: "A disposición del Primer Jefe". ¡Era yo preso de categoría! La mayor parte de los otros presos, personas de buena clase social, estaban allí por orden del coronel X o a disposición del capitán Mengano. Todo el que tenía algún mandó de fuerza mandaba aprehender, a su antojo, al más encumbrado y al más humilde de los ciudadanos. En general, bastaba con pagar un rescate para salir a la calle, no precisamente a la libertad, pues se daba el caso de que el acabado de libertar fuese aprehendido de nuevo por otro jefe deseoso de venganza o de botín. Toda la población prácticamente se hallaba a merced de un pretorianismo caótico y voraz. Salvo, por supuesto, los extranjeros. Y esto es lo más vil de los santannismos que padecemos: la bajeza con que se arrastran delante del norteamericano y el desdén con que tratan al connacional a quien tocó perder.

Entre las humillaciones que como detenidos padecíamos, estaba la de tener que cargar con una tabla que a escote habían adquirido los presos de distinción, para poder usar el retrete que los presos comunes y los gendarmes mantenían en estado espantoso.

Entre los detenidos había un español bajo de cuerpo, arrugado y de ojos azules, cuyo delito era haber sido barbero ocasional de Victoriano Huerta. El buen hombre me tomó afecto y me ayudó prestándome pequeños servicios de amigo. Explicaba su relación con Huerta diciendo:

—Me trató siempre bien, me dio propinas generosas; ¿por qué he de hablar mal de él?

Aquel caso de lealtad, primitivo y todo, era más limpio que la lealtad que exigían los carranclanes, pues no es lo mismo demostrar respeto por un caído que ufanarse de lealtades que producían jugosas posiciones. Aliviaba contemplar el rostro siempre afable de aquel "gachupín" humilde ante la vida: más altivo, sin embargo, que sus carceleros, porque su misma falta de ambición y el hábito de debérselo todo al propio esfuerzo le daban una tranquilidad, una dignidad envidiables. Los demás presos eran, en su mayoría, ex políticos del régimen caído, que ahora bufaban contra la tiranía; pero en su época nunca dejaron de colaborar con el otro despotismo. Les tocaba, por el momento, estar abajo; pero cuando estuvieron arriba se portaron como ahora se portaban esbirros y polizontes.

El jefe de la Policía, un antiguo maderista, habituado a verme en posición más alta que la suya, eludió encontrarse conmigo; pero el segundo, un militar joven que no debe de haber hecho carrera con los carranclanes, me mandó llamar una tarde y me dio la libertad del edificio; me ofreció su propia oficina, alegando:

—Podré consultarlo como abogado en algún caso difícil que se presente.

No lo vi más porque a menudo se ausentaba; pero le agradecí mucho el gesto.

Por la noche me permitían tender mi cama en una de las oficinas de la planta alta. No tenía el sitio otro inconveniente que obligar a levantarse a las cinco de la mañana para dar lugar a los barrenderos que temprano hacían la limpieza del local. Entre escritorios y teléfonos se alargaba mi catre de campaña, y previendo alguna ocurrencia como las que se ven en el cine, mandé pedir a casa un par de sábanas de lino, grandes y resistentes. Pues, en efecto, había comenzado a obsesionarme la idea de escapar por mi cuenta, antes de que el Primer Jefe decidiera "levantarme el castigo".

Y se lo conté a don Agustín del Río. Era este don Agustín un español de la clase acomodada. Excelente amigo que casi cada tarde me acompañaba una o dos horas y me llevaba la murmuración del día. Sus amistades estaban todas entre los carrancistas más encumbrados; así es que a mí me visitaba por lealtad de la buena; es decir: porque había sido amigo y aun un poco mi cliente en la época maderista, en que mi amistad contaba... No cabía duda; allí estaba en don Agustín otro caso de lealtad de caballero, lealtad con el débil, con el amigo en desgracia. La otra lealtad, la que practicaban los carrancistas, lealtad con el déspota que traiciona su propio programa, era una lealtad de rufianes; no era lealtad: era hedor.

Don Agustín del Río me llevaba buenos puros, buen vino y sanos consejos; frisaba en los cincuenta y poseía la experiencia del éxito; su fortuna estaba saneada.

—No intente esa aventura —me dijo cuando le hablé de mi fuga—. Le puede pegar un tiro un centinela o, peor aún, lo sorprenden en el acto de huir y lo ponen a usted en ridículo. Además, le aseguro que pronto lo libertan porque así les conviene hacerlo. Y si no lo libertan los carrancistas lo liberta-



rán los villistas, porque antes de un mes estarán aquí. Ya Carranza se dispone a evacuar la capital...

—Pues no, don Agustín —respondía yo en broma y con terquedad—. No me libertarán ni Carranza ni Villa; me libertaré yo mismo.

Me halagaba jugarle una burla a Carranza y también, justo es confesarlo, deseaba exhibirme ante Adriana. Lo más ridículo del macho es ese afán de enseñar las plumas, que se apodera del gallo en celo y del hombre que todavía no se ha castrado moralmente a fin de libertar sus juicios de toda perturbación fundada en el sexo.

Lo mismo que a mis familiares, había prohibido a Adriana que me visitase en la cárcel. Con mis ojos vi cómo una hermosa que visitaba a uno de los compañeros de cárcel, antiguo general de los de Huerta, acabó por aceptar las galanterías de uno de los generales nuevos que rondaban la Inspección. Pero me comunicaba con Adriana por interpósita persona y ésta me informó que cierto ex discípulo, casado con una amiga de Adriana, me ofrecía su casa para esconderme si lograba salir del cautiverio. Esto me acabó de decidir.

La oficina en que dormía estaba contigua al salón principal de los altos, en el cual despachaban hasta medianoche los oficiales de guardia. Después, apagando a medias las luces, echados sobre los sofás, dormitaban hasta el amanecer. Tenía este salón principal no sé cuántos balcones a la calle. Y eran esos balcones la única posibilidad de escape, ya que abajo, en el zaguán, había guardia permanente de centinelas y escolta. A medianoche se cerraba el zaguán y los centinelas se quedaban en el interior del edificio. La calle quedaba vigilada entonces únicamente por dos gendarmes apostados en las esquinas de la manzana en cuyo centro se hallaba la Inspección. La fuga tenía que consumarse, en consecuencia, después de medianoche, cuando los oficiales dormitaban en los divanes, pasando por frente a ellos, abriendo la puerta de algún balcón y saltando desde allí a la calle, por medio de las sábanas que me servían de cobertura. Llegar al balcón sin que lo sintieran los oficiales de guardia era la primera parte de la fuga y la segunda, descolgarse con las sábanas sin que lo advirtieran los gendarmes de los dos extremos de la calle, que toda la noche hacían su ronda por las avenidas laterales.

Aseguraron los diarios, al comentar posteriormente mi fuga, que la había consumado con la ayuda de una hermosa dama que me había esperado en un taxi a la vuelta de la Inspección. La verdad es que ni siquiera informé a Adriana de la fecha exacta, porque ni yo podía estar seguro de ella, y sólo en términos generales la previne.

En la conversación general de los presos se hablaba mucho de fugas y de las oportunidades que daba un descuido de la guardia que cuidaba el zaguán. Muchos otros planes fueron comentados; pero los detalles del mío no los confíé a nadie aunque sí a muchos anuncié:

—Voy a fugarme; tengo comprado un centinela, etcétera.

Llegó la noche que me había fijado, y apagando la luz de mi cuarto, al reflejo de las vidrieras intermedias, probé las sábanas, extraje de una maleta

un sombrero, reflexionando que un sujeto de cabeza desnuda en plena calle, por la madrugada, inmediatamente se haría sospechoso. Bulto que llevar conmigo no hacía falta; pistola no tenía. Recostado en el catre espía el cuarto contiguo. Me había ocurrido que era conveniente descorrer el picaporte de la puerta que daba al último balcón y, en seguida, volver a cerrar las maderas, pero sin pasador, a fin de hacer menos ruido al volver a abrirlas en el instante de escapar. Y estaba en este acecho cuando ocurrió algo que estuvo a punto de echar abajo mis planes. Llegaron de pronto policías que conducían a una mujer alta, rubia, cuya voz agradable hizo asomar muchas cabezas a la penumbra del patio. Y fue a dar la rubia a la sala de los oficiales, precisamente a la misma que tendría que atravesar si quería fugarme. Durante más de una hora dieron conversación a la detenida los jóvenes militares. Pretendiendo una salida para el retrete, me informé en la planta baja quién era ella.

Y me dijeron:

—La amante de un ex comandante de policía de Huerta, y la acusan de contrarrevolucionaria.

La conversación con los militares había girado sobre trivialidades y, al final, le habían ofrecido un rincón al extremo de la sala, pared de por medio conmigo, para que instalase la cama, que no tardó en llegarle. Con impaciencia seguía los diálogos y el movimiento de las sombras a través de la vidriera que nos separaba. Y, por fin, hubo un momento en que los dos oficiales de guardia dejaban el salón, quedando en él únicamente la prisionera. Entreabrí al instante mi puerta, y dirigiéndome a la rubia le ofrecí una toalla limpia.

—Estoy preso aquí al lado —expliqué— y ya mañana no voy a necesitar de esta toalla; tómela usted, se lo ruego.

Me examinó con sorpresa, pero al punto sonrió y aceptó la oferta:

—¿De manera que a usted ya lo van a dar libre? —inquirió.

—No; si de eso me voy a encargar yo —le dije en tono de broma y riendo con sarcasmo.

Al mismo tiempo atravesaba el salón y me acercaba a la puerta del balcón del extremo.

—Está un poco cargada la atmósfera —le dije—, con tanto humo de cigarro.

Y abriendo, me asomé a examinar un instante la calle y la altura del piso, la forma de los barrotes. Luego volví a entrar y cerré haciendo como que corría el pasador. Ella, mientras tanto, se había vuelto para arreglarse el cabello antes de entrar en su lecho improvisado.

—Qué hermoso pelo —comenté, acercándome de nuevo, pero ya en dirección de mi cuarto.

Terminaba ella su tocado; guardó su espejito, se metió en cama semivestida y me invitó a sentarme a su lado un instante. Empezaba a contarme su historia, hija natural de un personaje del porfirismo, etc., cuando escuchamos pasos y volví a mi encierro, a la vez que ella se arrojaba como para dormir.

Pero, con gran desconsuelo mío, no la dejaban tranquila. Se acercó a su cama uno de los oficiales y se puso a conversar y ella a reír. Y tuve un pensa-

miento cínico: que despachen pronto para que los deje cansados y se duerman. Ahora era menester cuidarse el insomnio de tres: los dos oficiales y la mujer. A eso de la una, por fin, terminaron los cuchicheos y decidí: Me escaparé a las dos y media de la mañana en punto. Enfrente de mis ojos según reclinaba la cabeza en la almohada, venía a quedar un reloj de carátula grande. "Si me quedo dormido —pensé—, ya no intentaré la fuga; pero si despierto en punto de las dos y media eso me dará buen augurio y en seguida pondré en obra mi intento." Y me dormí, vencido por las horas de preocupación que acababa de pasar. Y como si el aparato de relojería hubiese estado dentro de mi cerebro, minutos antes de las dos y media abrí los ojos y los fijé en la carátula. En seguida me enderecé, recogí las sábanas y las anudé por los extremos con fuerte y cuidadoso nudo. Me arreglé en la oscuridad el pelo, el traje, la corbata; era menester que el que me viera en la calle me hallara normal. Únicamente no me puse los zapatos. Decidí que era mejor atravesar la sala de guardia en calcetines y ponerme los zapatos ya que estuviese en el saliente del balcón, que había visto relativamente amplio.

Puesto el sombrero y vestido del todo, en una mano los zapatos y en la otra el rollo de las sábanas, lentamente abrí la vidriera del salón y asomé la cabeza. "Si alguien habla —pensé—, dejo atrás los zapatos y vuelvo a mi cama pretextando una equivocación." Pero en la media luz del único foco encendido sobre el pupitre de la entrada vi a los oficiales, echados en el sofá, vestidos, pero aparentemente dormidos. Del otro lado la rubia roncaba. Penetré entonces a la sala; pero como no quería exponerme a que alguien me tirara por detrás al bulto, quise cerciorarme de que los oficiales dormían y no fingían el sueño. Y me acerqué hasta rozar casi la cara de uno de ellos. Ninguno de los dos se movió. "Cualquiera podía quitarles aquí las pistolas y matarlos", pensé. Y me dirigí al balcón previamente explorado. El picaporte estaba descorrido como lo dejé. Entreabriendo suavemente, me colé hacia afuera; luego volví a cerrar. Ni un alma en la calle de abajo; únicamente en la esquina de la izquierda un gendarme que, vuelto de espaldas, cuidaba en ese instante la avenida. Por el otro lado el gendarme aparecía en la bocacalle; luego se perdía por la acera del costado. La fuerte luz de los focos eléctricos iluminaba con claridad las esquinas y dejaba cierta penumbra al medio de la calle, justamente donde se hallaba mi balcón.

Mientras me ponía los zapatos y amarraba la punta de las sábanas en los hierros del balcón, examiné la puerta del zaguán. Estaba cerrada, pero había luz en el postigo. El centinela desde allí vigilaba el frente de la calle, pero no podía ver hacia mi altura; tampoco lateralmente. Y en estos cálculos estaba cuando un auto dobló en la avenida y se paró a la orilla de la acera, frente a la entrada principal. Bajaron dos o tres sujetos, hicieron una seña y la puerta se abrió. Alargado, comprimido contra el muro, detuve la respiración, pues hubiera bastado con que levantara alguno la cabeza para que me descubriera como figura sospechosa en la noche avanzada. Y aun pensé desistir de la fuga regresando cuanto antes a mi cuarto, pues bien podía ocurrírseles a los

recién llegados acudir a la sala de los oficiales. Por fortuna, antes de que yo me decidiera el auto partió y por abajo todo quedó en paz.

El gendarme de la izquierda era el más próximo, el más peligroso. Calculé que su paseo de la bocacalle al extremo opuesto de la acera tomaba dos o tres minutos; esperé a que desapareciera Y dejé caer el jirón de blanca tela. Por el lado derecho una bugambilia de una casa inmediata ocultaba en parte mi posición; la protegía de las miradas del gendarme de la otra esquina. Sin cuidarme, pues, de él, crucé la pierna sobre el barandal y en ese mismo instante pensé: "A ver si ahora resulta que al verme en el aire, sostenido nada más por los puños, el corazón se me alborota y me ahoga, me ocasiona miedo que estorba... En fin; hagamos de cuenta que estamos en la sala de gimnasia, bajando a pulso de un cable, con la sonrisa en el labio y el pecho tranquilo". Qué bueno era tener un corazón así, que no daba guerra y que seguramente se transmitía de padres a hijos; mi hijo también, cuando se ofreciera, se movería, tal como yo en aquel instante, pausado, seguro, bajando a puño los barrotes, soltando al aire las piernas en busca de la tela; enrollando ésta en las pantorrillas y descendiendo hasta que ya las manos dejaron el hierro y se apoyaron en el trapo arrollado. Deslizándose lentamente, en segundos que parecían larguísimos, di con la atadura de las sábanas; luego, traspuesto el nudo siempre a puño, ayudado apenas de los pies, un súbito hundimiento, como el de los aviones en bolsa de aire; ya parecía que daba con el cráneo en el pavimento; pero reflexioné lo que estaba previsto: al peso del cuerpo, el nudo se ajustaría provocando un descenso brusco; en seguida se afirmó y continué bajando. Se tarda más en contarlo que en hacerlo. Mis pies tocaron el balcón del entresuelo y ya de allí, doblándome, salté a la acera. Vuelto en seguida de frente exploré hacia la izquierda; no se veía al gendarme, y me dirigí hacia la derecha, pues era más peligroso atravesar por la avenida Juárez, concurrida siempre, que por la calle solitaria del otro costado. Y apenas hube avanzado unos pasos, traspuesta a medias la bugambilia, el gendarme de la derecha asomó en su punto, se quedó mirando en dirección mía y comenzó a avanzar. Me acordé entonces de una falla. Traía desatadas las cintas del calzado, lo cual era un doble obstáculo, tanto porque me evitaba correr como porque me volvía sospechoso. Y deteniéndome con naturalidad, como si fuese un transeúnte desvelado que se dirige a su domicilio, busqué el apoyo de un basamento y me puse a amarrar el calzado. Mientras lo hacía, pensaba: "En último caso, vale más una riña, un encuentro rápido con un gendarme desprevenido, que retroceder para que se me eche encima toda la guardia que está dentro del edificio". Y avancé hacia el gendarme, que poniéndose la mano sobre los ojos examinaba con extrañeza la fachada de la Inspección. Sólo al día siguiente, por las versiones de la prensa, supe que lo que el gendarme veía y le había llamado la atención era el reflejo de las sábanas que tuve que dejar colgando del barandal. Pero en aquel momento yo imaginaba que el gendarme se acercaba para intimarme rendición o, por lo menos, para interrogarme. Y me decidí a luchar con él, si era necesario, para abrirme paso.

Al encontramos, pues, hice ademán de llevar la mano a la bolsa de la pistola, y aprovechando que él retrocedía sorprendido, crucé y me alejé sin que me dijera una sola palabra. Pero reflexionando, me dije: "Ahora no corras, porque saca la pistola y dispara, aunque sea al aire, y en seguida se junta una veintena de 'cuicos' que rodea las manzanas y te agarra como palomita". Y muy despacio seguí avanzando y observando de reojo, con satisfacción profunda, que el gendarme no se ocupaba ya de mí, sino de mirar la fachada de la oficina policiaca, a la cual avanzaba. Al doblar la esquina sí eché carrera, pegado a las casas, rápido y atento, aprovechando los escasos minutos que me quedaban, mientras el gendarme regresaba a su punto o daba voces de alarma. Duró la agonía una cuadra larga. Una vez que traspuse otra esquina, marché despacio doblando siempre por calles nuevas, hasta que me encontré con uno de esos taxis que van de retirada, medio dormido ya el chofer, y le dije: "Un peso si me llevas al Colón". Estábamos a seis cuadras del célebre café. Obedeció el chofer y lo hice que me soltara por la entrada posterior. Le pagué, y atravesando salas ya desiertas, por entre meseros conocidos, dije a uno de ellos: "Consígueme un taxi; ya hemos bebido mucho allá arriba; ya es hora de dormir". Y en otro taxi, por el Paseo de la Reforma, me trasladé al rumbo de la calzada de Chapultepec. Por allí vivían dos de los Calderón: Nelo, el doctor, y José, el ingeniero, precisamente los dos tíos con quienes siempre me he entendido bien. Varias cuadras antes de llegar a la casa de los parientes despedí el taxi. Luego, a pie, llegué hasta la puerta en que por haber placa de médico no era raro que se llamase a deshoras. Respondió a la campanilla una criada soñolienta:

—Despierte al doctor —le dije—; se trata de un caso urgente.

Bajó a poco Nelo y le pedí:

—No alarmes a la familia; dame dónde dormir hasta las siete y a esa hora hablaremos; vengo escapado de la cárcel, pero nadie me ha seguido; vuélvete tú a dormir tranquilo.

Serían las cuatro y media cuando me quedé dormido en un sofá de la sala. Cuando empezaron los ruidos de la casa desperté; pronto me dieron baño y desayuno. Después hablé por teléfono con mi casa y con uno o dos amigos; en seguida me despedí:

—Ya tengo escondite seguro; no se preocupen —expliqué.

Pero José insistió en acompañarme y me dejó a eso de las diez en la casa del ex discípulo apellidado, diremos Nájera, hijo natural de un español acaudalado, pero venido a menos. Y aunque no lo había visto en muchos años, recordaba su rostro en la fotografía del curso único que hice en Toluca. Estaba ahora convertido Nájera en un gordo alto, algo rubio, de mirar dulzón y trato afable, conversación inteligente, un poco desganada.

—Ya te esperábamos —dijo Nájera con bondad. Y me presentó a su señora, Encarnación, la amiga de Adriana, delgada, joven, bonita, y a tres chicos hermosos, sus hijos. Luego me llevaron a la alcoba que me destinaron y por teléfono avisaron a Adriana. Nunca imaginé que al entrar en aquella casa

amable penetraba al círculo del terrible drama cuyo desenlace relataré a su tiempo.

Por lo pronto, Nájera mandó traer a su peluquero, que me dejó rasurado; luego me enseñó toda la casa. Se hallaba ésta al extremo de la colonia Condesa; enfrente había un llano sin construcciones, y detrás, cortando por en medio de la manzana, tenía salida privada. "Casa con dos puertas", dijimos riendo, recordando al clásico, y Nájera explicó: "En caso de que llame a la puerta la policía podremos retirarnos por la espalda, haciendo fuego si es necesario". Tan distraído me hallaba con lo mío, que no entré en malicia alguna a propósito de aquella decisión de retirarse haciendo fuego y de aquel arreglo de las dos salidas por calles diferentes. Me conmovió, más bien, el propósito del amigo de sumarse a mi resistencia si se presentaba el caso de tener que hacerla.

Toda radiante en un traje primaveral, llegó Adriana, dispuesta a quedarse, a encerrarse con nosotros hasta que terminase la aventura. Y Nájera salió para regresar al rato con un cargamento de latas, vinos, ostiones frescos de Veracruz; hasta pasado el mediodía se prolongó el banquete; luego, en la tarde, después de la siesta, dimos un paseo por los terrenos del ex panteón, por lo que hoy es el Estadio Nacional.

Los periódicos de la tarde, subordinados al *trust* oficial, dieron la noticia de mi fuga escuetamente, añadiendo que me dirigía al campo villista. "El Viejo —pensé— insiste en desacreditarme declarándome villista y, a la vez, finge creer que salí de la capital, para inducirme a confianza y aprehenderme de nuevo." Sólo una hoja clandestina publicó los detalles de la fuga y se refirió a las sábanas que dejé colgando, como símbolo, decía, de la libertad ansiada por todos los mexicanos. Al día siguiente, los periódicos de la mañana publicaron nuevos embustes. Una de las versiones era que me había ayudado en la fuga la prisionera rubia a la cual, en efecto, trasladaron con enojo a la Penitenciaría, creyéndola complicada. Según otra versión, se me había visto desayunándome tranquilamente en el café Colón, mientras los polizontes me buscaban en la casa de Lucio Blanco, que se suponía me había ofrecido refugio.

Nájera se dirigía al centro y regresaba con abundante chismerío: Que ya los zapatistas amenazaban la capital; que la Convención de Aguascalientes inauguraba sus sesiones; que Carranza preparaba la fuga; todo lo que, a su tiempo, se fue consumando.

Al principio me mantuve en prudente encierro; pero, según corría el tiempo, empezamos a frecuentar de noche los reservados de algunos restaurantes. Y una tarde, mientras jugábamos con raquetas un remedo de cuarteto de tenis en el llano de frente a la casa, al levantar la pelota me vi casi delante de un muchacho fronterizo, Aguilar, a quien había tratado en San Antonio y que, convertido ya en coronel, paseaba con dos ayudantes en caballos de las caballerizas del propio Primer Jefe. Pasaron al borde de la acera los jinetes, a diez metros de donde estábamos, y aunque yo los reconocí con certeza, no

me quedó seguridad de que ellos me hubieran identificado. Sin embargo, apenas se perdieron de vista recogimos las pelotas y entramos a casa para deliberar. Si el sujeto aquel al verme, como yo lo vi, se había hecho desentendido, no tardaría en dar aviso a la policía y mandarían catear las casas del rumbo. Y no era yo el único alarmado, sino que, en seguida, advertí que Nájera acogía con urgencia la idea de que desocupáramos esa misma noche la casa. El tío José me había dado unas señas en Mixcoac, y hacia allí nos dirigimos apenas oscureció y después de que los niños fueron enviados a casa de unos parientes de la señora.

En un taxi, bien apretadas las dos parejas, hicimos por calles desviadas el trayecto a Mixcoac. Me habían advertido que la finca adonde nos dirigíamos estaba deshabitada y a cargo de una antigua criada; era una de tantas que tenía a su cargo como administrador mi citado tío, y mientras no nos exhibiéramos demasiado estábamos allí seguros como en otro mundo.

Serían las diez cuando llegamos a la verja de hierro de una extensa propiedad, pabellón de dos cuerpos, rodeado de jardines y arboleda. Despedimos al chofer para evitarnos testigos y empezamos a sonar la campanilla. No se veía luz en ninguna ventana, ni respondió nadie a insistentes repiques, por lo que decidimos saltar el enverjado. Así lo hicimos sin mayor dificultad y, acercándonos a la casa, llamamos a las puertas, por el frente y por la espalda; pero otra vez sin resultado alguno. "Deben de estar ausentes los criados —pensamos—; pero ésta es la casa, puesto que ya nos advirtieron que estaría desocupada." Y empujando por un lado, trepando por otro, descubrí una ventana que cedía a la presión y por ella, alzado en los hombros de Nájera, salté al interior de una habitación vacía. Buscando por dentro, di con una puerta que abrí sobre una terraza posterior, por donde entraron los demás. Y juntos, con luz de cerillos, empezamos a explorar toda la mansión. En el piso bajo no había un solo mueble ni rastro de gente.

Por la primera escalera que hallamos subimos al segundo piso; al extremo de un corredor brillaba una raya de luz. Llamamos primero con los nudillos de la mano, después de viva voz, sin obtener respuestas. Forzando entonces las maderas irrumpimos en una habitación llena de trebejos, en cuyo fondo, tirada en una cama, una mujer ya vieja se acurrucó y empezó a gritar...

Comprendimos que se había asustado, y retrocediendo los hombres, hicimos que se acercaran las señoras para tranquilizarla; pero la vieja no escuchaba, temblaba y chillaba: "¡Auxilio, Dios mío; me matan!"

Y eran tan fuertes sus quejas que, de pronto, me entró a mí miedo de que alguien las oyese desde afuera y llamase a la policía. Me impacienté entonces y comencé a exigirle que callara, comprendiendo, mientras lo hacía, el impulso del ladrón, el asaltante: impulso de matar a su víctima, por el mismo terror que le producen los gritos y las consecuencias de un escándalo. "La ahorcamos si no se calla", amenazaba yo, y resultaba peor, pues ya la pobre mujer no podía contener sus nervios y lloraba con llanto nervioso... Al fin, la calmaron las mujeres y entonces expliqué:

—Vengo de parte de don Fulano; ya debe haberle advertido.

Recapacitó la vieja y asintió:

—Sí, es verdad; pero no los esperaba a estas horas y no sé cómo me entró la idea de que eran ustedes zapatistas; esas alas de los sombreros de las señoras, en la sombra, me dieron la impresión de sombreros charros y por eso me puse a gritar; perdónenme...

En suma: nos prestó unos colchones, que era todo lo que había en la casa, y pocas mantas, y en una misma pieza muy ancha nos instalamos las dos parejas, cada una en un extremo, y semivestidos y en la oscuridad, y a pesar del frío, pasamos una noche delirante de pasión que se harta.

En la mañana hubo que emigrar porque no ofrecía la casa comodidad alguna. Se antojaba, sin embargo, quedarse por el jardín estupendo, frondoso, aislado del mundo. Nájera se marchó, como de costumbre, a recoger las murmuraciones de la ciudad y a informarse si había ocurrido novedad en su barrio. Nosotros nos metimos a una huerta donde aceptaron darnos de almorzar, y por la tarde regresamos a la casa de la colonia Condesa.

Y creo que fue al día siguiente cuando Nájera trajo la noticia.

—No se ha logrado ningún avenimiento de villistas y carrancistas, y el último delegado de Villa, el general Ángeles, sale esta noche en su tren militar con rumbo a Aguascalientes, para ponerse a las órdenes de la Convención...

Aquella era mi oportunidad. Nájera, acompañado de mi hermano Samuel, entrevistó al general Ángeles, que muy gentilmente aceptó llevarme en su convoy...

—Dígale que esté a las ocho de la noche en tal y cual andén, carro tantos de mi Estado Mayor; allí tendrá dispuesta una cama.

Y así es como salí de la jurisdicción carrancista, para no volver a padecerla más. Cuando me extendí en el catre de campaña del vagón del Estado Mayor, me rodearon amistosamente los oficiales de Ángeles; pero yo casi no podía hablarles porque se me había declarado fiebre y tenía toda la garganta inflamada. En los días últimos había estado descuidando un resfriado que ahora se agravaba en el carro sin calefacción. Discutimos, sin embargo, largas horas las circunstancias políticas del momento y, por fin, me quedé entre dormido. ¡Duele recordar a distancia el sinnúmero de muchachos de primera que como aquellos ayudantes de campo de Ángeles, bravos, corteses y cultos, perecieron en las estúpidas carnicerías del personalismo subsecuente!

A eso de las dos de la mañana llegamos a Aguascalientes. Me ahogaba en mi cama, y por eso mismo me levanté, me vestí y bajé del tren. Entre los que esperaban a Ángeles distinguí al doctor Puente, un sujeto que muchos años después se me había de revelar en condiciones que no es oportuno discutir, pero que entonces estimaba como persona culta y humana. Era ya uno de esos secuaces de Bulnes que por hacer una frase son capaces de arruinar una amistad; pero conmigo, acaso por aquello de que perro no come perro, se mostraba enteramente cordial. Y simplemente le abrí la boca.



—Me vengo ahogando —le dije—; corte, despedace, haga lo que quiera, pero pronto...

Un instante vaciló: “No tengo bisturí”; pero, en seguida, recapacitando, me invitó a subir a un carruaje, me llevó a la casa de un amigo suyo y allí, con una navaja de bolsillo, me hizo un tajo; la sangre corrió y experimenté inmediato alivio.

—Quédese aquí —agregó— porque a esta hora no encontrará cuarto en ningún hotel.

Y explicó: me hallaba en el cuarto de un capitán villista, buen camarada que terminaba su guardia a las seis de la mañana.

—A esa hora le deja usted la cama libre y le dice que yo lo instalé aquí.

El cuarto tenía puerta sobre la plaza; apenas me quedé solo, me dormí. Temprano, en efecto, la puerta se abrió y no salía de su sorpresa el capitán viéndome en su lecho. Cuando se enteró de que me habían llevado allí enfermo me pidió que no dejara la cama; pero me levanté diciendo:

—No; sí estuve enfermo, pero ya no lo estoy.

Y en efecto, me vestí, me eché a buscar hospedaje y no volví a acordarme del flemón.

#### LA CONVENCIÓN DE AGUASCALIENTES

Cuando asomé por primera vez a la Asamblea reunida en el teatro de la ciudad ya se habían definido los grupos divergentes; pero dominaba el elemento independiente que, desde luego, había designado a Antonio Villarreal para presidir los debates. Lo más vigoroso y meritorio de la revolución estaba con la mayoría libre de consignas: Eulalio Gutiérrez, Álvaro Obregón, Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles, Lucio Blanco, Antonio Villarreal y un centenar de jefes jóvenes, sanos, patriotas. Por su lado, hacían política los villistas, pero en forma vergonzante. Ninguno de la plana mayor civil había llevado representación, y únicamente Roque González Garza, un joven honrado y hábil, pero sin prestigios personales, se proclamaba “representante personal” del general Villa. Por el lado zapatista la representación era poco numerosa, pero brillante, por causa de Antonio Díaz Soto y Gama; respetable por don Paulino Martínez, el veterano de las luchas obreras. El grupo carrancista intrigaba sin el respaldo expreso de su jefe, que se había negado a hacerse representar en la Asamblea, pero mandó a ella a sus agentes.

La primera tontería de la Asamblea había sido declararse Convención de Militares, lo que dejaba fuera al elemento civil de la revolución.

Y si, por ejemplo, intervino en ella Díaz Soto, fue como representante de un general, hablando en nombre de Zapata y no en el propio. Pero el error estaba ya hecho y no tenía remedio; era preciso apoyar aquella Asamblea que significaba la única esperanza de concordia, la única base para empezar a construir el edificio de la revolución, la única oportunidad para librarla del caudillaje pretoriano que la estaba ahogando.

Villarreal, con quien me veía a diario, me puso en autos de todas las corrientes subterráneas y las intrigas, y me dio una encomienda:

—Se están creyendo obligados muchos de estos generales ignorantes —me dijo— a obedecer el primer llamado que Carranza les haga con amenaza de proceso como militares; y es necesario convencerlos de que la autoridad la tiene la Convención y no Carranza. Haga usted un “estudio jurídico” del caso, y lo haremos aprobar por la Convención.

Dicho estudio lo doy en seguida, porque se incorporó a las actas de la Asamblea, y porque todo lo en ella ocurrido interesa al historiador que mañana se fatigue para hallar algo noble en la orgía de caníbales que hoy llaman la revolución.

#### LA CONVENCION MILITAR DE AGUASCALIENTES ES SOBERANA

Por soberanía se entiende, en derecho público, la facultad del pueblo para gobernarse a sí mismo, según su propia voluntad. El pueblo es soberano para darse gobierno. Ejercitando esa soberanía se da el gobierno que le parece más conveniente según su propio criterio. En México el único soberano es el pueblo. En tiempos normales la soberanía del pueblo se ejercita mediante el gobierno elegido popularmente y dividido, para su funcionamiento, en tres poderes independientes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Estos tres poderes, emanados del voto, son soberanos por delegación que de su soberanía hace el pueblo en favor de los mandatarios que elige. En tiempos anormales, en periodos de revolución, es también aceptado que son soberanas las asambleas revolucionarias debidamente integradas.

De lo anterior se desprende que hay dos maneras de constituir poderes soberanos; a saber: el voto público ejercitado dentro de las leyes o el procedimiento revolucionario que lleva a los representantes del pueblo a las asambleas revolucionarias. Examinaremos cómo la Convención de Aguascalientes tiene más derecho que cualquier otro poder de la República para reclamar soberanía, de acuerdo con cualquiera de los dos procedimientos señalados para alcanzarla.

#### *La Convención es soberana como heredera y sucesora de la legalidad*

Las últimas elecciones generales verificadas en el país elevaron al poder al gobierno encabezado por el señor don Francisco I. Madero. Este Gobierno, legítimo y soberano, fue destruido por Victoriano Huerta, quien constituyó un gobierno de hecho, carente de legalidad y de soberanía. Las Cámaras legislativas y la Corte, legales en su origen, faltaron a su deber reconociendo a Huerta y perdieron por esto su legalidad y su honor. El país quedó, en febrero de 1913, sin poder alguno que ejerciese legalmente la soberanía popular; en

otros términos: el orden constitucional quedó destruido y la República careció de jefes autorizados.

La Constitución de 1857, tan calumniada y olvidada en nuestros días, prevé el caso de que ella misma sea desechada y violada, y señala el remedio contra su propia destrucción, ordenando en su artículo 128 lo siguiente: "Esta Constitución no perderá su fuerza y vigor aun cuando por alguna rebelión se interrumpa su observancia. En caso de que por algún trastorno público se establezca un gobierno contrario a los principios que ella sanciona, tan luego como el pueblo recobre su libertad se restablecerá su observancia, y con arreglo a ella y a las leyes que en su virtud se hubieren expedido serán juzgados, así los que hubieren figurado en el gobierno emanado de la rebelión como los que hubieren cooperado a ésta".

Claramente, según se ve, indica el anterior precepto constitucional los medios de restablecer el gobierno legítimo cuando la violencia lo destruye. La expresión: "Cuando el pueblo recobre su libertad", señala el camino del deber cívico, cuando se entronizan gobiernos sin más apoyo que el de la fuerza material: "recobrar la libertad", es decir, combatir la fuerza opresora con la fuerza libertadora; producir después del atentado que oprime, la libertad que regenera, la libertad que es indispensable para todas las reformas y para todos los progresos. Pero la libertad se conquista contra los tiranos únicamente combatiendo, y para combatir en el orden social no bastan a menudo las ideas, sino que es necesaria la aparición de los ejércitos, la guerra obligatoria y justiciera. Así lo comprendió el pueblo y por eso a centenares y a millares se levantaron los ciudadanos, en Coahuila y en Sonora, apoyados por los gobiernos locales, y en Chihuahua, Guerrero, Michoacán, Zacatecas, etc., por la sola iniciativa personal y se fue formando lenta y poderosamente el gran Ejército Constitucionalista.

Como era natural, este ejército necesitaba un jefe, y por acuerdo unánime, con abnegación, con sencillez y confianza, todos los luchadores por la redención patria aceptaron, unos expresa, otros tácitamente, la jefatura del gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, el más autorizado, por su posición y por su edad, para encabezar el gran movimiento reivindicador de nuestras vergüenzas nacionales.

Concretando más este casi unánime acuerdo, un grupo de jefes formuló el Plan de Guadalupe, en el cual se designó al señor Carranza como Primer Jefe del Ejército y como probable Presidente Provisional, y se desconocieron los poderes constituidos por la usurpación huertista y los que habían aceptado esa usurpación. ¿Quiénes eran los que nombraban Jefe al señor Carranza y formulaban el Plan de Guadalupe? Ciudadanos que luchaban por el restablecimiento del orden constitucional y que obraban dentro de las facultades del artículo 128 de la Constitución. ¿Qué facultades podían conferir esos ciudadanos, levantados en armas, al Jefe del Ejército Constitucionalista? Solamente las facultades que competen al Jefe de un ejército, las que se necesitan para organizarlo y llevarlo a la victoria, y también las facultades provisionales ne-

cesarias para procurar restablecer el imperio de la Constitución, para castigar a los usurpadores y para volver las cosas al estado normal.

Una vez electo Primer Jefe don Venustiano Carranza, fue él quien representó y ha venido representando la legalidad en el país; pero representa esa legalidad como Jefe del Ejército Constitucionalista, *pues la verdadera soberanía popular actualmente reside y ha venido residiendo, desde de febrero de 1913, en los ciudadanos rebeldes a la usurpación huertista, en el Ejército Constitucionalista, que es el ejército del pueblo soberano*. Don Venustiano Carranza, como otros patriotas de la época, cumplió con su deber levantándose en armas contra el usurpador; pero no podía recoger en su persona el depósito sagrado de la legalidad, a causa de que él no era, en manera alguna, sucesor legal de don Francisco I. Madero. Por eso entró a la lucha, no como Presidente y sucesor del Presidente asesinado, sino como ciudadano y como patriota, y cuando más como gobernador de Coahuila; pero nunca como representante del Poder Ejecutivo de la Nación. La nación estaba sin poderes y no quedaba otra autoridad ni otro soberano que el pueblo rugiente de indignación y armándose para reconquistar sus derechos. Esta multitud de luchadores escogió un jefe para la lucha y autorizó formalmente a ese jefe en el Plan de Guadalupe; pero ese plan no designó, ni podía designar, al nuevo Presidente de la República, sino sólo al primer jefe del Ejército Constitucional y libertador. Caso por completo distinto del que elevó a don Benito Juárez a la Presidencia legítima de la República con todas las facultades y responsabilidades de un Presidente. Don Venustiano Carranza no tuvo ni tiene las facultades de un Presidente, sino sólo la autoridad que le da la designación de Primer Jefe hecha en su favor por los otros jefes del Ejército Constitucionalista. De aquí se desprende que el señor Carranza puede ser removido sin las formalidades que se requieren para remover a un Presidente.

Las funciones del Primer Jefe de la Revolución no están señaladas por ley alguna, y no pueden estarlo, fuera de la indicación contenida en el artículo constitucional tantas veces citado. Ellas dependen del acuerdo colectivo de los jefes subordinados que lo eligieron, de la voluntad del Ejército Constitucionalista manifestada en la forma en que expresan su voluntad las colectividades: en la forma de Convenciones.

Se ha discutido acerca de la soberanía de la Convención a causa de que no se ha planteado el problema con claridad, y porque se ha incurrido en las confusiones a que dan lugar las disputas que versan sobre palabras cuyo significado no se precisa antes de entrar a la discusión. Se ha afirmado, con parte de verdad, que la Convención carece de soberanía porque no está constituida mediante el voto popular, porque los delegados no representan a los ciudadanos. Justas serían estas opiniones si se limitaran a afirmar que la soberanía de la Convención no es absoluta, porque ella no representa la mayoría del pueblo mexicano y los derechos que ese pueblo tiene para resolver sus asuntos por medio de los delegados que él mismo nombre. La Convención, se ha afirmado, representa sólo al Ejército Constitucionalista y no a los 15

millones de mexicanos que están, sin voz ni voto, contemplando cómo se deciden los destinos nacionales por una asamblea que no tiene la suficiente representación. Pero si es verdad que la Convención no puede aspirar a las facultades de un Congreso Constituyente, debe insistirse en que la Convención es el único poder legítimo del país, pues representa al pueblo armado, en quien recayó la soberanía al desaparecer los poderes legales. Además, nadie mejor que la Convención puede, en los actuales momentos, interpretar las aspiraciones generales. Ningún hombre, ni el más ilustre de los ciudadanos que hoy honran a la República, puede expresar los propósitos revolucionarios tal como habrán de salir de la discusión y síntesis que se produzcan en el seno de la Convención militar de Aguascalientes.

La Convención no es plenamente soberana, puesto que los miembros que la forman no han sido seleccionados y ungidos por el voto popular; porque la misma Convención no representa a todos los elementos que dentro de la misma revolución tienen derecho para estar representados y para opinar y votar en los asuntos nacionales; pero, a la vez, es indudable que la Convención es soberana para resolver aquellos asuntos que entran dentro de su competencia, y que actualmente y mientras no se verifiquen elecciones, mientras la Convención no constituya un gobierno provisional, no deberá haber encima de la Convención nada ni nadie.

En el rigor del término podrá la Convención no ser soberana. Colocándonos dentro de nuestras prácticas constitucionales podemos afirmar que la Convención no está facultada para hacer ciertas cosas; por ejemplo: no puede abolir la Constitución; puede, sin embargo, declarar suspendida su observancia, porque para eso autoriza a la Convención la Constitución; pero no es derogable la Constitución, sencillamente porque ella fue decretada y sancionada por asambleas y poderes que sí han tenido todas las calidades de la soberanía y de la legalidad que a la Convención de Aguascalientes puedan faltar. Para estas cuestiones de carácter constitucional no es soberana la Convención, como no lo es y mucho menos el señor Carranza, jefe de un movimiento armado, cuyas facultades son menores que las de la Convención. Pero si no es la Convención soberana en el estricto sentido de la palabra ni lo es el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, que nunca ha sido electo popularmente (única forma de alcanzar soberanía plena), sí es la Convención de Aguascalientes, indiscutiblemente, el primer poder de la República, el supremo poder al cual deben rendir obediencia todos los jefes, desde el señor Carranza hasta el último jefe de gavilla; el supremo poder, porque es la representación del pueblo que va a la conquista de sus derechos ultrajados.

Sustitúyase la palabra *soberana* aplicada a la Convención, por la palabra *suprema*, y se verá cuán ociosa es la discusión acerca de la soberanía; se verá cómo nadie puede negar la supremacía de la Convención sobre todos los otros poderes que existen en la República, aun cuando no se quiera admitir que la Convención es propiamente soberana. Por mi parte creo que corresponden a la Convención los atributos de la soberanía, y que esta soberanía

está limitada únicamente por aquellas leyes que, habiendo sido expedidas por gobiernos legítimos, sólo puedan ser modificadas por asambleas legislativas igualmente legítimas; es decir: emanadas del voto público.

Por lo demás, para constituir el gobierno provisional, para ordenar movilizaciones de ejércitos, para designar presidente provisional y gobernadores interinos, y para dictar leyes y reformas sujetas a la ratificación de los congresos legales, la Convención de Aguascalientes es, no solamente el único poder legal que existe, sino el poder *soberano* de la República. En otros términos, y para aclarar todavía más la teoría con un ejemplo, afirmo que la Convención es soberana para nombrar o remover Presidente Provisional de la República, puesto que no hay persona que pueda reclamar ese puesto por el derecho de elección; pero la Convención, en cambio, no está facultada para modificar la organización política de los estados que componen la unión mexicana, y no podría declarar mañana que quedaba suprimido el estado de Aguascalientes para anexarlo a Zacatecas o Jalisco, porque el estado de Aguascalientes existe en virtud de nuestro pacto constitucional, y este pacto tiene más fuerza que los acuerdos de una Convención en la que están, imperfectamente representados, como se ha dicho, los elementos que constituyen nuestra nacionalidad.

Volviendo al ejemplo de Juárez, de que tanto abusan escritores sin escrúpulos para engañar a los ignorantes y a los poco reflexivos, afirmaremos esta clara tesis: A don Benito Juárez nunca pudo removerlo una junta de generales, ni una junta de soldados, ni una convención de ciudadanos, porque a don Benito Juárez no lo había nombrado presidente un grupo de jefes sino que había venido a ser presidente porque, según la Ley, le correspondió sustituir al presidente electo que había desaparecido. El señor Carranza debe su posición actual, que según algunos de sus partidarios es sólo la de Primer Jefe del Ejército, y según otros, la de Presidente Provisional de la República, a la designación hecha en su favor por la mayoría de los jefes del ejército. Y es de obvia razón resolver que esos mismos jefes, así como todos los otros jefes del gran ejército restaurador de nuestras libertades públicas, tienen voz y voto y facultad plena para volver a nombrar al señor Carranza, para removerlo y para señalarle o limitarle sus facultades y el tiempo dentro del cual deba ejercer sus provisionales funciones.

Reflexiones sobre la anterior, que es la doctrina jurídica, fiel y desapasionada, se encontrará cuán curiosos son los argumentos de las personas que atacan la soberanía de la Convención, no para reducir esa soberanía a sus justos límites, sino para trasplantarla total e inviolable a las manos efímeras de un hombre cuya posición es transitoria, puesto que no emana ni del voto, ni de la Ley, sino de un acuerdo de jefes, siempre revisable, conforme a las necesidades de la campaña o los intereses de la patria.

En las líneas que anteceden se ha explicado la soberanía de la Convención desde el punto de vista legal y constitucional, tal como ha sido propuesto el problema en algunos artículos de la prensa de México. Hay otro aspecto quizá más importante del cual nos ocuparemos en seguida, y es la soberanía de

la Convención, independientemente de las leyes que nos rigen y con su solo y grande carácter de asamblea revolucionaria. Pero antes de apoyamos en este sólido fundamento, concretemos la situación meramente jurídica de la Convención militar de Aguascalientes en los siguientes términos:

Según el artículo 128 de nuestra Constitución, cuando desaparecen por la violencia los poderes legítimos, no queda en el país otra soberanía que la del pueblo, si se levanta en armas contra el usurpador. Ese pueblo armado se organiza, como es necesario, en forma de ejército y resuelve todos los asuntos de interés general en forma colectiva, en forma de Convenciones de jefes que representan soldados. Dichas Convenciones de jefes son la autoridad suprema en épocas revolucionarias; ellas resuelven el presente, organizan la acción y preparan el porvenir. Así ha funcionado nuestra actual Revolución Constitucionalista. Una pequeña Convención reunida al principio de la campaña nombró jefe supremo del Ejército al señor Carranza; una gran Convención, reunida ahora, al final de la campaña, deberá nombrar el gobierno provisional que ejecute las reformas necesarias y restablezca el orden constitucional, convocando a elecciones generales. Es, pues, la Convención militar de Aguascalientes el solo poder soberano que, dentro de las condiciones políticas del momento y de acuerdo con nuestras leyes, puede existir en el país.

*La Convención Militar de Aguascalientes  
es soberana como asamblea revolucionaria*

Una revolución es la transformación violenta de un orden de cosas opresivo e injusto. Las ideas se precisan en los cerebros; la angustia y la esperanza fermentan en los corazones; y un buen día de grandeza, primero el hombre, el precursor, el caudillo, y luego el pueblo entero, estallan en ira divina, levantan los brazos con el ademán que rompe cadenas, y las manos desgarran y derriban instituciones y monumentos, ídolos y leyes. El instinto destructor se apodera de la multitud y arrasa con todo. Como si las cosas mismas fueran enemigas y obstáculos, se va contra todo lo que ha contenido el anhelo infinito que cada ser lleva dentro, imperioso y triunfal.

Por esto la revolución es antítesis de Constitución. La Constitución condensa las prácticas, las leyes, los convenios establecidos por los hombres para vivir en sociedad. La revolución se dirige a reformar y a construir de nuevo todas esas prácticas, convenios y principios; por eso lo primero que hace es desligarse de todas las trabas sociales, puesto que va a crear nuevas formas para el enlace de los individuos. Son las revoluciones oleadas devastadoras y fertilizantes que dejan sobre el terreno inundado el limo fecundo para las nuevas construcciones. En medio del desencadenamiento de las actividades colectivas, tienen las revoluciones como punto de unión el ideal que las dirige; pero son multicéfalas para pensar, ricas en la expresión y el caudal de las ideas, tumultuosas, para la obra a la cual llaman la cooperación de todos los brazos

y de todos los esfuerzos. Mientras la revolución domina, casi no hay en la sociedad costumbres, ni leyes, ni barreras capaces de contener la libre acción individual que triunfa y se hermana con las iniciativas de los demás hombres ilustres, y son todas ellas, la voluntades nuevas, los criterios iluminados del presente: los que gobiernan y legislan, por encima de cuanto es obra humana, porque en tales crisis sociales los hombres se sienten guiados por una inspiración superior y casi divina; se buscan unos a otros, los buenos y los fuertes, se abrazan como hermanos aunque vengan de opuestos extremos del territorio de su país, y se juntan para construir el porvenir que se sueña glorioso y definitivo. Así se forman en las épocas de lucha y de acción, de reformas y progreso, las juntas, las convenciones y las asambleas, y por eso, por el doble derecho de la inspiración sobrehumana y de la fuerza triunfante, por el supremo derecho que en sí mismas encarnan las revoluciones dominadoras y justas, por todo eso, *son poderosas y soberanas las asambleas revolucionarias*; pues son ellas la única voz legítima de la revolución.

Impetuosa y confiada llega la opinión popular al templo de su victoria, al seno de la asamblea libre, donde van a encontrar fórmula todos los anhelos; al recinto donde han de desarrollarse las solemnes sesiones de la asamblea revolucionaria. Pero ya no subsiste allí, ni puede subsistir, la actitud colérica del combatiente. La victoria nos vuelve graves, y cuando está en nuestra mano el poder nos volvemos reflexivos, y aparece el temor de que la nueva obra no resulte igual a la ambición. Y en ese corto periodo en que se elaboran las nuevas leyes, debemos acudir lo mismo a las luces del presente que a la parte pequeña o grande que de sana tradición guarda el pasado. Las revoluciones comienzan por la rebelión, se colocan desde luego fuera de la ley, son antilegalistas y por eso mismo soberanas y libres, sin más señor que el ideal, el ideal que encuentran en las filosofías sociales, en las vagas especulaciones de los precursores o en la acción viviente y el corazón generoso de los apóstoles y caudillos, los Hidalgo y Madero, que despiertan la ternura y el entusiasmo, la protesta y el perdón. Se desenvuelven después a través de las peripecias y azares de la lucha y van a parar siempre a una nueva legalidad, a una legalidad que significa un progreso sobre el estado social anterior. Si esto no sucede, la revolución es un fracaso; para evitarlo debe concluir su misión.

Casi todas las revoluciones pueden dividirse en dos finalidades esenciales: la política y la económica.

La Revolución de 1910, tal como fue definida en el Plan de San Luis, presentó ambos caracteres. Era política al protestar contra el fraude cometido en las elecciones generales por el dictador Porfirio Díaz y al reclamar las libertades públicas sofocadas durante 35 años por el mismo déspota. Era económica al prometer remedio para la condición precaria de la clase rural y de la clase obrera. Consumada la revolución, el gobierno maderista otorgó toda clase de libertades; pero olvidó o no tuvo tiempo de ejecutar las reformas económicas.

La Revolución Constitucionalista comenzó siendo, en la apariencia, meramente política. Trataba de restablecer el orden constitucional destruido



por el cuartelazo de Huerta y de Félix Díaz. Los primeros jefes de esta revolución definieron solamente las tendencias políticas del movimiento cuando firmaron el Plan de Guadalupe, todavía en la actualidad no ha faltado escritor del gobierno que afirme no estar obligada la revolución a poner en práctica reformas agrarias y de otros órdenes, a causa de que nada dice a este respecto el tan citado Plan de Guadalupe; pero como las revoluciones no dependen de planes, ni siquiera de caudillos, sino que son obra del pueblo y las maneja y las prolonga y las suspende, y las termina el mismo pueblo, desde el principio de la lucha, todo el que quiso observar vio claramente que las masas de combatientes se levantaban para llevar a la práctica las reformas agrarias y económicas, que el país demanda desde hace tanto tiempo, y que tal móvil económico era el principal impulso de la lucha, por encima del plan político de Guadalupe y de todas las teorías constitucionales, pues ya llevaba el pueblo la conciencia de que su liberación económica ha de ser la base y el fundamento de todas las otras libertades.

### *La finalidad política de la revolución*

Políticamente, la revolución de Madero y la actual se han propuesto implantar un gobierno que haga efectivo el funcionamiento de nuestra Constitución de 1857, cuya libertad y excelencia, por lo que hace a garantías individuales y derechos políticos, no pueden ser sobrepasadas. Deberá, por lo mismo, la Convención procurar que nuestra Constitución funcione lo más pronto posible, porque sólo ella ampara nuestras libertades y cuanto nos es querido y sagrado dentro del orden social. No debemos tolerar que gobierno alguno vulnere los derechos que nos da la Constitución, ni es decoroso aceptar que nuestras personas sean regidas por el gobierno en forma distinta de la que señala el Código verdaderamente santo, producto generoso de la época más gloriosa de nuestra historia patria. Es aspiración antigua y nacional convertir en efectivo el funcionamiento de nuestra Constitución, y no debe olvidarse que ésta es una de las tendencias capitales del movimiento revolucionario.

Con frecuencia se afirma que el restablecimiento de la Constitución es un estorbo para la labor revolucionaria y que la Constitución es inaplicable a nuestro medio social. Es evidente, y ya lo hemos afirmado antes, que interesa más salvar los propósitos fundamentales de la revolución actual que obedecer los preceptos del Código del 57; pero convéngase en que es elemental distinguir la necesidad revolucionaria, del abuso de los gobiernos. La teoría que justifica todos los atentados afirmando que nos encontramos en el periodo preconstitucional merece igual consideración que la tesis porfirista según la cual se nos encarcelaba y perseguía porque el pueblo no estaba preparado para la democracia. No olvide la revolución, si quiere cumplir sus fines, el respeto que debe a la personalidad humana, única entidad que suele estar por encima aun de las mismas revoluciones. El restablecimiento de las ga-

rantías individuales no estorba la resolución del problema agrario, la del problema religioso ni la de problema alguno de los que demandan solución.

Juárez respetando el derecho ajeno hizo más, mucho más, que lo que hemos logrado nosotros, hasta hoy, atropellándolo. La revolución puede y debe dictar leyes para el castigo de sus enemigos; pero la revolución no debe dejar a todos los ciudadanos, como ha sucedido hasta hoy, entregados al arbitrio de funcionarios irresponsables de sus actos ante la ley.

La revolución tiene derecho para olvidar la Constitución hasta donde ella estorbe la realización de su programa, pero debe respetar y hacer cumplir la Constitución tan pronto como el gobierno se organiza en una región, y en todo aquello que no contrarie los nuevos principios que la revolución implanta. Convento desde luego en que nuestra Constitución debe ser reformada con el propósito de hacerla más práctica, y puede la Convención señalar en qué han de consistir esas reformas, a fin de que ellas sean realizadas por el primer congreso electo, si ese congreso tiene a bien aceptarlas; pero mientras tanto, a mi juicio, debe ser norma de la revolución a este respecto la siguiente: Como regla general, se restablecerá desde luego en toda la República el imperio de la Constitución de 1857. Dicha Constitución no se considera vigente siempre que sea ella un obstáculo para ejecutar las reformas sociales que impone la revolución, y las cuales serán definidas en la Convención de Aguascalientes. También seguirán suspendidas las disposiciones de la Constitución para castigar a los enemigos de la revolución, pero ese castigo se hará de acuerdo con leyes que expida la misma Convención de Aguascalientes. Las anteriores proposiciones indican, a mi entender, la resolución del problema político de la revolución, y el aparente conflicto que ha surgido entre los preceptos constitucionalistas, que estamos obligados a reimplantar, y los principios y resoluciones que viene poniendo en práctica la revolución.

### *Finalidad económica*

La revolución de Madero condensó los problemas económicos del país en el Plan de San Luis Potosí; más tarde, en la Convención Nacional del Partido Constitucional Progresista, se formuló un programa amplio y preciso, y por la misma época o poco antes, en el Sur, se expidió el Plan de Ayala, que se propuso resolver, especialmente, el problema agrario.

La Revolución Constitucionalista, carente de programa, pero apoyada en la iniciativa personal de casi todos sus jefes, ha venido aplicando procedimientos radicales que facilitan la resolución de nuestros problemas económicos. Es lamentable que hasta la fecha no existan disposiciones que señalen, no solamente los bienes que han de entrar al Tesoro público, sino la forma en que se han de hacer las expropiaciones, y los objetos a que se ha de destinar el producto obtenido.

La Convención deberá llenar estas deficiencias tomando como base la experiencia legislativa de otros países y algunos decretos aislados expedidos

por gobernadores constitucionalistas, durante los últimos meses. Para legislar provisionalmente sobre todas esas materias, la Convención de Aguascalientes es plenamente soberana; a ella corresponde definir lo que la revolución quiere hacer; y ordenar el cumplimiento de estos mandatos. La revolución se encuentra dueña del poder en un país que todavía conserva la organización feudal. Unos cuantos son los dueños de la tierra. La inmensa mayoría de los habitantes es propiamente proletaria. Los grandes terratenientes ni siquiera explotan debidamente sus propiedades, porque gran parte de sus tierras quedan sin cultivo, pues son dueños apáticos, rutineros y egoístas.

De esta manera privan a la mayoría de los mexicanos, no sólo de la propiedad de la tierra, sino de la oportunidad de trabajar esa tierra como arrendatarios o como labriegos. Esta terrible situación, apoyada en la fuerza de gobiernos tiránicos y en la despiadada influencia del clero católico, ha sido la causa primera de todos nuestros males.

Esta situación no puede resolverse constitucionalmente, porque toda Constitución ampara más o menos los estados sociales ya organizados. Tampoco puede resolverla la espada del dictador, porque las dictaduras hacen nuevos repartos en favor de amigos serviles, pero no corrigen la injusticia ni dan oportunidad para que la iniciativa individual recoja sus frutos y el trabajo reciba su remuneración justa. Este enorme y a la vez sencillo problema es de la competencia exclusiva de una asamblea revolucionaria, porque la asamblea revolucionaria no imparte la justicia que está en los textos, sino la justicia que está en los corazones. Dentro del orden legal nunca terminaría nuestro pleito contra los latifundistas. Bajo el dominio de un déspota sólo se beneficiarían en el reparto los dóciles y los incondicionales. Si queremos que la tierra en México la trabaje el hombre y quede repartida entre las familias y los brazos que la harán fecunda, resuelva el problema la Convención de Aguascalientes.

Redáctense las resoluciones de la Convención a este respecto, y pónganse en práctica desde luego, a fin de que todas las reformas así producidas lleguen a la categoría de hechos consumados, antes que los congresos legalmente electos, o los gobiernos constitucionales que sucedan a la Convención puedan venir a trabajar en contra de los intereses nacionales. Sea prudente, sin embargo, la Convención, y reflexione en que las medidas radicales en extremo provocan reacciones que dejan sin efecto los progresos conquistados con sacrificios. En cambio, las reformas acomodadas a las verdaderas necesidades sociales son siempre definitivas y producen efectos benéficos inmediatos. Obsérvese estricta justicia al reglamentar la expropiación, establézcanse condiciones generales para adquirir las propiedades disponibles, respétense los derechos del pequeño propietario y háganse los fraccionamientos de acuerdo con la naturaleza de las tierras y la distribución de las aguas, tal como lo recomienda la ciencia económica y, en vez de ruina, vendrá pronto sobre el país la abundancia.

Las mismas facultades que se han reconocido a la Convención para resolver el problema agrario existen a su disposición para expedir leyes que resuelvan todas las demás cuestiones que deban formar el texto del progra-

ma revolucionario. La Convención misma es soberana para formular tal programa, porque es ella alma y cerebro de la Revolución Constitucionalista, de la revolución nacional. Los acuerdos de la Convención sólo puede reformarlos más tarde el congreso electo popularmente; mientras tanto, es ella el poder legal de la República, y sobre ella pesan todas las responsabilidades. Puede traer sobre el país todos los bienes, si acierta; todas las calamidades, si yerra. A ella deberán prestar apoyo y obediencia todos los hombres honrados.

La Convención de Aguascalientes obrará y hablará para bien de todos los mexicanos, y llevará adelante sus resoluciones, *soberanamente*, por los dos derechos: el de la ley y el de la revolución; el de la *razón* y el de la *fuerza*.

José Vasconcelos

Aguascalientes, 29 de octubre de 1914

En el transcrito documento se precisan los objetivos sociales ideales de la Convención. El material humano que habría de echar a perder y corromper esos objetivos se revelará al lector en el relato que sigue de mi primera entrevista con Villa.

Enrique Llorente y Martín Luis Guzmán me transmitieron el recado: "El general Villa me esperaba esa noche a cenar".

—Va usted a ver —decían los dos entusiastas— qué hombre extraordinario.

Y, sin duda, Llorente era sincero en su devoción fanática; no le estorbaba la cultura: ¿pero Martín...? El general Villa, de *sweater* y erguido, más bien alto que bajo, robusto, saltones los ojos y por boca casi un belfo, me recibió de abrazo. Sin habernos visto jamás las caras éramos viejos conocidos, desde la época del maderismo. Y se portó muy gentil, me hizo sentar a su lado, me acariciaba casi por el hombro:

—¡Cuánto gusto de verlo! Pensamos mucho en usted cuando lo apresó Carranza. ¿Por qué no se vino antes?

Por mi parte, lo trataba con simpatía. No había llegado aún al escándalo de sus excesos posteriores y yo recordaba: "Debemos al esfuerzo de este hombre el estar de nuevo en la patria".

En torno callaban todos y el general seguía hablando. Absorto lo contemplaba Llorente; Martín le sonreía los chistes y yo escuchaba por primera vez de sus labios historias que ya eran leyendas de todos conocidas: Que el general no fumaba; que no bebía alcohol... Ya se sabe lo terribles que pueden ser estos abstemios y prohibicionistas; por serlo, se me hacen siempre sospechosos de inhumanidad, puesto que la gente buena en todas las latitudes se inclina al vino. Y explicó Villa de pronto, mirándome a los ojos:

—Ahora ya me he vuelto otro; usted no se imagina, licenciado, lo que era yo antes; pero ahora, desde que ya no como carne, se me ha quitado lo sanguinario...

Y no hablaba sino de sí, en disco fatigoso...

Pronto estuvo lista la cena, servida en la estrechez del carro privado y desabrida por la falta de un buen vaso de cerveza, por lo menos. "La fiera se teme a sí misma —pensé—; no bebe porque le preocupa estar alerta, por si le madrugan." A la mesa se sentaron, aparte los que éramos visitantes, unos cuantos íntimos: *El Pancitas*, apodaban a uno de ellos, ex carnicero experto en meter un tiro en la frente señalada con un gesto por Villa. Fierro también estaba allí; el matador de hombres desarmados, que el villista Martín Luis había de llevar a la literatura de lo macabro (en su libro *El águila y la serpiente*), después de la derrota total de Villa. Y así por el estilo, se contaba la media docena de profesionales del asesinato a mansalva, fuera de combate.

La sobremesa se prolongó hasta que Villa terminó de recitar sus discos, y cuando ya nos despedíamos, cerca de medianoche, el general me llamó aparte, me llevó al extremo del pasillo de su carro y tomándome cariñosamente de los brazos expuso:

—Licenciado: Usted ha de venir escaso de fondos; ya le dije a Luisito —su tesoro— que le entregue diez mil pesos...

En el tono en que me hacía la oferta había sinceridad y simpatía, lo que no hubiese impedido que, al recibirle dinero, más tarde me hubiese considerado comprometido con él en sus fines personales. No pude, pues, sentirme ofendido, y como, por otra parte, yo no necesitaba dinero, pues algo había ganado ya en los últimos meses, me limité a agradecerle diciendo:

—Muy bien, general; por ahora no estoy urgido; pero si más tarde necesito dinero, avisaré a Luisito.

Y, por supuesto, no volví a presentarme por el campamento del jefe de la División del Norte. A la Convención habíamos ido para acabar con todos los jefes de simple categoría militar. Y para crear jefaturas que los hombres honrados pudieran acatar sin bochorno. Y en el trato diario con los delegados de la Convención reanudé por unos días una vieja amistad: la de Antonio Díaz Soto y Gama. Fue Díaz Soto la figura más brillante de la Convención. Personalidad honesta y culta, maneras corteses, simpatía humana y un talento oratorio notable en cualquier sitio, no había quien le igualara en la tribuna. Por desgracia, no llevaba su propia representación, sino la de Zapata. Y el grupo zapatista, regimentado por el terror azteca de los fusilamientos sin juicio previo (y por la sola decisión del jefe, que no vaciló cuando se trataba de "quebrar", así fuese a su más íntimo allegado), no llevaba otra consigna que la de sumar su voto al voto de los villistas.

La irrestricta sumisión de hombres inteligentes como Díaz Soto y don Paulino a un analfabeto como Zapata la excusaba el propio Díaz Soto presentando al general Zapata en calidad de mito.

Decía Díaz Soto: "El general Zapata, hombre sencillo, es el elegido de la Providencia para salvar al pueblo mexicano. El Plan de Ayala plasmó en su mente, como en otro Sinaí, mientras dialogaba con su secretario el profesor Montaña, en las montañas del Sur". Lo que no agregaba Díaz Soto era que el Plan de Ayala, transcripción del Plan de San Luis, formulado por Madero, lo

había puesto a la consideración de Zapata, no a la firma, porque aún no sabía firmar, el maestrillo Montañón, que modificó apenas ciertos encabezados a fin de que sonara a nuevo el Plan de San Luis, cambiando nada más de nombre, como Plan de Ayala.

Y en cuanto a la esencia, la situación agraria de la región zapatista era la misma que la de la zona carranclana; cada jefe militar tomaba tierras según su poder material de acaparamiento. Y el mismo Zapata, hoy apóstol de revolucionarios advenedizos, se había reservado para su propio beneficio un buen rancho; en otro más tenía instalado al hermano; en otro a una amante, etcétera.

A Díaz Soto no le habían adjudicado ranchos ni los hubiera aceptado; siempre ha sido hombre desinteresado; pero le concedieron el monopolio del pensamiento. Y lo dejaban hablar. Y hablaba Díaz Soto con elocuencia y con fuego. "Todo el país debiera ser de los indios; nosotros, los criollos y los mestizos, estábamos de más; el general Zapata representa el primer caso de un caudillo netamente indígena." Ni siquiera esto era verdad porque Zapata era un mestizo. Pero Díaz Soto, soltando la verba, afirmaba: "El Plan de Ayala es el primer programa salvador de la historia de México. Antes de él no ha habido nadie; Juárez era un burgués; Madero era otro sucio burgués y, además, pecado imperdonable, era un blanco". También Díaz Soto es un blanco. En México las campañas del fanatismo indígena las hacen los blancos; los indios, por regla general, no hablan de su casta; tratan de simular que son blancos. Y la campaña del indigenismo radical es obra protestante imperialista de tan sutil penetración, que la emprenden a menudo hombres como Díaz Soto, medio católico y perfectamente español y sin simpatía alguna por lo anglosajón.

Y, por último, como la Convención no avanzaba a causa de las profundas desavenencias de los grupos, pero era necesario prolongarla, mientras tomaban posiciones unos y otros, se adoptó el recurso de los fuegos artificiales para ganar tiempo, y el cohetero mayor fue Díaz Soto. El concurso lo ganó con la rueda catalina del internacionalismo. Ante un teatro henchido de oyentes, en plena tribuna, Díaz Soto estrujó la bandera tricolor que colgaba al lado; la llamó trapo sucio y abogó por la supresión de las patrias... Hay que advertir que esta prédica antinacionalista que los imperialismos difunden por las patrias débiles para quebrantar su resistencia no tenía por entonces el disfraz bolchevique de que hoy la revisten los seudorradicales que viven de la demagogia; así es que la conmoción fue tremenda. Uno de los generales, creo que Natera, gritó a la vez que desenfundaba su pistola:

—Deja esa bandera; no la toques o te mato.

Otros varios siguieron el ejemplo de Natera; sacaron las pistolas y apuntaron a tiempo que en toda la sala se desataba el tumulto, corriendo unos para escapar a las balas, gritándose otros en grupos hostiles... Y fue aquél, quizá, el momento más hermoso de la vida política de Díaz Soto, porque fue él mismo, y ya no el representante de Zapata; fue el viejo luchador del pensamiento quien erguido, cruzado de brazos, desafió a los pistoleros de la milicia exclamando:

—Disparen, hagan lo que quieran; no retiro mis palabras. Y se impuso, por aquella vez, la palabra; se impuso en causa turbia, pero triunfó sobre la brutalidad que, a la larga, había de hacer pedazos todas las ilusiones que la revolución puso en la Asamblea de Aguascalientes.

Don Paulino Martínez pronunció uno de los pocos discursos nobles, valientes, libres, que en la Asamblea se dijeron. Arremetió contra el régimen militar que se infiltraba en la revolución. “Tanta sangre derramada —dijo— exige algo más que la creación de medio millar de generales que se apoderan de las tierras ajenas.” Se le aplaudió mucho; una de las hipocresías más dañosas del temperamento de la llamada revolución actual es que aplaude siempre la palabra justa y aun se llena la boca hablando de honradez y de justicia, pero es para esconder que están robando. De dientes para fuera, y sin disimular la sonrisa burlesca del canalla que se está llenando los bolsillos, gritan: “Al ladrón, al ladrón”.

En suma, en la delegación zapatista hubo talento y buena intención, pero... eran zapatistas, llevaban comprometida la voluntad y suelta no más la lengua, y aun eso hasta cierto punto, pues no osaban poner cauterio en la gran llaga que era su jefe.

Y, por otra parte, bien podía despotricar cualquiera sobre indigenismo; las fuerzas dominantes de la revolución ni siquiera las sospechaba el criollo generoso y equivocado que hablaba en Díaz Soto. Las fuerzas dominantes de la revolución eran el texanismo de los carranclanes, el pochismo de los sonoro-callistas, el protestantismo regentado por *mister* Lind y triunfante cuando *mister* Morrow consumó el anhelo de Henry Lane Wilson: gobernar al país azteca por medio de presidentes peleles, más o menos negroides. Entre todos los que en la Convención hablaron, nadie representó mejor los intereses de México que don Paulino Martínez, y nadie puso atención a lo que dijo. Don Paulino, indio y ex obrero y veterano de las luchas contra la opresión capitalista del porfirismo, y además periodista, no asesino, era el auténtico representante de la mayoría vejada. Los carranclano-pochistas, los que más tarde serían gobernadores y presidentes por la gracia yanqui, escucharon a don Paulino con displicencia... Don Paulino era un “pendejo” que se había enfrentado desde joven a don Porfirio y se había pasado la vida escapando de la cárcel... Listo, Carranza, que cobró sueldo de senador más o menos treinta años y ahora “jefatureaba” la revolución simulando amor al pueblo... Vivo, Obregón, que se pasó de porfirista sus mejores años y se hizo maderista al triunfo de Madero y en seguida se lanzó contra Huerta, pero no a lo heroico, sino cuando ya contaba con todas las fuerzas auxiliares de Sonora y el Presidente Wilson había manifestado su repudio del huertismo... Pendejos todos esos maderistas y magonistas que todavía andaban sin un peso en la bolsa; revolucionarios, ellos, los carranco-villistas que ya traían en los dedos los anillos de diamantes de los “reaccionarios” asesinados la víspera... El general Villa acababa de gastarse dos mil dólares en acondicionar el baño de su casa nueva en Chihuahua, en la cual el lujo superaba al de aquel triste científi-

co Terrazas, protegido de Porfirio Díaz y cacique criollo que, por lo menos, quitó las tierras a los indios, salvándolas de los yanquis. Los Villa, los Carranza, los nuevos, despojaban a los mexicanos de la anterior generación, en sociedad con los capitalistas de Norteamérica, representantes del progreso, dueños del mundo... "Qué pendejo don Paulino...": "Pos a poco cree que la revolución se hizo pa' que sigamos de pobres..." "Viva Carranza, muchachos, que nos ha enriquecido a costa de los científicos..." "Viva mi general Villa, tales por cuales, que es padre de todos los carrancistas..." Así se conversaba, nada agregó, y sólo confieso que lo de carranclanes fue invención mía, venganza mía, que se difundió en la Convención y pasó de allí a toda la República... Carranclanes. La palabra me sonaba a lo que eran: pura matraca y ruido en la acción, pero voraces en la hora del saqueo... Los de Villa eran más disciplinados; se daban, conforme a ordenanza, dos horas de saqueo, dos horas de desfloreo. Y los dos bandos miserables andaban ya por Washington ofreciendo cada uno mayor porción de soberanía, para conseguir la tolerancia de las fronteras, la ventaja del reconocimiento... Y los dos personalismos unidos para un solo propósito: burlarse de la Convención, sus acuerdos y decisiones...

Con los independientes mis relaciones eran estrechas por conducto de Villarreal, cuya candidatura a la Presidencia Provisional era tácitamente aceptada por todos. La intriga que destruyó esa candidatura acabó con las posibilidades de la Convención. Abundan los espíritus conformistas para quienes únicamente posee interés el hecho consumado. La historia, proxeneta vil del éxito, rara vez se ocupa de lo que pudo ser; menos de lo que debió ser. Pero el juicio del alma, que está por encima de todo realismo inicuo, nos obliga a decir qué es lo que pudo evitar un desastre, salvar a un pueblo en un momento dado de su historia. Sólo así se hace justicia y también sólo por ese medio se podrá derivar del pasado alguna enseñanza. La designación de Villarreal para la Presidencia hubiese acabado, como lo deseaba la nación, tanto con Villa como con Zapata y Carranza. Pero al mismo tiempo, siendo Villarreal el culto entre los generales, el más humano e inteligente, después de Villarreal o bajo Villarreal, los partidos se habrían organizado y el proceso presidencial de México se hubiese transformado hacia los hombres de abolengo cívico y preparación escolar adecuada, tal y como ocurre en los países de la América del Sur. Y esto es lo que no convenía, ni al propio Obregón, menos a los emboscados que en estas ocasiones esperan a que desaparezcan los caudillos notorios para entrar al poder por la puerta falsa del favoritismo, el incondicionalismo, el crimen y la traición al estilo Calles y los presidentes callistas. Contra Villarreal, pues, se coludieron todos, incluso Obregón, que al principio lo apoyaba. Y por mucho tiempo la risa de los viles persiguió el fracaso de una candidatura que pudo salvar a la revolución de sus posteriores ignominias. Entre el grupo de los sostenedores de la candidatura de Villarreal estaba Eulalio Gutiérrez, hombrazo del Norte que gozaba fama terrible porque su viejo oficio minero le había permitido hacerse experto en las voladuras de trenes que tanto daño hicieron al Gobierno huertista. No conocía yo a Gutié-



rrez sino por su fama. Y nos encontramos una tarde en el corredor de un hotel de Aguascalientes. Avanzaba yo solo por el pasillo, y en dirección contraria vi acercarse un gigantón acompañado de dos ayudantes empistolados. No habiendo razón para cederles el paso, me detuve para cruzar entre dos de los desconocidos, y en ese momento Eulalio Gutiérrez me tomó de los brazos, y sacudiendo, dijo:

—Usted tiene una deuda conmigo.

Sin el gesto bonachón, seguramente me asusta; pero luego añadió:

—¿No me conoce? Soy Eulalio Gutiérrez y me debe usted uno cincuenta de una suscripción de *El Antirreeleccionista*; se la pagué por tres años y usted “dejó de mandarme el periódico...”

Reímos la ocurrencia, nos dimos un abrazo y quedó sellada una amistad duradera. Ni Gutiérrez ni nadie imaginaba en aquel momento que una semana después, tras el retiro de la candidatura de Villarreal, resultaría Presidente de la República el generalote revolucionario, sencillo, inteligente y honesto.

#### UN PERCANCE

Las sesiones de la Convención nos ocupaban toda la tarde y parte de la noche. Nos quedaban las mañanas para el reposo y el paseo. Nuestros alojamientos eran incómodos, escasos de higiene; pero en los ojos de agua caliente que han dado nombre a la ciudad se mantienen establecimientos de baños.

Un capitán, amigo del periodista Malváez, nos prestaba algunas mañanas un coche de cuatro asientos que había pertenecido a alguno de los hacendados de la región y había parado en manos del oficial con todo y su tronco de caballos negros, grandes y briosos. Malváez era pulcro y cuidadoso de la apariencia personal, muy dedicado a lós femeninos. Regresábamos exudando limpieza, corriendo sobre un camino descuidado pero amplio y tendido sobre el llano. En el viaje de ida se me habían encabritado los caballos y prudentemente habíamos dejado la dirección al cochero, colocándonos Malváez y yo en el asiento posterior. De repente, los tumbos del carruaje empezaron a hacerse molestos. El conductor hacía esfuerzos para contener el galope, que por ser de regreso hacia sus cuadras ponía desenfrenados a los animales. A poco andar, en un declive, la carroza se hundió, partiéndose en dos: las ruedas delanteras con el asiento de enfrente se quedaron pegadas a las guarniciones y siguieron arrastrándose detrás de los caballos, desbocados por el susto. El cochero escapó arrojándose a un lado y Malváez y yo quedamos en tierra con el asiento trasero y parte de las ruedas por sobre nuestra espalda. De debajo de los escombros salí primero, en posición de lagartija, palpándome, luego que me puse en pie, para comprobar que estaba ileso. En seguida vi saltar a Malváez, que tan pronto quedó libre echó a correr fuera del camino. Sin poderlo evitar, y juzgando que no podía estar malherido, una idea irónica me pasó por la mente; me hizo reír después de que pasó el riesgo.

Recordé el cuento infantil del que da una pedrada en la cabeza a una gallina, echa a correr ésta y reflexiona: "Le di en el centro de la carrera".

Se detuvo, por fin, Malváez; se sentó en una piedra; me puse a palparlo, inquiriendo si le dolía algo, y explicó:

—Es que se me fue "el resuello".

Entre grandes risas seguimos la ruta a pie, y a las orillas de la ciudad nos recogieron amigos que se echaron en nuestra busca, alarmados al ver que llegaban los caballos, con la mitad del coche a la cola.

#### EULALIO GUTIÉRREZ, PRESIDENTE

Después de una serie de sesiones tediosas, porque los asuntos candentes se trataban entre las comisiones de los distintos grupos, la Convención consumó el parto de los montes: eligió Presidente por veinte días, mientras volvía a haber quórum, al general Eulalio Gutiérrez, tercero en discordia, candidato de transacción que no solicitó un solo voto, pero que se aprestó a cumplir con su deber tan pronto estuvo nombrado. Tan patente era el absurdo, que en otra sesión le dieron nombramiento indefinido.

Para notificar el doble acuerdo: desconocimiento y retiro del mando de los generales Carranza, Villa y Zapata, y elección de Eulalio Gutiérrez, se nombraron comisiones distintas. Obregón, Villarreal y Lucio Blanco se comprometieron a presentar el acuerdo a Carranza. Y me tocó hacer la notificación respectiva al general Francisco Villa, en compañía de los generales José Isabel Robles y Raúl Madero.

—Hable usted —me dijeron sus dos generales cuando estuvimos a la puerta del carro privado del tren en que Villa despachaba. Y tan pronto como nos sentó y se quedó aguardando, sin preámbulos le dije:

—Como usted ya lo supondría, general, esta misma tarde la Convención acordó agradecer a usted y a los generales Carranza y Zapata sus servicios tan importantes por la revolución y pedirles que abandonen el mando de sus tropas, poniéndose a las órdenes del Presidente Provisional, Eulalio Gutiérrez...

Rápidamente se le inyectaron al general los ojos en la forma en que ya me habían dicho era habitual en él, cuando le acometía furia homicida. Pero se dominó.

—Está bien —dijo después de una pausa larga—. Está bien... Dígales —expresó sin mirar a sus generales—, dígales usted que Pancho Villa se va... les deja todo... esta división que yo he formado... No me llevaré sino veinte hombres... Organicen ustedes su Gobierno; pero eso sí... se los advierto: ¡Presidente municipal que yo les capture... lo cuelgo!

La brusca, salvaje amenaza, me irritó a mí también. Hice una señal a los colegas Robles y Madero, y dejando el asiento afirmé:

—General: nuestra misión se concreta a comunicarle a usted los acuerdos de la Convención. Con permiso...

Y los tres nos salimos, convencidos de que las protestas de obediencia a la Convención iban a ser una pura farsa.

Y fue entonces cuando los mejores elementos de la revolución, los patriotas de uno y de otro bando, carrancistas como Lucio Blanco y como Buelna, villistas como Robles y Aguirre Benavides, resolvieron apoyar a Eulalio Gutiérrez con toda la fuerza de sus personalidades. Muy especialmente se comprometió a hacerlo Álvaro Obregón. Suya había sido la idea de escoger y suyo el trámite solemne de firmar sobre la bandera de la Convención el compromiso de respetar sus acuerdos. Villarreal refunfuñó en su derrota, y con razón, porque no se le trató con lealtad y porque vio claramente que Eulalio difícilmente podría reunir el apoyo indispensable; pero renovó su juramento de fidelidad al elegido por la Asamblea.

Eulalio me mandó llamar a las pocas horas de nombrado. Con gran sencillez y afabilidad expresó:

—Ahora, licenciado, usted me va a ayudar en este atolladero... Vamos a tener que hacer frente a Carranza y al bandido de Villa. No le ofrezco cartera porque el Gobierno lo organizaremos si llegamos a la capital; pero véngase desde luego conmigo; despache todas las Secretarías, si quiere...; ya después cogerá la que guste.

Y me presentó con sus oficiales, sus ayudantes.

Por el momento, lo que hacía falta eran dos ministros: el de Guerra y el de Gobernación. Y con acierto nombró Eulalio en Guerra a José Isabel Robles, uno de los más brillantes generales jóvenes de Villa; en Gobernación a Lucio Blanco, la personalidad militar más señalada del carrancismo. En seguida, como la Convención había aplazado sus sesiones, salimos, los del nuevo Gobierno, en dirección de San Luis Potosí, donde Eulalio tenía fuerzas propias que le podían dar custodia.

Pero antes de abandonar a Aguascalientes consumó Eulalio un nombramiento que le fue muy censurado y sirvió a muchos de pretexto para desconocer sus juramentos y volverse contra el Gobierno de la Convención: el nombramiento de Villa como jefe de Operaciones Militares a las órdenes del Ministro de la Guerra. En cierto modo, el nombramiento invalidaba el propósito fundamental de la Convención, la eliminación de los jefes con prestigio de caudillo, que eran, por lo mismo, elementos de discordia. Pero hay que atender a los antecedentes del nombramiento y a la situación en que se vio Eulalio, al hacerlo. En vez de acatar la Convención, Carranza le declaró la guerra. Villa, por su parte, y teóricamente, aceptó la jefatura de Eulalio y le protestó obediencia... Ahora bien: ¿Podía Eulalio desorganizar la División del Norte quitándole a su jefe, en momentos en que se preparaba para recibir la embestida de los carrancistas, fuertes en veinte o treinta mil hombres? Si Obregón, que se despidió abrazando a Eulalio, hubiese permanecido fiel, con las fuerzas de Obregón hubiésemos protegido al Gobierno contra Villa o quien fuese; pero Obregón, sin excusas y haciendo burlas crueles de Eulalio, se pasó al carrancismo que, con su firma, desconociera en Aguascalientes.

En un principio explicó Obregón su cambio de frente alegando “que porque Villa había sido comisionado jefe de operaciones”; pero el nombramiento se hizo cuando ya Obregón estaba con los carrancistas. Varios años después, Obregón, ya fuera de su ejercicio presidencial, declaró en unos comentarios sobre la época:

—Me fui con Carranza porque era el fuerte...

El fuerte hubiese sido Eulalio sin la desertión de sus poderdantes y amigos.

En San Luis, la comitiva de Eulalio permaneció el tiempo bastante para apreciar los horrores de la ocupación de los carrancistas. Destruyendo por gusto, quemando lo que no podían llevarse, daban la impresión los del bando pablista de que se ensañaban en las cosas, ya que no habían podido obtener victorias sonadas como las de Villa y las de Obregón. De San Luis Potosí, a semejanza de los callistas de Sonora y en ejecución inconsciente del plan pocho de *mister* Lind, los carrancistas extrajeron los muebles de las casas ricas y en furgones de ferrocarril los trasladaron a Texas, junto con joyas de arte de inapreciable valor. Numerosos tesoros de la Colonia pasaron de esa suerte, a vil precio, a manos de los nuevos conquistadores, los yanquis, que con menos sacrificio que el español nos han dominado a través de los Poinsett y los Morrow.

Con buen sentido de hombre naturalmente honesto, Eulalio, que ocupó la ciudad en seguida de los pablistas, pudo salvar tesoros como la biblioteca del obispo Montes de Oca. Y la gente de San Luis empezaba a testimoniarse su agradecimiento. Ante nosotros llegó una noche una comisión a quejarse de que se pretendía asaltar el colegio de las monjas del Sagrado Corazón, institución católico-francesa de enseñanza europea, contraria a la política protestantizante. La perseguían con saña, por lo mismo, los del secreto pocho imperialista. Mi hermana Concha se hallaba entonces entre las monjas del colegio y me mandó recado urgente. No me fue difícil convencer a Eulalio de que era antipatriótico prestarse a las maniobras de una persecución religiosa que sólo beneficia al extranjero, puesto que da por resultado que doncellas mexicanas sean enviadas a los colegios de Norteamérica por millares, en vez de educarse en su patria.

En San Luis comencé a ver actuar al licenciado Rivas, que hacía de secretario de Gobierno, y que bajo la nueva posición de Eulalio asumió el cargo de secretario particular. Uno de los mejores hombres con que jamás haya contado la revolución fue este Manuel Rivas, culto, valiente, honrado, indulgente. Claro está que nadie lo recuerda porque no aceptó honores ni de Carranza, ni de Villa, ni de Zapata. Para él, la revolución era hombría de bien y progreso, justicia social y dignidad humana, libre de personalismos y de charlatanería demagógica.

Enriquecidos con la colaboración de Manuel Rivas, que me reveló todos los secretos de San Luis, desde la nieve de tuna y de zapote hasta el churriguera ilustre de la capilla del Carmen, nos trasladamos a Querétaro, en ruta de aproximación a la capital. Se hallaba ésta prácticamente abandonada.

Don Venustiano la evacuó de prisa, y a continuación Lucio Blanco la hizo guarnicionar con sus propias fuerzas, en nombre de la Convención. Por su parte, los zapatistas, sumados a la Convención, empezaron a penetrar en el Distrito Federal, instalando sus cuarteles en las afueras de la ciudad.

En Querétaro nos hospedaron en la célebre casa, joya del arte colonial, de arcadas platerescas y entrelazado rosa y blanco, estilo árabe. Cada mañana hacíamos la excursión a La Cañada para tomar el baño en los manantiales. El resto del día lo pasábamos trabajando. Se había quedado en la casa el mayordomo de la familia propietaria, que a diario nos preparaba un banquete. En todos los sentidos el ambiente que nos rodeaba era superior a todo lo que puede darse en el Norte, sin exceptuar los hoteles caros de Estados Unidos. El refinamiento de tres siglos o cuatro de latinidad estiliza las líneas del panorama: suaviza el trato, perfuma la convivialidad, volatiza el aire. Y daba pena mirar aquella sociedad exquisita padeciendo bajo la bota de tanto bárbaro que hablaba el mismo idioma pero que traía el alma apochada, el ánimo cargado de odio y desprecio por la tradición propia y de baja, imperdonable veneración por las patrañas de la seudocivilización de los nuevos conquistadores de quienes éramos instrumentos en gran medida.

En la ciudad tenía yo amigos; por ejemplo: un sobrino de aquel mi protector de los días estudiantiles: don Benigno Frías y Camacho, abogado queretano. Y parientes del lado político por mi cuñado Domingo García, natural de Irapuato, con hermano cura y consanguíneos por todo el Bajío. Además, Querétaro es una especie de Oaxaca en grado un poco mejor; Oaxaca sin indios, capital criolla en la que se ha dado lo más excelso del arte y la creación del mexicano. De suerte que me sentía ligado con el aura de la ciudad y con la savia de sus raíces. Y me dolían como en carne viva los atropellos, las incomprendiones, la maldad de unas represalias que alguien desde la sombra orientaba. Recorrer la ciudad era ya penoso, por la incuria, el abandono municipal y la miseria escondida bajo el tápalo castizo de enlutadas pálidas, mujeres que ya después de los treinta parecen tener liquidada la vida. Por su parte, los hombres han perdido el arrojo. Se ven inteligentes pero raquíticos, dedicados a hacer los chistes crueles con que hieren a los tiranos de cada turno, incapaces de erigirse en poder ciudadano que castiga, y evitar así la burla que degrada. Y, sin embargo, allí estaba, resistiendo un siglo de vandalismo, el rincón ilustre de la plaza e iglesia de Santa Inés; más adelante, Santa Clara, de contrafuertes macizos como la civilización que no hemos sabido heredar. Y en el interior, el lujo del churriguera mexicano, arte que nos ha dado sitio en la historia mundial de la cultura. Y las telas de Cabrera. Pensaba con dolor en la confusión de nuestras gentes, los de allí mismo, en Querétaro, los que debieran ser comprensivos y orientar, entregados a una decadencia que hace de la religión rito, no caridad; asunto de escapularios y no de hechos heroicos... Sin duda aquella gente fina, desde el fondo de su corazón, lamentaba el fracaso de Victoriano Huerta; lo lamentaban, sin duda, los hacendados, los patrones de empleados mal comidos, peor trajeados y obligados a

presentar cédulas de confesión antes de cobrar el mísero salario... Eso era la aristocracia de la República. Y lo demás, lo que venía con nosotros, el mestizo fuerte y ambicioso... ése era un bastardo que renegaba de Cortés y el encomendero de hace cien años, pero se doblegaba sumiso a la influencia extranjera del ahora, mucho más opresora que la antigua. El típico mestizo habría de recibir dinero de un embajador yanqui para infamar, en pintura mural que es símbolo de una época, el recuerdo del hombre que dio a México por fronteras Alaska y Honduras. A la vez, para halagar al heredero de Zacarías Taylor, que izó la bandera de las estrellas en el Palacio de los virreyes y para arriarla se hizo ceder de media nación.

¡Pobre México! El pulso de su tragedia inenarrable nos despertó una noche a horas avanzadas con fuertes golpes en la puerta del zaguán de nuestro palacio de ocho días. Y corrió la voz por la casa: unos caballeros de la ciudad pedían con urgencia una entrevista con el nuevo Presidente de la República. Se le corrió el aviso a Manuel Rivas, el secretario particular, y éste me sacó de la cama diciendo:

—Tenemos que ver a Eulalio, estos protestantes quieren fusilar a los católicos.

Y fuimos a la alcoba de Eulalio, que en seguida dio las órdenes humanas del caso, libertando a los presos. Una escolta los había sacado en la tarde de sus casas y se preparaba a matarlos bajo la inculpación no comprobada de que pocas semanas antes habían *aconsejado* el incendio de la iglesia protestante del lugar... “Pero ¿qué pasa? ¿Quién da esas órdenes?”, pregunté a Rivas ya que volvimos solos a nuestra habitación.

Y allí, por primera vez, pudimos descorrer el hilo de la trama. En el propio Estado Mayor de Eulalio había oficiales que antes de la revuelta fueron pastores de templos protestantes. A la revolución habían entrado, no como todos nosotros, para combatir por la libertad de los mexicanos, sino para ganar poder en beneficio de un culto extranjero. Y se aprovechaban ahora de la indignación que todos los revolucionarios alimentábamos contra la jerarquía eclesiástica por el apoyo prestado al huertismo.

Un instinto defensivo de la nacionalidad nos unía a Manuel Rivas y a mí. Pertenece Rivas, lo mismo que yo, a la clase media profesional que inventa, posee y administra los tesoros de la cultura en todas las latitudes. Verdadera aristocracia del espíritu, se halla esta clase colocada entre la rudeza y la incompetencia de los de abajo y la corrupción, el estulto egoísmo de los de arriba. Desventurado el pueblo en que la clase nuestra no domina, no impone la orientación y el sistema. Destruir la clase cultivada, echándole encima al indio, que por sí solo no logrará sino acomodarse a ser paria en la Texas grande que será todo México, he ahí uno de los propósitos del plan pocho imperialista, y lo han estado cumpliendo metódicamente.

Pero entonces no me conformé con alzarme de hombros; hablé a Eulalio largamente sobre la necesidad de alejar de su lado a los sectarios. Inquiriendo, averigüé que eran dos. A uno de ellos, que por su rudeza no tenía remedio,

logramos retirarlo; al otro le hablé larga y francamente. Se llamaba Peralta y resultó bien intencionado; me escuchó sin enojo; reflexionó; los acontecimientos nos separaron en seguida y volví a encontrarlo, años después, convertido ya en general influyente. Se me acercó y me dijo:

—¿Recuerda aquello que hablamos en Querétaro? Me convencí de que usted tenía razón y ya he dejado todo eso.

Lo mataron los callistas al lado de Serrano; en mala compañía cayó; pero algo es que luchara contra Calles.

Las garantías impartidas por Eulalio Gutiérrez le ganaron el aprecio de la sociedad queretana. Para testimoniarle afecto se organizó una velada en el Teatro Principal. Por modestia rehusó asistir; pero me nombró su representante en la fiesta. Acompañado de Manuel Rivas me presenté en la sala llena de un público lucido, a los acordes del himno patrio, según exigía mi representación. Entre los que daban la fiesta estaba el sobrino de don Benigno, joven músico distinguido que dirigía un cuarteto clásico. Todo el programa fue selecto y bien desarrollado; demostró lo que puede dar una ciudad que mantiene, desde hace muchos años, un Conservatorio de Música y establecimientos de enseñanza secundaria, tradición artística y abolengo de letrados.

#### DON EUFEMIO EN PALACIO

Por todos los rumbos del país los carrancistas andaban de huida. El Primer Jefe fue a dar a Veracruz. Por el Norte barrió Villa; por el Sur dominó el zapatismo, y en Sonora, Obregón se quedó sin ejército. Mientras, las figuras principales de la columna de Occidente, Obregón, Cabral, Alvarado, discutían en la Convención o se congregaban en la capital. Plutarco Elías Calles, siempre a retaguardia, se había quedado dueño de Sonora para consumir a su gusto confiscaciones y fusilamientos. Pero, apenas le faltó el apoyo moral del carrancismo, el jefe civil que parecía desdeñable militarmente, el ex gobernador Maytorena, puso en derrota a Calles, quitándole todo el estado y replegándolo a Naco, a un paso de la línea divisoria.

Las poblaciones liberadas del carrancismo respiraban dichas; los nuevos dominadores eran recibidos con aclamaciones. ¡Ay, no tardó Villa en persona en desprestigiarse: a la vez que nos manchaba la administración, nos hacía imposible la convivencia con sus salvajes actividades! Desenfrenado cada vez más, el jefe de la División del Norte, sin respeto alguno para el Gobierno que había jurado obedecer, ocupaba ciudades y aldeas, violando mujeres, atropellando honras y haciendas, ultrajando a los indefensos, cometiendo tropelías que se hubieran juzgado incompatibles con la edad de los ferrocarriles y el linotipo. Insaciable de dinero, que empleaba en sus propios vicios y lujo, salvo los centenares de tostones que repartía entre los hijos y las viudas de sus víctimas reducidos a la mendicidad, Pancho Villa recorría el país apresando a los principales de cada lugar, exigiendo rescates ruinosos,

matando a veces a uno que notoriamente no poseía dinero con el fin de amedrentar a los que lo tuviesen escondido. A la oficina de Eulalio, instalada en el carro *pullman* que nos conducía a la metrópoli, llegaban noticias que nos hacían vislumbrar, como en el fondo de una pesadilla, el retroceso de México a la época de la montanera sudamericana y del caudillaje santannista. De pronto se hacía realidad otra vez en nuestro suelo el tipo del Facundo de Sarmiento, la bestia que la Argentina liquidó desde el cuarenta. Y peor aún, porque Facundo Quiroga nunca dominó a Buenos Aires ni juntó grandes ejércitos, y nuestro Facundo se posesionaba rápidamente de todo el país y mandaba divisiones; se hacía acompañar de un agente especial de Washington y mantenía representación personal en la capital del imperio. Y era como si sobre México descargara la tormenta, incendiara el rayo, pero dejando detrás, aparte de la destrucción, la vergüenza y la deshonra.

Entramos nosotros a la capital una tarde sombría. Y son muy raras en México las tardes sin sol, y ni siquiera estoy seguro de que la sombra estuviese en el cielo; pero pesaba en el ánimo y oscurecía las almas. Un automóvil grande nos condujo de la estación a Palacio, y detrás montó una guardia de más de doscientos jinetes. El público azorado nos vio pasar sin darse cuenta exacta de lo que ocurría; pero los fotógrafos y los reporteros se metieron, antes que nosotros, a las salas de recepción. También hallamos allí a un grupo abigarrado de zapatistas. A la cabeza de ellos, Eufemio, el hermano de Zapata, presentó sus respetos a Eulalio, pero en seguida dio de sí y empezó a pedir coñac; se hizo retratar sentado en la silla presidencial.

Y no se crea que era el pueblo oprimido, la indiada irredenta, la que acompañaba a los jefes zapatistas invasores del Palacio. En el Estado Mayor de cada militar zapatista había intelectuales y petimetres de la capital, portadores de ilustre apellido muchos de ellos y que, a última hora, para escapar a las venganzas de carrancistas o villistas, se habían sumado al zapatismo ingenuo. A través del zapatismo, las clases adineradas del país habían minado la autoridad de Madero y ahora procuraban utilizar nuevamente la vanidad y la estulticia del jefe suriano, a fin de tomarlo como antifaz de sus odios contra Carranza y Villa. Esto explica que, de pronto, la gente bien de la capital, que dos años antes increpaba a Madero por causa de las atrocidades zapatistas en Tres Marías y en tanta otra hecatombe a lo Huichilobos, ahora se enternecía hablando del zapatismo. La maniobra era parecida a la que hoy se traen con Cedillo los clericales. Olvidan los horrores, los crímenes de la víspera, con tal de utilizar a un disidente, creyendo ganar por la intriga lo que no obtuvieron en la lucha franca. Y como es natural, fracasan siempre, y ni siquiera con honra.

La confusión y tortuosidad, la impotencia de los conservadores, se revelaba en aquellos días de la ocupación de México por el convencionalismo, en el espectáculo curioso de tanto joven de la aristocracia que prescindió del traje europeo para vestir la guayabera, blusa campesina que ellos llevaban de seda y con lujosos bordados, pero como símbolo de sumisión a la idea plebeya. En realidad, el zapatismo nunca fue otra cosa que plebeyismo; pero los



agentes de la penetración extranjera y sus cómplices inconscientes, los intelectuales del zapatismo, elaboraron una tesis aparentemente contraria de la tesis pochotexanista que traían los del Norte. Contraria en apariencia, digo, aunque, en realidad, concordante en lo que hace al propósito de la destrucción de México. La doctrina subterránea del zapatismo era la vuelta de México al indigenismo de Moctezuma. El retorno lo predicaban criollos como Díaz Soto y periodistas yanquis; lo consumaban en el traje los aristócratas de la capital incorporados al zapatismo en esfuerzo mimético defensivo. Y si no pasó del traje y de la barbarie, si no se renegó, por ejemplo, del idioma castellano, es porque no saben otro idioma que el castellano las masas indígenas que se supone servirían de base a una restauración azteca. Elementos culturales para un aztequismo viable no hay uno solo. La suerte de aztequismo que periódicamente renace es el elemento de crueldad que no han podido destruir cuatro siglos de predicación cristiano-hispánica. El *teocalli* de los sacrificios humanos es la única institución azteca que pervive. Los zapatistas la traían perfeccionada con el uso de la ametralladora y la pistola automática. Sugeridos por la manera como el armamento moderno destroza los cuerpos, los zapatistas habían creado un término para símbolo de sus ejecuciones y venganzas: "quebrar" al enemigo... "Quebrar" a Fulano... "Ya quebré a Zutano..." Matar a balazos era quebrar, y ninguna otra palabra tuvo entre el zapatismo un uso más extenso ni aplicación más celosa.

De todas maneras, los que con algún destello de conciencia mirábamos aquellas hordas de salvajes, cumplimentadas y aduladas por la opinión y la sumisión de los débiles de arriba, experimentábamos el efecto de pesadilla azteca, lo que hubiera sido México si triunfa la primera conspiración indígena, la que hizo abortar el gran virrey Mendoza; lo que sería México si de pronto, suspendida la inmigración española y europea, entregado el país a sus propias fuerzas todavía elementales, los trece millones de indios empezasen a absorber y a devorar a los tres o cuatro millones de habitantes con sangre europea. La gran catedral de México, todas las hermosas catedrales barrocas serían arrasadas y en su lugar volverían a levantarse *teocallis*. Ya un poeta de la prosa inglesa, el célebre Lawrence, en su obra *The Plumed Serpent*, compuso los himnos de despedida de la Virgen María y el niño Jesús; himnos cantados en coro por el nuevo sacerdocio azteca, en tanto que un falso Quetzalcóatl yancoide pone la corona de Reina sobre las sienes de una irlandesa amancebada con una especie de general callista. La irlandesa aludida era querida del propio Lawrence; pero no se crea que un indigenismo de manufactura anglosajona llegaría a darnos reinas ni diosas de mejor calidad. Pues lo curioso de estos indigenismos fundados en la ciencia etnológica de los agentes del Smithsonian y la Carnegie es que se valen de los Molina Henríquez y los Gamio, pero no se acuerdan de ellos a la hora de crear la dinastía dominante de los nuevos reinos, teóricamente autóctonos. Como que saben que ningún autoctonismo es posible, ni lo desean; todo lo que buscan es suplantar lo español con lo inglés. Y a la larga, hacer de todo México otro Texas

en que la indiada que llaman "la raza" y aun el mestizaje de la capa intermedia se expresan en idioma pocho en las relaciones familiares, pero en la vida pública acaban por usar el inglés. De todas maneras, lo que por lo pronto se busca es aniquilar el criollismo y emborrachar al mestizo con borrachera de fatuidad y de alcohol. Al indio no hace falta destruirlo; es el esclavo paciente que labra la tierra y entrega la cosecha al precio que señala el banquero. Todos estos planes fermentaban oscuramente dentro de la inconciencia zapatista. Y se quedaron en suspenso, no por reacción sana de una opinión que no existe, sino por el choque con las tendencias pseudoprogresistas de los del Norte: villistas y carrancistas. Se dijeron éstos, así lo escuché a coroneles y capitanes, que son los que dan el tono de la opinión de un ejército:

—¿Qué se andan creyendo estos indios zapatistas? —decían los soldados de Villa, hijos de la estepa fronteriza en cuya sangre predomina el elemento español, aunque en sus labios, envenenados por la propaganda extranjera, revienta el denuesto de los que fueron sus padres— ¿Qué se andan creyendo estos indios, que nos vamos a poner huarache? (La sandalia de cuero burdo que usa el indio.) ¡Que se pongan ellos zapatos como nosotros y que se vistan como la gente!

Y así, el calzado del Norte y el uniforme de caqui, que los carrancistas llevaban de Texas, salvó a la República de volver a vestir la manta cruda de los aztecas. Nos salvó del retorno indígena el salvajismo de Fierro, que noche a noche fusilaba, por su cuenta y gusto, diez, veinte coroneles zapatistas indígenas.

Entretanto, buena parte de la pseudoaristocracia intelectual capitalina rodeaba al hermano de Zapata y le llamaba don Eufemio, le fomentaba las borracheras, y a Zapata lo erigieron en Caudillo del Sur, semidiós azteca, iluminado por la Providencia autóctona. Zapata por su parte, y con ingenuidad enternecedora, enarbolaba el estandarte de la Virgen de Guadalupe, lo que desconcertaba a los complotistas de la República azteca con vuelta a los dioses nativos.

Y según cumple al ídolo tribal, Zapata se presentaba en público vestido de charro, águila bordada de oro en la espalda, botonadura de plata riquísima y sombreros que se exhibían previamente en los escaparates lujosos de la ciudad, valuados en miles de pesos. "El Sombrero del señor General Emiliano Zapata", decía el rubro, y el cintilar del oro de los bordados deslumbraba las pupilas de la misma plebe esclava que aclamó a Victoriano Huerta y miró atónita a Calles, el matón más eficaz de toda nuestra carnicería.

#### MINISTRO A CABALLO

Asqueado de las escenas que habíamos visto en Palacio, y no contando aún con fuerza militar suficiente para echar a don Eufemio a cintarazos, Eulalio optó por despachar en su domicilio, que estableció en la casa de los Braniff, del Paseo de la Reforma, rentando previamente el edificio. Sólo unas cuantas

ocasiones acudimos a Palacio; por ejemplo: el día de las protestas ministeriales, en que se integró el Gabinete con Lucio Blanco, en Gobernación; Miguel Alessio Robles, en Justicia; Valentín Gama, en Fomento; Felícitos Villarreal, en Hacienda; José Isabel Robles, en Guerra, y el que escribe, en Educación Pública. Fue la primera vez que en México las ceremonias de toma de posesión ministerial se consumaban sin traje de etiqueta, con sencillez casi campesina. El Gabinete fue muy aplaudido por el público que llenó el Salón de Embajadores; siempre hay, por lo que se ve, un público destinado a servir de coro así se trate de la toma de posesión de ladrones como los que figuraron en los gabinetes callistas. En aquella época, sin embargo, era yo bastante joven y me parecía que el aplauso era el eco natural de la conducta honrosa, el galardón del mérito. Desconocía la vileza de las multitudes.

Y en verdad, había congregado Eulalio los mejores elementos de la revolución y un extraño a ella, el ingeniero Gama, que, sin embargo, representaba, aparte de "ciencia mexicana", el zapatismo, pues lo elegimos por su parentesco con Antonio Díaz Soto y Gama, que no quiso aceptar una cartera. A falta del sobrino, Eulalio designó al tío, para que los zapatistas tuvieran conocimiento de nuestros actos y a causa también de que en el grupo zapatista, exceptuando a Díaz Soto, no había persona de capacidad ministerial. El oficio de ministro no había caído aún tan bajo como en las épocas posteriores. Existía aún respeto a la opinión, cierto decoro que alejaba a los descalificados. El nombramiento de don Valentín Gama ha sido presentado como caso de incongruencia y arbitrariedad en el libro de Martín Guzmán *El águila y la serpiente*. Lo cierto es que Martín nunca supo ni por qué entró Gama, ni por qué salió del ministerio.

El propio Martín había ido a parar con José Isabel Robles como secretario particular; cuando Robles, al verse de pronto ministro, en Aguascalientes, me dijo:

—Y ahora ¿qué hago? Consígame un secretario letrado.

Le recomendé a Martín por lo inteligente.

—Es villista —opuso Robles.

—Ya eso usted se lo quitará —indiqué.

Y es posible que a causa de su villismo Robles no haya enterado a Martín de todo lo que ocurría. Villa tampoco le confió jamás ningún puesto. Al lado de Villa, Martín figuró como a látere de Llorente, un villista ciento por ciento. Y Martín se mantenía al margen de los acontecimientos, dedicado a un negocio de corretajes y cambio de moneda, negocios de papel revolucionario en El Paso, Texas, en sociedad con Carlos Domínguez. La iniciación revolucionaria en puesto público la tuvo Martín por recomendación mía en la secretaría particular de Robles. Estos datos son pertinentes porque, según se verá en lo que sigue, la historia de nuestro movimiento convencionista es muy otra de la que Martín expone con bastante confusión en su libro tan admirable bajo otros aspectos. En este caso le ocurre a Martín lo mismo que a tantos otros que se dicen desorientados ante una situación en que no supieron actuar con

derechura; quisieran enmarañar los hechos para que no aparezca la vacilación, la tortuosidad de sus proceder.

En representación del elemento carrancista figuraba en el Gabinete Lucio Blanco; en nombre de los villistas colaboraba Felcitos Villarreal, persona de confianza de los Madero. En Relaciones se nombró subsecretario a un abogado moreliano, mientras acababa de decidirse si aceptaba o no el doctor Silva, una de las figuras más respetables de la revolución por sus antecedentes honorables, su acción cívica y su cultura. La ceremonia de la protesta se consumó a las once de la mañana. Un grupo de amigos personales, con sus esposas y algunos parientes, decidió llevarnos a comer a mi esposa y a mí, ese mismo día, a un restaurante, a la una de la tarde. Y mientras llegaba la hora del almuerzo, en automóvil acabado de agenciar por el garaje del Palacio, me fui con Mariano Silva, que quedó convertido en mi secretario, a tomar posesión del edificio del ministerio. Los empleados, en su mayoría, estaban cesantes o habían desertado, unos con Carranza a Veracruz, otros con Victoriano Huerta al ostracismo y la vergüenza de una complicidad inevitable.

A la puerta del viejo palacio de Tolsá, calle del Reloj (donde el pobre don Justo instaló su ministerio en un entresuelo, mientras arriba un vejete corrompido ocupaba las mejores salas del edificio haciéndola de Ministro de Injusticias), nos recibió el portero. Era un viejo que caminaba demasiado despacio para mi impaciencia, y dejándolo atrás, trepando de dos en dos las gradas de la escalera, llegamos a los salones que empezamos a abrir de empellón. Los muebles se veían en orden, pero no había un alma adentro. Sólo después de que hubimos recorrido las salas de recibo, las oficinas principales, y al penetrar de improviso en una de las cámaras interiores de la secretaría particular, semiocultas y temerosas descubrimos un par de empleadas bellísimas sin hipérbole, tímidas y sedosas como palomas extraviadas en el temporal. Y rápidamente, con instinto de azor, después de interrogarlas, nos las repartimos. La que tocó a Mariano se llamaba Esperanza; era de poca estatura pero dulce, nacarada, fresca, ojos azules y cabello a lo Ticiano, famosa en el mundo burocrático por su lozanía y su ingenio. La otra, que llamaremos Beatriz, era aún más hermosa, con belleza imponente, rostro en óvalo, cabellera larga, apretada, oscura; blanco rosado el semblante, negros los ojos de noble mirar, cintura angosta y busto generoso; caderas de arpa eolia y largas piernas, bien vestida y segura en su suave dominación. Me tocó a mí esta maravilla, aunque sólo en teoría, pues nunca pasaron nuestras relaciones de un enamoramiento y ternura que salió a lo sumo a la mirada. Cortas se hicieron las semanas que trabajamos y sufrimos, nos alegramos juntos, pues se hizo mi empleada de confianza, mi amiga fiel en la derrota, mi ilusión en las horas de duda y de amargura.

La única vez que me pidió un favor fue para ayudar a un antiguo jefe suyo, huertista prófugo de quien nada podía esperar y con quien sólo la ligaba el aprecio.

Desde que la restablecí en el ministerio vacío le dije:

—Usted no es para la máquina de escribir; usted va a ser mi introductora de embajadores. A los que tenga que decir que no, usted los despedirá, consolados porque la vieron.

Y cuando me dirigía al ministerio, convencido de la inutilidad de cualquier esfuerzo en aquel caos que nos tragaba, de pronto me reanimaba y ambicionaba tareas grandes, tan sólo porque ella esperaba, elegante y dulce musa de salas, que eran ilustres por los libros, los recuerdos, los pensamientos irrealizados, de Baranda, de Justo Sierra.

Al principio, quizás, nos vio entrar Beatriz como un grupo más de la serie de los facinerosos de la anarquía patria; pero pronto se convirtió en la aliada, la colaboradora del movimiento de aquella oficina que por esos días no sólo manejaba cuestiones magisteriales, sino la política y eficiencia de casi todo el Gobierno. Constantemente el teléfono llamaba de Justicia o de Relaciones, donde no había ministros, y consultaban: “Me dijo el Presidente que usted resolvería tal y cual caso”. Por lo que los de la prensa, nunca leales, menos del que está como de paso, siempre dispuestos a la alabanza servil o al vituperio emponzoñado, comenzaron a apodarme “El Canciller de don Eulalio”.

Lo poco que valíamos don Eulalio y su canciller se vio evidenciado en un incidente amargo que no podría escapar a este relato sin que se truncase lo que tiene de realidad viva y registro de sucesos feroces. Sucedió que una mañana casi me levantó de la cama, en el rancho de Las Rosas, donde seguía viviendo con mi familia, la visita embozada de aquella Encarnación, la amiga del discípulo Nájera que me tuvo en su casa al escapar yo de la cárcel carrancista. Angustiada, me informó que la noche anterior habían practicado un cateo en la misma casa en que me hospedaron, y que ella no sabía lo que hallaron, pero sospechaba que unas máquinas que unos amigos de Nájera habían llevado a guardar, eran prensas de falsificar billetes. Y Nájera, desde la prisión, le mandaba decir que me viera, que eran ocho o diez los cómplices y que estaban todos amenazados de fusilamiento. Los presos estaban en poder de Villa, que dos días antes había instalado su cuartel general en las inmediaciones de Azcapotzalco.

Sin pérdida de tiempo, y citando a Encarnación para más tarde, me dirigí a ver a Eulalio, que supuse me daría orden para que los acusados fuesen entregados a un juez. Pero Eulalio, que tan deferente se mostraba siempre para todo lo mío, esta vez no se dejó conmovir.

—Usted sabe —explicó— el estado de nuestras relaciones con Villa; no puedo ordenarle que me entregue unos presos, porque si se niega creo un conflicto de Estado y no conviene que el rompimiento venga por causa de un incidente secundario. Y como favor no puedo pedirle nada. Vaya usted mismo a rogarle; quizás lo atienda...

En el trayecto del carro privado en que todavía solía despachar Eulalio, y el carro de Villa, colocado a medio kilómetro de distancia, me encontré con el grupo de los detenidos; eran unos ocho, entre ellos Nájera, y dos o tres conocidos más. Me vio Nájera y me hizo una seña de que les iban a cortar el

pescuezo; su voz no me llegó ni pude acercarme porque una escolta alejaba al público de los reos que, se veía, caminaban al cadalso. Apretando el paso llegué al carro de Villa. Desde que lo entrevisté para intimarle su retiro en nombre de la Convención no había vuelto a comunicarme con él en ninguna forma; pero el tono con que me recibieron sus oficiales me dio a entender claramente que ya no era yo de sus simpatías. Me acusaban ya de crear divisiones y de influenciar a Eulalio contra la *autoridad* de Villa.

Dominando, sin embargo, toda consideración ajena a mi objeto, insistí y aun tomé el nombre de Eulalio:

—Me urge ver al general Villa...

—Lo siento, licenciado —dijo el oficial—; pero tenemos orden de no perturbarlo; se acostó anoche muy tarde. ¿Qué se le ofrece? Dígame a mí; tal vez lo pueda complacer.

Y expliqué: en aquel mismo instante fusilaban a unos hombres entre los cuales seguramente había inocentes: pedía una orden inmediata para la suspensión del fusilamiento...

—¡Ah, qué licenciado! —exclamaron entonces a coro dos o tres de los empistolados que nunca se apartaban de la persona del guerrillero—. ¿Y eso le parece importante? Que mueran más o menos, ¿pues qué, no estamos en revolución? ¿Y los que todavía faltan por morir? Nosotros mismos, hoy o mañana, ¿quién sabe?

Y mientras así hablaban, se escuchó la descarga...

—Ya ve; ya es inútil; ya sucedió...

Y, en efecto, aterrorizado de lo que ocurría me retiré sin despedirme de aquella gentuza. Parecía que la descarga me la habían dado a mí en el pecho. Me alejé de allí, y al entrar a las calles de Azcapotzalco advertí en un taxi a Adriana.

—Aunque hubiera llegado a tiempo —le dije— no se le hubiera podido salvar. Estos hombres son bestias, no seres humanos. Di a Encarnación que me perdone, si puede; yo no me perdono el andar con esta gente...

En otra bocacalle, según cruzaba mi coche, advertí al padre de otro de los ajusticiados, abogado conocido, ex profesor mío de Jurisprudencia, que, doblada sobre las rodillas la cabeza, sollozaba con desconsuelo... ¡Maldije a Villa y le juré odio!

Discutiendo después el caso, me alegaban que estaba dentro de las leyes de la guerra; los falsificadores en ciudad que está bajo ley marcial tienen pena de la vida; pero eso no quitaba, no borraba la repugnancia que inspiran los asesinos. De la culpabilidad del pobre Nájera no cabía duda. Al quedar descubierto comprendimos algunos actos suyos sospechosos, como el haberse hecho acompañar de mi hermano Samuel a una joyería donde compró un reloj de oro que me habían obsequiado, pagando con billetes nuevos de a cien. El mismo hecho de haberme ocultado en la casa en que tenía las prensas ilegítimas me hubiera indignado si se le hace proceso; pero la brutalidad de su ejecución me volvía contra sus ajusticiadores.

A los pocos días de este penoso incidente consumó Villa su entrada triunfal a México. Desfiló delante de Eulalio y su Gabinete una lucida división, casi un cuerpo de ejército fuerte en treinta mil hombres con el agregado de los zapatistas. Se metió esta vez Villa a Palacio, y aunque se mostraba respetuoso de Eulalio, se dejó llevar a la silla presidencial que nadie usaba y se retrató en ella, igual que lo había hecho Eufemio Zapata. Por su parte, Emiliano Zapata, hosco y desconfiado, no se dejaba ver sino rodeado de escoltas y rara vez abandonaba su cuartel inmediato a la metrópoli.

En cambio, sus políticos, sus generales encabezados por un tal Palafox, atosigaban a Eulalio con sus exigencias. No se conformaban con unos cuantos puestos; querían que todo el Gabinete fuera zapatista. Muy particularmente pedía Palafox mi retiro; quería suplantarme en el oficio de Canciller. Era Palafox un ex tinterillo de la capital, uno de esos que se agregaron a Zapata en las postrimerías de la lucha. Por medio de la intriga se había hecho de su confianza desalojando aun a los viejos consejeros del Caudillo del Sur, como el propio Montaña. Y fue ésta, quizás, la causa de que Montaña, maestro de aldea, venerado como autor del Plan de Ayala, tocado con un paño de sol a estilo de los retratos de Morelos, de tez morena y de ojos ardientes, pero inteligencia mediocre, se mostrase conmigo afable, por más que quisieron oponérmelo como Ministro de Educación. De Zapata, igualmente, recibí pruebas de aprecio y súplicas de empleos modestos para protegidos suyos que en seguida atendí. Pero la ambición y la envidia cegaban a los leguleyos de la partida suriana. Y excitaban en mi contra a los generales más ignorantes, acusándome de maderista y de intrigar contra la empresa soñada: la difusión del zapatismo por toda la República. En realidad, los enemigos de la extensión del dominio zapatista eran los villistas, que se reservaban para sí el futuro una vez que lograran deshacerse de Eulalio. Y por mi lealtad a Eulalio, también los villistas empezaron a cargarme todos sus fuegos.

Sintiéndome pretexto de discordias, ofrecí a Eulalio mi renuncia y le dije:

—Me retiro a la vida privada.

A lo que Eulalio respondió:

—Espere un poco y nos retiramos juntos; tampoco yo toleraré mucho a esta gente. ¡A menos que podamos imponernos sobre ellos, como es nuestro deber intentarlo, en beneficio del país!

En mi ánimo la revolución entera se había convertido en pesadilla de caníbales. En cada oficial del nuevo ejército veía un facineroso. Y no sin razón, pues noche a noche los villistas plagiaban vecinos acaudalados, fusilaban por docenas a pacíficos desconocidos y era notorio que cada mañana en el propio carro de Villa, los favoritos, *el Pancitas*, el Fierro y otros más, se repartían los anillos y los relojes, las carteras de los fusilados la noche anterior. El mal estaba arriba, en los jefes, según se hizo notorio en el trato de rufianes, compadrazgo de fieras, cerrado entre Zapata y Villa con prenda de sangre humana, pues se canjearon, después de abrazarse, dos prisioneros:

—Tú me das al coronel Fulano y yo te doy a Mengano.

Las dos víctimas ocupaban alto puesto en el bando de cada uno de los que así los entregaban para ser sacrificados sin juicio ni apelación, traicionados por sus jefes respectivos.

Conocida es la historia de los atropellos de Villa, el rapto de la francesa, los plagios y asesinatos innumerables y la insolencia de su pelo hirsuto, barba descuidada, ojos sanguinolentos, frente huida, lombrosiana. Muy fácil me hubiera sido escapar a las responsabilidades de aquella situación renunciando a un puesto del que todos querían echarme porque a todos estorbaba en sus instintos feroces; pero no hubiera sido valiente, ni siquiera leal, dejar a Eulalio en aquel cerco de bandoleros. Ni éramos Eulalio y yo, y Manuel Rivas y unos cuantos más, los únicos que merecían el esfuerzo y el sacrificio. En nosotros había caído el depósito de la Convención de Aguascalientes lo que nos convertía en esperanza revolucionaria.

Desistir era desertar, y por eso, en vez de la renuncia que se nos exigía, preparamos el complot que intentó echar por tierra a los aventureros y los defraudadores de la revolución. Destruir a Villa y a Zapata después de haber destruido a Carranza, tal era nuestra misión, y para lograrla buscaríamos el apoyo de todos los mexicanos honrados.

Hubo un momento en que pareció que se nos dejaría gobernar. Villa salió de la capital para dirigirse al Norte a continuar la campaña contra los restos del carrancismo, refugiados en Tampico y Matamoros, y nos quedamos nosotros sin más enemigo al frente que el zapatismo, que siempre fue poco temible, salvo para la emboscada. Y, en efecto, no habiendo logrado que Eulalio me destituyera, el grupo de Palafox empezó a hablar de que se me asesinaría. La primera noticia cierta la tuve por conducto de José Isabel Robles, que me telefoneó desde el Ministerio de Guerra diciendo:

—Le mando una escolta de gente mía de confianza, porque sabemos lo quieren asaltar en su ministerio para matarlo. Hágase acompañar de esa gente de noche y de día.

Llegó a las dos horas la tropa y me causó rubor instalarla en las antecámaras o los patios de la Secretaría. Tomé nada más un oficial y dos soldados para la guardia diurna, y el resto de la gente lo dividí en dos grupos que por turno me acompañaban a mi domicilio, resguardando la casa mientras dormía. Pronto, sin embargo, y aburrido de tener que depender de otros, recurrí a una estratagema. Colocaba a la escolta en el rancho de Las Rosas, donde oficialmente vivía y donde pernoctaba mi familia, y me iba a dormir a la casa de parientes o amigos, cambiando siempre de sitio. Cosa semejante hacían a menudo todos los altos funcionarios del momento. Únicamente los íntimos se enteraban del sitio en que uno pasaba la noche, y sólo de cuando en cuando llegaba a la casa propia para dormir. Y algunas mañanas, con aparato estudiado, bajaba por la calzada de Chapultepec, seguido de mi guardia montada, y descendía del caballo en el ministerio.

Y, como es natural, escapaba algunas noches hacia Mixcoac, alojando a



mis hombres en los sótanos de la casa de Adriana. Una ocasión mandamos bajar canapés de caviar y champaña para cada soldado. Otras noches, invitado por Eulalio, me quedaba a dormir en la casa que rentaba.

Cuando esto ocurría, pasaba después la mañana ayudando a Eulalio en el despacho. Quehacer sobraba. Pensando que el primer paso de una organización democrática era el restablecimiento de las libertades municipales, Eulalio mandó preparar el decreto respectivo a un abogado de su confianza y lo mandó expedir. A veces el acuerdo era lúgubre, como cuando nos llevaron la noticia de que la noche anterior había sido fusilado don Paulino Martínez. Su viuda llegó a poco rato y acusaba al mismo Eulalio de complicidad; nadie sabía quién había ordenado la ejecución. Hasta que una mañana, Fierro en persona confesó a Eulalio que él había hecho fusilar al ilustre viejo... por gusto...

“Más bien —pensé yo—, porque no le perdonaban el discurso de Aguascalientes, en que el veterano revolucionario condenó a los bribones que usaban la revolución para enriquecerse y asesinar.”

A la larga, la gente empezó a darse cuenta del esfuerzo titánico que consumaba Eulalio tratando de poner freno a tanto apetito salvaje. Y tanto su casa como los ministerios empezaron a verse concurridos como en tiempos normales. Las audiencias se hicieron numerosas y los diarios, libertados de la mordaza carrancista, empezaron a brindarnos el halago que se otorga a quien parece va a consolidarse.

—Tengo órdenes de pedirle datos para publicar su biografía —me dijo una mañana un reportero. Y le contesté:

—Apenas la ando haciendo.

No era el pasado lo que nos preocupaba, sino el presente, cargado de amenaza. En un Consejo de Ministros al que sólo concurríamos los íntimos, Lucio Blanco, Robles, Alessio, Rivas, Eulalio y yo, quedó acordado que nos dirigiríamos a todas las autoridades de los estados y aun a elementos que nos habían desertado, como el general Obregón, anunciándoles que prepararíamos la orden de destitución de Villa como jefe de las fuerzas del Gobierno. Sabíamos que tal orden sería contestada con una declaración de guerra o con un asalto, a la vez que los grupos villistas intentarían reunir una Convención falsificada que nos desconociese y nos reemplazase con gente incondicional de Villa. Para este caso inevitable exigíamos el apoyo de todos los combatientes honrados de la República. Se mandaron enviados en todas direcciones y a mí se me confió, junto con Rivas, la redacción del documento en que se justificaba el acuerdo de consignación de Villa a los Tribunales y se solicitaba el apoyo de la nación para la obra purificadora del revolucionarismo.

Dicté este documento a Beatriz, que aparte sus encantos femeninos poseía pericia dactilográfica. En reserva, leía el documento a los íntimos o conversaba con Antonio Caso, que era visita diaria del ministerio, y con amigos personalmente adictos.

A Caso le intrigaba el misterio de aquella Beatriz taquígrafa que parecía reina. Y una vez me dijo:

—¿Sabe que se parece a usted...?  
 —¿A mí?  
 —Sí, sí, no se ponga colorado...  
 —Pero ¿cómo se me va a parecer una criatura tan bella?  
 —No —repuso Caso—, claro está; se parece a usted no por la hermosura, sino por cierto aire como de familia. Usted es ella en feo.

Caso la contemplaba y se derretía, lo mismo que yo. Y a menudo me acometían esas fiebres de ilusión que ninguna voluntad evita. Imaginaba que al frente de mi escolta llegaba a su casa y la raptaba como cualquier Pancho Villa. En aquellos momentos nadie se hubiera asombrado del caso. Sin embargo, a ella nunca le dije una sola palabra de galantería. Con el desearla se mezclaba el respeto; acaso tenía razón Antonio; éramos algo parientes por el alma, si no por la sangre. Y por otra parte, yo seguía monógamo. Y aun llevé una tarde a Adriana para que conociera por dentro el edificio y le regalé uno de mis pocos robos al erario: un soberbio volumen dedicado a Rubens, con estampas y comentario, pues pensé:

—Sabe Dios quién venga detrás, y vale más que esto siquiera se salve de lo que no tardará en llegar.

De lo que llegó sucesivamente: primero los zapatistas, en seguida los carrancistas. No contento con saquear todo el mobiliaje, el carrancismo suprimió el ministerio.

#### EL BANQUETE EN PALACIO

Se acercaba el día primero del año de 1915, y la fecha nos daba una oportunidad de presentar al Gobierno en compañía del Cuerpo Diplomático extranjero, del que hasta entonces no nos habíamos ocupado. Pero quedaba la incógnita de si responderían o no los ministros a nuestra invitación.

Y, por otra parte, no era fácil organizar recepción estando sin personal el Ministerio de Relaciones, disuelto el protocolo y prácticamente suspendido el despacho. Afortunadamente, una de mis visitantes oficiales era la esposa del Ministro de Francia, dama de calidad que me mostraba deferencia porque la había ayudado a proteger no sé qué hospitales y casas encomendadas a su custodia. Aunque oficialmente francesa, por su matrimonio con el diplomático europeo y por su fidelidad a la patria adoptiva, procedía de la más rancia aristocracia de la metrópoli y se portaba como mexicana cada vez que se trataba de prestar algún servicio a nuestra gente. Cuando le hube planteado nuestro problema con franqueza y sin dejar de advertirle el riesgo de que Villa regresase de pronto a la capital yuviésemos que sentarlo al banquete, sin vacilar me manifestó:

—Es mexicano mi corazón y me interesa que ustedes salgan airosos; cuente del todo conmigo.

Alianza tan generosa y eficaz nos decidió; en seguida supimos que se corría la voz entre los círculos más hostiles, legación yanqui, etc., que era oportuno

asistir a nuestra comida. Para el detalle del arreglo del menú, la colocación de los invitados, las invitaciones, etc., me valí, en ausencia de todo personal de protocolo, de un curioso sujeto, ex cónsul del porfirismo, recomendado de una de mis parientes, Luz Rayno Mariscal, de la casta de la dictadura, y que hacía tiempo me perseguía para que lo restableciese en su antigua colocación en el extranjero. Resultaba extravagante en la época aquel hombrecito trigueño vestido siempre de *jacket* y bombín, cuando todos los ministros andábamos de caqui y bota de montar, y llegaba al ridículo por lo ceremonioso de los ademanes en un medio en que no había más que dos gestos: el de la mano tendida en fe de amistad, y el de la mano que se recoge hacia atrás en busca de la pistola. Así es que no pudimos contener la risa cuando anuncié a Eulalio y a Manuel Rivas que improvisaría a Tinoco, el ex cónsul porfirista, jefe de protocolo para los efectos del banquete.

Dar con Tinoco era fácil aunque no tenía sus señas, pues era de esos cesantes heroicos que son capaces de insistir un año en las antesalas. Al cruzar para mi bufete del ministerio distinguí a Tinoco en la sala de espera; le hice una seña y le abordé:

—Mi querido amigo: no puedo hacerlo cónsul, pero va usted a ser jefe del protocolo...

—Señor, es mucho para mí...

—No, no se alarme; lo será usted por unos días, le abonaremos el sueldo de un mes y hará usted méritos para que más tarde, cuando el Gobierno se consolide, le devolvamos su Consulado...

—Señor... me conmueve... a sus órdenes.

Y le expliqué su cometido: entenderse con Sylvain el restaurantero, estudiar el escalafón de los diplomáticos, etcétera.

—Vaya por lo pronto a ver de mi parte a la señora Ayguesparse, del Ministro de Francia, y se pone a sus órdenes, obedece sus indicaciones.

Y lo temido ocurrió: Villa se presentó de improviso en México y fue necesario hacerle sitio en la mesa oficial del primero del año, y con Villa presente, era necesario invitar a Zapata. Estaban ya en Palacio los diplomáticos con sus señoras, cuando recordamos una dificultad. Tanto Villa como Zapata, sin duda por el número de asesinatos alevosos que habían cometido, acostumbraban no separarse de sus escoltas ni para comer, y resultaría monstruoso que una veintena o más de soldados con bayoneta calada entrasen a la sala en que se cumplimentaba a las señoras.

—A ver qué hace usted, ya que nos metió en esto —expuso Eulalio.

Y me instalé por los salones de la entrada. Llegó Villa resonando las espuelas, arrogante en un traje militar azul, libre de entorchados ridículos. Le pedí que dejara la escolta a la puerta y accedió. Tinoco, entonces, lo introdujo al comedor, seguido únicamente de Fierro y de otro pistolero, que toda la comida estuvieron en pie, cuidándole la espalda. Pero cuando hice la misma súplica a Zapata, que llegó minutos después, sin responderme casi, el suriano dijo a los soldados:

—Entren por delante, muchachos.

Y los alineó contra la pared de la sala del banquete. Justo es decir que los diplomáticos y sus señoras se portaron valerosos y complacientes; aparentaron no darse por enterados del aparato militar, y pronto los buenos vinos, las conversaciones, pusieron su nota alegre sobre aquellas escenas de opereta trágica. Me tocó estar sentado al lado de Villa. Enfrente de nosotros, la señora Ayguesparse procuraba darle conversación. Ha sido muy reproducida una fotografía de ese banquete en que aparezco chupando un espárrago mientras Villa se ensaña en la pierna de un ave, y aun se ha usado tal documento para insinuar que yo fui villista. Lo cierto es que en aquella comida Villa y Zapata ocupaban posición oficial inferior a la mía, puesto que yo era ministro de Estado y ellos apenas generales con mando de tropas. A poca distancia de mi asiento, a la izquierda de Eulalio, comía en silencio Zapata. Contrastando con la sencillez del vestido de Villa, Zapata se había puesto lo que un aficionado a toros llamaría traje de luces. Y, en verdad, tenía algo de picador en su rostro cetrino de color africano, más bien que indígena, y la chaqueta corta, llena de abalorios y de oro.

La comida fue excelente; los vinos franceses de primera; y al final se sirvió champaña, pero se evitaron los brindis. Cuando Eulalio hizo gesto de levantarse después del café, el coñac y el puro, Villa, que había estado correcto, se creyó obligado a decir algo:

—Bueno, señores: Comida acabada, compañía deshecha.

Y se largó, seguido de Fierro, *el Pancitas* y socios. Zapata lo siguió con sus carabineros y nosotros pudimos dar a la prensa el boletín que nos interesaba circularse por el mundo. El día primero del año el Cuerpo Diplomático había sido recibido en Palacio por el Gobierno de Eulalio Gutiérrez. ¡Ya podía rabiarse Carranza en su islote de Veracruz!

Pero la permanencia de Villa en la capital acarreaba otra vez desprestigio y escándalo. Sus oficiales se presentaban en los restaurantes más concurridos, bebían, comían y firmaban vales en vez de pagar. En un incidente de esta índole perdió la vida uno de los más honestos, más inteligentes y más queridos miembros de la juventud revolucionaria: el coronel y profesor David Berlanga. Por haber querido disciplinar a unos villistas ebrios y porque escribía y hablaba censurando a los que deshonraban con sus actos a la revolución, Villa lo mandó aprehender; lo fusiló esa misma noche y mandó arrojar su cadáver en las afueras.

Ante estas atrocidades de nada servía nuestro empeño de moralización de los servicios, ni la buena administración de Eulalio, que había llevado al Tesoro, que recibió exhausto, cerca de once millones de pesos papel y ciento o doscientos mil pesos en oro acuñado.

Lo que nosotros ahorrábamos en un mes, Villa y su gente lo gastaban en una noche de orgías.

De una de estas encerronas villistas quiero hablar, porque resulta representativa de una situación y porque uno de sus personajes sobrevivió a va-

rios "ismos" y explotó la simpleza de dos o tres generaciones de enamorados ingenuos. Al lado de Villa había un compadre español, labioso y atrayente, don Ángel, que en el campo de los negocios, de pronto, con la amistad de Villa, se había hecho magnate. Y empezaba a ser costumbre que todo aquel que ganaba posición de nota en la capital de México, ya como capitalista, ya como político, gobernador o general, tenía que amancebarse, más o menos temporalmente, con una célebre cupletista retirada de las tablas y dedicada a la galantería dispendiosa. La llamaremos la Condesa; era española y bailaba bien; su trato agradable acentuaba sus atractivos de belleza blanca, esbelta y de ojos negros, carnes nerviosas; la fama de su sensualidad ponía turbios los ojos de los adolescentes. Y don Ángel quiso lucir su nueva conquista, como quien enseña automóvil nuevo, a sus amigos de confianza, que no eran otros que la plana mayor de Villa. Y se logró que asistiera el general en persona.

—Va a ver, general, de cerca a la Condesa.

Los gustos del general nunca fueron refinados; pero era tanta la fama de la opulenta *demimondén*, que Villa se interesó. Y hubo manteles largos y se bebió en cantidad, en tanto que la dueña de casa, vestida de encajes raros, competía con los sargentos en el relato de anécdotas y chistes verdes. Don Ángel sonreía ufano, a la vez que llenaba la copa de agua del general, que no bebía. Pero a los postres, de improviso, el general, que no había bebido, volviéndose hacia la reina del corazón de su compadre, dijo:

—Bueno, Condesita: ¿qué tal si tú y yo nos vamos por allá adentro unos instantes?

Y la tomó del brazo y desapareció con ella por las habitaciones interiores. Se miraron todos perplejos. Don Ángel se puso muy pálido; los mozos sirvieron más vino, se reanudaron las conversaciones soeces, y a poco se presentó Villa, de la mano de la Condesa, y devolviéndola a su asiento exclamó:

—¡Bah! ¡Yo me figuraba otra cosa...! ¡Con tanto que hablan...! ¡Pero está ya muy usada!

Corrieron lágrimas ofendidas de los ojos de la Condesa, mientras los comensales celebraban con risotadas la ocurrencia del general... Pasaron los años y volví a oír hablar de la Condesa; un gobernador del Distrito de la época carranclana se había arruinado por ella. Corrió el obregonismo; en ese grupo de políticos hubo otros más que se disputaron a la costosa ex comediante. Y, por fin, el callismo, que en todos los órdenes representó la hez de lo revolucionario, dio a la ciudad el espectáculo de la encanecida Condesa instalada en uno de los mejores palacios de la colonia callista que llaman de Alí Babá. Allí compartía poder y riquezas con uno de los jefes del Gobierno de Calles. Y cayó, por fin, en desgracia, por la imprudencia de competir en negocios de contrabando con una de las hijas del Máximo, que monopolizaba el comercio de sedas de la capital.

Villa, macho vigoroso, no cayó en las redes que a otros enredaron hasta el cuello; pero, en cambio, su inconstancia despreocupada causaba estragos entre el doncellaje pueblerino, y a la nación le costaba cada aventura el pre-

cio de casas y haciendas con que generosamente desagraviaba a las ofendidas. Y hubo casos en que, tropezando con familia de honor escrupuloso, causara la ruina de todos; el padre y los hermanos que buscando hacerse justicia cayeron en la emboscada.

Menos dañoso para la sociedad que el temperante prohibicionista Francisco Villa resultaba el alcohólico Zapata, que con dos o tres ranchos tuvo bastante para sus dos o tres sucesivas “compañeras”, que decían sus “intelectuales” en el argot socialista...

Después del célebre banquete nunca volví a ver a Villa ni a Zapata; pero de este último me quedó una visión divertida: la del momento en que me desobedeció la orden de que dejara la escolta a la puerta del comedor, y pensé: “Tiene miedo”. Como que, en efecto, unos años antes, el mismo Zapata había matado después de un banquete al padre de Pascual Orozco, a quien agasajaba como parlamentario y como huésped.

#### EL PLAN DE GUERRA CONTRA VILLA

En sus facultades constitucionales estaba la de destituir sin explicaciones al que operaba como jefe de las fuerzas del Gobierno; pero muy bien sabía Eulalio que Villa respondería mandándolo aprehender y fusilar. Era menester, por lo mismo, estar preparado para consumir la aprehensión de Villa o batido en el instante en que se rebelara. Y para hacerse respetar de esta suerte contaba Eulalio con suficientes elementos, las fuerzas de Lucio Blanco, escalonadas en el Bajío, se hacían ascender a diez mil. En San Luis estaba Adrián Aguirre Benavides, que mandó avisar contáramos con sus nueve mil soldados. En la capital, dominada por los zapatistas en número aproximado de ocho mil y por más de cinco mil villistas, apenas contábamos nosotros con uno o dos regimientos adictos a José Isabel Robles y no más de quinientos hombres de Eulalio. El plan consistía, por lo mismo, en evacuar la capital para reunirnos con las fuerzas de San Luis y recoger a nuestro paso las del Bajío para presentar un bloque unido al ataque que Villa lanzaría sobre nosotros desde el Norte. Las vías férreas estaban en poder de Villa; pero el estado de Hidalgo, ya sea por la meseta, ya por las Huastecas, nos daría paso libre, dado que contábamos con su gobernador militar, el general Cerecedo, un joven revolucionario independiente y hombre de principios. Para informar a Cerecedo de nuestro plan y asegurar su cooperación me dirigí, con anuencia de Eulalio, a Pachuca. Creyendo que se trataba de ir y volver al día siguiente, y para hacer grata la excursión, me hice acompañar de Adriana. Con un solo chofer y en el coche de la Secretaría y *lunch* de un restaurante, partimos al mediodía. El camino era malo, pero practicable si uno se resignaba a unos cuantos tumbos que ponían a prueba los muelles. A la entrada de Pachuca nos recibió un enviado del gobernador, que con mucho misterio nos condujo a la casa de personas amigas. Y a poco llegó en persona el funcionario, para

explicarme: en esos momentos entraba a la plaza una columna de dos mil villistas. Tan pronto como le sospecharan colusión con Eulalio lo darían de baja; sin embargo, estaba con otros; pero había que esperar. Los villistas evacuarían pronto porque los necesitaban en el Norte, y entonces Pachuca sería otra vez nuestra. Además, en la región huasteca conservaba algunas fuerzas tuyas que ponía a nuestras órdenes. Por lo pronto, me rogaba que permaneciera encerrado. Ya me avisaría el momento oportuno para que emprendiera el regreso a la capital. Y quedamos presos de hecho, en la alcoba que nos cedió una familia bondadosa compuesta de una señora que atendía un comercio anexo, una maestra de escuela y una ciegucecita.

Al principio tomamos a broma la ocurrencia. El trato que nos daban era excelente, y Cerecedo se asomaba a ratos para informarme de la situación general o mandaba obsequios de vinos y alimentos; pero pasaron dos o tres días y el constante encierro y la inquietud ocasionada por las malas noticias empezaron a agriar nuestro diálogo. Paseando por la habitación, encendido el ánimo, explicaba nuestros propósitos: Villa sería eliminado y la República, agradecida, nos confiaría el Gobierno constitucional en elecciones libres y para cumplir una gran obra de reconstrucción. Adriana escuchaba sin compartir mi optimismo y, al fin, opinó:

—Lo que debías hacer es retirarte de la política; no creo que las cosas se desarrollen como dices; debías arreglarse con Villa en vez de pelear con él.

Ella, por su parte, ya no quería andar en más aventuras. Lo que más me ofendió no fue el escepticismo de las opiniones, sino el desdén con que Adriana trataba empeños que yo veía evidentes como la luz y nobles como el deber.

¿Cómo era posible aquella indecisión? ¿Cómo podía nadie aceptar que un Villa dominase la República? Antes la muerte que una situación de bochorno nacional. Y me fui enardeciendo, lastimado profundamente por el despego que sentía en ella, deseoso de convencerla y atormentado de imaginar que podía abandonarme. Era yo en aquella época poco amigo de largas esperas; así es que un día mandé pedir a Cerecedo medios para regresar inmediatamente a la capital. Fue a vernos, y convinimos en que estando patrullada la carretera de autos, la única vía libre era el ferrocarril. Y a medianoche me puso una locomotora con un carro de primera anexo y un capitán y dos soldados de escolta. El capitán resultó ser un excelente muchacho, hermano de un amigo. Y me ayudó hasta el punto de gritar "Viva Villa" en lugar mío, cada vez que al atravesar de la casa a la estación pasamos por delante de alguno de los cuarteles villistas, que toda la noche echaban: "¡Quién vive!"

A las seis de la mañana entramos a México por Peralvillo, sin que nadie nos advirtiera. Partió Adriana para San Ángel y yo me fui a despertar a Eulalio, que me recibió con satisfacción.

—Qué bueno —me dijo— que ya está aquí; hoy necesita exhibirse, pues andaba ya la versión de que lo habían matado; según otros, estaba usted escondido.

Le conté la posición de Cerecedo.

—Tiene unos mil hombres repartidos en su estado, y está listo. Nos espera en Pachuca, tan pronto como Villa desaloje.

Durante mi ausencia habían ocurrido sucesos inconcebibles, como el asalto que consumó Villa sobre la casa misma en que habitaba Eulalio, cercándola con sus caballerías, para exigirle *que no renunciase*. Los villistas comprendían que sin el respaldo moral de Eulalio, que aparte su personalidad representaba la voluntad de la Convención, se quedarían sin otro apoyo que su fuerza, desprestigiados y fuera de toda ley. Pero al mismo tiempo no se resolvían a obedecer al Gobierno, sino que querían manejarnos a todos por el terror.

Con valentía sin igual Eulalio había dicho a Villa, que le apuntaba con la pistola, acompañado, como siempre, de sus asesinos:

—No pienso renunciar; lo que quiero es librarme de la influencia de usted.

Y Villa, desarmado por tamaña franqueza, lloró casi, protestando su lealtad y prometiendo enmienda. Salió de la capital dizque para dejarnos gobernar; pero apenas llegó a Aguascalientes hizo fusilar al comandante de la plaza, un excelente militar, porque sospechó estuviera en connivencia con nosotros, que no hacíamos otra cosa que cumplir con un deber: el deber de quitar el mando a un loco furioso. Y ni siquiera franco, sino hipócrita, pues era un estribillo:

—Pancho Villa nada quiere para sí. Pancho Villa lucha por la patria.

Eran suyos hombres, vidas, honras y cosas.

Me presenté en el ministerio; llamé a los periodistas.

—Estuve ausente en el desempeño de una comisión —expliqué— y regreso satisfecho. El Presidente Gutiérrez cuenta con la adhesión de los hombres honrados. Y no hay ni habrá más autoridad que la suya.

Decir esto en un medio pretoriano en que todos hablaban de las órdenes de mi general Villa o de mi general Zapata sonaba a provocación, y lo era, pues estábamos resueltos a no bajar la vista delante de los asesinos.

—Regrese a la una —había dicho Eulalio—, para irnos a almorzar a San Ángel Inn. Pasaremos por enfrente de los cuarteles zapatistas de Mixcoac, para que vean que no les tenemos miedo.

Así es que después de echar una mirada tierna a Beatriz, tan lozana y perfumada como siempre, me trasladé a la casa de la Reforma. Allí subimos al auto presidencial Eulalio, Manuel Rivas y yo, y seguidos de otros dos autos cargados con una docena de oficiales bien armados, nos fuimos, pitando por las calzadas, a toda velocidad, hasta las galerías tranquilas, los quioscos del jardín de *Madame Roux*.

—Cuánto le agradezco que me haya traído al Presidente —exclamó la simpática francesa, más hábil que Talleyrand para el trato de clientela que cambiaba según el Gobierno. Y nos mandó de su champaña especial, la suya.

De vuelta de la comida, me encerró Eulalio en su cuarto y me dijo:

—Ahora ya no saldremos juntos a la calle sino para fugarnos. Ya mandé mi familia a San Luis. Ojalá que con la suya hiciera lo propio. Mañana sale el último tren seguro; si quiere, le apartamos camas.



Acepté y quedó concertado el viaje de mi esposa y mis hijos. Daba la feliz coincidencia de que en San Luis estaba Arnulfo con un puesto de fiscal; así es que al día siguiente se embarcaron con los criados, para el feudo que juzgábamos iba a seguir siendo de Eulalio.

Faltaba prevenir a los ministros que no estaban en el secreto de nuestros planes. De Felicitos Villarreal dudábamos, por sus relaciones con los Madero, que eran villistas; pero, por fortuna, en aquel momento se hallaba ausente de la capital. Y quedaba la incógnita de don Valentín Gama. Era hombre de honor a carta cabal, pero representaba a los zapatistas, y nuestro movimiento desconocía toda autoridad a Zapata lo mismo que a Villa. La noche en que José Isabel Robles, o como le llamábamos en la intimidad, Chabelo, avisó que estaba lista su gente para evacuar con nosotros la plaza, citamos a don Valentín. Y puse en sus manos el manifiesto que, ya impreso, comenzaba a circular, y se fijaba en las esquinas de la metrópoli. Durante mucho tiempo comentamos la sorpresa del bueno de don Valentín, pálido, flaco y vestido de negro; le empezaron a temblar las manos a medida que leía la condenación de los crímenes zapato-villistas. Y de pronto, volviéndose a mí, y como si el asunto estuviese aún en estado de consulta, expresó:

—Éstas son cosas de usted, que es un exaltado... No puedo creer que el señor Presidente...

—Permítame usted —terció Eulalio—: observe que el documento tiene ya mi firma... Y —añadió— no le pedimos que nos acompañe en la salida que haremos esta noche a caballo, ni lo hemos prevenido para evitarle esa molestia; pero esperábamos que nos ayudaría, con su protesta, contra las atrocidades que ha estado presenciando.

Seguía temblando el buen sabio y, por fin, alegó que no quería dividir, “no convenía ese lenguaje”. No le hicimos más caso; pero según se dirigía a la puerta para retirarse, tomándolo del brazo, rogué:

—Como habíamos previsto que usted no nos acompañaría, tengo aquí ya escrita una renuncia que le ruego nos firme antes de marcharse. Gustosamente firmó don Valentín el documento que, en seguida, con el manifiesto, di a la prensa. No convenía dejar detrás a un ministro que sirviera de base a una combinación para reconstruir un Gobierno sin nosotros, en la Asamblea que, con apariencias de Convención, sabíamos organizarían villistas y zapatistas, al verse abandonados por la legalidad que no habían sabido respetar.

La desertión de don Valentín nos dejó reducidos, por el momento, a sólo Lucio Blanco, Robles, Eulalio, Alessio y yo. Y en seguida, en la pequeña sala de la casa de Eulalio, se deliberó sobre la hora y el modo de la evacuación, abordándose previamente un punto en que Robles insistía. Era necesario prevenir al comandante de la plaza, el general Almanza, que contaba con dos o tres mil hombres suyos. Blanco y Eulalio lo tenían por villista convencido y no habían querido enterarlo de nuestros propósitos por temor de que arrojara sobre nosotros sus fuerzas, entablándose el combate que deseábamos apla-

zar para cuando Blanco estuviese entre sus tropas. Pero Robles insistía con Eulalio:

—Llámelo y expóngale la situación; es hombre de principios. Y llegó Almanza; brevemente le explicó Eulalio lo que hacíamos; se le leyó el manifiesto, escuchó sereno, y cuando, por fin, habló, fue para decir:

—Mi lealtad la debo al Gobierno que entre todos hemos formado, señor Presidente: está a sus órdenes mi espada; en dos horas tendrá montados tres mil hombres.

Nos levantamos todos para dar un abrazo al soldado valiente, que se retiró para tomar sus dispositivos. En la antesala esperaba Carlos Domínguez. Lucio Blanco lo había hecho Inspector de Policía, y contaba con un batallón de infantes recién reclutados en la metrópoli; nos apoyaba con entusiasmo. Al entrar Domínguez a pedir órdenes, Robles, recordando la amistad íntima que lo unía con Martín Luis, su secretario, preguntó:

—¿Qué pasa con Martín? Lo he estado esperando.

—Ya le he mandado aviso de que se presente —afirmó Domínguez.

Más tarde, tomándome aparte Domínguez, informó:

—Me sorprende la actitud de Martín; lo niegan en las dos direcciones que me tiene dadas...

—Esperaremos —opiné—; tal vez aparezca más tarde.

Conocía perfectamente nuestro plan y lo había aprobado. No volvimos a verlo, sin embargo, y sólo muchos años más tarde, al leer su relato de *El águila y la serpiente*, pude darme cuenta de que le flaqueaba la memoria, pues incurre, como ya dije, en inexactitudes y evita mencionar los motivos de aquel movimiento, que eran claros y se hicieron públicos en toda la ciudad y en la prensa, según los términos del manifiesto que circuló profusamente. Lo que entonces no sabíamos es lo que parece desprenderse de su propio relato, o sea: que él se consideraba obligado con Francisco Villa. Sin embargo, no le debía el puesto que ocupaba sino a mi recomendación. Y si después creyó oportuno exhibirse ante Villa como leal y aceptarle en seguida comisiones remuneradas, ese cambio de opinión no justifica que en su versión de los sucesos no presente a todos como atolondrados ni que me ponga a mí en labios de Villa como traidor. Villa no pudo llamar traidor a quien nunca le había servido, a quien nunca había prestado siquiera un servicio. Y no era Villa el tipo suelto de lengua que inculpa sin reflexión.

Me detengo en este incidente porque el falso relato del libro de Guzmán ha servido de base a muchos que me han proclamado, como lo hace sin mala fe Waldo Frank, "asociado de Villa en una época". En ninguna época lo fui. Hubo, sí, un tiempo que admiré a Villa y le elogí su actividad bélica, cuando estaban cruzados de brazos y entregados a la intriga los otros jefes revolucionarios. Pero nunca estuve cerca siquiera de los que más tarde le formaron corte, ni habité en el territorio sujeto a su jurisdicción. Y si Villa me persiguió, lo hizo como a enemigo franco en la misma calidad con que persiguió a Eulalio. Y tan así lo comprendía el mismo Villa, que años más tarde, cuando el Gobierno

obregonista concilió los bandos y se rindió Villa, fui uno de sus mejores amigos. Siendo yo otra vez ministro y él general, periódicamente me enviaba mensajes afectuosos en demanda de material escolar, por ejemplo; mensajes a los que siempre respondí con deferencia.

Todo el enredo, pues, que cualquiera advierte en el capítulo respectivo del libro que comento, viene de que don Martín Luis Guzmán conoció nuestro manifiesto, lo aprobó, pero no estuvo listo para unirse con nosotros en la evacuación de la plaza, ni más tarde, cuando anduvimos por el monte, enfrentados a Villa y también a Zapata y a Carranza.

Desde la salita de Eulalio, en el palacio de los Braniff, respondíamos al teléfono, seguíamos el movimiento de los regimientos que empezaban a salir de sus cuarteles. Los jefes entraban y salían confirmando la celeridad, la uniformidad del movimiento.

A las cuatro de la mañana debíamos reunirnos por Peralvillo, para salir en columnas, forzando la vigilancia de los cuarteles zapatistas establecidos en la Villa de Guadalupe. Más allá el camino estaba libre. Pachuca había sido evacuada por las tropas villistas dos días antes, y Cerecedo comenzaba a concentrar su gente.

En todos se advertía la decisión, el entusiasmo de dar un golpe que nos libertara del oprobio de la sociedad con Villa. La actitud de Lucio Blanco, sin embargo, era extraña. Todo lo había aprobado y no nos cabía la menor duda de su repudio de toda sumisión al villismo; pero el tiempo avanzaba y no lo veíamos activo. Cuidadosamente vestido en traje militar, bien afeitado y con las botas flamantes, hablaba con Eulalio de sus aventuras amorosas.

—No me quedaré con ustedes porque tengo una cita... Ni te imaginas, hermano —dirigiéndose a Eulalio—. No; de esas pulgas no brincan en tu petate... Piel de Suecia, hermano, cosa fina, ¡ja, ja, ja...! Pero nos veremos en Peralvillo a la hora en punto. Sí; a las cuatro de la mañana.

Yo tenía todo listo; incluso mi pequeña maleta estaba ya en la casa de Eulalio; pero abajo, en un auto, esperaba Adriana. Bajé a comunicarle los últimos sucesos, y luego, para que acabara de pasar la noche, la llevé a un hotel de las cercanías. Estaba convenido de que al día siguiente tomaría ella el tren de pasajeros con rumbo a Texas. La despedida fue tierna y angustiada, como de quienes no están seguros de volverse a juntar.

A mi regreso a la casa Braniff encontré ya dispuesto, expedito siempre, al gran Manuel Rivas. Eulalio descansaba; lo dejamos dormir media hora más, y mientras, paseamos por uno de los salones, dichosos del éxito que alcanzaba nuestro plan. Todo el día lo habíamos pasado juntos, y a la hora de almorzar en el restaurante de Chapultepec, Rivas había dicho:

—Oiga, compañero: nadie sabe lo que pueda ocurrir ni cuándo volveremos a la civilización, ni si nos matan esta misma noche; lo invito, pues, a beber, *la mejor botella de vino* que tenga en la bodega.

Y acudió el *maitre* y hubo discusión y elegimos, al fin, un borgoña que costó más de cien pesos... papel moneda...

Era hermoso el cuadro que a la luz de las farolas eléctricas presentaban nuestras tropas en una plaza de barrio del rumbo de Peralvillo. Si la ciudad las había sentido desfilas, nadie había asomado las narices. Todo el caserío en torno reposaba mientras circulaban los regimientos, tomaban sus puestos los infantes y caracoleaban los caballos de jefes y oficiales. Llegamos Rivas y yo en un auto con Eulalio y su jefe de Estado Mayor, un coronel Martínez, magnífico sujeto... Y nos causó regocijo contemplar a Lucio Blanco a caballo, fiel a su palabra, rodeado de ayudantes, gallardo y pomposo. Quizás allí comenzaba la regeneración del movimiento revolucionario. "¡Viva la Convención!", gritaban las tropas, según pasaba el auto de Eulalio. Y después de revisar unos cuantos Cuerpos, tomamos por la calzada.

Nadie conocía el camino y tuve que hacer de guía, por haberlo hecho yo unos días antes. Nos desviamos ligeramente a medio trayecto, pero al fin, pasada el alba, entramos sin novedad a Pachuca. Detrás venían cuatro mil hombres, todos montados, a excepción del batallón de Carlos Domínguez.

Al cruzar por las calles de la capital habíamos visto la sábana impresa de nuestro manifiesto, acabada de pegar en las esquinas por la policía. El texto del documento ha sido falseado, echado en olvido por los secuaces de los bandos vencedores que se sienten por él lastimados. Desde que lo dio el telégrafo de la capital, los carrancistas de Veracruz lo mutilaron para darlo a la prensa del mundo. Íntegro publico ahora el documento, porque complementa el relato y para que el lector se convenza de que siempre ha habido quien marque el camino recto. Y la nación se desvía no por ceguera, sino por reblandecimiento, por falta de disciplina colectiva, que es la base del heroísmo que salva.

[*Obra selecta*, estudio preliminar, selección, notas por Christopher Domínguez Michael, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1992, pp. 176-241.]

## EL DESASTRE (Fragmento, 1938)

### ENTRA MINERVA EN LA UNIVERSIDAD

Carlitos Pellicer llegó una tarde a mi despacho.

—Vi en una vitrina de la joyería La Esmeralda —me dijo— una estatuilla de Minerva, en mármol, que es un primor; debería usted comprarla; lo malo es que la cabeza la tiene rota y pegada con pasta.

—Tanto mejor —objeté—; la darán más barata. Vaya y trátela como para usted, porque si saben que la compra el Gobierno le subirán el precio. Así que usted la haya tratado, el tesorero de la Universidad irá a pagarla y a recogerla.

—Pero es necesario recibirla con una fiesta —replicó Carlitos—; no va a entrar así no más, como cualquier *bibelot*.

—Tiene razón, Carlitos: pero va usted a ver, en lugar de fiesta, lo que haremos; levantaré una gran estatua de Minerva en el tope del edificio que estamos construyendo para el Ministerio.

Al día siguiente la estatua pequeña comenzó a decorar mi mesa de trabajo. Por la tarde me dirigí a la escuela de Bellas Artes, en donde Nacho Asúnsolo y otros escultores recién llegados al país después de pasar uno o dos años en Europa trabajaban en talleres que les habíamos improvisado, a efecto de que paralelamente al movimiento pictórico, que ya tomaba fuerza, hubiese también actividad en la escultura mexicana. Y también, como en el caso de la pintura, procurábamos alejar al artista del trabajo burgués de los bustos de personajes del día, encomendándoles obra en grande.

—Miren las fachadas de las viejas iglesias —decíamos—; allí está la prueba de que el mexicano puede hacer escultura monumental.

Y le encomendé a Asúnsolo el grupo que hoy está en el remate de la fachada del Ministerio de Educación. Una Minerva cuyas proporciones pusieron en aprietos al ingeniero, que tuvo que reforzar sus cimientos, y de un lado un Apolo, del otro Dionisos, que debían representar, según el sentido nietzscheano, que después he adoptado en mi *Estética*: el arte apolíneo y el arte dionisiaco. En el centro, Minerva, la Sabiduría antigua, significaba para nosotros la aspiración hacia el Espíritu, el anhelo que más tarde vino a colmar el cristianismo. Es claro que poner detrás y más alta una cruz hubiera sido lo indicado y lo obvio; pero la jacobinería hubiese echado abajo el edificio antes de que quedase terminado. En los extremos o esquinas de la fachada debieron ir estatuas de la aviación que no se concluyeron, como no se concluyó el edificio por causa de mi separación de la tarea. En el antepatio debió ir una escalera monumental, y en las esquinas del primer patio, cuatro

estatuas dedicadas a cada una de las razas que han contribuido a la formación del Nuevo Mundo o deben contribuir a ella: la blanca, la india, la negra y la amarilla, reunidas todas en un ideal de síntesis que comencé a titular: de la raza cósmica o raza definitiva total.

Terminó Asúnsolo el grupo de Minerva y llegó a moldear en yeso una de las estatuas colosales que debían representar a las razas. Exhibimos el molde en uno de los ángulos del patio para estudiar las proporciones, y esto nos perdió. Ciertas maestras se alarmaron del desnudo completo ideado por Asúnsolo, y empezaron a llegarme las quejas: ¿Iba yo a permitir semejante inmoralidad en un edificio visitado por niños, por niñas? Vacilé y pospuse la resolución; mientras tanto, mandé suspender el vaciado. Entonces me apostrofó Nacho Asúnsolo:

—Parece mentira que usted se deje influenciar por viejas solteras; ¿qué tiene de particular una exhibición de este género si en Europa...?, etcétera.

Lo dejé perorar; pero, al fin, le expresé mi propia alarma:

—Figúrese, Nacho: van a ser cuatro las estatuas, todas desnudas; hasta ahora sólo hemos exhibido al blanco; vendrán después el indio, y el amarillo; pero ¿qué vamos a hacer cuando instale al negro...? Le van a llamar a todo eso el patio de los falos...

Asúnsolo se fue desconcertado y en vez de las estatuas el escultor Mercado hizo los bajos relieves que hoy se miran, dedicados a la cultura de los cuatro continentes.

#### LAS BIBLIOTECAS

Trazarse un programa sencillo pero coherente y completo, y en seguida desarrollarlo según van dando ocasión las circunstancias y provocando estas circunstancias cuando ellas mismas no se ofrecen, tal es el secreto de una labor que llega a ser grande. En cambio, si se procede sin plan director, el esfuerzo, por sincero y tenaz que sea, se perderá en el detalle, se dispersará en la confusión. La obra de la Secretaría, según ya se apuntó, debía ser triple en lo fundamental, quíntuple en el momento. Las tres direcciones esenciales eran: Escuelas, Bibliotecas y Dirección de las Bellas Artes. Las dos actividades auxiliares: incorporación del indio a la cultura hispánica y desanalfabetización de las masas. En el país había, hoy todavía, una escasez de libros comparable sólo a la escasez de escuelas. En cualquier burgo americano de quince mil habitantes existe la Carnegie o la biblioteca municipal con quince o veinte mil volúmenes bien escogidos. Cuando nosotros empezamos a crear no había, ni en la capital, una sola biblioteca moderna bien servida. La Nacional, instalada en edificio bello, pero impropio, ha sido y sigue siendo almacén de libros más bien que casa de información y de lectura. Y para construir la verdadera gran biblioteca que al país hace falta, me daba plazos, porque era menester comenzar por construir un edificio de varios millones de pesos, el mejor edificio del país, algo que rivalice con la Catedral y el Palacio. Además, de

director de la biblioteca estaba un personaje incapaz de entender el problema. Pedí al Presidente que lo quitara de allí, pues era de sus íntimos, y, en efecto, le ofreció una Legación. Pero el buen señor, ya hombre de edad, contestó:

—Ya veo que me quiere usted mejorar, señor Presidente; pero, se lo ruego: no me quite de donde estoy; me hallo muy a gusto en este puesto oscuro.

Y fue necesario esperar. Yo no tenía prisa de apoderarme de aquel edificio inservible para el objeto de instalar una buena biblioteca moderna. Debíamos hacer nuestros edificios. Aparte de eso, la riqueza positiva de nuestra Biblioteca Nacional está en sus trescientos mil volúmenes escogidos, herencia de conventos y de coleccionistas coloniales. Esta parte del tesoro se hallaba segura porque la honradez del remiso director era intachable. Pero en libros modernos, la biblioteca es pobrísima. Hacían falta, pues, edificios y libros. Para llegar a obtener ambos era necesario despertar el interés del pueblo por la lectura. ¿Y por dónde ha de comenzar el que quiere hacer leer? ¿Hay en el mundo persona ilustrada que niegue que el comienzo de toda lectura culta está en los autores clásicos de la Humanidad?

En broma dije a Obregón un día:

—Lo que este país necesita es ponerse a leer *La Iliada*. Voy a repartir cien mil Homeros en las escuelas nacionales y en las bibliotecas que vamos a instalar...

Pero, ¿de dónde iba a sacar cien mil ejemplares de *La Iliada*, otros tantos de la *Odisea*, y así sucesivamente, las toneladas de los cien mejores libros existentes? Hacer el pedido a las editoriales españolas, únicas que hubieran podido servirlo, demandaba tiempo y daba lugar a que alguien ganara comisiones que aumentarían considerablemente los precios. En consecuencia, lo obvio, lo comercial y lo patriótico era aprovechar las prensas del Gobierno dedicadas a imprimir informes que nadie lee, o libros de funcionarios, para la edición de los clásicos. El presidente Obregón las puso a mi disposición.

Pero las imprentas del Gobierno habían sido consolidadas por el carrancismo en una gran central denominada Talleres Gráficos de la Nación, en la que todo era burocracia y política obrerista. Además, la planta misma, costosa y heterogénea, era deplorable. Y resultaba ridículo que una Secretaría como la de Educación no tuviese imprenta propia. Me di, pues, el gusto de romper otra reglamentación carrancista y comencé a construir talleres en uno de los patios de la vieja casa en que se hallaba entonces la Universidad, en Santa Teresa. Al mismo tiempo, hicimos venir de los Estados Unidos prensas y maquinaria de cosido, encuadernación. Y con sorpresa aparecieron por toda la República los primeros ejemplares, en pasta verde, de Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, Dante, Goethe, etc.; no llegué, ni con mucho, a los cien clásicos, sino apenas a diecisiete ediciones de más de veinticinco mil volúmenes la mayor parte de ellas. Y de los libreros españoles sólo obtuve cien mil *Quijotes* en edición económica para todas las escuelas y veinte mil diccionarios de la lengua. Y se construyeron edificios especiales para bibliotecas en algunos casos, y en otros se adaptaron viejas casas. Y cada escuela tuvo, por lo

menos, un cuarto anexo, dedicado al servicio de biblioteca popular para uso de adultos y alumnos, para los vecinos todos. Evito dar al presente relato el carácter de informe; el que quiera enterarse en detalle puede hacerlo en los archivos y publicaciones de la época, en los boletines de la Universidad, del Ministerio y de mi libro titulado *De Robinsón a Odiseo*, donde explico los rasgos fundamentales de aquella obra, ya que no quiero repetirme con exceso.

Lo que aquí viene al caso recordar es el escándalo perverso que se produjo cuando empezaron a circular los clásicos. Periodiqueros malévolos, intelectualillos despechados y la porción idiota del público divulgó la inepticia de que era disparatado editar clásicos para un pueblo que no sabía leer. Junto con los clásicos editamos y obsequiamos dos millones de libros de lectura primaria, cientos de miles de textos de geografía y de historia; pero esto lo callaban maliciosamente los detractores y se insistía, se ha seguido insistiendo durante años, en que fue ridículo editar clásicos. No se reflexiona en que no se puede enseñar a leer sin dar qué leer. Y nadie ha explicado por qué se ha de privar al pueblo de México, a título de que es pueblo humilde, de los tesoros del saber humano que están al alcance de los más humildes en las naciones civilizadas. Mis detractores no han querido enterarse de que la más humilde biblioteca de Norteamérica cuenta con su colección de clásicos. Ni toman en cuenta que donde no hay, precisa crear. En realidad, la oposición a la medida es cosa tan imbécil que si la cuento es para que se vea la calidad de los enemigos que tuvo mi obra. No logré convencer a los que me censuraban desde el campo izquierdista, diciéndoles que, en Rusia, Lunacharsky había hecho otro tanto, por inspiración de Máximo Gorki, el maestro proletario, ni a los aristócratas recordándoles que sus mismos hijos no disponían de textos para enterarse de ciertos clásicos que en el mercado sólo corrían en lengua extranjera. Cerrados se mantuvieron aun al argumento decisivo, o sea, la necesidad de conocer en nuestro idioma, y no en idiomas ajenos, las ideas esenciales de todos los tiempos.

Entre los cargos más serios que con relación a bibliotecas se me han formulado, es que “dejé salir del país una colección célebre formada por un erudito que fue largos años director del Museo Nacional”. El caso vale la pena de ser referido. Se me ofreció, en efecto, en venta la colección a un precio elevado que el Gobierno no podía cubrir: cien mil pesos más o menos. Sin embargo, respondí que tomaría en cuenta la propuesta, y pedí el catálogo. Según era de mi deber, el catálogo lo pasé a las autoridades del Museo Nacional, por si en tantos años y por algún descuido alguno de los libros del Museo había pasado a la colección privada del director difunto. Antes de que las investigaciones concluyeran, supimos que la biblioteca entera había sido entregada ya en Austin, a la Universidad de Texas, que pagó por ella más de doscientos mil dólares. Los libros, claro está, no debieron salir del país; pero *salieron secretamente*, y con la complicidad de aduaneros que no estaban bajo mi jurisdicción. Tampoco lo estaba la policía, y no llegamos a tener datos para una denuncia formal. Lo que en el fondo haya habido es materia



que sólo un juez de instrucción podría dilucidar plenamente. Lo que yo condeno es una opinión mal intencionada y cómplice, que me ha estado acusando a mí de negligencia por no pagar a ciegas volúmenes que supuse podrían ser de la nación, y debían ser rescatados, no pagados. En cambio, nadie ha tenido una palabra de reproche para los que consumaron una operación notoriamente sospechosa. Esta inconsciente complicidad de la opinión en favor de lo turbio y en contra del funcionario que no acepta componendas es lo que señalo como pústula del tiempo. Pues mientras no aparezca una generación despejada, el caso que menciono se seguirá repitiendo. En el extranjero nos conocen y obran en consecuencia. Mis andanzas me han enseñado que están en venta la mayor parte de las bibliotecas privadas de México. Y cuando pregunté a un perito de compras de importante universidad si la biblioteca de Fulano y de Mengano, distinguidos bibliófilos particulares, era valiosa, guiñando el ojo me contestó:

—No han sido funcionarios; la biblioteca que por ahora nos interesa y nos ha sido ofrecida ya es la de otro caballero que también por muchos años ha sido bibliotecario oficial...

Por otra parte, pregunto a mis censores: ¿De dónde hubiera tomado cien mil dólares para hacer una propuesta equitativa? ¿Qué Gobierno ha pagado suma semejante por libros? Yo gasté más, es cierto, y no en clásicos, sino en libros de lectura primaria; pero esta necesidad era más urgente y agotaba nuestras escasas partidas. Después de mí se ha gastado menos en libros; antes no se gastaba. Ochocientos mil pesos gastó la Secretaría de Guerra bajo Calles en un avión que se llamaba *Ejército Nacional* y que sirvió a un atolondrado para matarse. Y esto nadie lo censura. Pero que se hable de pagar cien mil por una colección de libros, y toda la opinión olfatea una estafa. Lamentable es, sin duda alguna, que salgan de México tesoros de sabiduría y arte; pero esto ocurre siempre en los pueblos que con el poder de producirlos pierden también la energía y los recursos necesarios para conservarlos. Y en vez de echar la culpa a quien más ha hecho por la cultura nacional, debería toda esa opinión cretina reflexionar en la causa por la cual nos vemos desposeídos lentamente de toda nuestra herencia civilizada. Supongamos, en efecto, que la propuesta de la colección aludida me hubiese parecido limpia y que hubiese yo logrado arrebatrar a la voracidad de la Secretaría de Guerra cien mil dólares para pagarla. ¿Qué hubiese yo podido hacer con ella, si no es guardarla en cajones? Pues en Austin la instalación de libros se ha hecho en porción distinguida de un edificio que cuesta cinco millones de dólares, y no es sino una biblioteca universitaria. ¿Alguno de mis detractores se ha preocupado por la construcción de nuestra Biblioteca Nacional, antecedente necesario a la conservación de nuestra bibliografía? Nos dolemos todos de que el tesoro artístico de nuestro país vaya a parar al extranjero; pero ¿acaso se dice siquiera cuál es la causa? Si las iglesias no fuesen saqueadas periódicamente, la mayor parte de nuestros tesoros nacionales se habrían salvado. Si el país entero no juzgase intocables las Leyes de Reforma, tampoco viviría-

mos como parias de la cultura. Pues donde no hay fundaciones con derecho a poseer bienes de todo género, no puede haber colecciones privadas, ni museos, ni obra alguna permanente. En consecuencia, nada tenemos porque todo está a merced del atropello gubernamental, disimulado con la legalidad de las confiscaciones. En los gobiernos ignaros y militaroides que con tanta paciencia sufrimos está la causa primordial de todos nuestros males. Esto no lo dicen los que escriben porque les es más fácil distraer sus remordimientos calumniando a uno que está desterrado porque supo enfrentarse al mal. En todo caso, hay razón para que el hombre honrado se descorazone en nuestro medio. Y todo esto lo grito porque el silencio es otra forma de complicidad y porque en el examen de conciencia de esta autobiografía es menester estudiar las acusaciones justas y también las infames.

Pese a los tropiezos que oponía el ambiente, hubo en el México de aquellos días colecciones de clásicos y bibliotecas circulantes cargadas a lomo de mula por aldeas y villorrios. Colecciones que acompañaban al maestro rural y al misionero de la cultura, los emisarios de nuestro Ministerio que empezaron a enderezar la subconciencia de la nación.

No pude ni comenzar el edificio de nuestra Biblioteca Nacional. El plan grandioso que para esta obra tenía, lo detallo en mi libro ya citado *De Robin-són a Odiseo*. Pero logré, por lo menos, y mientras estuve en la Secretaría, defender el terreno que para una obra parecida había apartado la previsión de don Justo Sierra, el más ilustre de nuestros antecesores. En general, una de mis preocupaciones era recoger los hilos de lo que había dejado sin concluir Justo Sierra. Contrariaba así deliberadamente la táctica de todos los inútiles y los necios, que es deshacer, contradecir cuanto han hecho los predecesores. Pero yo recordaba el secreto de las grandes catedrales de Francia: debajo está el adoratorio druida; encima, la construcción romana, cubriendo apenas los sótanos; encima, la obra románica, y por último, todavía en la fachada, la torre suele ser del xv. ¡Tal es el método de la obra social en grande, tarea de las generaciones! De suerte que dondequiera que yo encontraba un cimiento antiguo, sobre él procuraba levantar un arco, una columna, un techado; después, para lo nuevo, siempre hay ocasión. Y don Justo nos había legado, había legado a la nación, salvándola de las corrupciones del porfirismo, un hermoso lote ciudadano, el más valioso de la capital, situado frente a la Alameda. Por decreto había sido destinado dicho solar para una futura Biblioteca Pública de la Nación. Si los libros de nuestra gran Biblioteca, en un tiempo la mejor de América, nos lo había dado la colonia, ¿no era obligación de decoro que la República construyese, por lo menos, un albergue para tan excelso tesoro?

Confiado en el decreto nunca derogado, cada vez que pasaba por la avenida Juárez y veía el hermoso terreno descubierto, pensaba:

“Luego que concluya el palacio del Ministerio empezaremos la obra en grande que aquí hace falta.”

No contaba con el Malhora. Próxima a finalizar mi gestión, y en vísperas de las disidencias y circunstancias que me obligaron a dimitir, leí una mañana

en el diario la noticia de que el Gobierno sacaba a remate la valiosa propiedad. Según conté en páginas anteriores, De la Huerta ya había aceptado que era viciosa la práctica de vender los inmuebles de la nación cuando hacían falta tantos edificios para los servicios públicos más urgentes. Pero De la Huerta acababa de salir del Gobierno en condiciones de ruptura, y mi propia situación se había hecho tirante. Así es que al dirigirme a Palacio para hablar con Obregón sobre el terreno de la biblioteca metí en mi cartera dos documentos apresuradamente redactados: Mi dimisión y un acuerdo presidencial que dejaba sin efecto la convocatoria para el remate anunciado. Expuse a Obregón brevemente el caso y me desarmó en seguida, me obligó a restituirle la confianza que empezaba a fallarme, porque veía sus maniobras para la imposición impopular de Calles. Contestó lisamente en la ocasión el Presidente:

—Licenciado: cuando se comete un error, lo único que queda es corregirlo; no conocía las circunstancias que usted me expresa; el asunto se me presentó como un caso indiferente; prepáreme un acuerdo para que ese inmueble vuelva a quedar afectado a Educación.

Metí entonces la mano a la cartera y le dije:

—En previsión de que usted haría justicia, traigo aquí redactado ya el acuerdo.

Firmó Obregón con su mano izquierda, que en este instante consumaba un acto ilustre, así fuese negativo.

Pasó el tiempo; llegó el callismo, cambió el personal de Educación, pero el Malhora se hizo más poderoso. Finalmente, triunfó; un hotel particular de su propiedad, o de socios suyos, usurpa a la fecha el espacio en que Justo Sierra y yo soñamos que se alzarían cúpulas bizantinas, en el estilo de nuestras mejores iglesias, para albergar los tesoros de las imprentas del mundo.

Así fallan, así han estado fallando, ¡oh patria!, los esfuerzos y los ensueños de tus hijos mejores, aplastados por la política que otorga el mando a los imbéciles y a los malvados.

#### LA EDUCACIÓN SE FEDERALIZA

Se cumplieron, por fin, los trámites y entró a discusión la iniciativa de ley mandada por nosotros a la Cámara a efecto de crear un Ministerio Federal de Educación Pública. Era tal el convencimiento que en todo el país habíamos creado mediante discursos, declaraciones y anticipos de nuestra labor futura en forma de bibliotecas, escuelas y orfeones, maestros de deportes, maestros honorarios y misioneros, que ya ni los pocos diputados que aún suspiraban por la era carrancista osaron oponerse a la aprobación de la ley. Sin embargo, apenas iniciada la discusión, presentóse un peligro que no había previsto y que me llenó de irritación. No menos de diez diputados pretendieron lucirse adelantando iniciativas propias acerca de la forma en que debía organizarse la nueva Secretaría. Quién la quería dedicada nada más a

la enseñanza rural; quién más pretendía que todo el esfuerzo se dedicase a los indios, mientras otros codiciaban el honor de forjar el nuevo organismo creándole departamentos y secciones a su fantasía. Inmediatamente comencé a fulminar por la prensa y en privado a los entrometidos. Desafiando sus vanidades insistí en que lo único procedente era aprobar los planes según los cuales estaba funcionando ya *de hecho* un organismo que necesitaba el espaldarazo de la legalidad para perpetuarse, pero no para ser. A las comisiones de la Cámara les hice ver los trastornos enormes que cualquier alteración al texto de mi ley acarrearía, porque estaban ya en operación todos los departamentos y según sus necesidades se habían formulado los presupuestos provisionales; presupuestos que la Cámara no estaría en condiciones de reformar sino varios meses después. Y me valí de la amenaza y de la intriga, de la oferta y del ruego, para lograr que las presunciones de los disidentes quedasen aplastadas. En público hice saber que presentaría mi dimisión si no se aprobaba mi ley, porque, añadí, no soy de los que trabajan con ideas ajenas, ni voy a hacer lo que en otros departamentos está haciendo el Gobierno, o sea someterse a la ideología carrancista que formuló la ilegal Constitución del diecisiete; Constitución aprobada por un grupo de incondicionales de Carranza sin consultar con la inteligencia del país ni con el pueblo. No aceptaría el Ministerio que se iba a crear, si eran otros los que me daban la pauta del trabajo respectivo; que vinieran a desarrollar sus ideas al Ministerio los mismos que las hiciesen triunfar en la Cámara; pero yo no me sometería. Al mismo tiempo, de ciudades y aldeas empezaron a llover mensajes, provocados por la simpatía que la labor en progreso despertaba de un extremo al otro del territorio. Pedían todos a la Cámara que se aprobase la ley tal como iba redactada de la Universidad. La ley era comprensiva y eficaz, y cualquier cambio perjudicaría el trabajo ya iniciado, determinaría trastornos graves. "El que se oponga a esta ley no será reelegido", repetíamos en los corrillos de la representación nacional. Y el compatriota que ha vivido los años que siguieron, años de servilismo, en que la Cámara ha estado pendiente a la voz del Ejecutivo para adelantarse a obsequiar su mando, se preguntará: "¿Por qué no obtuviste un *ucase* presidencial, según la costumbre?" Y, créanme o no los contemporáneos, respondo: Ni siquiera se me ocurrió hacerlo; primero, porque me pareció contrario a mi dignidad, pues creo que un ministro que no tiene autoridad moral para lograr mayorías en la Cámara debe retirarse del Gabinete. En segundo lugar, porque, y esto es lo extraordinario, aquella Cámara no hubiera obedecido consignas presidenciales. Y el presidente Obregón por entonces aún no las daba. Fue necesario hacer, por lo mismo, obra de persuasión individual. El mejor sistema para ganarnos votos consistió en llevar a los diputados a ver lo que estábamos haciendo. En los barrios mismos de la Ciudad sobran ejemplos impresionantes.

En la colonia de la Bolsa, en la época la más abandonada y miserable, teníamos funcionando una escuela que era un ensayo para redimir al hampa misma, la parte más pobre y deshonesta de una gran ciudad. Alquilando una

casa en ruinas y un gran solar anexo, habíamos comenzado por ganarnos la colaboración de los vecinos, que se organizaron en brigadas para el barrido de las calles, la limpieza de las atarjeas. Ni siquiera consultamos al Ayuntamiento de la capital, eternamente dedicado a la política y patrimonio de gentes que al año de estar de concejales exhibían automóviles y propiedades, pero que nunca visitaban siquiera las barriadas plebeyas. Sin recursos tampoco para emprender obras de saneamiento en forma, logramos que los padres de familia y los alumnos dedicaran el sábado por la tarde a recoger las inmundicias y a quemar las basuras. En la escuela pusimos baños y peluquería. Y la primera campaña no fue de alfabeto, sino de extirpación de piojos, curación de la sarna, lavado de la ropa de los pequeños. En seguida, como era el hambre la causa de sus retrasos mentales y de sus males físicos, aprovechando una modesta asignación dimos gratuitamente el desayuno a todos los alumnos. Mucha resistencia encontró al principio esta medida, que se consideraba inaudita y antieconómica: regalar un poco de leche y pan a las criaturas desamparadas. Sin embargo, se estaba haciendo cosa parecida, y en grande, en la Argentina y se sigue haciendo. A los pocos meses de creada esta escuela era impresionante contemplar los resultados. Tan notorios fueron, que los políticos empezaron a querer aprovecharla, antes que nadie los agentes de la CROM, que ya asomaban la oreja de sus ambiciones perversas. En diferentes ocasiones retiramos de allí a propagandistas que pretendían enrollar para las filas de los partidos oficiales disfrazados de obreristas a la gente que nosotros educábamos. Mientras estuve en la jefatura de Educación, no avanzaron un paso estas intrigas; la gente nos seguía sin coacción porque le dábamos pan del cuerpo y del alma, y levantaba los hombros ante los que iban a ofrecerles el paraíso en la tierra, pero a cambio de vender su voluntad a los líderes. Nunca les pedimos nosotros ni un voto para algún recomendado, algún amigo. El bien ha de hacerlo el Estado por deber cristiano y no por camaradería de partido; menos por interés de quien traiciona su propia conciencia si pretende aprovechar para sí un servicio que no paga con su dinero, sino con dinero del Estado, que es dinero de todos. Aquellas gentes debían a los contribuyentes, en todo caso, la gratitud, y también un poco a nosotros, los maestros y funcionarios, que, por sueldo corto y públicamente cobrado, dedicábamos a la obra nuestros desvelos. Y la canalla de los políticos que se introducían entre los ignorantes para sacar provecho de engaños viles no hubiera merecido nunca otra cosa que el desdén de la gente si no fuese porque el Gobierno se transformó en dictadura, degeneró tristemente y llegó exigiendo adhesiones para la imposición electoral a la vez que recortaba los dineros dedicados a desayunos escolares y anulaba la obra que iniciamos, con lo que nos echaba a nosotros a la oposición rencorosa, que es propia del que mira traicionada la ocasión de redimir a un pueblo. Pero estábamos en los comienzos de nuestra tarea y antes de que los ambiciosos se diesen cuenta de lo que iba a significar.

En la Legislatura que aprobó la Ley de Educación dominaban los hombres de bien. Entre los diputados había muchos maestros de escuela que por

espíritu de clase nos ayudaron contra los políticos. Prueba de la calidad de aquellos primeros congresos del obregonismo, elegidos con relativa abstención del Ejecutivo, es el número de diputados que fue necesario asesinar, plagiar, torturar y comprar cuando se llegó, más tarde, a la brutal empresa de consumir la imposición presidencial de Calles. Contribuía, pues, al ímpetu de nuestra labor la convicción de que se podía lograr algo en el Congreso nacional por medio del convencimiento y las excitaciones del patriotismo. En regímenes como los que habían existido antes y como los que vinieron después habría sido totalmente imposible lograr algo parecido. A los pistoleros que más tarde se erigieron en diputados no se les habla, no se les persuade; se les dan órdenes. Y como sólo puede dar esas órdenes el tirano, ningún ministro que se respete aceptaría prostituir su empresa apoyándola en el mandato de un déspota ignaro.

Roberto Medellín, a quien debíamos la organización del ensayo de la colonia de la Bolsa, llevó algunos diputados a visitar la escuela. Elena Torres, a quien habíamos encargado del servicio de desayunos, que pronto se extendió a otras escuelas, aprovechaba sus relaciones con los políticos para hacer la propaganda de nuestros establecimientos. Y pronto hubo desfile de diputados por las obras de edificación que en distintos rumbos de la ciudad se llevaban a cabo. Los disidentes se sintieron en minoría, comprendieron que no era el momento de contrariar una empresa que tomaba proporciones de oleaje, y la ley fue votada en conjunto; los presupuestos que a ella presenté anexos, por valor de treinta o treinta y cinco millones, fueron aprobados sin discusión. Y acaso con uno o dos votos en contra, votos de carrancistas que defendían el sistema norteamericano de enseñanza, la ley pasó al Senado. En el Senado, Alfonso Cravioto, el poeta, se encargó de apresurar los trámites. Obraba como poeta, amigo de la cultura, pero también procuraba señalarse como obsecuente al nuevo régimen porque había sido bonillista y carranclán, y pretendía sincerarse. En el fondo seguía de incondicional y se preparaba para la hora de los *yes men*, hombres que dicen que sí al que manda, hora que pronto volvería a sonar. Cravioto obtuvo que la nueva dependencia del Ejecutivo tuviese tercero o cuarto lugar en categoría de protocolo, por encima de Guerra y otras más, y esto con grave resentimiento de no pocos ministros y muchos políticos que, no habiendo podido evitar que la Secretaría se creara, deseaban que ocupara el último lugar en la lista oficial, a pretexto de que era la recién creada. No fue así porque los tiempos eran de simpatía por la cultura.

Por vía de fórmula dije a Obregón, una vez que la ley quedó aprobada:

—Es éste mi último acuerdo como rector, y ahora procede que se sirva usted nombrar Ministro de Educación Pública.

Se rió campechanamente, y tomando su calendario dijo:

—Veamos: ¿qué día quiere que sea la protesta ministerial?

Y se cumplió ésta, con gran sencillez y en el sitio usual del Salón de Embajadores, delante de los empleados y el personal y con todo el público que

cupo en la sala, quedando afuera, en los corredores, buena porción de gente contenta.

Las actividades de la nueva Secretaría alcanzaron bien pronto extendida notoriedad en el extranjero; las principales revistas de Norteamérica se ocuparon de ellas y se habló en Washington de la posibilidad de que los Estados Unidos también creasen un Departamento Federal de Educación. No se comprende, en efecto, por qué hay departamento federal de bosques o de caza y pesca y no existe uno para las atenciones de la cultura. Simple atraso administrativo de los anglosajones, que todavía no acaban de sobrepasar el obstáculo que es para ellos el no haber sido plenamente romanizados. El romano tenía el secreto de la organización y nos dejó a todos los pueblos latinos bien ordenada la cabeza y la voluntad sistematizada. El anglosajón sigue de empírico lo mismo en derecho que en ciencia. Pero lo que a mí me divertía era la lección que se derivaba de que en Washington, lejos de condenarse nuestro sistema francés de ministerios centralizados, se empezaba a reconocer sus ventajas, con bastante desazón para los educadores del carrancismo, que se creyeron muy modernos y avanzados al suprimir el Ministerio que había creado Justo Sierra. Andaban en esos días protestantoides y yanquizados con la cola entre las piernas, aunque no sin sueldo, pues tuve la debilidad de sumarlos también a nuestra tarea, confiándoles posiciones administrativas. Desde ellas se mantenían emboscados, confiando en la tradición que hace medio siglo les favorece y que no tardaría en echarme a mí por donde se arrojó a Alamán, por donde se van todos los que en México pretenden ser mexicanos y no agentes del complejo y poderoso sistema de la dominación extranjera.

#### EL PERSONAL

Cuando Sarmiento consumó su obra educativa en la Argentina, primero se aprendió de memoria a Horacio Mann; en seguida, por si algo se le olvidaba, acarreó con doscientas o trescientas maestras norteamericanas y las estableció en la pampa. Más tarde, y por la misma época en que yo trabajaba en México, Leguía contrató para el Perú no sé cuántos maestros y un director de educación, de Norteamérica. Pero el caso de México no era el mismo. México tuvo Universidad antes que Boston, y bibliotecas, museos, diarios y teatro antes que Nueva York y Filadelfia. En México basta con rascar un poco el subsuelo para que aparezcan los brotes de la vieja cultura enterrada por la barbarie de los gobiernos. Y a pesar de esta barbarie, nunca han faltado entre nosotros personas enteradas, profesionales que han completado en Europa y Norteamérica su aprendizaje. Así, por ejemplo, la generación de maestros formados en las escuelas normales de Justo Sierra era notable. El carrancismo la hizo a un lado, por incapacidad de entenderla y por espíritu de facción. Estando yo desterrado en Nueva York me enteré del paso de cien maestritas, dizque revolucionarias, enviadas por el carrancismo a Boston, *en viaje de es-*

*tudio de un mes.* Apenas tuvieron las pobres ocasión de librarse de los efectos del mareo contraído en los barcos sanitarios y mal servidos de la Ward Line. Eran en su mayoría el desecho del ramo, porque habían sido escogidas con criterio revolucionario; es decir: por favoritismo de los mandones. Gozaban de mayor influencia las que carecían de título profesional. Y a esas mismas se encomendaron las direcciones de las escuelas, a pretexto de que habían estado en Boston. Regresaron llenas de presunción, y como no sabían otra cosa hablaban de establecer los métodos de Norteamérica, los sistemas que no habían digerido ni podían digerir puesto que no conocían lo suyo. No tenían pericia en la tradición de su patria. Entre gente así estaban repartidos los puestos de significación. Para la purificación del personal, eché mano de las maestras del viejo régimen y, además, de preferencia, de los talentos jóvenes que nuestro propio trabajo iba desarrollando. Y como ocurre siempre que se escoge de buena fe y en atención a méritos reales y no a consideraciones políticas, empezamos a descubrir verdaderas aptitudes, y en no pocos casos, brillantes, extraordinarios talentos creadores. Naturalmente que para proceder de esta suerte hace falta que los de arriba sean idóneos. Anteriormente, y en el nefasto periodo carrancista, los más altos jefes de la Educación procedían de escuelas secundarias de la frontera yanqui. Un célebre director de la escuela que fundó Barreda era graduado apenas de *High School* de Norteamérica. Y enseñaba, para aumentarse el sueldo de director, química elemental en los mismos laboratorios en que se habían hecho ilustres Almaraz y tantos técnicos mexicanos. Y cuando a alguno de estos educadores del carrancismo, restablecidos después por el callismo, les apuraba la opinión tachándolos de impreparados, se inventaban vacaciones; partían, bien expensados, a Columbia de Nueva York o a Missouri para regresar a los cuatro meses con un certificado de asistencia a *conferencias de pedagogía o de filosofía*, documento que, debidamente inflado por la prensa adicta, al cabo de unos meses se les convertía en *diploma de doctorado*. Y ya no se apeaban el doctor, aunque nunca habían pasado por las aulas de su patria, y en rigor, tampoco por las del extranjero.

Eliminé con tanta facilidad, y de una sola plumada, a todo el personal espurio de la índole acabada de señalar, que nunca hubiera pensado que pocos años más tarde, no sólo en Educación, sino en todos los ministerios, el personal técnico, secundario pero decisivo, los jefes de departamento, los consultores, serían, como ocurre hoy, gente divorciada de nuestras escuelas, ignorante de nuestra tradición y barnizada apenas con el oropel de media docena de cursos mal comprendidos de alguna Universidad norteamericana. Por entonces, y como para combatir con el sarcasmo tan nefasta simulación, hice una frase: “No me inspiro en Boston para mis reformas —afirmé— sino en Xochimilco. Contemplad allí a los indios —explicaba—; ved cómo aprovechan el abono y la tierra, en reducido espacio y con el resultado de que producen las mejores lechugas del mundo y las flores más hermosas. ¿Acaso no sería absurdo mandarlos a estudiar horticultura al Maine? Pues así ocurre con el sa-



ber en todas sus ramas. Enhorabuena que nuestros técnicos vayan a Europa y Estados Unidos, pero no antes de que las escuelas del país les hayan dado todo lo que ellas puedan dar. Mandar estudiantes sin esta preparación es perderlos para nosotros y hacerlos que se pierdan para sí mismos, porque después no encontrarán acomodo ni entre nosotros ni en el extranjero..." No contaba yo con el pochismo que hoy elimina a los nacionales en beneficio de los *encartados del alma*, que son los que aprenden las primeras letras en el extranjero y luego regresan a la patria a mandar y dirigir antes de aprender y readaptarse.

En consecuencia, decliné cortésmente la insinuación que se me hizo de que importara centenares de profesores norteamericanos que, seguramente, habrían fracasado en nuestro medio, como fracasaron en el Perú. Pero la selección, purificación del personal nativo, no resultaba tan fácil. Agobiado estuve varias semanas por la insistencia de otro tipo de educador que llamaremos, a falta de otro nombre, el "investigador". Procede también de permanencias cortas en Estados Unidos. Se dedica por allá a lo que las universidades llaman *research work*; pero *research* no en la física ni en la química, sino en las ciencias sociales y el servicio social o *social service*. Los de esta filiación constituyen una casta peligrosa que por lo común se apoya en políticos. A menudo son también políticos menores, pero capaces de intrigas y daños. A mi departamento, donde, por el momento, la política no metía baza, se presentaban los *researchers* con piel de oveja, y casi siempre recomendados por don Ezequiel Chávez, el maestro que escuchábamos y atendíamos, consultábamos constantemente, pero descontando las debilidades derivadas de su carácter bondadoso. Cada *researcher* busca sueldo sin horas fijas de trabajo. Reclaman, además de sueldo, viáticos para excursiones de objetivo vago. Y traen su sermón científico-religioso aprendido del *social service*: "Si no queríamos quedar fuera de la técnica moderna debíamos consumir una investigación científica de las condiciones que vive el pueblo bajo en las ciudades y el campesinado desvalido". "Sin esos datos no es posible formular planes acertados", afirmaba con la tenacidad de lo que es obvio cierto solicitante femenino, hasta que resolví:

—Vaya usted al campo a investigar; tómese los meses que crea necesarios para redactar informes y formular gráficas; cuando usted esté de regreso ya habremos nosotros transformado las condiciones que va a estudiar y no leeremos sus informes; primero, porque ya estarán retardados; segundo, porque no tendremos tiempo de estudiar, dedicados como estamos a hacer. El estudio ya lo hice —le añadía yo en broma— en años de bibliotecas y no como los carrancistas que usted trataba, que venían a estudiar o a decir que estudiaban en puestos públicos destinados no a aprender, sino a enseñar.

Pero no entendía; regresaba de sus excursiones cargada de legajos y de ideas.

—Por Dios: no me dé ideas; las ideas las fabrico yo o las compro en folletos de a cincuenta centavos; deme actividad creadora. No me diga cómo es-

tán los indios; ya sé cómo están: con hambre de cuerpo y alma; no me cuente cómo es la vida de los barrios pobres; no vivo yo encerrado en el Gabinete; visito a los pobres, no me hacen falta sus informes, *reportes*, dicen los técnicos pocos... Lo que el país necesita es gente que ya sepa lo que hay que hacer y se dedique a ello con sinceridad.

Libre de momento de la molestia de los teóricos nacionales, me defendía también de los esfuerzos de penetración de los extranjeros. Una comisión de poderosa institución extranjera me ofreció gratuitamente consejeros técnicos. Les contesté lo mismo:

—Tengo técnicos y mejores que los que ustedes podrían darme, porque conocen el medio, pertenecen a él. Si ustedes quieren ayudarme de buena fe, mándenme material escolar regalado; hacen falta esferas de geografía, compases de dibujo, mapas, bancos escolares. Los maestros, los músicos, los técnicos, todo lo que es el espíritu de la enseñanza, aquí abunda y no lo cambiamos.

Y había, en efecto, personal inmejorable.

Nunca pagaré mi deuda de colaboración a los centenares de maestros de ambos sexos que en todo el país tomaron las labores de la nueva Secretaría como misión de patriotismo y tarea personal fervientemente cumplida. Nombro a pocos porque la memoria me falla y el espacio de que dispongo es limitado; pero lo que diré de algunos es justicia que abarca a grupos enteros. Ni habría podido realizarse labor tan considerable si no hubiese producido el país, de pronto, un verdadero ejército libremente aprestado, de mentes capaces y corazones honrados.

Mi colaborador más constante y más experto, el más inteligente y más leal, fue Roberto Medellín. Lo había conocido de condiscípulo, pero no había vuelto a verlo en muchos años. Lo extraje de la Preparatoria a causa de su fama como profesor de Botánica. Y me sedujo desde luego su carácter íntegro y su capacidad para distinguirse fuera de los puestos gubernamentales, en su profesión de químico, de la cual vivía más bien que de los sueldos del Estado. Profeso animadversión de la gente que alcanza notoriedad en el servicio público y por obra de la política, pero nunca sabe sostenerse a cierta altura en las actividades privadas luego que les falta el soporte oficial. En general, a los principales funcionarios de educación los tomé así, de la vida privada y no de los cuadros de la burocracia, mucho menos de la política. Pero al mismo tiempo no podía dar los puestos más notorios a personas desligadas de la política; esto puede hacerlo un presidente, no un ministro en regímenes como el nuestro. A Medellín, por lo pronto, lo hice director del Departamento Escolar, en donde sus capacidades ayudaron a crear toda la rama de enseñanza técnica, que fue la más importante contribución del Ministerio a la cultura nacional. Era Medellín mi brazo derecho. Pero nació con el Ministerio el problema del subsecretariado y el oficial mayor, problemas políticos ambos y que era necesario cuidar no estorbasen la acción empezada. Costumbre perniciosa, pero inveterada, ha sido que el subsecretario

lo nombre el Presidente, no el ministro. Se considera que de esta suerte se debilita el poder del ministro, se aumenta la intervención, más o menos tiránica, del Presidente sobre las secretarías de Estado. Pero la suerte, que en aquel momento soplaba toda entera en nuestra dirección, hizo que Obregón se fijase en un hombre eminente por sus virtudes. Para subsecretario nombró al profesor don Francisco Figueroa, general de la revolución y el personaje que había salvado a Obregón cuando, huyendo de Carranza, se había refugiado en Guerrero, en donde don Francisco, de vieja cepa maderista, ejercía funciones de gobernador y comandante militar, o algo por el estilo. A don Francisco lo conocí personalmente en una comida que ofrecía en Cuernavaca el gobernador Parres durante una segunda visita que al estado hice a propósito de la organización del sistema escolar. A la hora de los postres habló don Francisco en forma tan sobria, elocuente y digna, que me ganó en seguida la voluntad. Y cuando días después me notificó Obregón su deseo de nombrarlo subsecretario, desde luego expresé una aprobación efusiva. Era un hombre honrado con quien seguramente me entendería, le dije. Y don Francisco, pasados los cincuenta años, alto, un poco enjuto y de ojos claros y dulces, con gran cortesía natural se puso a colaborar con un ministro joven que disfrutaba fama de atrabiliario. Y mostró desde el comienzo tan sincero deseo de servir al país con toda su experiencia y sus luces, que en seguida nos ganó el afecto más firme. Y sucedió que de ese banquete de Cuernavaca salió también el oficial mayor, que no fue otro que aquel zapatista exaltado que al principio nos miraba con desconfianza en la primera visita a Cuernavaca: el ingeniero Peralta, hombre un poco rudo, pero ejecutivo y honrado. Su experiencia en materias de ejidos y agricultura me pareció un tesoro para la difusión que hacíamos de escuelas en el campo; a todas las dotábamos de una huerta y un taller, aparte de la biblioteca obligatoria. Preparé el terreno en aquella comida hablando a Peralta de la ocasión de desarrollar sus energías desde un departamento federal, y con franqueza me expresó su entusiasmo. A los pocos días, y previa la venia del Presidente, le mandé un telegrama de dos palabras: "Ruégole venir". Ya sabía él a qué y se presentó en seguida. El alto personal del Ministerio quedó integrado en forma envidiable.

En la nueva Secretaría, Peralta representaba el zapatismo, es decir, el anhelo popular e indígena, pero encarnado en un hombre culto y trabajador, no en un político egoísta. Por su parte, el profesor Figueroa nos ligaba con los normalistas de toda la República, que eran, como si dijésemos, la osamenta poderosa del cuerpo educativo nacional. Y para representar al espíritu, seguían en Bellas Artes y en Bibliotecas los poetas, de jefes de Departamento, algunos, como Torres Bodet, que empezó a sistematizar el servicio, y como Gómez Robelo, que fomentaba las Bellas Artes. Este Gómez Robelo, que no es otro que el Rodión de nuestros círculos estudiantiles, regresaba del destierro por haber sido huertista; pero no se dedicaba a declararse revolucionario, como los huertistas que más tarde ocupó Calles. Su error juvenil procuraba repararlo trabajando para la cultura con toda la fuerza de su genio.

Valía por los fulgores ocasionales de su mente y por su noble corazón, más bien que por sus capacidades de trabajador, ya muy minadas por su extraña vida de poseso de los demonios de la carne y del alma. Miembro de un grupo de bohemios artistas de Los Ángeles, California, Gómez Robelo, al repatriarse para servir en Educación, había arrastrado con todos ellos. A gusto en el nuevo medio se dedicaba a escribir alguno de ellos, y otro a la fotografía artística; otros, simplemente a la bohemia internacional. El fotógrafo cargaba con una belleza de origen italiano, escultural y depravada, que era el eje del grupo y lo traía unido por común deseo dividido por rivalidad amarga. La Perloti, llamémosla así, ejercía de vampiresa, pero sin comercialismo a lo Hollywood y sí por temperamento insaciable y despreocupado. Buscaba, acaso, notoriedad, pero no dinero. Por altivez quizás, no había sabido sacar provechos económicos de su figura perfecta casi, y eminentemente sensual. Su cuerpo lo conocíamos todos, porque servía de modelo gratuito del fotógrafo y eran disputados sus desnudos de embrujo. Su leyenda era tétrica. Un esposo había liquidado en California, recluido en un manicomio por el exceso venéreo, y en la época se traía pálidos y mansamente rivales a dos valientes: el fotógrafo afamado y nuestro amigo Rodión. Ante el retrato sin velos de su amiga, vertía Rodión lágrimas de ternura sensual. Lentamente la pasión malsana le adelgazaba el cuerpo, le narcotizaba la voluntad. Y los celos le producían fiebre. Ella, por su parte, se mantenía alerta. Utilizaba a Rodión para introducirse en los círculos artísticos y en los políticos. Aprovechábamos en la Secretaría el descanso dominical para efectuar ciertas excursiones que al mismo tiempo que descanso nos daban oportunidad de visitar algunas obras, ensanchar determinados trabajos. Invitamos a Rodión y a su amiga cierto domingo, pero no se presentaron a la hora convenida. El amigo que debió recogerlos informó:

—He presenciado una escena terrible. Pasé por la casa de nuestros invitados y resulta que anoche recibieron aviso de la muerte de la madre de *Madame* Perloti. Ella estaba dispuesta para salir toda de luto; pero Rodión la disuadió: “Es tu madre”. Ella alegaba: “¡Nos ha invitado un ministro!” Rodión se indignó y yo escapé.

Para el noble Rodión yo no era el ministro; era el amigo. A las pocas semanas Rodión fue licenciado. El fotógrafo, atacado de neurastenia aguda, partió para los Estados Unidos. Todavía Rodión pudo hacer con nosotros el viaje a Sudamérica, pero iba poseso: dominado de satiriasis. Al regreso buscó salvación en un amor antiguo y honesto, pero ya era tarde. Rodión pereció devorado por el deseo.

La bella entraba por entonces a los treinta años, imperturbable y seductora. La traté por última vez en el auto oficial en que nos acompañara, con cierto amigo suyo, a la visita de un convento abandonado por Coyoacán. Su silueta voluptuosa era imán poderoso en la tarde llena de sol. Levantaba el coche nubes de polvo, y ella dijo: “Nos envuelve un resplandor de oro”. Don seguro de arte era hallar belleza allí donde otros sólo ven incomodidad. Una

mirada despertó de pronto la tentación; pero luego sentí dolor en la espina: recordé a sus víctimas chupadas del tuétano. Ya no la vi más; años después ingresó al grupito comunista; en seguida desapareció con rumbo a Moscú.

El Departamento de Bellas Artes nunca se repuso de la pérdida de Rodión. La acción del hombre extraordinario es irremplazable. Por eso es tan lenta la tarea de la cultura; requiere un conjunto de circunstancias que rara vez coinciden, y un hombre de genio que consume la síntesis. La Escuela de Bellas Artes que Rodión se preparaba a transformar quedó entregada al caos de siempre, aunque el público no se diese cuenta de ello. Al contrario; aplaudía, con razón, ciertos progresos, como la campaña contra el academismo llevada adelante por los principales artistas jóvenes y como las Escuelas de Pintura al Aire Libre implantadas por el distinguido pintor impresionista, de educación parisense, Ramos Martínez. Famosa fue la escuela de paisaje abierta en una antigua finca de Coyoacán; pero también en la vieja escuela se trabajaba. Las clases nocturnas de dibujo y pintura se abrieron a todo el mundo para cursos rápidos, y eran de verse las salas pobladas de niños y de adultos dibujando del natural, pintando o modelando. Un poco más tarde, para la enseñanza del dibujo en las escuelas se aprovechó el sistema elaborado por el artista Adolfo Best a base de ciertos elementos decorativos primarios, indefinidamente combinados, según la fantasía de los alumnos. Para el cultivo de la música contamos principalmente con dos hombres extraordinarios: el maestro Julián Carrillo, el célebre director de orquesta y compositor, y don Joaquín Beristáin, creador de los orfeones y los cuerpos de bailes folklóricos que se propagaron por toda la República y determinaron la rehabilitación del canto popular. La orquesta del Conservatorio, reorganizada, salió de la capital después de su temporada de conciertos y comenzó a recorrer las principales ciudades del país en gira que fue primera y única. Pronto escasearon los recursos y la orquesta no volvió a salir de la capital.

Se empeñó también Carrillo en fomentar la existencia raquítica de dos orquestas que contaban con personal distinguido: la de Guadalajara y la de Monterrey. Ambicionábamos descentralizar la cultura sin perjuicio de la calidad, y estableciendo en distintas regiones centros de creación y de difusión. Pensábamos que una vez que el gusto del pueblo por la música se levantara al conocimiento de lo clásico, el porvenir, la cultura general del país, estaba a salvo.

Por su parte, Beristáin y sus profesores estimulaban, organizaban, creaban el folklore, pero sólo para despertar por su medio el gusto superior, no para convertir lo popular en fetiche, ni en único ejercicio de arte, como ocurrió más tarde, en el derrumbamiento y corrupción de toda nuestra obra.

La capacidad de trabajo de Carrillo y de Beristáin era asombrosa. La cultura musical de ambos era profunda. Procedían los dos de nuestro viejo Conservatorio y de él tomaban las inspiraciones y el personal. Sin que les estorbasen recomendados de políticos que nunca lograron inmiscuirse en nuestras tareas.

Para la enseñanza técnica, Medellín se rodeó de ingenieros y hombres de ciencia mexicanos. Mancera, Massieu, procedentes de las Escuelas de Minas

o del antiguo Colegio Militar, eran cada uno personalidades en su ramo; además, caracteres ejecutivos, creadores que dejaron obra, como en la escuela de Industrias Químicas y sus dieciséis industrias instaladas en pabellones contruidos ex profeso, o como el Instituto Politécnico de Tacuba, que se quedó sin terminar, y aun así ha estado produciendo buenos resultados.

Las tareas del Departamento Administrativo estuvieron confiadas a empleados capaces, tenedores de libros o profesionales de la administración, cuyo mejor elogio es que salieron todos del Ministerio conmigo, porque los que nos reemplazaban necesitaron gente de confianza para los negocios particulares de los altos jefes. Los nuestros salieron pobres todos, y lanzados a la calle con encono, porque habrían sido un remordimiento y un estorbo para los nuevos. En general, procuraba aprovechar profesionistas en el ramo respectivo y hombres que no se habían fatigado en las rutinas de la burocracia, sino que procedían de la competencia privada. Nuestras oficinas despachaban con la prontitud y el orden de los bancos. En las primeras horas de la mañana, todas las puertas permanecían abiertas para que el público hablase con los jefes sin esperar turnos de audiencia y tomando en sus manos los expedientes de cada negocio.

Para las compras de todo género se adoptó el sistema de trato directo con los comerciantes, haciéndose públicos los pedidos, que en seguida se daban al mejor postor, pero después de que el ingeniero se cercioraba de la calidad. En seguida de concertado un trato, pasaba al subsecretario para su revisión y no se pagaba sin su firma. Este sistema me dio muy buenos resultados más tarde, cuando Obregón me mandó, en lugar del excelente señor Figueroa, a un subsecretario del círculo de amigos del Presidente. Ningún pago se hizo sin su firma, después de que yo había dado el sí de palabra; de suerte que a mis enemigos no les quedó ni el recurso de la calumnia porque uno de los de ellos era el conducto obligatorio, el testigo forzoso de toda transacción.

Por su parte, el director de Educación Primaria y Normal, el distinguido y honorable profesor Francisco C. Morales, observó con el personal de los normalistas una conducta de estricta equidad, ascendiendo conforme a méritos y manteniendo la disciplina sin necesidad de rudezas, con libertad en el orden y consideración en la exigencia del deber.

No es amena para el lector esta lista de nombres, que ya nada significan por virtud del tiempo transcurrido y el fracaso de sus esfuerzos; pero he querido mencionar a los principales; tendré ocasión de mencionar a otros muchos, con el ánimo, ya no de hacerles un honor que no ambicionan, sino para que se vea hasta qué punto es injustificada la acusación que suelen formular los tiranos que al confesar cínicamente las inmoralidades de su administración, todavía ofenden al país diciendo que no hay gente honrada para los puestos públicos. Es claro: el que no es honrado no encuentra a los honrados. Le huyen éstos como a una peste que enferma el alma. Y los pillos rodean al pillo.

Hombres honrados y capaces los ha habido en todas las épocas de nuestra historia y aun en las más negras crisis; pero ¿cuándo han estado al frente de la

cosa pública?, ¿cuándo les ha tolerado el ejército que sean ellos los que gobiernen? Al contrario; constantemente la charlatanería oficial cubre de oprobio a la gente honrada que no se pliega a sus fines; la reemplaza con aventureros y aventurerillos y todavía denigra a los patriotas con alguno de los mote que traen en boga las épocas: “reaccionarios”, “burgueses”, descalificados, tan sólo porque no participan en la deshonra de la nación.

Reniego de mi memoria que a menudo me niega el nombre propio de algún amigo que quisiera recordar. En cambio, cuando se trata de nombres que merecen ser denigrados, alabo el proceso de higiene mental que, según avanzan los años, nos libra aun del nombre de los que nos estorbaron o nos ofendieron. Y así nada queda de la incompetencia y de la enemistad. También por eso a menudo recurro a la estratagema de los nombres supuestos; no siempre los invento para disimular el nombre real; sucede más bien que ya no recuerdo cómo se llamaban mis contradictores. Bendito el olvido que así nos limpia la conciencia.

#### DISCIPLINA Y REFLEXIÓN

En un acuerdo semanario me dijo Obregón:

—A usted lo tuvo desterrado varios años el carrancismo; es natural que esté escaso de recursos; a todos los ministros se les ha asignado veinticinco mil pesos, con cargo a extraordinarios, para los gastos de instalación y a fin de que puedan recibir con dignidad.

Me quedé pensando un instante; me repugnó la idea de recibir un subsidio a espaldas de la legalidad, pues siempre he considerado tal el abuso de las facultades extraordinarias en Hacienda; ni yo tenía derecho de recibir aquella suma, ni el Presidente de ofrecerla; por otra parte, la operación se estaba consumando en secreto; si, por lo menos, la hubiesen autorizado públicamente las Cámaras... Necesitaba dinero y lo tendría alguna vez; pero sería cuando saliese del Gobierno, cuando volviese a abrir mi bufete de abogado; mientras tanto, era menester seguir pasando estrecheces...

—Muchas gracias, general —contesté—; pero sucede que yo ya tengo casa; mi casita de Tacubaya la compré antes de la revolución y ella me basta...; mil gracias...

—Ya, ya sé —observó Obregón— que usted sería capaz de trasladarse al Ministerio en tranvía; pero me pareció justo ofrecerle lo mismo que se ha dado a los otros...

A los pocos meses el sueldo de ministro me resultó suficiente; pagaban entonces cien pesos diarios, más el auto y el chofer. Nunca gasté arriba de mil quinientos mensuales y el resto comencé a guardarlo. La única erogación extraordinaria la originaban las audiencias públicas. Es costumbre, o creo que lo ha sido, en todo caso yo la tuve, obsequiar unos cuantos pesos a los necesitados que se cuelan en las audiencias y que no es posible servir con empleos. Eran las tales audiencias la parte desgarradora de la tarea. La infini-

ta prole de los sin trabajo de clase media toma por asalto las antesalas de los ministerios. El aumento incesante del personal creaba puestos; pero, en general, los reservaba para los maestros titulados que pedían empleo, y no había sitio para los sin carrera, los sin profesión, que constituyen el mayor número de solicitantes. A menudo, la súplica de alguna buena mujer es interrumpida con sollozos. Provoca angustia su rostro de honestidad y de pobreza; se quisiera inventar puestos públicos a millares, cosa imposible; además, me había trazado la norma de no colocar sino personas instruidas en alguna técnica. A maestros distinguidos dimos los principales puestos administrativos; en las posiciones más altas se utilizaron profesionales reputados en su especialidad, de preferencia sobre los que recurren al Gobierno y la política porque han fracasado en el consultorio o en el bufete. Si habíamos de exigir la calidad era preciso hacerse sordo a las recomendaciones, así viniesen apoyadas por amigos o familiares, y también, endurecerse el ánimo para no ceder ante los ojos que imploran un sueldo aun sabiendo que no son capaces de compensarlo con un servicio. Y es en estos casos extremos cuando la dádiva suaviza el dolor de la negativa.

Precisamente en la lucha para deshacernos de todo el personal que el favoritismo de la anterior Administración había repartido en las escuelas, se produjeron incidentes que aproveché para poner a prueba mi autoridad. Subsiste en cierto elemento político ignorante la creencia de que los puestos escolares son el residuo de la Administración y sirven para cubrir compromisos menores en obsequio de protegidos o parientes. Y peor aún, a veces se utiliza la institución de cultura para recompensar servicios *non sanctos* de damiselas más o menos seductoras. Contra esta doble práctica me rebelé como contraria al decoro de la Secretaría. En no pocas audiencias a ciertas bonitillas que me llevaban recomendaciones de personajes les advertía:

—Tengo puestos para feas; puestos mal pagados y de mucho trabajo; usted no necesita de eso.

Y las despedía sin ceremonia.

En general, me aventuro a afirmar que en el Gobierno de Obregón no existió esta corruptela de pagar con empleos públicos servicios de alcoba. El Presidente no lo hacía, y sin duda esto bastaba para que no lo hiciesen los de abajo. Si entre jefe y empleada se creaba alguna relación de índole privada, eso ya era asunto de ambos, independiente de los nombramientos y sin perjuicio del trabajo, y jamás, ni por excepción, se dio el caso de que alguien cobrase sueldo sin presentarse a las horas reglamentarias para desempeñar alguna faena. A una pobre muchacha que había sido mi conocida en los tiempos estudiantiles y no tenía oficio ni profesión, la hice intendente de una escuela de mujeres, y con la servidumbre se puso a lavar los pisos que, no pocas veces, me enseñó con orgullo, limpios y relucientes. Siempre sobra gente buena cuando el que manda la sabe buscar y la utiliza con honra. La corrupción no viene del ambiente; la difunde como una peste el mal gobernante. Pero hay casos en que siendo una mujer o un hombre todo lo buenos que es



posible exigir, no sirven, sin embargo, para el puesto en que acertó a colocarlos el poder de una influencia mal empleada. Esto es lo que nos ocurrió con una de las directoras de escuelas de labores femeninas. Hay la idea de que sabiendo un poco de costura ya se entiende lo bastante para dirigir esa cosa vaga en la mente ignorante que es una Escuela Industrial de Mujeres. En nuestro plan entraba poner esas escuelas en manos de personal de primera y exigíamos no sólo el título de maestra normalista, sino también preparación especial en cursos de oficios de mujeres. Y nos sobraba personal competente, perfeccionado con cursos complementarios en el extranjero. Y no hubo más remedio que mandar el cese a la buena señora que acababa de darnos una comida en su escuela para demostrarnos cómo adiestraba a las alumnas en el arte de poner bien la mesa. No estuvo mal puesta la mesa, porque la señora procedía de familia decente; pero de allí a mostrar capacidad para dirigir escuelas que estábamos convirtiendo, por primera vez, en modelos de acción técnica ilustrada, había un abismo. Al mandarles su cese acompañamos un nombramiento que otorgaba a la destituida trabajo como maestra de costura, especialidad que podía dominar con un poco de estudio, pues no deseábamos dejarla en la calle. Pero sucedió que nuestra honorable víctima estaba emparentada con la crema del nuevo régimen y decidió pelear por su dirección. El mismo día del cese me habló por teléfono en forma imperiosa un general, por el momento muy influyente, íntimo de Obregón y que mantenía conmigo relaciones cordiales. Pero le había indignado, me dijo, la destitución de su comadre; suponía que yo la ignoraba y me pedía que fuera repuesta en el acto. Tranquilamente, por el mismo teléfono, repuse:

—No se imagina, general, cuánto lo siento; pero de directora no puede seguir esa dama porque no es maestra; le daremos, eso sí, los medios de que no sufra gran perjuicio en sus ingresos.

Como directora se había apropiado la buena señora la mejor parte del edificio escolar para habitaciones de su familia. Las aulas, los talleres, estaban descuidados. El que desalojara la casa era nuestra mayor necesidad, pues no queríamos escuelas en el papel del presupuesto de egresos, sino, de verdad, institutos de trabajo.

Y creí que todo había concluido, cuando un domingo, al presentarme en Chapultepec para llevar al general Obregón a una de las fiestas conciertos que empezábamos a dar en las plazas públicas, con personal del Ministerio, me encontré con que se me hizo esperar. Y un empleado de confianza me dijo:

—Está el general con su señora y con doña Fulana —la directora destituida emparentada con la familia presidencial.

Las hermanas de Obregón, antiguas profesoras, eran, por cierto, mujeres extraordinariamente simpáticas, amables e inteligentes. Y su señora, una dama perfecta, de las mejores familias de Sonora. Hasta cierto punto me alarmé y aun me puse a pensar en mi renuncia. Es una fuerza estar convencido de que el abandono del servicio público nos significa un aumento de la fortuna personal. Y en cada crisis yo reflexionaba que la dimisión me traería la prosperi-

dad, lanzándome a mi bufete particular. Pero salió Obregón, se dirigió a su automóvil, me senté a su lado, y ya que habíamos bajado la rampa, saliendo del bosque me dijo:

—Ni se imagina quién estaba conmigo.

—Ya lo sé —respondí—. Doña Fulana; la cesé porque no tiene título profesional...

—Pues yo, lo único que le dije —observó Obregón— es que no podía pedirle a usted que la restituyera porque eso equivaldría a quebrantar su autoridad, y que a lo hecho pecho...

—Muchas gracias, general.

Y no se habló más del caso. Días después le expliqué a Obregón:

—Su amiga ha quedado reducida de entradas, pero no en la calle.

Entonces me dijo:

—Se lo agradecemos tanto yo como el general —aquí el nombre del que me había hablado por teléfono—... El interés que nos inspira a ambos esa señora depende de que la conocemos de antiguo y sabemos que con su trabajo sostiene a las hijas y a un marido paralítico...

Pero yo pregunto al lector: ¿Un marido paralítico es excusa para que una escuela quede en manos poco aptas? Obregón no lo creyó así; supo sacrificar sus sentimientos amistosos a las conveniencias de la obra que juntos realizábamos, obra que él comprendía en sus detalles y amaba con sinceridad.

Comenzaba mi día a las siete de la mañana; desayunaba frutas y café, y a las ocho ya estaba visitando las obras, trepando andamios, urgiendo prisa, tomando nota de lo que hacía falta para apresurar su entrega. A las nueve llegaba a la oficina salpicado de cal. No había querido adoptar el sistema humillante del reloj marcador de la hora de entrada de los empleados, pero adopté otro. Al llegar a mi mesa de trabajo tocaba los timbres y convocaba a todos los jefes de departamento. Se presentaban éstos puntuales porque habían sido bien escogidos entre gente de honor, y es inevitable que un jefe cumplido fuerce a todos sus subalternos a serlo. Irritados algunos empleados viejos de que se les exigiera puntualidad cuando es uso en oficinas de Gobierno la pereza, comenzaron a apodarme "el Ministro Lechero". ¿Qué horas eran esas de llegar a las nueve o antes, cuando se supone que un ministro caballero ha ido al teatro o a una fiesta la noche anterior y se levanta con la fresca de las once? No contaban con que yo no iba a fiestas ni a teatros. Ni siquiera correspondía visitas. Hay que prescindir del compromiso social si se quiere realizar obra. Ni el escritor, ni el profesional, ni el político podrán consumir tarea de fondo si no se someten a regla casi monástica, si no prescinden de los halagos del trato y aun de las satisfacciones de la familia y los amigos.

En acuerdos con los jefes de departamentos se pasaba la mañana; tres taquígrafas despachaban la correspondencia y tomaban al dictado comunicaciones, declaraciones, discursos y órdenes. Al mediodía, las mañanas de audiencias se abrían las puertas para todo el mundo. Penetraban a veces hasta doscientos, solicitantes en su mayoría. El uso de audiencia pública es

un consuelo democrático que permite al público ponerse en contacto con los funcionarios; pero es inútil, aparte de penoso, por la repetición de la negativa. Las comisiones de importancia, y aun las menores, no se dan porque alguien fue a entrevistarnos; mal funcionario es el que no sabe escoger por sí o por sus ayudantes. Y las ideas que lleva el público valen poco para el que ya tiene un plan.

A los periodistas se les daba en la secretaría particular un boletín de las últimas obras realizadas. A menudo insistían y pasaban a hablar conmigo. Al principio fueron agrias mis relaciones con la prensa. Dominaba en ésta el viejo elemento porfirista, que a menudo me molestaba; me inventaron una vez que había mandado vender como papel viejo los incunables de la Biblioteca Nacional. Les respondí con grosería. No necesitaba de su propaganda; me hacían bien sus ataques y no tomaría la venganza de negarles informaciones. Allí estaban todos los archivos de la Secretaría para que se enterasen de cuanto quisiesen... Irritado por la incomprensión, por la sistemática oposición de mala fe, solté a menudo palabras poco dignas de un funcionario en tiempos normales; pero estábamos en lucha con el ambiente; eso explica, si no excusa, improperios que a mí mismo me pesaron por su injusticia, como aquel que tanto éxito alcanzó, cuando dije, refiriéndome a las dos lumbreras del antiguo régimen, Bulnes y Moheno, que me censuraban menudo en sus publicaciones: "Son los dos bueyes cansados del porfirismo". Para los revolucionarios, la frase fue un alivio, porque a todos nos fatigaba la pedantería de los defensores de un régimen que en resumen nada había hecho por la cultura nacional. Y ahora que se ensayaba de buena fe un renacimiento, no se nos contestaba sino con la insidia, el denuesto, la calumnia. Amarga la boca de la pelea, me juntaba a comer con los poetas, los artistas de la Secretaría, cambiando de restaurante, y disolviendo la bilis con un par de vasos de vino y mucha conversación agresiva, o jocosa, y sueños de grandeza en la obra. La prensa era libre entonces y la opinión y ambas se desquitaban con saña de las épocas prolongadas en que no se permite la crítica. No sospechaban el sistema que más tarde vendría, bajo el callismo, que nunca cerró un periódico, pero a todos enmudeció con el atropello, los obligó al elogio, mediante el asesinato de los redactores, el asalto a las redacciones, atropellos cínicos que al día siguiente arrancaban condolencias al Presidente por los atentados que en la sombra había fraguado. Nada semejante practicó Obregón, y sólo se vengó en cierta ocasión con un chiste. Sucedió que el director de uno de los diarios de la oposición perdió la vida al caer del caballo en que paseaba, y Obregón observó:

—Compraremos ese caballo para obsequiárselo a... —director de otro gran diario nacional.

Y es de justicia añadir que a la postre la prensa se rindió; al final de mi gestión no tuve mejores aliados que los periódicos, defensores todos de mi tarea, mientras no los venció el terror callista, que obligaba a condenarme o a silenciar mi nombre y exaltaba al que me ofendía. Hubo, sin embargo, un

periodo no muy corto en que la honestidad del propósito nos juntó a todos en patriótica colaboración. Así, por ejemplo, cuando llegó a la Cámara de Diputados mi proyecto de ley, toda la prensa del país, que ya lo había divulgado, ejerció presión favorable.

Terminada la comida de mediodía, que raras veces hacía en casa, dormía siesta de veinte minutos en un sillón del despacho particular.

Regresaban las empleadas a las cuatro y comenzaba el dictado. A menudo, audiencias especiales me robaban una o dos horas; pero el resto de la tarde se dedicaba a conferencias con los altos empleados del Ministerio y la discusión de la labor de los distintos departamentos. A las siete levantaba el campo y me dirigía a mi casa. Allí tomaba por cena unas frutas, jugaba con mis hijos un rato y luego me encerraba en mi biblioteca. Nadie entraba a interrumpirme, a excepción de mis hijos pequeños. La presencia de los niños es como el rayo de sol que penetra en una alcoba; no perturba la meditación: la ilumina. No pasa lo mismo con la gente crecida; no la tolero cuando tengo que trabajar; se me figura que me espían.

En tales horas de soledad ordenaba el trabajo del día siguiente, inventaba las tareas próximas. Imaginé así el escudo universitario que presenté al consejo, dibujado toscamente y con su leyenda: "Por mi Raza Hablará el Espíritu", pretendiendo significar que despertaba nuestra raza después de la larga noche de su opresión. Éramos, como el judío, un pueblo que de su dolor secular debía extraer fuerza para las creaciones poderosas.

Ocho y hasta nueve horas de sueño pacífico me dejaban expedito para las tareas del día siguiente. Y esto duró casi cuatro años.

Me sostenía la convicción de que todo iría bien mientras me mantuviese sobrio, casto, intransigente. Y no conocía otra fatiga que la muy sana de una jornada intensa, fatiga que se resuelve en el dormir bien ganado y profundo. Los compromisos sociales del cargo los hice a un lado desde el comienzo. Acepté cierta vez un almuerzo en Legación extranjera. Se trataba de antiguos conocidos; asistí con mi esposa; nos sirvieron champaña *nature* con exquisito alimento. A punto que nos despedíamos, la señora de la casa preguntó:

—¿Dónde vive, para irlos a visitar?

Y contesté:

—Vivimos por allá, en un agujero de Tacubaya; ya les diré dónde es.

Y no volvimos a vernos, salvo cuando a la dama se le ofrecía alguna pequeña facilidad para un hospital que patrocinaba, casos en los cuales halló siempre abierta la puerta oficial y dispuesto al amigo. En suma: trataba yo a todas las gentes sólo en la medida que podían servir, podían colaborar a la tarea que desarrollaba; en otra forma, nadie obtenía un instante de mi atención. En el obregonismo no solamente mi posición fue de aislamiento social y de ignorancia de las recepciones diplomáticas; de igual suerte se abstuvieron siempre de concurrir a festividades y banquetes De la Huerta y Calles; el primero, porque se hallaba, como yo, absorbido en su tarea de los millones, y Calles, por salvajismo de ogro que se halla mal en la compañía de sus se-

mejantes, si no tiene sobre ellos, por lo menos, el látigo de una amenaza muda. Y en aquellos días Calles andaba manso y tristón. En los raros Consejos de Ministros que hubieron de celebrarse, no abría la boca; sólo de cuando en cuando se apretaba ansiosamente la pantorrilla acalamburada por la neuritis y se quejaba. Los resabios de una juventud vulgar y un inveterado alcoholismo, las secretas orgías y el vapor de sangre de recuerdos macabros, le mantenían hosco y silencioso, taimado en su retraimiento de valetudinario. A todos nos daba lástima.

Obregón, dedicado al trabajo con sinceridad y con honestidad, empleaba las horas del reposo con su familia; su mujer joven y bella, agradable, lo retenía sin esfuerzo. Y algunas noches los más íntimos éramos recibidos en Chapultepec de nueve a once. Circulaba el coñac fino, se conversaba en broma, mientras otros jugaban al billar. A veces se daba una representación de cine o se hacía música; en otras ocasiones asistíamos con nuestras familias. Mis hijos, ya de ocho a diez años, reían las películas humorísticas de la época, junto con los hijos de Obregón, de De la Huerta; mi esposa hacía recuerdos de cuando había visitado el castillo en tiempos de Madero y durante el oaxaqueñismo, cuando acompañaba a "las Orozco" a llevarle el mole a Carmelita.

Una noche de concierto invité a una joven muy guapa que andaba seduciéndome para que se la pensionase en Hollywood; había hecho ya con cierto éxito una película nacional; tenía fuego en los ojos negros y curvas provocativas, lo que nos hizo creer que también tenía talento. Si no fuese por mi aversión a Hollywood, enraizada y antigua, quizá caigo en el disparate de gastar en eso un par de miles de dólares de la nación. También me defendió de ello cierto pudor. La que me buscase por obtener favores a cargo del presupuesto no me encontraría. Cuando me ocurriese perder por alguna la cabeza, la pagaría con mi dinero, no con los haberes del Ministerio. Obregón, que malició mi inclinación por la bella, la llenó de atenciones; le pedía que cantara, advirtiéndome:

—Pídale permiso al licenciado.

Ella sonreía complacida; pero, al fin, le dije aparte al amigo:

—Falsa pista, mi general. Hasta donde yo sé, anda sin dueño.

La joven, al fin, se fue a Hollywood, pero por su cuenta, o si acaso, con una mínima ayuda en pasajes. Uno de los diarios de la capital le hacía un bombo exaltado. El director amigo me la había mostrado un día que lo visité, como diciendo:

—No sólo a usted lo visitan.

Ella procuraba picarnos. Y no sé a dónde me habría llevado si no me cuenta cierta tarde:

—Ayer lo defendí en un grupo en que le censuraban.

—¿Y cómo estuvo eso?

Pues les advertí: todos los grandes hombres son atacados; por ejemplo: Platón, Aristóteles, Vito Alessio, Vasconcelos, Palavicini.

Había ella andado en redacciones, simulando la literatura, y creía en "el ingeniero" o, más bien dicho, en los ingenieros: Vito y el otro. Pero a mí se

me cayeron las alas de la vanidad ante quien así confunde. Y como la chica me aseguraba haber cursado toda la Preparatoria, hacía poco tiempo, maldije a la escuela que deja en sus alumnos semejante daltonismo de los valores. Lo probable es que no terminara en serio ningún curso, pues era de las que ruedan de aquí para allá sin otro recurso que cierto atractivo sensual injertado de tontería.

Las tentaciones eran frecuentes y a veces arriesgadas; pero la dedicación al trabajo y cierta tendencia nativa al ascetismo me conservaban inmune. Todo aquel a quien las circunstancias colocan en posiciones notorias se ve de pronto cercado, adulado, por toda esa peligrosa familia de las bellezas que no se deciden a lanzarse francamente al vicio ni a ser honradas. En casos más raros, la insistencia de la publicidad o el brillo de ciertas actuaciones más o menos teatrales induce a jóvenes sin experiencia a tentar verdaderas locuras. Me ocurrió así con una que siempre he recordado con algo de desolación. Me escribió una carta pidiendo hablarme y la cité para la audiencia pública. Era ésta tan rápida, que a menudo se limitaba a un apretón de manos después de una súplica.

—Díctele aquí, a mi taquígrafa, su gestión, porque si me la dice a mí, se me olvida —solía yo decir.

Quedaba aquello escrito, y a menudo nadie tenía tiempo siquiera de leerlo. Mi desconocida no acudió a la audiencia; pero se presentó una tarde, en mi antesala, al final del trabajo. Convenció al mozo de que me pasara su tarjeta, y la hice entrar. La recibí de pie, detrás del escritorio, y a ella la dejé parada enfrente. Por sistema no ofrecía asiento, y para suavizar la descortesía me quedaba yo también de pie; de no haber procedido en esta forma me ocurre lo que a cierto ministro muy deferente, muy honorable y muy amigo nuestro de la época de Madero: que llegaba una buena señora de su tierra, se le sentaba en el despacho dos horas, no se atrevía él a echarla, y fuera la antesala hervía de descontento; los empleados, adentro, rabiaban de no alcanzar a recoger siquiera la firma.

Mi desconocida dirigió una mirada a los empleados que estaban en mi despacho y en seguida rogó:

—Es largo mi asunto y prefiero esperarme hasta que usted se desocupe.

Me rasqué la cabeza y repuse:

—Si es que aquí nunca estamos desocupados; pero, en fin, ya va a terminar el trabajo; dentro de unos minutos quedaremos solos; tome usted asiento.

Al rato pude mirarla despacio: un velito bajo el sombrero le ocultaba un rostro agraciado; me pareció advertir cierto temblor en su cuerpo esbelto, atractivo; pero lo que fijó mi atención fue un par de pomas estremecidas, irresistibles, a tal punto que tendí hacia ellas las manos. Y pronto se confesó:

Me había conocido en tal o cual sesión pública; le seducía la fuerza con que yo hablaba...; no había resistido la tentación de visitarme... ¡No quería empleo! Esto era ya un gran motivo de alivio y de simpatía. Salimos a la calle; subimos al automóvil y la llevé al reservado de un restaurante.

Era soltera, tenía dieciocho años, modales finos y olía a limpio; a poco tiempo la devolví a su casa.

Volvió ella una o dos tardes más, y cuando estuve a punto de proceder según el caso lo requería, se me quedó ella mirando azorada y clamó:

—¡Qué va usted a hacer!

Como por relámpago adiviné; luego inquirí:

—¿Es la primera vez?

Y contestó:

—Pues ¿por quién me ha estado tomando?

Y lloró. De inmediato me vino la reflexión: no la quiero lo bastante para cargar con semejante responsabilidad. La ayudé a reponerse y la despedí frente a su casa.

Al día siguiente llamó al teléfono; decidí no contestar...; no volví a verla... Cuando años después le conté la desabrida aventura a una amiga experimentada, comentó:

—Qué tonto fuiste; otro seguramente aprovechó lo que tú rehusaste.

¿Es éste, acaso, el criterio femenino? Si lo es, lo único que puedo alegar es que no es el mismo criterio masculino. La represión que pude hacer del deseo vulgar inmediato contará de todos modos en mi haber a cambio de tantos otros casos de concesión a la carne. Por aquellos días, una suerte de magia blanca me mantenía impecable. Y el egoísmo de conservar entera mi fuerza para la obra en curso.

La Secretaría que estaba creando era mi amada exclusiva.

#### EL CONTACTO CON EL PUEBLO

La idea de acercar la Universidad al pueblo era promesa de mi discurso inaugural de la Rectoría. Los recursos multiplicados del Ministerio nos permitieron darle más cumplido desarrollo. La labor iniciada en el suburbio miserable de la Bolsa se fue extendiendo a otros barrios de la ciudad y pronto alcanzó difusión en los estados. En Puebla creamos una escuela popular de pequeñas industrias y artesanías. En Orizaba se fundó otra, y todo esto motivaba viajes frecuentes. Un tipo de enseñanza a la vez práctica y teórica combinaba los cursos de carpintería y de herrería, por ejemplo, con las conferencias sobre historia o sobre arte. Con puros obreros se formaron los orfeones, pero sin recurrir a los sindicatos, que todavía por entonces no funcionaban con autonomía. La alianza de estudiantes y obreros, un poco a la manera rusa, se hizo moda que no dejó de dar frutos. Pero el punto vivo de la unión de todas las clases debían darlo las escuelas. Al efecto, procuramos que las enseñanzas manuales impartidas en ellas tuviesen carácter útil; por ejemplo: empezamos a dedicar los talleres de las escuelas nuevas a la producción de material escolar, como bancos de clase, de los cuales había y sigue habiendo urgencia a millones. Y en vez de la antigua práctica de llevar hasta las sillas y los pupi-

tres de las fábricas de Norteamérica, hicimos regla que el Ministerio habría de producir en sus talleres lo más elemental siquiera en materia de muebles, tal como ya lo empezaba a hacer en cuanto a libros, por medio del Departamento Editorial.

Pero el plan abarcó aún más; nos propusimos invertir en México y en talleres privados mexicanos todo el dinero que la Secretaría estaba gastando en habilitar sus diversas dependencias. Una huelga de los carpinteros y ebanistas de importante fábrica local nos dio la oportunidad de ensayar otro sistema que concurría al mismo fin. Convocamos a los huelguistas y les ofrecimos un contrato para la inmediata manufactura de todos los muebles del nuevo palacio de Educación, que pronto iba a abrir sus puertas. Y bastó un anticipo de menos de cincuenta mil pesos para que el comité de huelga organizara una Sociedad de Ebanistas en cooperativa. Esa sociedad obtuvo después todos los contratos de nuestro departamento; además, sirvió los pedidos de otras secretarías. Pudimos entonces convencernos de la capacidad, la seriedad de los obreros mexicanos, cuando se ven libres de la coacción gubernamental y de la acción de los líderes.

Obras de lujo, como ciertas mesas del despacho de Educación Pública, fueron trabajadas por ebanistas independientes con un esmero y un arte que hace tiempo habían olvidado los maestros de labor. El dibujo de las mejores piezas les era entregado por nuestros artistas. Enciso, el pintor tan experto en cuestiones coloniales, se dedicó a revivir el mueble de tipo español antiguo. De la Escuela de Industrias Químicas nos surtían los cueros para los sillones de estilo arcaico. Y cada vez comprábamos menos al comercio; todo lo hacíamos en el departamento y lo hacíamos mejor y a más bajo precio.

Recuerdo la ocasión en que asistimos un grupo de los más íntimos colaboradores a contemplar la vidriera artística que acababa de terminar Montenegro en el Salón de Discusiones del antiguo San Pedro. Anteriormente todas las vidrieras de color, hasta los emplomados más vulgares, se encomendaban a casas francesas o italianas, productoras de horribles modelos en estilo cromo. Al descubrirse la obra de Montenegro, alguien la comparó con una vidriera que por esos mismos días había estrenado el Palacio de Hierro en su nuevo edificio, encomendado a ingenieros y artesanos traídos de Francia.

—Es muy superior —convinieron todos—, por el colorido del dibujo y aun por la solidez, la obra de Montenegro.

—Ya lo creo —expuse yo—, como que lo del Palacio de Hierro es obra de extranjeros... No puede el extranjero competir con nosotros.

Estas palabras en un pueblo vigoroso suelen ser arrogancia y "chauvinismo". En un pueblo como el nuestro, enfermo de un justificado complejo de inferioridad, eran parte de la tarea del educador; utilizaban los triunfos de aquel incipiente renacimiento, para despertar los ánimos e infundirles confianza en las propias capacidades.

Con frecuencia visitábamos las poblaciones cercanas a la capital para inspeccionar las obras de construcción de las escuelitas locales o para llevar-



les libros o maestros que les daban conferencias. En Cuajimalpa trabajamos amistad, de esta suerte, con algunos vecinos. Y algunos domingos comimos en sus casas. Recogen por la región de Las Cruces unos hongos muy anchos y un poco desabridos, pero que, bien guisados por la gente del lugar, resultan muy sabrosos. Completaba la comida algún pipián de gallina; el pipián es salsa de pepita de calabaza y algo de chile y ajonjolí. Tienen gusto oriental los platos complicados de la cocina mexicana, y lo que nunca hacía en la ciudad lo hacía en el campo: tomaba con la comida uno o dos vasos de pulque limpio, sabroso cuando se obtiene recién elaborado. Era sedante el trato de aquellos vecinos cordiales que de todo corazón colaboraban con nosotros en el mejoramiento de las escuelas. Estimulada por la Secretaría, la iniciativa particular cooperaba en todas partes en la gran obra de construcción educativa. El modelo siempre recordado era el de los misioneros católicos que antaño llegaban a los pueblos sin un centavo en el bolsillo y al cabo de dos quinquenios habían levantado capilla y aulas, talleres y campos de cultivo. Esto era educar, no redactar informes como los *researchers*. Los maestros de música visitaban también a los pequeños poblados, seleccionando el talento local, creando coros y representaciones. Y del seno de la masa dormida resurgían los cantares ancestrales. Un corrido me impresionaba profundamente; lo cantaban los indios de la región de Cuajimalpa y todavía recordaba las atrocidades de la Conquista española; tenía un estribillo punzante:

y entre los habitantes ninguno vido nada

Allí estaba, en aquellas cortas líneas, toda la psicología de los pueblos vencidos. Se producen los peores abusos de autoridad y no sólo no hay quien se rebele; ni siquiera quien ofrezca testimonio contra los opresores. A la hora de la encuesta, más o menos sincera, que los tribunales civiles inician tímidamente como para sincerarse un tanto de su complicidad con el militarismo devastador, el visitador y el juez no hallaban parientes o amigos que quisiesen unirse a la justicia para ayudarla a reparar las iniquidades. Una larga experiencia de la continuidad del atropello había creado aquella sensibilidad cautelosa: "Hubo aquí muchos muertos, pero nadie vio la cara de los asesinos", parecía decir la canción: "Están demasiado alto los asesinos para que les alcance la justicia".

Entre los habitantes ninguno vido nada

"Acaso —pensábamos— ésta es la voz del pasado; pero ahora, después de la sangre vertida por la libertad, la revolución empieza a cumplir sus promesas y toda esta gente se levantará regenerada en apoyo de los que están construyendo patria."

Pronto volvieron los atropellos y la ceguera moral continua.

Por aquellas mismas zonas pasó el callismo saqueando a los timoratos, vejando y asesinando, y otra vez, por toda la República, imperó el estribillo de la lúgubre canción de nuestra historia:

Entre los habitantes ninguno vido nada

Nadie quiso ver; nadie se atreve a mirar, todavía hoy, hacia la comarca próxima a la capital en que cayeron los vasconcelistas de la matanza de Topilejo. En el poder, como de costumbre, están los ajusticiadores, y el rebaño lamentable de los habitantes sigue entonando la canción de su ceguera sin honra.

#### HISPANOAMÉRICA ASOMA

Por aquellos días llegó a la capital la compañía argentina de drama y comedia de Camila Quiroga. Provocó interés que nosotros, en el Ministerio, nos encargamos de encauzar. Otorgaban sus representaciones valor objetivo a la prédica hispanoamericana que realizábamos. Se complacía el público escuchando la pronunciación de la "ll" argentina, idéntica, por otra parte, a la "ll" que se pronuncia en Oaxaca y en el sur de Puebla, "ll" masculina que, sin embargo, suena melodiosa en los labios de la argentina y contribuye a esa claridad en la dicción que ya quisieran para sí españolas y mexicanas. En contraste con el feo siseo de nuestras actrices, y mejor aún que el recitado lleno de "eshes" y de ahogos de las gentes del teatro en España, las argentinas nos llevaron la revelación del modo de vocalizar claro y musical. "Sin duda lo deben a su escuela italiana de teatro", pensé, y a poco supe que, en efecto, la Quiroga es de sangre italiana. Su marido, un buen gaucho, como se dice por el Sur, resultó un amigazo campechano y cortés. No necesitaba la compañía de la ayuda pecuniaria del Gobierno porque tuvo éxito de taquilla considerable. Así es que nosotros nos dedicamos a hacer por la compañía entera lo menos que exigían las circunstancias: homenajes, atenciones, paseos. Y como lo que vale del México artístico es lo que dejó la Colonia, y estaba de moda por aquellos días la excursión a Tepotzotlán, el bello ex convento próximo a la metrópoli, allí llevamos un domingo a todos los artistas como huéspedes del Ministerio. Contaba el elenco con un buen grupo de muchachas bonitas y jóvenes que actuaban por espíritu de aventura y por conocer mundo. Los poetas, los artistas de la Secretaría, les hicieron cortejo. Se trataron las actrices bajo los altares churriguerescos, convertidos en reliquia de museo. El extenso y noble edificio estaba abandonado. Y por más que se nos sugerían proyectos para utilizarlo en casa de retiro para intelectuales y artistas, como museo colonial, no pudimos emprender cosa alguna porque nos faltaban en absoluto los recursos más allá de la simple conservación. En la escuela del pueblo había establecido Medellín unos talleres y un comienzo de explotación del gusano de seda, que en otros tiempos fue la industria na-

tiva. El templo, saqueado en parte, descuidado, olvidado, es uno de los más suntuosos ejemplares del churriguera. Mirando los lienzos de orfebrería, altos como la nave, ricos de imágenes, volutas, palios damasquinados, bajos relieves, nichos y doseles, se piensa en la armonía complicada y ascendente de los coros eclesiásticos.

Por fuera, la torre labrada como filigrana pétreo, contemplada desde la calle que corre bajo la terraza del atrio, enmarcada en la arquería invertida que lo limita, parece la inmovilización de un aleluya. Se diría un altar al aire libre y el canto de gloria de una época.

Las mismas muchachas ligeras que suelen ser las del teatro hallábanse impresionadas por aquel monumento robado primero a pretexto del progreso, abandonado después por los progresistas, desportillado como reliquia caída en manos de bárbaros. Era perla entre cerdos del alma que fuimos en aquel momento, banqueteeando sobre despojos, sin atinar con el modo de usarlos en algún fin noble, y ni siquiera sentíamos el rubor del atropello, habituada nuestra conciencia a la barbarie pseudoprogresista; más bien nos hinchábamos con pequeña vanidad de funcionarios que pasean la vista sobre su feudo, mal habido y peor guardado. En Italia, en Francia, en Inglaterra o en los Estados Unidos, una construcción como aquélla seguiría de convento y produciría cada año cosechas de frutos y de granos. Sólo en México el progreso había exigido que la huerta se nacionalizara, y allí estaba con sus pozos azolvados, sus manzanos comidos de plagas, sus membrillos anémicos que no daban ni para pagar el salario de los guardianes. La población civil de la aldea, caída también en la miseria y la ignorancia. Y ahora nuestra pobre escuelita, remedo miserable del taller colegio que fue el convento, y destinada a desaparecer tan pronto el país volviese a su normalidad, que es el abandono de toda iniciación creadora. Con razón el agente de la penetración imperialista, Stuart Chase, eligió a Tepotztlán para escribir su *Mexican Town*, un *bestseller*. Pero la aldea nacional típica, construida por los españoles, vivificada por la Colonia, ennoblecida con una de las joyas arquitectónicas del mundo, la presenta el obtuso escritor de modelo del *habitat* indígena aborigen: polo opuesto del maquinismo de Norteamérica. Sin sospechar que, en la época en que se creó, fue Tepotztlán no un centro agrícola, sino un poblado industrial, perfectamente maquinizado según la maquinaria de la época: telares de lana, ovillos de seda, corte de canterías, talla de maderas artísticas; en fin: urbe fabril como no se veían por entonces en Massachusetts. Y lo que hoy veíamos nosotros y trató de retratar Chase no es otra cosa que el cementerio, el vestigio de la Colonia, no el modo de vida de una población primitiva. Para hallar primitivismo hace falta trasladarse a Nuevo México o Arizona entre los navajos, en territorios que España no tuvo tiempo de penetrar. Pero Tepotztlán, en el centro del país esplendoroso que fue la Nueva España, no es un *mexican town* en el sentido indígena; es una *Ville d'Art*, digna de un *baedeker* nacional y comparable a las de España o de Italia.

En la terraza del antiguo convento, rodeada de sólidos pretiles, y ante el panorama de un valle ondulado cubierto de magueyeras y de maizales, se sirvió la comida nacional, compuesta de arroces y carnes a estilo campo, que es como decir también a estilo de la Argentina, pues nada hay más parecido a nuestro cabrito al pastor que un asado con cuero argentino. Y se sirvió vino tinto, y una o dos jarras de pulque para los curiosos que quisieran probarlo. Y antes de que la comida terminara ya se había desatado el torrente de los discursos. México y la Argentina eran los polos gloriosos de la patria común. Y se soñaba en alianzas de charros y gauchos, y el entusiasmo colmaba los pechos. En el centro, Camila, muy señora, alentaba a todos con su sonrisa cordial. Y Quiroga, bondadoso y fuerte, tenía en un puño a sus actores gauchos, muy vestidos a la inglesa. Y los poetas miraban a las jóvenes actrices con la codicia de lo que se sabe va pronto a perderse. Los pintores les tomaban siluetas. Ellas, libres en su mayoría, parecían decir que para ocasiones dichosas se han inventado los viajes. Disfrutaba yo el convivio en silencio. Hablé unas palabras por compromiso. Mi imaginación andaba acaso distante. Al regreso, en el tren, una de las chicas de la compañía tomó asiento a mi lado; tenía curiosidad, dijo, de tratarme; era compositora de música en sus ratos de ocio, y aspiraba a escribir piezas de teatro, no sólo en representarlas. En escena la había advertido apenas, de dama joven o poco menos, porque era de muy pocos años; tenía los ojos negros llenos de ingenio, el color blanco azulado de las argentinas y la perfecta clara dicción que siempre me ha seducido en la mujer; para lograr esa dicción hacen falta unos labios delgados y nerviosos, como los de aquella jovencuela despierta, geniecillo en potencia y flor en brote. ¿Podría yo negarle el homenaje de dar aquí su nombre de pila? Ella no me negó, años más tarde, en la derrota y el destierro. Se llamaba Eugenia. Ambición de gloria empujaba la juventud de Eugenia por dos o tres caminos diversos; ciertos tangos suyos andaban ya impresos por Buenos Aires, pero también sentía vocación para la pintura. En consecuencia, la llevé una tarde a visitar la escuela al aire libre de Coyoacán. Allí le dio conferencia Ramos Martínez. Pensó Eugenia que quizá el cinema le reservaba triunfos, y allá fuimos a unos talleres privados para obtener la prueba. Ninguna aventura la arredraba; así es que en menos de quince días estuvimos envueltos en una de esas rachas de ilusión y de goce que simulan el esplendor de lo eterno, aunque apenas al día siguiente se gasten y se corrompan. El temor de crear compromisos que pesan sobre toda la vida nos mata bruscamente estos ensayos de felicidad. La murmuración que sigue en todos sus pasos al hombre público acaba por romper el encanto. Cierta mañana, uno de los semanarios humorísticos publicó una caricatura: En el pupitre de una sala de escuela primaria estaba yo de profesor; en los bancos, uno de mis secretarios jóvenes aparecía de pantalón corto; en el muro, el mapa de Sudamérica. Y preguntaba el maestro:

—Jaimito: ¿en dónde está la Argentina?

Y el chico respondía:

—En el Hotel Guardiola.

Todo el mundo sabía que ésa era la residencia temporal de la compañía de comedias...

Partió la compañía, completa en su personal.

[*Obra selecta*, estudio preliminar, selección, notas por Christopher Domínguez Michael, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1992, pp. 242-279.]

## EL PROCONSULADO (Fragmento, 1939)

### LA PARTIDA

No la anunciamos, pero tampoco la ocultamos; no queríamos provocar reuniones públicas, que en el trayecto diesen lugar a atentados nuevos, con pérdida de la moral que debía mantenerse intacta para la prueba de las elecciones. Comenzaba noviembre y ya en el extranjero se daba por segura nuestra derrota. Cartas de Valeria me comunicaban la reacción de la genticilla intelectual pseudoizquierdista que se congregaba en Nueva York al amparo de los cursos bien pagados de lengua española, en Columbia y otros institutos. Atentos a la veleta del éxito, al principio habían rodeado a Valeria, le habían simulado adhesión; luego, cuando el asesinato empezó a crear dudas, cuando se vio que sólo un esfuerzo armado de todo el país podía salvarnos y que ese esfuerzo lo vedaban los banqueros de Wall Street, los radicaloides la desertaron. Entre ellos había unos cuantos que habían de figurar con ventaja en la tragedia comunistoide española, aunque por el momento ni lo sospechaban. En la ocasión eran todos muy respetuosos del barómetro de Wall Street con *mister* Morrow, de Procónsul, de Profeta. Cenar en la casa de *mister* Lamont, el socio de Morgan, era para ellos el honor máspreciado. Los protestantes y judíos de la Columbia, enterados de lo de México, a sueldo de Calles, muchos de ellos se volvieron contra Valeria, que de mi parte no recibía sino censuras por andarse metiendo con aquella gente, cuya amistad es inútil para la lucha y costosa en el triunfo.

Gastaba en vano Valeria su claro talento, en la pretensión de remover el sentimiento racial de aquellos vendidos al pretorianismo y el monroísmo. Pero no quería volver a México. Sólo regresaría a la patria, escribió, si todo aquello cambiaba. De otra manera, prefería la ruina y la miseria a vivir en la humillación de estar soportando las caras de asesinos ensoberbecidos con la protección del yanqui.

En esto último coincidíamos. De despedida, me invitó a su casa, a comer, Gómez Morin; asistió Vázquez del Mercado. Al terminar el almuerzo salimos a dar una vuelta por las calles de su colonia, que se hermozeaba rápidamente. "Cómprense una casa de éstas bonitas —dije a los dos, y añadí—: hagan dinero ustedes que pueden hacerlo a la buena; me causa angustia ver a todos mis amigos de pobres, a todos los mexicanos de parias, en tanto que el extranjero disfruta de todas las ventajas." Rieron y bromearon y en cierto instante Alberto Vázquez del Mercado, manifestó: "Tengo por allí unos quinientos pesos libres, quiero que los acepte como contribución mía a su campaña..."

No necesitaba de momento aquel dinero. Para el viaje acababa de darme el señor Rodríguez y se me habían prometido a Mazatlán dos o tres mil pesos, que por cierto ya no me llegaron. De suerte que le dije a Vázquez del Mercado: "Usted ahora tiene poco dinero; esos quinientos pesos quizás le representen un sacrificio y por de pronto no me hacen falta; pero ustedes ven cómo están las cosas; si no hay protesta armada, yo me tendré que largar de México, quizás para siempre, y la lucha de México me va a cerrar muchas puertas, aun en el extranjero. No será remoto que algún día, quizás muy pronto, me vea yo tirado en alguna distante metrópoli hostil; resérveme su ayuda para entonces... Me servirá, desde ahora, de consuelo saber que dejo por aquí amigos para un mañana difícil..."

Mucho se ha hablado, más tarde, de que si tales o cuales personas han sido ingratas o si he sido yo ingrato con los que me ayudaron; luego desistieron. Lo que sé decir es que mi manera de mostrarme agradecido con los que me hayan ayudado es mantenerme fiel a la causa porque todos luchábamos, aunque ya no sea esa misma la causa de los que me ayudaron. En consecuencia, no me considero en mora con nadie, mientras no quede convicto de deslealtad a mis propios ideales. Por ellos he sacrificado más que todos los que colaboraron conmigo, a excepción de los muertos en la brega, y aun en ese respecto puedo decir, hecha a un lado toda jactancia, que si no me tocó caer en ella no fue porque eludiese sus riesgos.

Sorpresa muy placentera nos dieron los del Comité de Irapuato, recibiéndonos, bajo nubes de tormenta política, con la misma efusión de otras veces y con número mayor de prosélitos. Íbamos ya casi de prófugos y, sin embargo, de cada ciudad del Bajío surgía el pueblo, no obstante hallarse ya diezmadas las directivas, con aprehensiones, expulsiones del territorio, atemorizados todos con el escarmiento y la amenaza. Entre los manifestantes se repartían socarrones los esbirros, tomando apuntes para las represalias del día siguiente.

De madrugada, tomamos el carro dormitorio y a las ocho, dos estaciones antes de Guadalajara, nos apeamos Herminio, Henestrosa y el que escribe. Nacho Lizárraga y Pedrero nos aguardaban y nos transportaron a la capital de Occidente. El comité de Guadalajara, sujeto a dura presión gubernamental, nos había aconsejado no hacer una entrada pública por temor de que se repitiesen sucesos desagradables. Eso no obstante, se había organizado para ese domingo la manifestación, que según órdenes del Comité Orientador debería celebrarse en cada poblado del país, para hacer exhibición de nuestro número. El licenciado Michel, con el licenciado Navarro Flores, nos recibieron a la entrada de la ciudad. No había sido posible conseguir hospedaje en ningún hotel; todos se habían rehusado a alojarnos y lo mismo habían decidido numerosos particulares a quienes se pidió asilo en sus casas; sin embargo, el licenciado Navarro había logrado que cierta dama extranjera, una austriaca establecida años atrás en la ciudad, acomodada y valiente, nos otorgara hospitalidad.

Pronto estuvimos en una mansión espaciosa y bien puesta. La dueña de la casa, en la madurez de sus años, gallarda y distinguida, nos acogió con sencillez, nos llevó ante una mesa espléndida donde tomamos desayuno a la alemana con carnes frías y quesos, dulces, chocolate y frutas. No acabábamos de comer, cuando llegó una comisión de ferrocarrileros del Sud Pacífico; eran diez o doce y se ofrecieron para lo que fuese menester. La austriaca llamó por teléfono a un sujeto que fungía de gobernador provisional o cosa por el estilo y le gastó, delante de nosotros, una broma:

—Aquí tengo al candidato a la Presidencia.

—¿A quién —preguntó la voz—, a Ortiz Rubio?

—No, al verdadero, a Vasconcelos...

—¡Ah, vaya!, sí sabía que andaba por aquí, pero no que usted lo hospedaba.

—Pues yo lo hospedo y se lo aviso por si usted quiere venir a saludarlo.

—¡No! No iré a saludarlo, no lo conozco.

—Aunque no lo conozca, basta que sea candidato de una porción tan grande del pueblo mexicano...

El funcionario cortó el diálogo y la austriaca reía. No transcurrió un par de meses sin que volviera a ver a nuestra amiga, pero en los Estados Unidos; la habían extorsionado, le habían hecho perder un negocio judicial, la echaron de su casa, la obligaron a dejar el país... Únicamente los de Norteamérica tenían, por entonces, garantías plenas. A los otros, *mister* Morrow les aplicaba el monroísmo que dice a los europeos: "*Get out, this country is ours...*"

Tenía yo empeño de presenciar el desfile que empezaba a las doce. Veniendo la resistencia prudente del licenciado Michel, que tenía noticias de que pretendía la autoridad echarse sobre mí, pudimos obtener un balcón. Y se corrió aviso a los clubes de que estaría yo en él tan sólo el tiempo necesario para decir un discurso. Se reunieron a mediodía, frente a nuestra calle, varios miles de personas, contingente parcial de las columnas que recorrían la ciudad, y hubo otra vez ruido y aplausos. Desde el balcón, informé que a nadie debía sorprender si más tarde no se sabía mi paradero; que fuese todo el mundo a votar el domingo próximo, que yo para entonces estaría... quizás en Cananea, dije al azar... "Y más tarde —añadí—, si ya no puedo comunicarme con mis correligionarios, no importa, ya sabe cada uno lo que tiene que hacer."

Abajo, los polizontes se fueron juntando y apenas daban crédito a lo que veían; ninguno imaginó verme trepado en aquel balcón, en medio de una ciudad dominada militar y políticamente por nuestros enemigos. La gente nuestra no se disolvió, siguió su desfile por las calles principales, en tanto que nosotros volvíamos a casa de la austriaca para recoger maletas y tomar el tren del norte, que salía a las doce. Nos despedíamos de nuestra generosa, valiente amiga, cuando llegaron otra vez los ferrocarrileros. No convenía que tomase el tren penetrando por la estación, como todo el mundo. Estaban allí polizontes con orden de aprehenderme. Me introducirían al *pullman* por el patio de la estación, y así se hizo. Me importaba en extremo llegar a Mazatlán. Herminio, Pedrero, Lizárraga, Henestrosa y yo burlamos a la policía local.



## CUMPLE LA CAPITAL

El gremio de telegrafistas, en su mayoría absoluta, estaba con nosotros, y los conductores platican con los despachadores. Así es que desde por la noche nos llegó la gacetilla verbal: en toda la República nuestra demostración de fuerza había alcanzado éxito lisonjero. Pero la capital dio el ejemplo máximo. Más de cuarenta mil personas habían desfilado bajo nuestras banderas. Los ánimos, tranquilos al principio, se habían exaltado cuando al pasar los manifestantes por la avenida Juárez, de una casa alquilada por los del partido oficial, un grupo de líderes había pretendido burlarse de los que desfilaban. Rápidamente, de los insultos se pasó a las obras; se libró una escaramuza. El asfalto de la avenida no ofrece ni un guijarro. Los de la casa hostil sacaron pistolas y dispararon. La muchedumbre se enardeció. Y las mujeres no corrieron, animaron a los hombres. Desgarrando algunos sus camisas y mojándolas en la gasolina de los autos que habían quedado atrapados en el tumulto, las prendían, las arrojaban sobre las puertas y los balcones de los agresores. Huyeron los rufianes de las puertas y de inmediato se les vio despavoridos buscando escape por las azoteas. La policía se presentó a defenderlos comandada por un tal Quintana, el que hizo hablar a Toral maltratándole los hijos en una habitación contigua. Sobre él cargaron los nuestros, dispersando, desarmando a los polizontes. El propio Quintana estuvo a punto de ser linchado; pero lo salvó Medellín Ostos. La inútil generosidad sólo sirvió, por supuesto, para enconar a los esbirros. Envalentonada, la multitud hubiera asaltado y destruido las oficinas del partido oficial en la Reforma. Palacios Macedo y Medellín Ostos la disuadieron con tino. Pero lo que quizás ya no tuvo sentido fue llevarla a Chapultepec a pedir garantías. A la entrada del Castillo esperó Eulogio Ortiz con toda la guarnición de la plaza, de bayoneta calada. Tembloroso, pero insolente, interrogó: "¿Qué quieren, tales...?" Parecía inminente un choque en que el pueblo desarmado hubiera llevado la peor parte. La presencia de ánimo de Palacios Macedo salvó la situación. Volviéndose a los manifestantes hizo correr la voz: "Canten el Himno Nacional". La misma tropa pareció vacilar. Y Palacios Macedo expuso: "Venimos a pedirle garantías al Presidente". No sé si entraron o no a ver al seudopresidente. La manifestación se disolvió. Había cumplido su objeto. Los militares vieron que era el pueblo entero lo que había que demoler. Y esto mismo, con ligeras variantes, ocurrió en cada poblado del país. Las órdenes para la represión implacable no se hicieron esperar; estaban ya dadas según pudimos comprobarlo el lunes siguiente en nuestro propio recorrido.

## INJURIAS Y AMENAZAS

Todo el día fue de malas ocurrencias. En Ixtlán, los pocos que se decidieron a presentarse a la estación nos informaron que el partido estaba prácticamente disuelto en el pueblo, por la racha de las persecuciones. Lo mismo se nos iba diciendo en cada estación de parada, y respondíamos: “Corran la voz: al día siguiente de la elección debe desconocer al Gobierno todo el que cuente con un rifle y decisión...” Al oscurecer, detúvose el tren en Compostela. Al lado de nuestro vagón se instalaron quince o veinte facinerosos armados, que comenzaron a vomitar injurias. Simulaban ser el pueblo, pero los del ferrocarril nos informaron que eran concejales y polizontes. “Baja para que te veamos la cara... ¡Muera la Reacción...! ¡Viva Ortiz Rubio...! ¡Muera Vasconcelos...!” El escándalo alarmó a los pasajeros. Entre ellos se hallaba la esposa del doctor Fernández de Castro, con el bebito que meses antes había yo apadrinado en Celaya. Iba a reunirse con el doctor en Sinaloa; los habían obligado a cerrar el consultorio; habían perdido la botica, los echaron del pueblo por vasconcelistas. Mi compadre era el presidente del club local y a toda la directiva la habían dispersado.

Cuando arrancó el tren de Compostela, un conductor pasó y dijo: “No se preocupen, éste es un pueblo tal, pero ya vamos a entrar a la zona en que ustedes mandan. Tepic los está esperando en masa y mañana Mazatlán...”

A la una o las dos de la mañana paramos en Tepic. Ninguno de nuestros amigos subió para la bienvenida. En cambio, en el interior de la estación, frente a los vagones, tocaba una murga, rodeada de treinta o cuarenta piojosos. Y vociferaban como los de Compostela, y corrió la voz de que intentaban abordar el convoy. Un teniente se movió entonces y puso soldados que lo impidieron, pero la grito organizada en contra nuestra seguía. ¿Qué había pasado con nuestros amigos? “Allá están —informó un ferrocarrilero. Del otro lado de la estación hay una multitud, pero no los han dejado acercarse. Un destacamento circunda la estación y a su amparo gritan contra ustedes, todos esos alquilados del Municipio.”

## TRÁGICO DÍA

Dormimos unas horas tranquilas, más allá de Tepic. Temprano, la luz nos levantó. Desayunamos en el comedor del ferrocarril. Afuera, un sol clemente hacía relucir los campos húmedos de rocío. En la estación, que corresponde a San Ignacio, asomamos en busca de caras amigas. Por la estrecha, solitaria entrada, vimos a una joven que se apresuraba. Era la señorita Idar, que dijo: “No quisieron acompañarnos los hombres pero aquí estoy yo...” No había esperanzas de resistencia armada por ese rumbo, por eso se marchaba ella de allí; todos sus esfuerzos habían sido inútiles, nos acompañaría a Mazatlán. Su familia aconsejaba el viaje, dado que en el pueblo su situación se había

hecho imposible. La presión de autoridades recién instaladas era terrible. Estaba San Ignacio muy distinto de como lo habíamos visto al principio del año. Los concejales electos habían sido despedidos.

Una estación antes de Mazatlán empezaron a subir nuestros amigos. Contaban de choques habidos la víspera, entre grupos de vecinos y las autoridades, en cada uno de los poblados que cumplieron la orden de consumir un desfile para despliegue de nuestra fuerza electoral. "Mazatlán —dijeron— está bien. Todos sus habitantes deben hallarse para esta hora en la estación, esperándolos." Así fue. La multitud se hizo otra vez la ilusión de su libertad, llenando el espacio que media entre las casas y la vía férrea. Claros colores de los trajes femeninos, alegría de banderas, músicas. Y en trocas de los ranchos, grupos de veinte, de doce hombres, de pie saludaban. Descendimos, aceptamos las bienvenidas, las flores, los vivos; una partida de rancheros armados nos rodeó para escoltarnos. Al soslayo enseñaban, en la bolsa trasera del pantalón, las cachas de sus pistolas. Sí, aquello era necesario. Desde por la mañana, la policía había estado golpeando a la gente del pueblo. Habían pretendido disolver la manifestación. "Querían que no encontrara usted a nadie en los andenes. Pero aquí estamos. Sin embargo, hay que irse con precaución. El jefe de las armas ha emboscado tropas a medio camino, detrás de la barda del cementerio." Y comenzó el desfile hacia la ciudad: millares de peatones, hombres, niños y mujeres, coches particulares, camiones de servicio, caballos, carretas. Y en todos los rostros, la resolución de avanzar, costase lo que costase. Por delante; marchábamos nosotros.

No llegábamos aún al lindero de la ciudad cuando unos cuarenta de a caballo nos salieron al paso, sable en mano. Hubiera sido fácil barrerlos con unos cuantos disparos de los que me cercaban, pero a la derecha las bocas de las troneras, en el muro del panteón, apuntaron. Se habría producido una carnicería inútil al primer disparo. Quizás eso era lo que querían las tropas. Alegarían después que el pueblo se había amotinado. Sin apearse del caballo, uno de los jefes de la policía se me encaró: "De orden del Presidente de la República, están prohibidas ya las manifestaciones". Repliqué: "Todavía por unos cuantos días acatamos todas las órdenes del Presidente: disponga usted lo que ha de hacerse; nada más le pido que no se haga daño a las mujeres, a los niños". Se apeó entonces y tras breve plática se convino en que yo tomaría un auto, me adelantaría hacia la ciudad, acompañado de media docena de los principales. A la multitud se le rogó, en mi nombre, que se dispersase. Me embarqué en un auto espacioso, con don Manuel Bonilla al lado y Ahumada Pedrero, Lizárraga, en los asientos delanteros. Miguel Ángel Beltrán con dos de los suyos, montó sobre el motor.

Al rato supimos que, apenas adelantamos, el polizonte violó su palabra, ordenando una carga contra los manifestantes. En la refriega, entre otras víctimas, hubo un niño degollado de un sablazo, en los brazos de su propia madre. Lo que vimos luego fue que lo de meternos por delante en un auto había sido una celada. Pues mientras todos nuestros partidarios quedaban atrás,

cortados de nosotros, por la caballería policiaca y por las tropas, nosotros, en la ciudad vacía de habitantes, fuimos a dar con grupos enemigos apostados deliberadamente para atacarnos. En la esquina de una de las plazas del centro, apenas nos reconocieron, se lanzaron los rufianes sobre nuestro automóvil. Llegó hasta el estribo, prendiéndose al carruaje en marcha, un tipo de apodo conocido, matón de oficio. Un certero porrazo dado con la mano por uno de nuestros amigos lo echó en tierra, lo que desconcertó a los demás. Forzó el paso la máquina y una gritería infernal nos persiguió por la espalda. Según desembocamos a la calle del hotel, vimos que todo el frente del edificio estaba ocupado por una chusma de alquiler. Miguel Ángel tomó entonces una resolución que lo comprometía, pero que nos salvaba. "A mi casa", ordenó. Y como nadie nos esperaba por aquel rumbo, en unos minutos estuvimos instalados en cómoda, hospitalaria mansión del rumbo de las Olas Altas. El plan de los del Gobierno había sido dejarnos sin posada, a dar vueltas en auto, como prófugos, por toda la ciudad.

"Estamos decepcionados de Mazatlán —decían los nuevos amigos nuestros—. Ha bastado con que cambiaran el Ayuntamiento y vinieran de México hace apenas diez días unos cincuenta polizontes desconocidos, para que toda la valentía tradicional del puerto se vea deshecha..."

Sin pérdida de tiempo comenzamos a celebrar conferencias. Nacho Lizárraga me llevó a los seis o siete que tenían por la comarca partidarios con posibilidad de empuñar un rifle. Era un martes. Los días que faltaban para la elección había que emplearlos en concertar el alzamiento inmediatamente posterior. El domingo siguiente eran las elecciones. Apenas depositase mi voto partiría en secreto para el sitio en que hubiese cien, doscientos hombres armados. Nadie opuso reparos al plan: se habló de correr la voz. Se convino en que esa misma noche, a las diez, celebraríamos nuevo consejo para hacer recuento de elementos de guerra. La ciudad estaba alarmada, ya no indignada, pese a los muertos, los heridos del ataque imprevisto de por la mañana. ¿Se decidiría a votar, ya no digo a secundar un ataque? Entonces, para dar un poco de tranquilidad, así fuese ficticia, y dado que la agresión había partido de la policía, resolvimos poner un mensaje a Portes Gil denunciando los atropellos policiacos y pidiendo se retiraran los polizontes y se encargara de cuidar el orden en la plaza el ejército. De paso se obligaba al ejército a sacar la cara y asumir la responsabilidad. Como resultado práctico, por otra parte, no esperábamos cosa alguna. El comandante de la policía era hermano del jefe de las armas. Y éste se paseaba a caballo, cada mañana, con el jefe de los esbirros que habían mandado de México.

Portes Gil, siempre dispuesto a la comedia, contestó al día siguiente lamentando los atropellos y poniendo la plaza a cargo de los militares. Retiró la comandancia los que obstruían la entrada al hotel y pudimos dejar la casa de Miguel Ángel, donde había familia muy valerosa y adicta, pero que no era justo comprometer...

La gravedad de la situación se nos reveló más tarde. A la junta de jefes, con-

vocada para las diez de la noche, sólo concurrieron dos o tres, de los doce comprometidos. Y estos tres no precisaron gran cosa, prometieron dirigirse a sus regiones, hablar con sus hombres y volver. A una segunda junta, que convoqué en el hotel días después, ya no fueron ni los tres. Y allí estaba en el puerto el general Bouquet, desembarcado en avión de la Laguna y en peligro de ser identificado por los federales que no le perdonaban las zurras que les había inferido. Y les era fácil perjudicarlo, puesto que era uno de los jefes ex cristeros, amnistiados meses antes, o sea, señalados para víctimas de la primera ocasión en que se les pudiera herir a mansalva. Forzando mucho a los que se habían comprometido, obtuvo Miguel Ángel que un conocido ranchero se llevara a Bouquet, lo escondiese en su finca, mientras se lograba poner a sus órdenes algún contingente armado. Di a Bouquet un abrazo de despedida y le dije:

—Al recibir aviso de que tiene usted a sus órdenes siquiera veinte hombres, iré a reunírmele.

No era él de esa opinión y me lo dijo:

—No aceptaré la responsabilidad de tenerlo a mi lado, mientras no cuente con el dominio de una región.

Otros jefes habían dicho lo mismo: “Con usted no porque nos cargan todo el ejército. Déjenos solos, mientras podemos hacernos fuertes”.

En cierto modo era yo un apestado, aun para los míos; un compromiso, por lo menos.

Lugares dónde esconderme no faltaban en el campo y en la ciudad, pero desde un principio me había pronunciado contra este proceder, que reduce al jefe de un movimiento a la impotencia, aparte de que, privándolo de medios de comunicación, le quita también la fuerza que se deriva de la palabra. Era necesario no perder el contacto con la opinión pública. Y preferible escapar rumbo al extranjero, desde donde se puede hablar, a pasarse meses en el silencio de rumba de un encierro celosamente guardado. Pero antes de hacer lo que tuvo que hacer Madero, lo que tiene que hacer todo jefe que no quiere entregarse impotente en manos de sus enemigos —lo que salva su persona, pero compromete su causa—, procuré hallar sitio donde estuviese protegido por partidarios armados, asíuviésemos que andar a salto de mata por las serranías. Lizárraga se puso al habla con ex rebeldes de la comarca, sin excluir ni a los que gozaban reputación de simples bandoleros: una buena bandera es capaz de redimir a un Pancho Villa, con tal de que jefe sea un Madero, no un Carranza. El sábado era víspera de la elección, y nada cierto se había concertado. El pretexto parecía ser el mismo. No podrían hacer nada teniéndome a mí entre ellos. En el mejor de los casos, podrían reunirse quinientos mal provisionados, lo que no era suficiente para resistir el choque de todo el Ejército; convenía dispersarse en guerrillas; para eso yo estorbaba; debía, pues, ponerme en lugar seguro, por lo menos alejarme del sitio en que la rebelión iba a comenzar. Me resigné a todo a cambio de la promesa de que no dejarían solo a Bouquet; a él debían reconocerlo como jefe militar así que yo me ausentara de Mazatlán.

En nuestro hotel las visitas no cesaban. Los buenos amigos de la primera vez no nos desertaron, volvieron a demostrarnos su cariño. Un panadero local me mandaba obsequiar cada mañana una torta de harina y huevos, incomparable. El dueño de una modesta zapatería me regaló unos botines de montar. Señoritas y señoras pasaban con nosotros la velada en los corredores del hotel. La encargada de éste, una española, nos atendía con solicitud conmovedora... Pero, en cuanto a la acción vigorosa que hacía falta, ninguna esperanza. Todo era más bien escuchar quejas. A éste lo habían golpeado, al de más allá le habían robado la pistola. A las puertas del hotel, un par de esbirros registraba los bolsillos y desarmaba a todos los que no tenían ira bastante para oponerse.

En vano pedí al jefe de la policía, que me visitaba todas las mañanas, simulando atención, que retirara a aquellos sujetos. Estaban allí ex profeso para molestar, amedrentar a los que me visitaban.

Lizárraga, Herminio, Pedrero, Miguel Ángel y yo urgíamos a los más decididos, pero sin mayor éxito. A un ex coronel Kelly, que era la esperanza de cierto grupo, se lo estaba seduciendo el Gobierno con la promesa de una alcaldía. A otros, se les amedrentaba. Comprendí por fin el desastre, cuando pasando una noche por el corredor, que hacía de sala de espera y de reposo, percibí una conversación muy viva acerca de los preparativos del Carnaval. En Mazatlán se celebra esta fiesta con bastante animación, y en vez del himno de guerra vasconcelista del año anterior, la música de los papaquis comenzaba a embriagar a la ciudad.

Y ése era el pueblo famoso en la República por su altivez, su devoción a todas las buenas causas. ¿Cómo estaría el resto de la población...? Poniendo el lomo para el azote; luego, alzándose ufana para proclamarse libre e independiente... tal ha sido la farsa nacional desde Morelos y la Independencia que nos hicieron los ingleses, hasta nuestros días en que las elecciones nos la hacen los yanquis...

La última noche, víspera de las elecciones, grupos de pistoleros en camiones y trocas del municipio pasaban y repasaban debajo de nuestros balcones gritando insolencias, disparando al aire, vivando a Ortiz Rubio y a Calles. Frente a las ventanas de don Manuel Bonilla se instalaban noche a noche, acompañados de una murga, docenas de rufianes que se entretenían cantando burletas, injuriando al hombre más querido, más respetado en el puerto. A la familia de Miguel Ángel Beltrán le impusieron vejación parecida en castigo de los días que me tuvo de huésped. Y en toda aquella ciudad de más de cuarenta mil almas que habían sido nuestras, no se levantó una mano para castigar a los malhechores. Los apoyaba la guarnición y eso bastaba para hacerlos intocables. Podían haber violado mujeres a media calle; no se mueve en nuestros pueblos la hoja del árbol sin la voluntad del teniente, menos contra el teniente. Y tenientes y generales se divertían en grande a nuestra costa. A tal punto que no creo que en los diversos atentados contra mi persona, siempre fallidos, hubiese intención formal de matarme... ¿para qué?, si detrás de

mí no hubo sino gritería y el sacrificio deliberado de uno que otro mártir que servía de escarmiento y de advertencia a todo un pueblo desarmado. Pobre pueblo habituado a conformarse con el desahogo de cierta algarabía que simulaba libertades y luego se reduce al goce malsano de la sátira, la murmuración en privado.

La idea de que el voto entraña la obligación de sostenerlo contra la fuerza y el fraude, idea que tanto defendimos, no había creado convicciones.

“¿Qué opinan los americanos? ¿Cuenta usted con apoyos en los Estados Unidos?”, me habían preguntado dos o tres coroneles con mando, que a través de amigos comunes y en secreto se habían comunicado conmigo... A todos respondí: “Los Estados Unidos estarán en contra de quien no han de manejar; por adelantado les digo que nada bueno podemos esperar del Norte; pero ésa debe ser razón para que ustedes me apoyen, no para que me abandonen...” Insensibles a este lenguaje del honor, que en otras milicias decide, los nuestros prefirieron abrazarse al partido que patrocinaba *mister* Morrow. A partir de entonces vi en nuestro instituto armado cosa parecida al de los constabularios de Filipinas. Constabularios supeditados al suave, pero eficaz procónsul, que era *mister* Morrow.

El mismo día de las elecciones, salimos temprano a Mazatlán por el tren que va al Norte. Para esperar a que se produjeran los levantamientos de Sinaloa, escogimos Guaymas. Desde allí, la complicidad de los ferrocarrileros me permitía regresar apeándome en alguna estación desguarnecida, para internarme por Quelite a la serranía, una vez que Bouquet entrara en acción. Me acompañaban Pedrero, Ahumada, Eugenio Méndez y Miguel Ángel Beltrán. El pueblo de Mazatlán votó este día con lealtad, aunque sabía, veía cómo era destruido su voto por las autoridades.

#### MOTINES Y VOTOS

Consecuentes con nuestro deseo, los del ferrocarril pararon el convoy en Estación Díaz y bajamos todos a votar. Todos los de la mesa eran vasconcelistas. Me proponía yo votar por el doctor Vásquez Gómez, en homenaje de su actitud generosa de la Convención, pero no había sino boletas impresas nuestras y del partido oficial. Suscribí una boleta de nuestro partido: no había habido allí disturbios, ni votación por el candidato oficial; lo mismo ocurrió en todas las aldeas donde no existía guarnición militar.

En los centros más poblados, la situación era bien diferente. Desde Mazatlán pregunté a nuestros amigos de Culiacán si había por allí manera de escapar con los que por la sierra adyacente había estado conquistando el doctor García para la rebelión. Se nos contestó que no debíamos pensar en presentarnos por la capital del Estado; se hallaban allí los nuestros más oprimidos que en Mazatlán. Políticos y militares coludidos habían hecho a un lado todo pudor y descaradamente perseguían a nuestros representantes, dispersaban

a los correligionarios. Una carta, que recientemente me ha enviado un amigo para refrescarme la memoria al respecto, dice así:

Pasó por aquí (Culiacán) Vasconcelos, el día de las elecciones, a bordo del tren ordinario, rumbo al Norte. Antes había llegado a Navolato una porra para que con la de aquí se le hiciera una manifestación hostil. El doctor García proyectó tomar a Vasconcelos en automóvil en alguna estación anterior a Culiacán, para lo cual contaba con la ayuda de todo el elemento ferrocarrilero, y reinstalarlo en su tren en alguna estación posterior a Culiacán; para como al mismo tiempo gestionaba con el gobernador y el jefe de las armas que se dieran garantías y ambos prometieron darlas, ni siquiera se informó a Vasconcelos del proyecto. Y congregamos una gran masa de adeptos para recibir al candidato en la estación...

En efecto, cuando el tren se detuvo, subió primero la policía a decir que podían entrar a verme los que yo designara; pedí desde luego que dejaran pasar a los de mi directiva local y subieron el doctor García y don Benjamín Gutiérrez, creo que también el señor Leyva y Verdugo...

Y me informaron de situación parecida a la de Tepic, de pocas noches antes. El pueblo estaba afuera de la estación, pero las porras, protegidas por las tropas, le impedían acercarse. Un tal Soberón, emparentado con Aarón Sáenz, yerno de Calles, a caballo, al lado del jefe de la policía, vigilaba que las porras cumplieren, y periódicamente exclamaba: "A ver, a ver, van a ver cómo se trata a este pueblo tal", y hacía que los de a caballo arremetieran contra una muchedumbre desarmada, en la que había mujeres y niños.

Ansiosamente recomendé al doctor García: "Manden emisarios por la sierra, por las aldeas, digan que desde mañana deben empezar en todo el país los levantamientos..." "No creo que por aquí haya muchos que se levanten—confesó el doctor García—; ya hemos hecho la lucha, pero no garantizo el resultado; la gente no se ve decidida para eso..."

Al llegar a la última cabecera de distrito sinaloense, Miguel Ángel Beltrán, que nos acompañaba desde Mazatlán, se despidió de nosotros llevando en la mano el mensaje que redacté a las seis de la tarde, hora del cierre de las casillas; estaba dirigido a México, al Partido y a los diarios. En él declaraba yo lo convenido: "Que habiéndose consumado la elección, por una abrumadora mayoría en mi favor, desde ese momento me declaraba el Presidente electo".

Por la noche, nuestro paso por Navojoa provocó un motín. Las tropas y la policía impidieron el acceso de los nuestros a la estación. Nuestra buena amiga doña Sofía Ayala apostrofaba una contraporra de nuestros partidarios, pero en vano; a los verdaderos porristas los amparaba el ejército. Salazar Félix se impuso y entró hasta el *pullman*, en que nos disponíamos para dormir.

—Allí tengo gente armada—informó—, les quieren asaltar el tren, del lado del puente, pero yo tengo allí cuarenta hombres, vayan sin cuidado...

—Bueno, Salazar, ¿y de lo otro? Ya llegó el momento.



—Descuide usted —respondió—, aun dentro de la policía local contamos con gente comprometida.

—Bueno, sin ir a cometer suicidio, aprovechen la primera ocasión, adiós, adiós...

#### EMPALME

Temprano desembarcamos en Empalme, ciudad de ferrocarrileros, donde nos sentimos en casa. Toda la plana mayor nos esperaba en la estación avisada por Ahumada, que se había adelantado una jornada a fin de obtener alojamientos. El alto Corrales, todavía excitado, refería cómo los habían atropellado la víspera, cada vez que lograban dominar una casilla electoral. Porristas seguidos de polizontes y amparados por las bayonetas del ejército los habían golpeado, les habían arrebatado las ánforas de la elección. Y concluía él, y todos: “¡Ya perdimos!, nos ganaron a la mala, pero ya perdimos”. “No, Corrales —aseguré—, ahora empezamos.”

Media docena de casas de empleados del ferrocarril estaban a nuestras órdenes. “Si quiere esconderse —advirtió Corrales—, de aquí no lo sacan, aquí está entre los suyos.” “No, no se trata de eso. Pensamos seguir rumbo a Guaymas.” Era preferible procurar mantener comunicación directa con el resto del país, mientras se pudiese. Y sólo aceptamos que nos llevaran a almorzar. Después de un buen almuerzo, en una casa particular, en autos y trocas de los que se ofrecían a acompañarnos, tomamos el camino de Guaymas, poco distante. Al acercarnos a Guaymas, la escolta que resguardaba un puesto del camino nos marcó el alto, intentó quitarles las pistolas a mis acompañantes. Uno de ellos rogó al teniente que le permitiera comunicarse con el jefe de las armas de Guaymas. El teniente accedió. Se explicó que los que traían pistola portaban la licencia respectiva y se obtuvo la orden de que no se nos desarmase y se nos dejase seguir adelante. Minutos después llegó a nuestro encuentro un auto tripulado por militares de alta graduación. Se apeó un coronel, cuyo nombre se me ha borrado y que sólo designaré en lo que sigue como el coronel. Era jefe del estado mayor del jefe de la Zona. Antiguo federal, graduado del Colegio Militar, no carecía de maneras, aunque se hallaba ligado íntimamente con los políticos del partido oficial. En su corazón odiaba a todo el mundo, sin duda por haber tenido que cambiar chaqueta, del huertismo a la revolución. Dijo “que venían a darnos la bienvenida de parte del jefe de la Zona y a ponerse a mis órdenes, a escoltarnos”. “No necesitamos escolta —advirtí—, son policías los que nos han estado atacando en todo el recorrido.” Pero insistió: Por lo menos aceptaría yo caminar con él en su auto, me dejaría en Guaymas, a la puerta de mi hospedaje. Dejé el coche en que venía con mis amigos y pasé al auto del coronel, que se puso él mismo a dirigir. En el asiento de atrás, dos ayudantes se mantuvieron silenciosos, pero el coronel hablaba...

—Debe usted de venir muy fatigado... Si quiere, deje a sus amigos que arreglen su instalación y nosotros nos vamos directamente a la playa, al baño de mar. Yo tengo allí caseta y ropa, no le hará falta nada.

—Le agradezco mucho, coronel, pero el primer día, por lo menos, no he de separarme del hotel, porque habrá quien quiera verme, tengo telegramas que redactar, etcétera...

En el hotel que habían recomendado los de Empalme tomamos tres o cuatro habitaciones para Pedrero, para *el Güero* y el teniente coronel Méndez. Los militares no se despidieron a la puerta, se metieron al hotel y se instalaron en un rincón del vestíbulo. Allí se estuvieron observando, mientras yo recibía, a la vista de todo el mundo, en una de las mesillas del salón, a numerosas personas que empezaron a llegar. Al mediodía, mandé que les sirvieran a los militares un aperitivo y lo aceptaron. Al sentarnos a la mesa, invité al coronel, que comió a nuestro lado.

Y delante de él, sin embozo, contesté las preguntas de una entrevista que me hacía, como corresponsal de los diarios de la capital, nuestro amigo el poeta Iberri.

—Soy desde esta fecha el Presidente electo... Ahora, al pueblo le toca decidir qué es lo que se hace si desconoce el Gobierno el resultado de la elección.

Hacía falta, es claro, la declaración de las Cámaras, pero si ésta era adversa, para mí era lo mismo, yo sabía que había ganado y era yo legalmente la única autoridad del país. El Gobierno provisional no había tenido otra misión que convocar a elecciones y consumarlas...

El coronel se mostraba obsequioso, deferente pero franco.

—Por supuesto —observó, así que se hubo retirado el corresponsal—, no tendrá usted la menor duda de que el Congreso fallará en su contra...

—Lo sé, coronel, por eso, desde ahora, me ando llamando Presidente electo.

—Pues yo, licenciado, soy militar; yo obedezco al que sea presidente; ahora obedezco a Portes Gil; si mañana usted es presidente, a usted lo obedezco...

—Eso es muy cómodo, coronel. Además, así el sueldo sigue corriendo... Hubiera querido que se levantara de la mesa ofendido, pero no se mostró susceptible. Concluida la comida, me retiré media hora para la siesta...

Por la tarde, el número de visitantes había aumentado de tal modo que estaba lleno el vestíbulo y todavía en la calle, se apretaba el gentío... Alguien llevó una música. Entre los visitantes, los curiosos, había muchas mujeres, buenas mozas en su mayoría, aun las de la clase humilde, y me ocurrió decirles, al centro del espacioso salón: "A ver, todos a bailar", y se improvisó así una fiesta que duró varias horas.

Los militares se turnaron, no se retiraron. Un nuevo grupo de oficiales siguió instalado en un rincón del vestíbulo.

## CONTRADICCIONES NEFASTAS

Ninguno en Guaymas se fue para atrás. Antes de que la noche cerrara, ya habían estado a vemos todos los amigos viejos, y otros nuevos, añadida la masa anónima de buena gente, que iba, según decía, para evitar con su presencia que los militares fuesen a cometer una de las suyas. La mayor parte de las conversaciones habían versado sobre los episodios de la violación electoral. No habían encontrado las autoridades, en todo el pueblo de Guaymas y pese a la desocupación extendida, una docena de maleantes con que formar porra. Se rumoraba que, dentro del personal de la guarnición, ciertos oficiales sospechosos de vasconcelismo habían sido arrestados con pretextos varios, el día de la elección. Ellos, sin embargo, no habían impedido que los del Municipio se alzaran con las urnas; la votación, seguramente, nos había sido favorable, pero las actas no aparecían. Resultado semejante se había producido en todo el país, según confirmaban, ya entrada la noche, los telegrafistas que amistosamente nos comunicaban nuevas. En todos los lugares del país, las escoltas se habían presentado en las casillas electorales a manipular la elección. El propio Ministro de la Guerra, Amaro, había dado orden a todas las guarniciones de que no se permitiera que los vasconcelistas dominaran una sola casilla y que se disgregara por la fuerza cada mesa electoral en donde la mayoría antigobiernista fuese patente.

Lo que más nos desagradó, así que llegaron a los dos días periódicos de México, fue el ver, al lado de mis declaraciones afirmando haber ganado la elección, por lo que me reputaba Presidente electo, un testimonio del licenciado Calixto Maldonado, que decía: "Se ha asesinado a la democracia, no ha habido elecciones; los atentados las impidieron..." Menos mal que también publicaron las declaraciones leales del señor Góngora, el presidente del Partido, expresando lo convenido y lo justo conforme a la verdad, o sea, textualmente: "A pesar de los atropellos notorios, el pueblo acudió a votar. Hemos ganado por mayoría absoluta de votos y desde este momento, para mí, Vasconcelos es el Presidente electo".

La ira me hizo arrojar el periódico. ¿Cuál era la causa de aquella mala pasada? ¿Quién llamaba a Maldonado a declarar?

Y el daño que hizo fue grande; no sólo el daño, también el ridículo. Supe posteriormente que en Los Ángeles el general Manzo y el general Fausto Topete, desertados a la sazón, habían comentado: "¿Qué clase de partido tiene Vasconcelos en México, que le contradice en sus propias declaraciones; afirma que no hubo elección, mientras él se declara Presidente electo?" Tenían razón evidente. ¡Qué clase de partido fue ese llamado Antirreeleccionista, gomista, de la capital, todavía lo verá el lector, cuando lleguemos al relato de la expulsión con que me obsequiaron para congraciarse con el enemigo!

Por lo pronto yo estaba atado. En el telégrafo me recibían mensajes, pero luego, en la capital, los interceptaban, los sustraían, los falsificaban. Una co-

municación extensa me llegó a Tampico. Me daban cuenta del resultado de la elección, indudable respecto al número favorable de votos, pero deshecho por el fraude, el asalto a las casillas, el robo de las ánforas. Concluían pidiéndome instrucciones. Contesté: "Instrucciones ya las tienen; procedan". En idéntica forma respondí despachos parecidos, todo para que a los pocos días viésemos en los diarios de México, que me hacían declarar lo que el Gobierno decía que yo decía; en cierto comunicado se me inventaba una orden a mis correligionarios de que no alteraran la paz, que aceptaran la derrota.

¿De qué manera contradecir esta versión, si ya no contaba ni con los medios de comunicación ni con los diarios? Sin embargo, no desesperé. Nadie podría creer infundios; todos habían sido advertidos de que podría darse el caso de que me atribuyeran declaraciones falsas. Y recordé que en tiempos de Porfirio Díaz nos dijo el Gobierno que Madero desistía de la lucha, que Madero condenaba la violencia, que Madero se había vuelto loco; y sin embargo, nos ocupábamos de organizar bandas armadas, de sobornar oficiales para el asalto de los cuarteles. ¿Qué importaba, pues, la mentira oficial?

Otra información traían los diarios que nos dispó el enojo, que nos pareció de buen augurio por el cinismo que revelaba y la prisa que tenía el Gobierno de dar por terminado el caso electoral.

Publicó el Gobierno el cómputo de la elección el día mismo de las elecciones, en Ciudad de México, por la tarde; pero en Nueva York los diarios lo dieron a las once del día mismo de las elecciones como remitido de México por el partido oficial. Resultaba el aviso tan anticipado, que al ser confirmado horas después por la prensa mexicana se vio patente que las cifras todas fueron forjadas la víspera de la elección o con anterioridad. La prensa yanqui, gustosa de ofrecer una prueba más del carácter perezoso del *greaser*, acogió la versión oficial de que perdimos porque los del Gobierno se apoderaron de las casillas muy temprano y nosotros llegamos tarde; la manía "del mañana", decían los yanquis, y en México, los poinsettistas dentro de su léxico desleal, sonreían y comentaban: "Les madrugamos". Nadie se detuvo a reflexionar que nada hubiese significado la demora de unos minutos, en caso de haber existido, aunque no ocurrió ni podía ocurrir en todo el país, pues no son las elecciones botín que se arrebató o se roba, sino justa de caballeros en que el voto cuenta lo mismo si se deposita a las nueve de la mañana o a las cinco de la tarde, en la hora última de la votación.

Tampoco advirtió nadie el cinismo, sin precedente, de dar por legítimo un cómputo, que se publicaba en Nueva York a las once, es decir, varias horas antes de la hora legal de la clausura de las casillas, tenida cuenta de la diferencia de horas entre México y Nueva York. Además, la extensión de nuestro país, la pobreza de sus comunicaciones, hace que un verdadero cómputo, para ser exacto, requiera varios días de estimación de los resultados. Nada de esto impidió que el comparsa de Morrow, el banquero Lamont, jefe de la Casa Morgan, publicara exclamaciones de júbilo y el mensaje en que felicitaba a Ortiz Rubio por su victoria.

Puede cualquiera ratificar los datos que menciono en los despachos de la Prensa Asociada de noviembre de 29. En el tan citado cómputo se daban a Ortiz Rubio dos millones de votos; al candidato comunista, mi amigo Triana, que no se había movido, cuarenta mil y, a mí, doce mil votos.

Y no hubo, por supuesto, un solo diario, ni en México ni en el extranjero, que comentara el cómputo, lo analizara, lo discutiera. Él era la verdad oficial y bancaria, o sea, la verdad absoluta para los millones de esclavos del imperialismo, dominado entonces por los banqueros, hoy por los judíos seudocomunistas del *New Deal*. Y como es natural, si entre los mexicanos no había protestas por el cínico fraude, en el extranjero menos iba a ocuparse nadie de rectificar una mentira que favorecería a los de afuera.

Tan servil es cierta opinión, degradada frente a los informes que dan gobiernos y prensa, que personas de buena fe, por Sudamérica y Europa, creyeron que de verdad me habían derrotado, en lid electoral y porque “las masas” se habían decidido en favor del radicalismo de los callistas.

En el país, todo el mundo agachó la cabeza. El corresponsal de *El Universal*, el poeta Iberri, me hizo la valedura de transmitir al periódico declaraciones en el sentido de que insistía yo en haber ganado y que exigiría que el pueblo hiciera justicia. Lo que me ganó fue un editorial que en dicho diario escribió un dispéptico, que en el ministerio me había adulado con éxito escaso. Se titulaba el editorial: “El error de Vasconcelos”. El error consistía en no acatar el cómputo oficial, y predicar la rebelión. “Por lo menos —pensé— esto servirá para que se vea que es falso el otro rumor gobiernista, la versión de que yo me retiraba de la lucha, dejaba el campo libre a mi adversario y, peor aún, que recomendaba se le apoyase.”

#### RUMORES Y ESPERANZAS

Días de ansiedad, de expectación, porque los rumores insistían: “Que ya se produjo un levantamiento en la Huasteca; que los cristeros se agitan, que en Torreón había disturbios”. Ciertos muchos de esos brotes, según se vio más tarde, no llegaron a plasmar en rebelión formal, porque no cundieron, no persistieron. Para crear desaliento, el Gobierno, valiéndose de los que entre nosotros claudicaban, corrió la voz de que todo había concluido. Así sucedió, por ejemplo, con la Directiva de Tampico, que por no haberse puesto a salvo, por alarde de valentía o por irresponsabilidad, en vez de esconderse, disolverse, como estaba ordenado, se dejó aprehender en masa. La llevaron a la capital y después de tenerla presa unos días, la echaron fuera, pero no sin haberle arrancado a declaración de que estaban “muy agradecidos al presidente Portes Gil porque los había tratado muy bien”. Y así, en muchos otros casos, después de un susto, obtenía el Gobierno declaraciones que hacía circular ampliamente en el sentido de que todo estaba en paz, todo terminado y satisfechos los jefes del movimiento opositor.

Poco me afectaban estas circunstancias, inevitables en toda acción de conjunto. Nuestra atención estaba fija en lo que haría Bouquet, con los elementos de la comarca mazatleca que con tanto afán se habían preparado y armado. No llegaban noticias y esto me parecía de buen augurio. Entretanto, me visitaron emisarios de Navojoa y de Cajeme. "Estaban listos, ¿darían el golpe o esperarían a que yo estuviese puesto en salvo?" "No, que lo dieran, que no esperaran. Si los levantamientos crecían —les dije—, estos mismos militares que me tienen cercado vacilarán en su posición, nos tratarán mejor. Si no hay levantamientos, seré objeto de burlas." Uno de los emisarios era hijo de Pedro Salazar Félix. Más tarde supe que se levantó en armas con el padre. No los siguieron los comprometidos y pronto el ejército les dio alcance por la serranía, mató a unos cuatro, entre otros al excelente muchacho que me había entrevistado. Se salvó Salazar Félix, pero quedó prófugo y herido en el alma por el asesinato del hijo.

Un médico de Navojoa, excelente amigo cuyo nombre se me escapa, estuvo a verme, para decir lo mismo: que había modo de iniciar levantamientos pequeños. Le resolví: "Corra la voz de que se hagan, no esperen". Me hizo entrega de una pequeña colecta, no más de ciento cincuenta pesos, y partió. Parece que a la postre no fue obedecido, no pudo hacer nada.

Nuestro antiguo y generoso amigo el señor Vallejo, el de la Lotería, se empeñó en sacarnos del hotel. Abrió suscripción en el puerto y nos puso casa. Una antigua mansión espaciosa, con salas y alcobas, en los bajos, y arriba una pieza larga con balcones a la calle y una ventana sobre la azotea. Contemplábase en ella el panorama, no muy risueño, de un peñón que domina el caserío y lo limita. Por las mañanas, siempre acompañado de los militares, que nos seguían a todas partes, alquilaba un bote, atravesaba a remo la bahía y tomaba el baño de mar, unas veces en un sitio, otras en otro. Un boga del puerto nos hacía compañía, cuidaba del timón. Al bote subíamos, por lo común, Pedrero y yo con los dos oficiales. Permanecían éstos en tierra, mientras el boga, Pedrero y yo nadábamos. Por las tardes, nuestra casa se llenaba de visitantes. Pedrero recibía a los más, en los bajos, yo hablaba arriba con los principales, un rato, luego me pasaba largas horas solo, andando el cuarto de un extremo al otro, pendiente siempre del peñón árido, granítico, que empezó a sugerirme pasajes del *Prometeo* de Esquilo. Allí estaba yo encadenado por haber tenido la audacia de querer libertar a los mexicanos. En los bajos, el coro de la tragedia, compuesto de la gente del pueblo que no nos abandonaba, se entretenía comentando los sucesos, haciendo augurios pesimistas sobre el inmediato porvenir...

El relato que hice a Valeria, más tarde, de estas horas de reflexión solitaria le dio la idea de anteponer, a cada uno de los capítulos de su crónica extraordinaria, citas del *Prometeo* de Esquilo.

## EL MAR RECONFORTANTE

Nuestro amigo el boga conocía recodos de la costa, desiertos y hermosos. A diario cambiábamos el lugar del baño. Una mañana, estuvimos pescando jaibas, con carrizo, echándolas fuera del agua a varazos, así de abundantes eran. Y desnudos al sol, secándonos al aire, recuperábamos fuerzas, después de aquel año de inútil brega. Los días pasaban iguales, con los mismos rumores, que un instante nos reanimaban, para ser desmentidos unas horas más tarde. A pesar nuestro, descubríamos que el poderoso entusiasmo del comienzo se había apagado. Los ferrocarrileros que llegaban de Guadalajara confirmaban que el interior se hallaba en calma. Pero nunca faltaba, para animarnos, la visita de algún conspirador. El presidente de nuestro club, el señor Félix, presentaba a los que no acudían directamente; por ejemplo, una conocida espía yanqui. Se hallaban los yanquis, en su mayoría, con el Gobierno, pero algunas partidas sueltas se acercaban hasta el mismo Guaymas, robando ganado. Alegaba la espía, que en la sierra podría yo encontrar refugio entre los indios. Y le dije que aceptaba. Que me uniría al primer grupo que se acercase a Guaymas. Tomamos informes de aquella mujer y resultaron contradictorios, ¡quién la señalaba como al servicio del Gobierno!, ¡quién creía en su sinceridad! Lo cierto es que nada formalizó. Y para cerciorarnos de si era posible burlar el encierro en que nos hallábamos, Pedrero y *el güero* Cardoso se pusieron a observar. De día y de noche, nuestra casa estaba rodeada por soldados. En una de las esquinas dormía al aire libre un piquete. Y en los bajos de nuestra misma casa, en la habitación de entrada, dos oficiales mantenían guardia, remudándose para la vigilancia nocturna. Sin embargo, hubiera bastado saltar por el balcón, para ganar la esquina derecha de la manzana, que según observaron mis amigos no estaba resguardada. Por su parte, Corrales había ofrecido una locomotora, para llevarme en ella a donde fuese necesario. Lo increíble es que no hubo quien se acercara a rescatarme. Y en vano imploré, hablando con rancheros y ex revolucionarios de confianza, que se reuniesen seis hombres de a caballo. Con ellos ganaría el retiro de algún rancho, el escondite de algún punto de la serranía. “Es inútil —decían todos—, lo cogerán a usted en seguida.” Y en efecto, ¿a dónde iba si toda la región estaba dominada por el Gobierno, pese a las partidas de abigeos? Pasaban los días y continuaba nuestra forzada inacción. De México ya nadie me escribía. De Los Ángeles recibí carta de don Juan Ruiz; me urgía a que cruzara la frontera, que no esperase levantamientos, que ya había yo cumplido y no quedaba por lo pronto otra cosa que hacer.

El recuerdo del general Flores me obsesionaba. Él también se quedó después de la imposición de Calles y su fallida candidatura, esperando lo que no ocurrió: que se levantaran en armas los que tenía comprometidos a hacerlo y en la espera, uno a uno, le mataron a sus fieles, en tanto que a él lo cercaban, dentro de su propio hogar, hasta que lo envenenaron. Y murió sin haber lan-

zado siquiera una protesta clara contra el abuso de que había sido objeto. Hasta el día de las elecciones, mi arma de combate había sido la palabra. Mientras estuviese en la República ya no podría hablar, puesto que prensa y telégrafo, todos los medios de expresión pública, estaban en poder de mis enemigos. Me estarían inventando lo que le inventaron a Flores: que había desistido de la lucha, que me conformaba con la derrota. Una carta que me hizo llegar la dama austriaca de Guadalajara me ayudó en mi decisión. "No es nunca prudente lanzarse a lo desconocido", decía refiriéndose a mi plan que le expuso Henestrosa, cuando lo regresé a Mazatlán para que dijera a Pineda, en el Istmo, que pegara si podía. El plan era esperar en Guaymas hasta que en alguna parte surgiese una partida armada a la cual agregarme. Esto, según la austriaca, era un acto de desesperación. Hay épocas de acometer y épocas de retirada, me decía, y aconsejaba que me pasase a los Estados Unidos para esperar allí los acontecimientos. Ahora era el pueblo a quien le tocaba actuar...

De los Estados Unidos, Ahumada, a quien comisioné para que estuviese informado, nos decía que estaban divididas las versiones: aseguraban algunos que yo regresaría a México, en paz con el Gobierno. En cambio, él y Rodolfo Uranga, y otros amigos, insistían en que la lucha debía continuarse. Uranga publicaba en El Paso excitativas para la rebelión.

¿Y Vito Alessio? Vito, desde un mes antes de la elección y después de su derrota en Coahuila, había traspuesto la frontera; se hallaba en San Antonio y no decía nada, no había publicado una línea. "Espera —me decían— a que usted esté libre del cerco en que hoy lo tienen, para hacer estallar a sus amigos de Coahuila." Mi plan de guerra, lo que después llamé Plan de Guaymas, estaba circulando en privado y vería la luz en los diarios tan pronto saliese yo del poder de los militares.

Por las tardes solían hacerme compañía los viejos amigos, Randall, Torcuato Marcor. Ni un solo día nos dejó este último sin visita, y de su escasa renta nos dio una moneda de oro de cincuenta, que sirvió para el regreso del *güero* a Tampico. También nos acompañaban Vallejo y el señor Rico, Félix y un amigo suyo comerciante. Se platicaba en grande, aunque a menudo los dejaba solos para ver algún visitante imprevisto. Un tío de Lizárraga llegó de Las Chicuras. Me hizo entrega de dos o trescientos pesos en oro, me ofreció un rancho suyo, por Mazatlán, para esconderme... Pero, ¿qué hacía yo escondido, perdido, privado de toda comunicación? Para esconderme me hubiera quedado en la capital, donde a docenas se me habían ofrecido sitios cómodos y seguros...

Dos semanas llevábamos en esta situación, cuando llegó, por fin, mi viejo ayudante joven Carlos Inzunza, de correo de Bouquet. Se hallaba Bouquet optimista. Ahora sí, parecía que le iban a dar los elementos prometidos. Serían en total unos cien hombres, con lo que bastaba para prender la mecha. Todos sentíamos que un levantamiento, bien anunciado por toda la República, provocaría otros muchos. Pero Bouquet exigía que me largase del país. Ya volve-



ría cuando ellos pudieran mandar un contingente a la frontera. Por lo pronto, era yo el estorbo y el pretexto. Nadie iba a levantarse proclamando mi bandera, mientras estuviese en rehenes. Debía salirme de aquel cerco. Y no quedaba otro camino abierto que el del extranjero. Entonces fue cuando, de acuerdo todos, decidimos que partiría. La actitud del Gobierno en este caso era una incógnita fácil de descubrir. Avisé, en tono de simple aviso, al coronel, que cada mañana se me presentaba, que había decidido salir para el extranjero. Y en el tono de broma que a veces usábamos en la conversación, le dije, mientras acababa de vestirme para salir: “¿No ve usted que aquí les estoy estorbando a los amigos que quieren levantarse en armas?... Estando en poder de ustedes...” “No, licenciado. Ya sabe usted que nosotros simplemente le damos escolta de honor, no es usted nuestro prisionero. En fin, comunicaré su decisión al jefe de la Zona.” Al día siguiente me dijo que contara con escolta para llegar hasta la frontera. Por su parte, el Gobierno hizo circular la noticia de que yo abandonaba la lucha y me dirigía a los Estados Unidos. ¿Qué otra cosa podía decir?

#### INTERVIENE EL PROCÓNSUL

Y la víspera de mi partida al destierro, llegó a Guaymas un personaje misterioso, que puso a trabajar la imaginación de los ingenuos pueblerinos. Descendió en avión, cosa rara por entonces, y empezó a preguntar mis señas, me mandó pedir audiencia, antes de las ocho de la mañana. Salía yo en ese momento para el mar y le dije que lo vería, de paso, en el hotel que da frente al embarcadero. Era Lloyd, corresponsal de la Prensa Asociada, que en seguida me dijo en inglés:

—Necesito hablar con usted dos, tres horas, de parte de *mister* Morrow; es algo muy urgente.

—Pues véngase al mar conmigo —le dije—, hablaremos mientras nadamos...

—No, le ruego que me excuse; lo esperaré, es algo muy serio, no he venido más que a eso y me quedaré hasta que pueda hablar con calma...

Me fui al baño. Los oficiales que nos acompañaron parecían intrigados. Corrió la voz de que el gringo era un agente especial del Procónsul.

¡Se ocupaba, pues, de mí el Procónsul, cuando el Presidente y los generales aparentaban no hacerme el menor caso!

—¿Por qué lo hace esperar? —rezongó Pedrero, comido de curiosidad—, deje el baño para otra vez, ya bastante se ha remojado en el mar...

—Lo hago esperar —le dije— por eso, porque viene de parte del Procónsul.

#### LE HACÍA FALTA UN TELEGRAMA

Escuché al enviado de Morrow por más de una hora. Su actitud era amistosa, en extremo. Reconocía Morrow el gran esfuerzo democrático realizado;

al mismo tiempo, la fuerza del Gobierno era incontrastable, pero yo lo sabía, él tenía influencia con los vencedores, ¿qué me parecería que me dieran —su vieja oferta— la rectoría de la Universidad Autónoma, para que desde ella continuara yo mi tarea de educar a las nuevas generaciones? Y para mis amigos, para mis partidarios y los compromisos políticos de la campaña, uno o dos puestos en el Gabinete de Ortiz Rubio.

—¿Y qué tengo yo que hacer para ganar todo eso?

—Muy sencillo, usted no hace sino firmar, aquí mismo, sin moverse de su escritorio, un telegrama que me da a mí, y yo lo haga circular por el mundo; un telegrama en que usted podrá declarar que hubo presión en las elecciones, que no fueron limpias, pero que, a pesar de eso, usted, por patriotismo y para evitar mayores males, reconoce el triunfo de su adversario y le da la enhorabuena, recomienda a los suyos que le presten apoyo.

El enojo que ya de por sí me causaba mirar a dos extranjeros disponiendo en política nacional, añadido a lo peregrino de la propuesta, me llevó a dar una contestación descortés:

—*Tell Morrow I am not his kind...* (Dígale a Morrow que no soy de su clase.)

No iba yo a traicionar mi causa por un puesto público. Daría la razón si lo hacía a los que me acusaban de ser un comparsa de la imposición gubernamental.

Pero no era *mister* Lloyd de los que dejan a medias un encargo, por frase de más o de menos. Insistió. Me hizo ver que eran sueños mis esperanzas de una rebelión. El Gobierno americano estaba dispuesto a impedirla. Cualquier levantamiento sería aplastado sin misericordia. Yo quedaría desprestigiado; en cambio, si reconocía ahora el triunfo de mi adversario, si hacía ese sacrificio de amor propio, el porvenir me quedaba abierto. Salvaba a los míos y me salvaba. Todo era cuestión de aquel telegrama...

Comprendí entonces el punto de vista de Morrow: Había hecho con el país y sus hombres todo lo que había querido. Representaba yo, para él, un obstáculo menor, un pequeño tropiezo; pero si accedía yo a poner aquel telegrama, entonces el embajador podría ufanarse de no tener enemigo, de haber manejado al país a su antojo y con general beneplácito...

—No, Lloyd —repliqué—. Le agradezco la pena que se ha tomado de venir hasta aquí, y al señor embajador le agradezco también su interés, pero tenemos puntos de vista opuestos, irreconciliables... Lo único que yo predico ahora y seguiré predicando es la rebelión armada. ¡Y la expulsión de *mister* Morrow del país así que triunfemos!...

Más tarde, y ya solo en mi cuarto, una y otra vez reflexioné la situación. Por encima de razonamientos de pro y de contra, una consideración elemental dominaba mi arbitrio. Si, por lo menos, los del Gobierno se hubiesen abstenido de causar víctimas, si no hubiese de por medio sangre de mártires... No, aquella sangre me obligaba a ser intransigente, a ser despreciativo. No aceptaría ninguna suerte de colaboración con los triunfadores en desleal contienda...

—Prescinda usted de la rectoría —había dicho Lloyd—, no acepte nada para usted, pero no estorbe que su partido gane posición importante en el nuevo Gobierno. Retírese usted, si le parece mejor, pero retírese de modo pacífico, establézcase en los Estados Unidos. *Mister Morrow* será su amigo, se le abrirán allá muchas puertas, con tal de que usted me dé ese telegrama de felicitación para su rival...

¡Deberle a *mister Morrow* el pan, después de lo que estaba haciendo con los mexicanos!... A eso se ven conducidos los caudillos de pueblos en decadencia... ¿Cuántos, entre los mexicanos, se daban cuenta de su deber? ¡Con unos cuantos garrotazos habían claudicado todas aquellas multitudes comprometidas públicamente a la rebelión! Y recordaba los brazos levantados del juramento de Chihuahua en la plaza pública, el drama de los que habían caído asesinados, la promesa de tantos ojos que me habían exigido continuar la lucha hasta el fin. Decidí el viaje a la frontera para el día siguiente. Partió el tren de Guaymas por la tarde. Mucha gente fue a despedirnos. No pocas mujeres lloraban. “Se va la esperanza de un México libre”, comentaron algunos; pero lo que me apesadumbraba es que nadie decía: “¡Pronto hemos de traerlo a la fuerza!” Al convoy, agregaron un carro especial para los cuarenta hombres de la escolta que debía dejarme en la línea divisoria. Lloyd, el agente de *Morrow*, tuvo una gentileza, decidió acompañarme rumbo al Norte, porque dijo: “Estando yo con usted, estos brutos no se atreverán a tocarlo”. En Hermosillo, el gobernador Elías pariente de Calles, había consumado, entre otros asesinatos de partidarios míos, los del ex mayor Luis Favela, el ex teniente coronel Loreto Santacruz y don José María Trujillo, sacados de sus domicilios y fusilados para escarmiento. En sitios apartados, por Sahuaripa y por Altar, algunos habían cumplido lanzándose al campo en rebelión abierta. Todo esto lo sabía Lloyd, pero yo lo ignoraba. Y al Procónsul no le convenía que en mi persona se repitiese el caso de Madero, que a la postre había causado la ruina del embajador Wilson. De allí el interés de *Morrow* en que mi vida no peligrara.

El *gihero* Cardoso y Pedrero seguían a mi lado. A la hora de la cena invité a Lloyd a que nos acompañara y conversamos largamente. Refería Lloyd sus andanzas por Nicaragua, donde formara parte de la comisión norteamericana que supervisó las elecciones. Hubo en ella cierta honestidad en el recuento de votos. Y pregunté a Lloyd:

—¿Cómo es que ustedes los norteamericanos, aun en Nicaragua, que es su colonia, se han preocupado de establecer gobiernos fundados en el voto, y en México apoyan abiertamente a los violadores del sufragio?

—Es muy sencillo —me dijo Lloyd, con esa franqueza que es patrimonio del que se siente firme—: en Nicaragua estaba comprometido nuestro honor. La Marina americana era responsable de aquellos sufragios. En México ustedes son independientes, son ustedes los que hacen las elecciones.

—De suerte —comenté— que en México actúan ustedes sin responsabilidad...

Y es, en efecto, peor la condición de un país mediatizado, traicionado por sus propios hijos, que la condición de una colonia. Es este último un régimen franco; el nuestro es un régimen hipócrita.

En Hermosillo no permitieron que subieran a saludarme los particulares. Únicamente uno de la policía entró al vagón, era aquel muchacho Gaxiola, de Culiacán, que me dijo: "*Yo fui su partidario*, estoy ahora empleado en la comandancia local y pedí ser yo el que lo entrevistara para ver que nada ocurriese". En todo el camino los polizontes habían trepado para cerciorarse de mi presencia en el vagón y comunicarla al centro. La frase "fui su partidario" era ya un símbolo. Todos o casi todos se habían puesto en pasado, precisamente en el instante en que los verdaderos partidarios debieran estar indignados y alertas. Unos pocos sí, se hallaban por el momento buscando adeptos que quisiesen empuñar las armas; otros habían pagado con su vida el precio de su lealtad; otros más se hallaban presos, pero la nación en masa empezaba a decir como el polizonte: "Fui vasconcelista..."

Amanecemos en Nogales. Al bajar del estribo, el jefe de la escolta, un viejo coronel, atento, bien parecido, me estrechó la mano y en tono que parecía conmovido declaró: "¡Por lo menos salió usted con vida. Mis felicitaciones, me da gusto verlo sano y salvo en la línea!..." Me dirigía a la visa del pasaporte. En la fotografía del lugar me abordó el periodista Ramírez de Anda, por nombre afectuoso: *el Cacama*. "Del otro lado —me dijo— tengo máquinas de escribir; quiero una larga declaración." "Espere unos minutos —asentí—, se la daré." Por el rumbo de la estación del ferrocarril, un grupo de curiosos había formado fila silenciosa. Eran los mismos que un año antes aclamaban, pero estaban ya sin jefes, el terror los había disgregado. En tono un tanto dolido exclamé ante Ramírez de Anda: "Mire ese pueblo, temeroso de aclamar a su Presidente electo..."

Todavía en la garita, unos rufianes del resguardo metieron sus manos por mis maletas, con grosería intencionada. Se hizo en ellos rencor toda la bajeza del México oficial, que me echaba fuera con rabia, como se arroja a uno que estorba para seguir en el robo, la concupiscencia, el asesinato y la mentira.

En el hotel, del lado americano, me abordaron los periodistas y me puse a dictar: "*No me han derrotado, me han defraudado*". Revistas de amplia circulación, como el *Literary Digest*, publicaron textualmente, como lo dije en inglés: "*I have not been defeated, I have been cheated*". "Al pueblo mexicano le toca ahora hacerse justicia —añadí—. Volveré al país tan pronto como exista una partida de cien hombres armados que me haga respetar como Presidente electo... ¿Mi rival? Mi rival es un embaucador, no es presidente, ni siquiera ingeniero, como se hace llamar... ¿La actitud del embajador? El embajador se ha salido de su papel diplomático al publicar declaraciones favorables a la candidatura gubernamental..."

Estaba ya todo aquello en el telégrafo, cuando Lloyd se acercó y me dijo, francamente enojado:

—Encontrará usted dificultades, aun con las autoridades de inmigración, a causa de esos ataques a *mister Morrow*.

—Por mi parte —le dije—, pueden devolverme en seguida a México.

Pero las autoridades de inmigración se portaron extremadamente corteses; más aún, cordiales. “¿Qué se propone hacer en los Estados Unidos?”, decía una de las preguntas del cuestionario de ley. “Esperar hasta que en mi país gente armada me llame para echar fuera del poder a los usurpadores.”

Concluido el papeleo, el jefe de inmigración me dijo:

—*I don't blame you... I can understand how you feel...* Comprendo su sentir: Aquí hemos visto *con nuestros ojos* la manera como procedió el Ejército, del otro lado, en Nogales, el día de la elección. Y hacía hervir la sangre ver cómo golpeaban a un pueblo indefenso... *God bless you...* Dios lo bendiga.

Y me dio tarjeta de estancia indefinida, incondicional, en los Estados Unidos; me autorizó a viajar dentro del país por donde se me ocurriese. No todo el país americano es de la calaña de *Morrow*...

En el cuarto del hotel tomé el teléfono; me comuniqué con San Antonio, para pedir la inmediata publicación del plan que había formulado en México y que correligionarios de confianza habían traído a los Estados Unidos. Quien tenía el texto de lo que fue el plan de Guaymas, el licenciado Ponciano Guerrero, avisó que salía rumbo a Nogales. También hablé con Nueva York. Allá un amigo, que no nombraré, se hallaba al habla, por amistad personal, con el propio presidente Hoover. “Véngase luego —me dijo—, véngase por avión.” Hablé también con Valeria, que enterada del recado pendiente de Hoover insistió: “No salgo para ésa, porque urge aquí su presencia, tome el avión”. Al ingeniero Paredes, que oficialmente me representaba en Washington, le pedí que no se extrañara de que no me detuviera a verlo en Washington, no quería caer en el deshonor de tantos presidenciables que van a Washington antes de tomar posesión, o porque no pudieron tomar posesión. Hablé, naturalmente, con mi familia, diciendo que esperasen, porque primero tendría que ir al Este; mi viaje sería rápido; pronto nos veríamos en Los Ángeles. Se hallaba todo arreglado para mi partida rumbo al Norte, cuando llegó Vito Alessio.

Con él venían algunos amigos de San Antonio, entre los cuales recuerdo al señor Gerzáin Ugarte, ex carrancista, a quien por eso mismo siempre procuré tratar con gran deferencia, que él correspondió con lealtad. Y decidimos tomar ese mismo día un auto, que a ellos los llevaría de regreso a San Antonio, y a mí me dejaría en El Paso para tomar el rápido de Nueva York. A última hora se nos unió para el viaje el joven profesor García Rodríguez, que tan bravos servicios prestó, aliado a los muchachos del Comité Orientador. Valiente en la tribuna, como pocos, un día, en un mitin que me tocó presidir y poco después del asesinato de Germán de Campo, se remangó la camisa, enseñó el brazo grueso y agresivo, gritando: “Aquí hay más sangre de la juventud, si hace falta para el triunfo de Vasconcelos”. Hubiera querido dejar en Nogales una persona que nos representara, se encargara de nuestros intere-

ses políticos y García Rodríguez, que se había distinguido precisamente en Nogales, cuando hice mi entrada al país, me parecía el indicado. Con las gentes del lado mexicano ya no se contaba, porque el terror las había puesto en dispersión. Al señor Siqueiros, del *Diario del Noroeste*, y durante muchos meses jefe de nuestro partido, lo habían encarcelado, le habían robado la imprenta y se hallaba desterrado del lado americano.

Desgraciadamente, García Rodríguez no aceptó representarme en Nogales de Arizona. Expresó que se dirigía a Nueva Orleans, donde tenía parientes, mientras el horizonte político se despejaba. Comprendí que no deseaba seguir en la lucha y me callé. Y nos quedamos sin persona que en Nogales ayudara a los refugiados que, a diario, escapaban de toda la costa.

Alessio insistía en que lo acompañase a Del Río para hablar con amigos adinerados que decía tener en Villa Acuña, de los cuales creía poder obtener una buena suma. "Vaya usted —le dije— y obtenga todo el dinero que pueda, que bien lo necesitamos. Lo autorizo ampliamente."

Me habló también de que en Coahuila sólo esperaban que yo estuviese en salvo para empezar los levantamientos. "Está bien —repliqué—; ya urge que se haga algo; por mi parte confieso que vengo desilusionado. El hecho de que esté yo aquí es ya una prueba de que no hemos logrado provocar la reacción nacional de protesta que era de esperarse. Estoy aquí porque no encontré siquiera veinte hombres que me siguiesen al campo. Sin embargo, confío aún en cierto grupo que próximamente ha de empezar a moverse por Sinaloa; no puedo decirles más, podría comprometer lo iniciado, pero estén pendientes de las noticias de Sinaloa." Me refería, por supuesto, a Bouquet que por el momento era mi única esperanza de brote armado. Pero, añadí: "Si antes que en Sinaloa pueden provocar algo en Coahuila, no dejen de hacerlo. Para volver a entrar al país, lo mismo da un punto que otro. Por donde haya cincuenta hombres listos, entraremos o entraré". Mientras tanto les expresé que mi plan era, una vez lanzada la proclama rebelde, no exhibirme mucho, no dar lugar a que se dijera que estábamos tranquilamente en el extranjero, mientras otros peleaban. Convenía que ni el Gobierno ni el público supiesen con exactitud de mí, así podrían lograrse dos objetivos: que me perdieran la pista, para el caso de que pudiese entrar a México por la fuerza y dejar correr la fantasía popular, que no sabiendo con exactitud mi paradero podría soñar con que andaba yo por las montañas, o en misteriosas conspiraciones. Todos estos son factores que no hay derecho a desdeñar. Y bien entendidos de que una o dos semanas después los vería a todos a mi paso por San Antonio, pernoctamos en El Paso en la mejor armonía.

Llegó al día siguiente Ponciano Guerrero; revisamos el texto de la proclama rebelde, que se llamó Plan de Guaymas, y lo dimos a la prensa. Lo publicó íntegro *La Prensa*, de San Antonio, y en México diversos diarios menores. Circuló, además, profusamente, en copias a máquina. Por la noche tomé el rápido de Nueva York. El Plan de Guaymas dice así:

*Resoluciones del Plan de Guaymas, cuyo respaldo pedimos al pueblo mexicano:*

I. Se declara que no hay en la República más autoridad legítima, por el momento, que el C. Lic. José Vasconcelos, electo por el pueblo, en los comicios del 17 de noviembre de 1929, para la Presidencia de la República. En consecuencia, serán severamente castigadas todas las autoridades, inclusive los miembros del Ejército, que sigan prestando apoyo al Gobierno que ha traicionado el objeto para el que fue creado.

II. El suscrito, Presidente Electo, rendirá la protesta de Ley ante el primer ayuntamiento libremente nombrado que pueda recibirla en la República, y desde luego se procederá a organizar el Gobierno legítimo.

III. Se desconoce a todos los poderes *de facto*, así los de la Federación como los de los estados y municipios, que desde hace tantos años han venido ensangrentando al país, robando el tesoro público y creando la confusión y la ruina de la patria, y que han pretendido burlar el voto público en la elección presidencial última.

IV. El ciudadano que en cada uno de los estados tome el mando de las fuerzas que expulsarán a los detentadores del poder público se hará cargo interinamente del Gobierno local, y procederá a organizar éste de acuerdo con la Constitución Federal, con la de la Entidad Federativa de que se trate y con las demás leyes y vigor, a reserva de que sus actores de Gobierno reciban la ratificación del Presidente legítimo de la República y de que éste confirme su investidura, la que no por ello perderá su carácter provisional.

V. El pueblo designará libremente en cada municipio a los ciudadanos que deban encargarse de la administración municipal.

El Presidente Electo se dirige ahora al extranjero, pero volverá al país a hacerse cargo directo del mando tan pronto como haya un grupo de hombres libres armados, que estén en condiciones de hacerme respetar.

Hágase circular y cúmplase.

Dado en Guaymas, Estado de Sonora, a 1° de diciembre de 1929.

*José Vasconcelos.*

#### LAS DECISIONES DEL IMPERIO

De la entrevista privada con el Presidente americano, se me dijo, en resumen, lo siguiente: Que los informes consulares de los Estados Unidos reconocían que mi elección había sido un hecho nacional; que en cada distrito no sólo la mayoría a mi favor era abrumadora, sino que se habían cometido atropellos como para invalidar la posición de mi adversario; que el Gobierno americano estaba cansado de Calles, no porque no les cumpliera, sino porque el callismo había cansado al pueblo de México y convenía, en consecuencia, provocar un cambio de personas dentro de la misma política de subordinación a los pactos y entendidos celebrados por *mister* Morrow. Por eso mismo, la pro-

tección del Gobierno de Washington a las gentes del poder en México no era incondicional, ni eterna; que si yo lograba producir una rebelión antes de que Ortiz Rubio consumase el viaje que había anunciado a Washington, el Gobierno americano se mantendría neutral, demoraría el reconocimiento del Presidente gobiernista. Pero que si la rebelión que yo predicaba no se consumaba para la fecha indicada, entonces (había dicho Hoover), "si el pueblo mexicano no protesta contra la violación y burla de su voto, no voy a ser quien lo haga". "Si para la fecha de la visita de Ortiz Rubio a Washington no hay rebelión, Ortiz Rubio tendrá todo el apoyo del Gobierno americano y no toleraremos disturbios, ni siquiera propaganda adversa a su gobierno, en la frontera."

En rigor, era correcto el proceder norteamericano. La misma intervención indebida del embajador en la política interior de México hubiera quedado desautorizada si en nuestro país la opinión se hace sentir contra la imposición electoral. Todavía disfruté instantes de ilusión, imaginando que estallarían en México lo que con tanto ahínco se había preparado, no sólo psicológicamente, también en forma práctica, por no pocos rumbos. El sentir norteamericano, en general, era desfavorable respecto del modo de hacer democracia en el país del Sur. Pero los periodistas, los profesores, de filiación judeo-izquierdista, me censuraron que predicase la rebelión. En tono de consejo amistoso escribieron los más que el recurso de las armas revelaba no saber perder, que el ejemplo de reconocer la derrota era lo que México necesitaba, y no nuevas rebeliones. Entre algunos amigos míos también prevalecía este concepto. Lo pude comprobar cuando me citaron a una junta Gómez Morín, el ingeniero Garfias, el licenciado Samperio. ¿Por qué no aceptaba la derrota y regresaba a México para organizar la oposición y prepararla para otra lucha?

"¿Cómo podría —les dije— sostener un partido en la oposición, si aun cuando el Gobierno lo tolerase no habría dinero ni carácter para sostenerse cinco años en oposición verdadera?" Se anima un tanto la oposición durante el periodo electoral, en seguida se produce el sálvese el que pueda, apresurándose los más a buscar acomodo con los vencedores. No conocían ellos el medio mexicano. "Por otra parte —afirmé—, tal es el plan de Morrow. Y no lo sigo, no porque sea de Morrow, sino porque creo que el país necesita la limpia de una revolución, y porque nuestras revoluciones son el único medio de progreso democrático, dado que los gobiernos son desleales y no emplean otra razón que la fuerza."

Al argumento de la falta de dinero para sostener un partido, mis amigos generosamente respondieron que ellos se hacían responsables de conseguir fondos para el sostenimiento del partido civilista y doctrinario, etc., etc. Y lo habrían cumplido. Por lo demás, cito este rasgo patriótico de ellos para que se vea que no era la desesperación económica lo que me llevó a continuar la prédica armada contra el Gobierno. De haber atendido a mis conveniencias, de allí salgo para México, bien pensado con dinero limpio y para dedicarme



a la cómoda tarea de la prédica impersonal y doctrinaria. Los del Gobierno hubieran sido los primeros en alabar mi abnegación. La misma facilidad de esta solución me provocaba asco. Por fortuna, vi claro que no se debe confundir la acción política con la cátedra. Mis adversarios habían pretendido hacer de mí un maestro de los jóvenes, un predicador de futuro, como si mi actuación en la política nacional hubiera comenzado en la Universidad. Nunca fui siquiera catedrático de nuestra Universidad y cuando pasé por ella, como rector, actué como político que reforma y organiza de nuevo, no como decano que dentro de la Universidad elabora un futuro.

Además, estábamos lanzados y no era el momento de cambiar la táctica. Seguía los pasos de Madero y de todos los que han hecho algo en la política nacional y no procedía hacer ensayos, estando comprometida la vida de muchos ciudadanos, habiendo caído ya tantos mártires... Prefería, les dije, ser el caudillo derrotado de un nuevo plan, entre los cien planes de nuestras revueltas, y no un prófugo de mi propia trayectoria, uno que devolvía sonrisas en pago de las ofensas, pues para todo aquello que me proponían hubiera sido forzoso que declarase mi sumisión a los asesinos que habían creado a Ortiz Rubio. Antes el destierro para siempre, y decidí: Perderé la patria, pero no el honor. Si el pueblo se mantenía en parálisis, si nadie me seguía, nadie tampoco tendría derecho de decir que yo había desistido, en el momento crítico. La hora en que todo se derrumba es la hora de las resoluciones intransigentes, no la hora de cambiar de planes. Y nada valía el pretexto de preparar el futuro, porque el futuro es hijo del presente y el presente iba a empeorarse, iba a ensuciarse con mi regreso pacífico a una patria ensangrentada y escarnecida. Por lo menos, la protesta viva de mi abandono y vilipendio en el extranjero sería jirón de la honra desgarrada de los mexicanos, mientras hubiese uno capaz de saber de honor.

De Washington también el ingeniero Paredes, a quien nunca pagaré su sacrificio de haberme representado, a su costa, me aconsejaba la aceptación de la derrota y la paz. Los días pasaban y México, inmóvil, tomaba, desde la distancia, el aspecto de uno de esos ídolos aztecas de cuencas vacías, toco granito, que nunca sirvió de aposento a un alma.

#### ME QUEDO CON VALERIA

En la general desintegración de voluntades, Valeria se alzó magnífica. No quería oír hablar de transacción. No deberíamos regresar a México si el pueblo no se hacía justicia armada. No debía perder el tiempo con los tibios. Ella se dedicaría en lo de adelante a la propaganda encendida, a la visita y conquista de todos aquellos que pudieran aportar fuego al incendio. En una cena que congregó más de una docena de los latinos del Greenwich Village, Valeria había soltado claridades como para no volver a sentarse a la misma mesa. Todo aquello del socialismo callista era una farsa, junto con los que en

el extranjero la explotaban. Todos sabían que lo de México era un régimen de asesinato y de entrega de los recursos y el alma de la patria. Pero Calles pagaba en una u otra forma a todos los que en *The Times* y en *The Nation* comulgaban con ruedas de oro a falta de hostia... "No sé cómo no me desmayé allí mismo", comentaba Valeria, una vez que hube echado fuera toda la ponzoña que el trato de aquellas gentes había acumulado en mi ánimo en los últimos meses.

En lo adelante, ambos veríamos que, día tras día, el círculo de las enemistades se ensanchaban en tanto se reducía el grupo de los leales. Muy mal propagandista es la derrota. Y pocos perdonan al derrotado que ni se comunica con sus antiguos amigos, pero los compromete al obstinarse en no acatar triunfos fundados en la iniquidad. En el alma de Valeria, en cambio, ocurrió lo que marca el temple de las estirpes nobles y esforzadas; que si antes podía haberse mostrado poco diligente en la lucha, ahora iba a cargar el peso de toda la tarea desahuciada. Poniéndose al extremo, para darle más fuerza al ataque, y por un arranque sincero se declaró católica, rompió con sus amistades anteriores y dedicó su esfuerzo entero al esclarecimiento de la verdad mexicana inmediata y a la producción literaria futura.

Juntos realizamos el viaje hasta San Antonio; allí ella se separó con rumbo a Los Ángeles, en tanto yo me detuve unos días para hablar con unas cuantas personas.

#### EULALIO VIO CLARO

Me interesaba conocer la opinión de Eulalio Gutiérrez. Nadie como él para tomarle el pulso al momento, sobre todo en el sentido de la posibilidad de una acción armada. Se hallaba desterrado porque lo complicaron, en contra de su voluntad, en el disparate de los escobaristas, que al hermano le costó la vida. Oriundo del norte del país, relacionado con el elemento militar de la revolución, conocedor, además, de la psicología de las rebeliones, veterano del maderismo y el carrancismo, su convicción estaba formada y me la dijo: "Se quedará usted gritando en vacío". "El país está cansado." "Ya no existe el ánimo heroico de otras épocas." "Aun muchos de sus amigos están pensando en la forma de acomodarse; y se volverán contra usted si así es necesario para que los dejen vivir en paz dentro del país..." "Qué le vamos a hacer, usted hizo ya lo que humanamente es posible hacer; manténgase airado, pero no espere, para pronto, una reacción nacional."

—Pero si vengo a que usted mismo me ayude, a urgirle a todo el mundo que se levante en armas, que nos secunde; si no se hace esto en seguida, más tarde será más difícil... —y le conté lo del recado de *mister* Hoover... "Pronto o nunca", nos decía el jefe del Imperio.

—Pues siento no poder prometerle nada, porque usted y yo juntos y otros cuantos más nada lograremos...

A Vito Alessio y a Gerzáin Ugarte les participé el resultado de mi viaje y los dos prometieron mantenerse activos en la tarea de recomendar los alzamientos. Y me llamó la atención que Vito andaba como queriendo esconderse. Para las cartas que quisiera yo ponerle, me dio unas señas en que no figuraba su nombre, sino un seudónimo. Y nada me precisó ya, sobre los trabajos misteriosos que venía realizando en Coahuila con miras a un levantamiento que urgía ver realizado. No había hecho Vito ninguna declaración desde que cruzó la frontera y empezaba a sentirme solo en mi grito de que me habían defraudado el voto. En contra de mi dicho estaba la propaganda oficial formidable repetida a diario en todos los tonos; y el silencio de los que me habían apoyado. En vano esperé una voz autorizada que confirmase siquiera lo que yo decía. Y es claro que nada podían hacer en este sentido los que se quedaron en México, privados de todo medio público de expresión. Pero los que, como Vito, se hallaban a salvo en el lado americano, ¿por qué callaban? Ni por su propia derrota de Coahuila había protestado Vito. Debí comprender que calla en estos casos el que prepara el regreso. No, no me pasó la idea de que unos cuantos meses más tarde Vito se presentaría en México, sin perder el silencio de su ostracismo, salvo para empezar a molestar a sus antiguos correligionarios y al jefe que él mismo había contribuido a crear.

#### EN EL PASO

Con mi nombre me registré en un hotel modesto, y los buenos, generosos amigos, Enrique Vasconcelos, mi primo, y Rodolfo Uranga, el primero que en el Norte había apoyado públicamente mi candidatura, empezaron a llevarme visitas. Por un momento pareció que El Paso volvía a sus buenos tiempos. Un general y hasta doce oficiales y jefes de los de Caraveo, excelentes muchachos, acostumbrados a jugarse la vida, me propusieron un plan estupeando. Darle un golpe de sorpresa a Ciudad Juárez, para lo cual creían contar con ciertas complicidades en la guarnición. El jefe de ésta no entraba, por supuesto, en el proyecto, pero era un militar relativamente estimable. Contáronme de él un rasgo, no muy claro, pero que revelaba, por lo menos, cierto pudor. Cuando llegó a Juárez la circular al Ejército, firmada por Amaro el ministro, en el sentido de que cada jefe de armas era responsable de que las casillas electorales no estuviesen dominadas por la mayoría vasconcelista, el de Juárez había dicho, según el cuento: "Que se encargue otro de esa infamia", y se había ausentado ese día de la plaza, dejando a su segundo el cumplimiento de la tarea deshonrosa.

El hecho es que no se padecía en Ciudad Juárez ese terror de losa fúnebre que pesaba sobre otras poblaciones fronterizas. Y lo único que faltaba para que el golpe de los jefes caraveístas se consumase era un poco de dinero, no más de dos mil dólares, para la compra de unos cuantos caballos, una veintena de

rifles, más algo para los que iban a exponer la vida y dejaban atrás familia. Y el único que creíamos podría dar esa suma era Caraveo. "Pídale usted el dinero —me dijeron— y no se lo negará: él se ha ostentado como partidario suyo y es decidido y es generoso."

No tuve que ir en busca del general Caraveo. El mismo día de mi llegada, por la tarde, me honró con una visita muy cordial. Y le hablé del proyecto de sus amigos. El no desautorizó el propósito; al contrario, le pareció factible, pero dijo que de momento no contaba con dinero; lo daría tan pronto como un agente comercial suyo regresase...

—Bueno, general —le dije—, reflexione que si usted no hace este esfuerzo, pierdo quizás la única oportunidad de entrar a México tal como debo entrar... Piense usted que es triste que el país nuestro, que nunca ha ahorrado su sangre para el apoyo de las causas turbias, o sea, para encumbrar bribones, resulte ahora con que para una causa como la mía, como la nuestra, no aporta ni gente ni voluntad de sacrificio...

Si no hubiese estado pendiente lo de Sinaloa, de lo cual a nadie hablaba en concreto, por temor a una indiscreción, me quedo en El Paso a esperar el desarrollo del plan que, al darnos una plaza de frontera, habría hecho cambiar el curso de nuestra historia. Pero en vista de que no había, en realidad, plazo fijo para comenzar, me dirigí a Tucson para estar cerca de Nogales y de lo que, de un momento a otro, esperaba ocurriría en Sinaloa.

Antes de salir de El Paso logré romper una vez más el silencio de tumba que había caído sobre nuestro movimiento.

La Prensa Asociada, la United, me enviaban, sin que yo lo solicitase, sus corresponsales, y a todos ellos debí una divulgación fiel de mis incitaciones a la revuelta; más aún, en muchos casos, una presentación amistosa de mis puntos de vista, pues por encima de lo que opinaron los jefes de estas agencias, íntimamente ligados a los banqueros que apoyaban a Morrow, los corresponsales no podían sustraerse al contagio del sentimiento público que nos acompañaba en el deseo de una revancha contra la insolencia de los constabularios. En plena frontera y a la vista de todo el mundo, encarcelaban éstos, desterraban, mataban hombres libres cada día de la semana. Luego, el domingo, vestidos de *gentlemen*, jugaban al polo en pistas improvisadas sobre el muladar del municipio, sin aceras, ni servicios sanitarios. Y el desventurado público local tenía que concurrir al torneo, con las hijas, las esposas de las víctimas, sacrificadas semanas antes por los héroes del monroísmo, discípulos del maestro Amaro y apoyo firme de los planes de *mister Morrow*.

#### EL DÍA MÁS TRISTE

Y llegó el día anunciado por el corresponsal del *Times*, de Londres: "El día más triste de su vida, cuando a sus amigos los pongan en fila para ser fusilados..."

Del hecho nos enteramos en un café de Tucson por los diarios de la tarde, que ofrecían en inglés los voceadores. A primera plana y en letras gruesas se daba la noticia de que acababa de ser pasado por las armas en Nogales, Sonora, el general Bouquet. Lo señalaban como el jefe designado por mí para la iniciación de un movimiento rebelde contra el régimen y concluía la nota: "Con esto ha quedado aniquilada de raíz la rebelión vasconcelista". *"Nipped in the bud."*

Lo que en realidad había pasado lo supe en seguida por amigos que acababan de cruzar la línea. Bouquet, junto con los amigos que encabezaban la conspiración de Mazatlán, estuvo escondido en Nogales esperando una ocasión para cruzar la frontera, porque no les habían cumplido los que, en el campo, debieron acogerlos. Un exceso de confianza impidió que atravesaran la frontera de inmediato y las tropas de Amaro los apresaron. En seguida que fusilaron a Bouquet, libertaron a sus acompañantes.

No pudiendo hacer otra cosa que hablar, aproveché el interés de los reporteros que me rodearon para denunciar ante el mundo aquel nuevo crimen.

El jefe de las armas, que con su hazaña se ganó de por vida puesto distinguido en el constabularismo nacional, me contestó en términos ofensivos, insolentes. "Se jugaba el pescuezo —dijo— a que yo no pasaría la frontera." Su reto no era válido, puesto que nunca a nadie obligó el honor a entregarse a quien no lo tiene. Y como no se daba el caso de que cien hombres armados me invitasen a entrar al país a pelear, mi promesa seguía siendo válida.

Entre el público y la prensa hubo comentarios duros para la conducta del jefe de las armas. Los más altos funcionarios del Estado de Arizona, sin embargo, a los pocos días invitaron al jefe aludido a no sé qué fiestas de carácter oficial. Pasó la frontera el militar, agasajado por comités de recepción. Los reporteros volvieron a interrogarme: "¿Qué me parecía todo aquello?" "Anda el general —contesté— disfrutando de su asesinato." Nueva andanada de injurias del general, pero por la prensa, y renovadas promesas de liquidarme si me agarraba como a Bouquet, desarmado y solo, en el territorio en que él era brazo de la tiranía.

Más tarde supe que el valeroso comandante, roído al fin y al cabo por el remordimiento, se excusaba de lo de Bouquet diciendo que había cumplido órdenes directas de Amaro, el ministro. Quien nunca ha dado excusas, que yo sepa, es Amaro, siempre leal a la misión que le asignó Lawrence en su *Plumed Serpent*, reencarnación de la antigua divinidad azteca, que tiñe su manto con la sangre indefensa del prisionero.

Del Ministerio pasó Amaro, uno o dos años después, a la dirección de la academia militar más famosa de nuestra patria desventurada. Y si no le falta en un momento dado la decisión, que no es frecuente en los muy sanguinarios, de presidente lo hubiéramos tenido por muchos años. En los tiempos que relato era él, en verdad, el presidente y Portes Gil el firmón. Calles se paseaba en Europa, otros le guardaban celosamente el territorio entero de la patria para su feudo.

A los pocos días del asesinato de Bouquet se publicó en toda la prensa el decreto que contra mí daba el presidente Portes Gil. Se prevenía en él a todas las aduanas, a todas las comandancias militares, que me quedaba vedado el regreso al país. Frustrado y todo, me reconocía como un rebelde. Era lo que yo necesitaba para mi tranquilidad. El reconocimiento de que no había aceptado la derrota desleal.

#### LA SALVACIÓN DE LA IDEA

Más que mis propios fracasos en el empeño de conseguir gente armada, que hiciera respetar la voluntad nacional expresada de modo ineludible en la acción política, el desastre de Bouquet me llevó al convencimiento de que por mucho tiempo no sería posible mover aquella masa aterrorizada que era la patria. Y por mucho que yo insistiese en culpar de todo a Morrow y la intervención de los Estados Unidos en apoyo de la iniquidad, en el fondo sentía la evidencia de que era mayor nuestra propia responsabilidad que la del extranjero. Pues nadie se impone a un pueblo que tiene virilidad y conciencia, y mucho menos por medio de un influjo que, como lo han usado los Estados Unidos en las últimas décadas, bien se sabe que no llega al uso aplastante de la fuerza. Simplemente han jugado con nuestra corrupción, la han canalizado en nuestro daño, como quien maneja médicamente una peste y la devuelve y la mantiene en el sitio de su origen hasta que acabe con los habitantes de una comarca infectada.

Pero en el derrumbe inevitable quedaba por salvar la idea que en nosotros había encarnado. El triunfo material nos había sido robado, pero no era justo que se llevasen también los usurpadores honra y fama, después de la traición y la iniquidad. Era menester exhibirlos ante el mundo. Y en esta tarea inmediata, única revancha legítima que, por el momento, estaba a nuestro alcance, nadie prestó mejor servicio que Valeria. Instalada en casa-oficina que al efecto rentamos, la máquina de escribir, a falta de ametralladoras, comenzó a disparar. Y en revistas de influencia continental, como el *Repertorio* de Costa Rica, siempre abierto a la protesta justificada, y en periódicos de Europa y América, comenzaron a aparecer explicaciones y protestas, denuncias del embajador Morrow y definiciones del significado de nuestra derrota. Juntos sentimos que era menester informar, especialmente a los pueblos del Sur, de la manera nueva como realizaba sus conquistas el imperialismo.

Hastiado yo temporalmente de la prédica escrita y verbal, imposibilitado de poner, según prometí a ciertos jóvenes de México, la inteligencia a caballo, hallé en Valeria una prolongación de mi propia conciencia. Dejé que ella escribiese todo lo que requería el momento en materia de aclaraciones y definiciones. En lo que sigue verá el lector el modo genial como Valeria me suplió en la empresa de salvar la idea.

*Diario de Panamá. Marzo 6 de 1930*

## VASCONCELOS FRENTE AL IMPERIALISMO

*Cómo fue defraudada, ostentosamente, una campaña democrática*

POR CARLOS DEAMBROSIS MARTINS

*París. Febrero, 1930.* —Una mujer de noble estirpe espiritual, que como muchas otras mujeres mexicanas se asociaron al gran movimiento cívico prestigiado con la personalidad de José Vasconcelos, acaba de dirigir una conmovedora epístola, relatando los sucesos más salientes de esa campaña democrática que fue, es decir, que debió haber sido como el despertar de la conciencia de América. Porque la victoria del educador Vasconcelos hubiera significado la afirmación del pensamiento indoespañol, su cultura, su razón de ser, etc., frente al designio de superación de la raza saxoamericana. México ha librado el 17 de noviembre de 1929 una de las batallas más formidables contra el imperialismo yanqui. El ideal salió defraudado en virtud del triángulo fatídico: Washington, el dictador-caudillo y Wall Street. Trinidad diabólica que es ya el símbolo definitivo de nuestras calamidades. Washington y Wall Street es un solo dios... y dos personas distintas. Todo esto es bien sabido, pero no hará mal en repetir una vez más la dosis. El buen remedio cura o mata. ¡Apliquemos la dosis hasta que repugne!

El mensaje de la poetisa chilena —y cuya copia nos la envía la autora desde Los Ángeles, California— es un singular documento histórico que no debe ni puede quedar inédito, y entendemos no incurrir en una falta de delicadeza dando a la estampa los fragmentos más trascendentales de esta misiva personal. A nuestro descargo diremos que América tiene cabal derecho a conocer la verdad escueta de esta lucha en la que todas nuestras repúblicas, sin excepción, están llamadas a darse cita con el destino. De nuevo perdimos en tierra azteca en el magno y desigual duelo contra la intromisión extranjera y contra la ignominia interior. Pero que se sepa al menos la razón de esta derrota. Quizá sea una lección que otros pueblos de la misma habla aprovecharán a su hora. Y si no la aprovechan, nosotros no habremos dejado de cumplir por eso con un deber elemental de conciencia.

Copiamos a la letra este documento mexicano que, gracias a la benevolencia de su autora, llegará al mismo tiempo a poder de su ilustre destinataria y a conocimiento de nuestros lectores:

Los Ángeles, 18 de enero de 1930.

Muy estimada...

En días pasados recibí su carta que agradezco profundamente. Voy a contestarla con la amplitud que el caso (la elección presidencial de Vasconcelos) requiere. Tanto más porque con toda justicia me da usted su opinión sobre el particular y yo estoy obligada a explicarle cuáles razones decidieron mi petición a usted; petición

que también le hice a Romain Rolland. El solitario de Suiza, en carta que me escribió, me decía lo que usted: que los amigos de Vasconcelos en Europa estaban ignorantes de la labor que este hombre extraordinario estaba haciendo en América...

Efectivamente, Vasconcelos no se ha preocupado por tener a nadie al corriente de su labor, por apremiante e inmensa, y por el conocimiento que tiene de las limitaciones ajenas.

¡Qué tarea sobrehumana se echó sobre los hombros! Usted, que conoce bien aquel mi pobre país, se puede formar idea de lo que significó recorrerlo palmo a palmo, moverlo hasta las entrañas y sacarle a golpes de verdad un alma rescatada de la ignominia ambiente. Negado por todos y cada uno de los que se llaman intelectuales, fue "el loco Vasconcelos", durante los primeros meses de la campaña. Y a medida que la gente anónima, la gente dolorosa y sin esperanza, el pueblo que guardaba en el corazón la semilla pura de la labor que en Educación Pública había realizado, labor misionera de la que parte y no pequeña le corresponde a usted, hubo estupor.

Usted sabe bien cuáles fueron los motivos que obligaron a Vasconcelos a aceptar ser candidato a la presidencia. La necesidad de demostrar que el pueblo de México está apto para la democracia y que es la pandilla que lo dirige la que está descalificada. El discurso del general Calles del 1 de septiembre de 1928, en el que declaró que se retiraba de la política, que jamás volvería a ser presidente y que garantizaba próximas elecciones liberales, dieron base para quitarle de una vez por todas la careta al sucesor de Obregón. Vasconcelos sabía que iba a exponer la vida, pero consciente de su destino aceptó volver a México a dar una lección de hombría.

El 10 de noviembre de 1928, el licenciado cruzó la frontera en Nogales, acompañado por dos jóvenes. No sabían si al día siguiente ya no vivirían. Uno de sus acompañantes le aconsejaba prudentemente que no comenzara a hablar de política hasta no sondear el terreno y que comenzara dando una conferencia cultural sobre el Brasil. Vasconcelos le dijo que llevaba su manifiesto escrito y que si no encontraba a quien leérselo lo leería frente a un poste de la calle. Este manifiesto fue Evangelio y Credo durante el año de peregrinación. Usted comprenderá que la gente al oírle enloqueciera de esperanza y amor. Cuando lo vuelve el conocimiento profundo que de México tiene Vasconcelos, conocimiento que le da aspecto de vidente.

El candidato sabía que si no le mataban antes (recuérdense los atentados de Guadalajara, Pachuca, Torreón, Monclova, Tampico, Chihuahua, Ciudad Juárez, etc., etc.), el día de las elecciones burlarían el voto. Por eso dijo en Nogales: "Venimos a convocar al pueblo mexicano y, en consecuencia, es necesario definirles nuestros propósitos: excitaremos al pueblo para que vaya a votar, y por lo mismo es necesario precisar qué es lo que va a imponer con su voto... De esta suerte, más tarde, una voluntad nacional sólidamente unificada sabrá hacer respetar ese voto y sabrá ponerlo a salvo de todos los atentados, ya individuales, ya colectivos; ya personales, ya gubernamentales".

Estoy convencida de que lo necesario es que las almas se limpien. Vascon-



celos mismo lo dice en ese manifiesto: "Lo primero que urge cambiar es nuestra actitud frente a la vida, sustituyendo el encono con la disposición generosa". Creo como usted, amiga mía, que su labor periodística, o mejor, su cátedra en la prensa de México, fue preciosa, necesaria, pero con él creo también que en ella contrajo el compromiso que volvió a cumplir con el pueblo mexicano. Las doctrinas que predicaba no podía, al presentarse la ocasión material (y la desaparición de Obregón se la dio), seguirlos predicando en espera de que otro las practicara. Había llegado el momento de practicar lo que enseñaba. Exponía la vida, pero en él eso es la costumbre. Lleva veinte años exponiéndola. Entiendo perfectamente su intervención generosa para defender la vida de Vasconcelos. Una de las mayores angustias que hemos vivido fue el sobresalto continuo de que lo asesinaran y, sin embargo, sé que el licenciado vale por su obra y siento que, aun cuando hubiera muerto cumpliendo su deber, hubiese seguido fecundando a América. Era necesario "salvar el significado de su campaña", el significado espiritual, y por eso pedí a usted que incitara a las conciencias libres de América para que exigieran la verdad de lo ocurrido en México. Mi idea no fue la intervención de país en país, sino despertar el interés que merece el 'Caso México' planteado por Vasconcelos.

La situación en México, brevemente expuesta, es la siguiente: El 17 de julio de 1928 cae asesinado Obregón, presidente electo después de haber hecho fusilar a sus dos contrincantes. Calles era el hombre fuerte, pero temeroso de los obregonistas (los generales que dieron un cuartelazo en marzo de 1929), para ganar tiempo y deshacerse luego de sus enemigos hizo las declaraciones que ya cité, acallando así suspicacias que podrían haberle sido fatales. El general Calles no pensó, ciertamente, que habría quien, en serio y a conciencia, le tomara la palabra. Y, aunque lo hubiese pensado, habría negado que el país, agotado y apático, se conmoviera gracias a la palabra de un hombre.

Vasconcelos se propuso demostrar: 1° Que México podía elegir a sus mandatarios; 2° Que el Gobierno provisional no daría garantías; 3° Que el voto no sería respetado cuando positivamente la masa fuera a votar por quien no le conviniera a Calles; 4° Que el pueblo debía castigar a los burladores del voto y detentadores del poder.

Sabía el candidato que inevitablemente se iría a un conflicto en el que se derramaría sangre, porque los adversarios eran desleales. Durante un año, con la palabra en la boca, desnudó a todos y cada uno de los políticos mexicanos, hizo conciencia en la gente y, algo inconmensurable: comunicó un soplo de fe que dio valor e hizo que hombres y mujeres crecieran en el espíritu. Movió a México, movilizó a la multitud, la despertó, la azotó con su verbo claro, le purificó el alma. El 10 de noviembre de 1929, tuvo lugar —ordenada por el Comité Nacional Antireeleccionista— una manifestación pacífica en todos los pueblos y ciudades de México con objeto de demostrar que, por lo menos, un 95 por ciento de los votos, en una elección legítima, eran ya de Vasconcelos. El Gobierno dio orden de impedir que se efectuara esa manifestación; en algunas partes, como en la capital, pretendió disolverla tirando con ametralladoras sobre los manifestantes

desde las oficinas del partido político contrario. Al ver el Gobierno que ante el fuego la muchedumbre no se dispersaba, cambió de táctica. En la última semana se ocupó en esparcir toda suerte de noticias alarmantes para que los jefes vasconcelistas se escondieran o pasasen al extranjero.

En muchos casos se les encarceló y, en otros, se les mató. En víspera de las elecciones, el Ministro de la Guerra giró orden a todos los jefes militares para que se apoderaran de las casillas y al día siguiente no se dejó votar a nadie. Hacía tres semanas que Vasconcelos estaba preso. Se procedió a falsificar los votos. El Gobierno declaró electo al candidato oficial tres horas antes de cerradas las casillas. La prensa norteamericana dio la noticia de la "elección pacífica" del candidato oficial a la mañana siguiente. El banquero Lammont invitó al señor Ortiz Rubio a que los visitara tres días después. La prensa yanqui, toda vendida al imperialismo, sólo dio la versión de que en México la situación es sonriente, las elecciones fueron democráticas. Vasconcelos perdió en buena lid, por inconspicuo. El embajador de México, *mister* Morrow, que es el que manda allá, le mandó un mensajero al licenciado, la raíz de la falsa elección, ofreciéndole que, "si reconocía la legalidad de la elección de Ortiz Rubio, él y los suyos tendrían una buena oportunidad".

Puede usted, amiga mía, estar segura que si el Gobierno mexicano no asesinó a Vasconcelos después de los intentos fallidos fue porque la Casa Blanca no es amante de esa política cuando la puede evitar. También puede usted estar segura de que Vasconcelos estaría ahora en México, como Presidente electo, si no hubiera sido por el apoyo decidido, cínico, del embajador americano al general Calles. A México le brindó el destino esta última oportunidad, o sea la de seguir rigiendo su destino y, quizá, de consolidarse espiritualmente. Sólo con Vasconcelos podíamos intentar la salvación. Su lucha ha sido la lucha de un hombre que se respalda en su raza, contra el yanqui invasor, conquistador. Era indispensable para México que, por lo menos, la conquista del Norte encontrara resistencia, que no todos fueran traidores a su raza, a su religión y a su patria. Y porque su lucha fue consciente, porque en ella habló un destello de América, por eso creí y creo que América toda, si no está ya corrompida, tiene interés en saber y en exigir saber la verdad de lo ocurrido en México.

Circunstancias ajenas a su voluntad e inclinación hicieron de Vasconcelos candidato a la Presidencia y lo han convertido en el Presidente electo a quien los yanquis impiden gobernar. Con su campaña escribió una página de la historia americana que supera en potencia espiritual a su labor en Educación Pública y que sin duda va a dar una cosecha imprevista y fecunda en hombres, hechos y obras. Si después de su prédica, el día en que se burló el voto Vasconcelos hubiera aceptado la imposición, reconociéndola, todos los que lo habían seguido y sostenido habrían sentido que él también traicionaba, se vendía. Quedaba demostrado que, en buena lid democrática, los rectos recibían bofetadas... y si Cristo enseñó la no resistencia, también echó a los mercaderes del templo.

La personalidad de Vasconcelos, a quien no conocía personalmente, me era sumamente simpática. Cuando volvió a México seguí atenta el movimiento que provocó a su alrededor. En un principio, los periódicos dieron amplia publicidad

a su campaña. Cuando llegó a la capital, ante el espectáculo increíble de más de sesenta mil almas que delirantes de entusiasmo se congregaron a recibirle, me quedé atónita. Seguí paso a paso los mítines y reuniones en tanto estuvo en la metrópoli, y después, cuando en agosto de 1929 se volvió a marchar al norte de la República, quise por mis propios ojos cerciorarme de que no sólo la gente de la ciudad, sino la del campo, se volcaba a su paso. Le acompañé de Saltillo a Tampico y vi lo increíble. Monterrey, Tuxpan, ciudades enteras que se vaciaban para recibirlo en triunfo palpitaban al soplo de su palabra; gente sedienta de verdad que lloraba; mujeres que levantaban en brazos a sus hijos enseñándoles al justo que despertaba la esperanza; hombres conscientes que atesoraban su recuerdo porque les había dado la escuela y el libro. Le recibían a él, candidato de la oposición, como a un dios. En el campo se repetía el mismo fenómeno de adoración. A lo largo de la vía férrea, a lo largo del camino carretero —por el cual debía pasar su automóvil—, la gente humilde se congregaba en son de fiesta, las niñas vestiditas de blanco, con ramilletes en las manos, las mujeres engalanadas echándole confeti o, como en San Pedro de las Colonias, perfume. Esto explica por qué el Gobierno fue ahogando la libertad de prensa, recurriendo cada vez más al terror. Por eso asesinaron a varios líderes vasconcelistas; abrieron fuego sobre multitudes inermes, como en Torreón, en México, en Veracruz; encarcelaron estudiantes simpatizadores de la causa, y pretendieron asesinarlo a él. Esto explica por qué lo tuvieron preso y lo obligaron a salir del país, y por qué ahora, cuando regresa el presidente impuesto por los Estados Unidos, las ciudades por las que pasa caen bajo la ley marcial.

Yo seguí con devoción el despertar del espíritu que Vasconcelos realizó. Únicamente aquellos que estaban cegados por intereses materiales no se entregaron totalmente al movimiento de redención que él inició. Seguí el proceso con el asombro del incrédulo al que la verdad de los hechos van convenciendo. A Vasconcelos le debo una comprensión total de mi país. Creo, con usted, que la labor que este hombre estupendo realiza en América es única y que la realizará igualmente en cualquier sitio. Que para él mismo su situación actual es preferible, pero no para México. Si el país se levanta en armas, irá allá; si la patria agobiada por el terror se doblega y poco a poco se deja ir comprando, Vasconcelos ya no tendrá más hogar que el mundo...

Excusándome por haberla entretenido tanto tiempo, le ruego me perdone en nombre de la obra que en espíritu realizó Vasconcelos en México.

Con todo mi respeto y cariño.

Mientras esto escribía Valeria con el propósito de salvar la idea, tantos que fueron amigos del Ministro de Educación y se dedicaron a divulgar su obra ganando de paso continuadas ventajas, en lo de adelante se dedicarían a corromper la idea y hacerla confusa. No debí figurar como candidato, afirmaban, y de todos modos, insistían, no debía seguir en mi prédica antimexicana; el nuevo Gobierno era un adelanto sobre el de Calles, etc., etc., y todo con miras a ganarse la tolerancia de los vencedores desleales.

## ATIZANDO EN VANO

Y aunque personalmente desilusionado, no desperdiicé recurso alguno que pudiese prender el reguero de pólvora que a pesar de todo seguía esparcido. A través de Miguel Ángel Beltrán, me comuniqué con viejos rebeldes y agitadores de la costa del Pacífico, que todavía solían buscarme, por la noche, a escondidas del espionaje gubernamental. Y ofrecían que tal o cual zona lanzaría al campo hombres armados en defensa de la legalidad y el patriotismo.

Y como siempre he creído que una revolución es obra, más que de las armas, del estado psicológico de un pueblo, me empeñaba en sostener ardido el ánimo público, mediante conferencias que empecé a dictar desde San Francisco hasta Caléxico, en la frontera de la Baja California. Lentamente, sin embargo, aun aquellos que para la comedia de las elecciones habían prestado apoyo franco, se me fueron retirando, sin dar excusa los más, ofreciendo una excusa peregrina los que se dignaban explicar su cambio de frente. Hallé la excusa en una hoja periódica, horas antes de la conferencia que di en el Centro California. Decía el ex correligionario, en un periódico de la tarde, que no me seguían porque ya no era yo Quetzalcóatl predicando la paz, sino insensiblemente me había colocado en el papel de Huichilobos, que reclamaba matanzas. Y tomé esa observación desleal como tema de mi plática de esa noche. Y señalé en vano la diferencia que hay entre pelear por la justicia y matar deslealmente, en apoyo de la injusticia. Por eso se habían perdido los aztecas, no habían sabido pelear para defender a Quetzalcóatl como hombres libres y, en cambio, se habían visto condenados a la guerra perpetua y la discordia sin término. Pues no es sobre bases de crímenes como se levanta el edificio de la prosperidad, la felicidad de las naciones. “Les alarma —expresé— que yo predique el castigo de los asesinos, pero ni uno de esos pacifistas levanta la voz para condenar a los verdugos; al contrario, se alían con el verdugo, desde el momento en que me abandonan a mí.” Y era verdad: en cada caso particular, la causa del cambio de frente de los claudicantes aparecía objetiva, en ventajas y cargos públicos obtenidos del Gobierno en recompensa de las deserciones. Hubo otros que aun sin recibir paga y con la sola esperanza de que sus largos destierros fuesen condonados, echaban piedras a quien antes habían ensalzado. Aparecieron folletos y artículos de “enemigos del Gobierno”, que, sin embargo, me calumniaban, me vilipendiaban, me señalaban como jefe inepto y ambicioso vulgar. Y así comenzó la tarea de desprestigio que no hería de frente, pero se valía de los tránsfugas. Por lo común, el grupo oficial no ha contestado mis cargos, no me ha ofendido, pero ha hecho recluta de traidores, para minar a través de ellos mi fama, presentándome como uno a quien sus propios amigos devoran. Hubo así traiciones notorias y ni vale la pena dar los nombres de tan bajos actores. Y la lluvia de improperios y calumnias fue amarga, porque la escupían bocas que meses antes me proclamaban afecto. En México no se levantaba una voz que no se dedicase a censurarme. Iniciaban,

generalmente, el ataque expresando con cuánta simpatía habían visto el movimiento democrático que yo encabezara, pero *ahora no podían menos que reprobar mi conducta antipatriótica, mis desahogos de despecho*. Es decir, que la hora en que debieron estar todos conmigo, la hora de exigir que la justicia no fuese burlada, fue hora de recriminaciones. Y, peor aún, de enojo porque no adoptaba el fácil papel de payaso electoral que acepta sonriendo el fraude y el crimen. Por supuesto, los pocos leales no podían hablar, ni hubiese habido diario que les tomara opinión y se hallaban en su mayoría perseguidos. Raro fue entre ellos el que no visitó la cárcel en los días siguientes a la elección, como Azuela, otros un poco más tarde, según se verá en lo que sigue.

En Los Ángeles se hallaban Méndez Rivas, Pedrero y Ahumada, siempre animosos, resistiéndose todavía a creer que el país se quedase con la ofensa. Del interior nos llegaban prófugos. A la directiva de Tepic, por ejemplo, la habían deshecho. Uno que otro visitante me llevaba esperanzas. Así, por ejemplo, Abraham Arellano. Estuvo con nosotros unos días, luego se regresó para la región lagunera, donde, me dijo, había habido levantamientos y volvería a haberlos. Una ilusión sobrevivía y Méndez Rivas lo tomaba muy en cuenta. No era posible, opinaba, que la rebelión estallase al día siguiente de las elecciones. Era exigir dos esfuerzos máximos, uno tras otro: pero el día de la toma de posesión del impostor, ésa debía ser la fecha. En ese sentido aleccionamos a Arellano. A él y a otros que regresaban les pedimos que corrieran la voz. Nada valen conspiraciones que señalan la hora precisa de ir a tomar un cuartel; triunfa la espontaneidad, la popularidad de la protesta, y esto es lo que debía provocarse en todo el país. A nosotros nos tocaba mantener vivo el estado psicológico que precede a los levantamientos y decide las acciones de guerra. La prensa de todo el país trabajaba en contra de la creación de un estado de ánimo parecido. Los diarios seudoindependientes eran los más urgidos para declarar que toda alteración de la paz sería criminal. No necesitaba el Gobierno convencer; sus mismos enemigos ofrecían treguas y parlamentos, paz no solicitada, y brutalmente se limitaban a matar, esporádicamente, pero con puntería certera, allí donde algún brote parecía simplemente posible.

Tranquilamente y con lujo de nabab, Ortiz Rubio fue a Washington, a oír que le dijeran lo que yo ya sabía, que era él a quien reconocían como Presidente y no a Calles, que contara con apoyo para hacerse respetar. El pobre diablo no lo quería creer. Además, le aconsejaron que buscase un acercamiento con la oposición; hizo en consecuencia declaraciones que nos abrían la puerta. Sin duda, pensó desde entonces lo que habría de proponerme más tarde: una alianza para deshacerse de Calles que lo había hecho Presidente, sacándolo de la nada. Pero aparte de que desdeñé el trato, a mí no me importaba hacer a un lado a Calles; mi compromiso era echar fuera del Gobierno a todo el pretorianismo que ha estado envileciendo a nuestra raza. En Chicago, la colonia mexicana, vasconcelista en su mayoría, le hizo un desaire en la estación a Ortiz Rubio, que ya no se atrevió a llegar a Los Ángeles. En esta última ciudad, pese al dinero que prodigaba el Consulado, nuestros compatriotas seguían

firmes y todavía llenaban las salas en que se congregaba el vasconcelismo. De suerte que se vio patente, por doquiera, que cuando el mexicano actuaba sin la presión de un ejército, la repulsión de Ortiz Rubio se producía amenazante.

En cambio, sorpresa y vergüenza produjo en todos, aun en el mismo Ortiz Rubio, según llegó a saberse, la recepción calurosa que fue recogiendo por toda la costa del Pacífico, que me había aclamado su candidato. Región que ni siquiera había osado Ortiz Rubio visitar en su gira electoral, de pronto, convencida por el éxito desleal, olvidaba su preferencia, escondía los himnos de la campaña vasconcelista para ofrecer pleitesía al usurpador. Del México de afuera únicamente San Antonio, siempre dominado por el consulado de los Santa Annas en turno, dio la nota servil, con motivo del paso de Calles que regresaba de Europa. No creo que la prensa mintiera y afirmó que hubo en la estación gentes que aclamaron al que partía para México a gobernar sin responsabilidades.

Se descartó en su triunfo el Ejército. Al nuevo Gabinete irrumpieron los generales. La misma Educación Pública quedó a cargo del milite protestante Aarón Sáenz, íntimo de Morrow. El general Lázaro Cárdenas, sin más antecedentes que su devoción filial por Calles, resultó jefe del partido oficial impositivista y después ministro. Eulogio Ortiz, el más cruel en la persecución de los opositivistas, mandó la escolta del nuevo presidente. Riva Palacio, el ejecutor de Germán de Campo, resultó Ministro de Gobernación. A Juan Andrew Almazán debe de haberle sabido amarga la boca de verse apenas ministro, después de tanta fatiga y cambio de opinión, y en tanto que Ortiz Rubio, ex huertista de menor categoría, sin un solo afán, resultaba su jefe y presidente pelele número 2. A Saturnino Cedillo, ex guerrillero valiente, pero que no sabía firmar, lo hicieron Ministro de Agricultura en premio de los fusilamientos de cristeros y de vasconcelistas consumados en su provincia.

Amaro conservó su puesto de Sacrificador Mayor, en la Secretaría de Guerra. En general fue un Gabinete de premio al Ejército. Tanto es así, que el acto más notorio de Ortiz Rubio, consumado apenas se restableció de su percance, fue la proclamación de un día de fiesta nacional, que corre agregado al pocho calendario de santoral cívico, al lado del día del maestro, el día de la madre: el Día del Soldado. La fiesta del Constabulario.

#### EL PERCANCE

No lo quería yo creer y el corazón me saltaba de júbilo; en el ánimo aleteó la esperanza. Pero allí estaban los diarios de la tarde, ardidados con los detalles. A media plaza, cuando terminados los festejos de la toma de posesión, el Presidente de los Constabularios se dirigía a su casa, un individuo de la masa le había vaciado su pistola, le había deshecho el rostro, bautizado de obsceno, por medio de un balazo, restaurador de la honra de los mexicanos. El delincuente heroico, al ser aprehendido, se había confesado vasconcelista. "No pude resis-

tir al espectáculo”, dijo en su primera declaración, después de que los polizontes lo golpearon, lo desfiguraron en el tormento. “No pude resistir un impulso de justicia; aquél no era el Presidente; el Presidente era Vasconcelos.”

El nuevo mártir se llamaba Daniel Flores; procedía de San Luis Potosí y yo no recordaba partidario alguno con ese nombre; tampoco habíamos logrado siquiera establecer clubes regulares en la provincia aterrorizada por Cedillo. Pero había procedido conforme a su corazón y no me quedaba otro remedio que ampararlo moralmente, cargando con su responsabilidad. Publicaron, al día siguiente, los diarios de la mañana, la mala noticia de que Ortiz Rubio estaba fuera de peligro, aunque marcado de por vida, y entre las condolencias oficiales alcanzaba primacía la del presidente Hoover, jefe supremo de la situación creada en nuestra política. Calificaba Hoover el atentado de cobarde. El adjetivo me llamó la atención y me dio la pauta de mi propio comentario. Lo pidieron ese mismo día los corresponsales, y dije: “Cobarde fue la acción de los policías de Mazatlán, que al dispersar una manifestación en mi favor degollaron a un niño en los brazos de su madre. Ahora bien, asaltar a un sujeto que va rodeado de toda una guardia marcial será todo lo condenable que se desee, pero no es un acto de cobardía, es un acto valeroso. Y me extraña que para las víctimas de Mazatlán no haya habido la sensibilidad de que hoy se hace gala. El que conozca un poco los Estados Unidos sabe la veneración que a todos merecen la persona del Presidente y sus opiniones. Una reverencia que no se puede decir que esté inspirada en servilismo, sino en la circunstancia admirable de que, con excepción de uno que fue prontamente eliminado, todos los presidentes norteamericanos han sido hombres de bien y caballeros sin tacha, cuando no, además, hombres extraordinarios como Lincoln o como Wilson, como tantos otros. De suerte que la audacia de un extranjero metido a sugerir poco acierto en una declaración presidencial colmaba los límites de la paciencia de los patriotas, que no es mucha por cierto, cuando se trata de gentes de fuera de la nacionalidad y fuera de la raza”. Inmediatamente resentí los efectos de mi exabrupto, pero no los lamenté. Ambicionaba la honra de ser expulsado de los Estados Unidos. En parte, eran los norteamericanos responsables también de la ignominia establecida en México. El honor de una expulsión no llegó, sin embargo, a cristalizar, pero sí empecé a sentirme hostilizado; por ejemplo, mediante cartas con santo y seña en que se me decía: “¿Por qué no te largas del país, en vez de criticar a sus funcionarios?”

Y realmente, la idea de un largo destierro en los Estados Unidos no me seducía. Resolví pasar esos años entre gente latina, en el sur del Continente, o en Europa. Pero me hacía falta dinero, mas no era prudente que de inmediato me ausentase de la frontera. Algo podía derivarse del atentado contra Ortiz Rubio. Quizás se acercaba el momento, imaginado por Méndez Rivas, en que brotes rebeldes habían de marcar la protesta colectiva, ya no sólo la protesta individual, tan abnegadamente expresada por Daniel Flores. Y decidí esperar.

Entretanto, uno de esos auxilios que es más lógico atribuir a la Providencia que al ciego azar vino a darme un rumbo para la hora ya próxima en que habíamos de convencernos de que el pueblo de México haría de Flores otra víctima sin rescate, como lo hizo con Toral. Desde París, don Carlos Deambrosio Martins, mi agente literario, me puso un cable diciendo que Eduardo Santos, el dueño de *El Tiempo*, de Bogotá, diario que había publicado mis colaboraciones durante varios años, me invitaba a visitar Colombia, dando conferencias de paga o como simple huésped suyo. El camino del Sur se abrió, pues, cuando se cerraba el Norte, y como Santos se había distinguido por su hispanoamericanismo, su resistencia a la intromisión norteamericana en los asuntos de Hispanoamérica la sentí como una compensación. Lo que México no podía darme, un asilo digno, Colombia me lo brindaba. Y rápidamente me puse a hacer planes. Para los gastos personales y los de mi familia me quedaban tres mil dólares escasos, lo bastante para un año. Pero deseaba no sólo vivir, sino seguir combatiendo; para esto último necesitaba una revista. A Miguel Ángel Beltrán encomendé recaudar fondos para tal objeto y nadie le respondió. Nadie quería ya ocuparse de mí sino a base de que transigiera. El propio Miguel Ángel aconsejó que partiese al Sur, que recorriese Centroamérica. Por esos días también, un diputado guatemalteco, de paso por los Estados Unidos, después de una de mis conferencias, me invitó para que fuese huésped de la Universidad de Guatemala. Por un momento soñé establecerme en Guatemala con alguna cátedra, como la que había sostenido en Chicago y en California. Pero si la gira de conferencias dejaba libre algún dinero, fundaría una revista en La Habana o en Europa, a efecto de hacer una campaña en defensa de Hispanoamérica y para sostenido bombardeo de la ignominia entronizada en México.

#### TOPILEJO

Se ha hecho mucho ruido, en los últimos tiempos, alrededor de la carnicería oficial en que perdieron la vida el general Serrano, candidato presidencial de una fracción del Ejército, y sus catorce acompañantes. Lo que eso fue ha llegado en detalle al público. Pero Serrano era uno que había hecho lo mismo que padeció. Él y sus amigos sacrificados merecen compasión, pero no el agradecimiento de la patria. Perseguían una causa turbia y cayeron en ella. Lo que no impide que se haya hecho lugar común hablar de las víctimas de Huitzilac, por el nombre del sitio en que fueron sacrificados. En cambio, sobre Topilejo apenas si se ha escrito, y lo que se habla suena todavía a murmuración temerosa que nadie quiere escuchar. Cada una de las tumbas de Huitzilac tiene su cruz y, en cambio, los inmaculados patriotas de Topilejo no tienen encima ni el recuerdo de una generación ingrata, por terror que envilece. También debemos observar, a manera de excusa de humorismo macabro, que no es posible identificar individualmente las tumbas de Topilejo, puesto que los soldados que consumaron las ejecuciones se permitieron una voluptuosidad



digna de los aztecas: descuartizaron a los muertos, igual que se destaza el ganado. Recientemente se hizo la comedia de la investigación en lo de Topilejo y a causa de que tanto se divulgó lo de Huitzilac. Pero, apenas iniciada la investigación, comenzaron a sonar ciertos nombres y de pronto el juzgado suspendió las diligencias. Y los testigos fueron amenazados si daban a la prensa los pormenores. Desde que supe lo de Topilejo, preví que por allí andaban nombres, que, tarde o temprano, y dada la tradición vigente, llegarían a la categoría de presidenciables, si no es que a la Presidencia misma. Por el momento, la responsabilidad la asumió Eulogio Ortiz, que, ya sea por franqueza nativa, ya por inconciencia ética, se ufana de sus hazañas en vez de ocultarlas. Pero hay cómplices que todavía se ocultan bajo el manto de los más altos funcionarios del país. Dejemos la justicia al tiempo y recordemos los hechos escuetos. En venganza de lo de Ortiz Rubio, o simplemente para atemorizar, cierto día fueron sacados de sus casas hasta cuarenta conocidos vasconcelistas. El general Ibarra, viejo maderista, casi octogenario, de por Texcoco; el ingeniero González Madero, bravo, noble muchacho, que andaba en los treinta, y los demás por el estilo, la lista completa no ha llegado a publicarse; precisamente el descuartizamiento tuvo por objeto dificultar la identificación. Enseguida no faltó quien gozase atormentando con el engaño a las familias que preguntaban por sus deudos. Se les hizo creer que andaban prófugos, hasta que un indio, pasando por el camino de Cuernavaca, descubrió una mano de difunto que asomaba entre el barro; escarbó y desenterró un brazo, cavó más y halló una pierna; se hizo el escándalo, acudieron reporteros, se tomaron fotografías del terreno, se publicaron conjeturas. Y cuando el juzgado urgido por las familias de los desaparecidos intentó practicar las exhumaciones de ley, un piquete de soldados rodeó el terreno, impidió el acceso al lugar. Luego, la Secretaría de Guerra declaró, por la prensa, que el caso estaba bajo la jurisdicción de los militares. ¡Con lo que bastó para que agachara la cabeza todo el mundo!

En el extranjero circuló la historia macabra: cuarenta vasconcelistas habían sido descuartizados, al mismo tiempo que aseguraba el Gobierno que no existía peligro de rebelión, que "nadie le hacía caso al candidato derrotado y despechado, prófugo en el extranjero". Y era tal el empeño de los grandes intereses, los capitalistas con inversiones en nuestro país, de que el Gobierno de Ortiz Rubio, patrocinado por la Casa Morgan, se impusiese que, escritores con fama de humanos, como el célebre Brisbane, el bien pagado por el sindicato Hearst, lejos de apiadarse de las víctimas señaló al Gobierno mexicano el ejemplo de Pedro el Grande, que a fin de lograr la consolidación de su cetro no sólo mataba, sino que sacaba de sus tumbas los cadáveres de los antepasados de sus enemigos, para quemarlos. "Eso mismo debía hacer México con todo el que intentase perturbar la paz sangrienta que el Procónsul Morrow estaba consolidando en beneficio de los dos países." Quien quiera convencerse de este dicho, examine la columna de Brisbane, en los diarios de Hearst, de febrero o marzo de mil novecientos treinta.

En la capital no hubo comentarios, se impuso el silencio, pero un silencio cómplice, porque mucha gente, en lo personal honesta, prefería no enterarse a fin de poder seguir cobrando, beneficiando, la sinecura gubernamental. “¿Qué de veras? —preguntaban los fariseos cuando escuchaban la negra historia de labios de algún familiar humillado— ¿No habrá exageración? ¿No serán cosas de despechados como Vasconcelos, que anda denigrando a México en el extranjero?” Porque, no se podía negar, el Gobierno actual era progresista; ¡qué tal esas casas que están tirando para abrir una gran avenida, a estilo de Norteamérica! Por esos días engrosó el rumor propicio de que ya el general Amaro aprendía no sólo castellano, también alemán. Y los lechuguinos de la metrópoli, con ciertos hombres de negocios y determinados agentes imperialistas como Carlton Beals, señalaban al general Amaro como sucesor de Ortiz Rubio y esperanza de la revolución y de la patria.

Véase un dominical de *The New York Times*, de la época, para confirmar lo de Carlton Beals.

Entre los que se salvaron por mero accidente de la matanza de Topilejo está el abogado Román Millán, excelente hombre, valiente, que se hizo cargo del papel peligroso de animar a los conspiradores reuniéndolos en su propio despacho, gastando en las conjuras pequeñas sumas de su peculio de profesional joven. Otros, la mayor parte, de los directores de la campaña vasconcelista sufrieron prisión por semanas y por meses, tales como Salvador Azuela y Carlos Pellicer. Algunos más perdieron su modo de vida habitual, como Alfonso Taracena, que tan útiles servicios prestó como corresponsal de la prensa de los estados.

#### DECISIÓN ALTIVA

Lejos de pensar en el regreso que para todos era fácil, mediante una declaración sumisa (a causa de que los Estados Unidos ya no querían desterrados en su seno, y exigían benevolencia para los sometidos), Valeria decidió por el exilio definitivo. Pero no le era posible consumarlo desde luego. Sus asuntos económicos se hallaban embrollados. Malos negocios en compañía de asociados torpes o de mala fe, hipotecas ruinosas, para obtener efectivo de inmediato y qué sé yo, pero el hecho es que se hallaba en situación estrecha, angustiada a ratos, no obstante el caudal que dos o tres años antes heredara. Y el derroche, la imprevisión, fundados quizás en la creencia de que le quedaba algo que rematar, seguían siendo su única norma. Hay personas negadas por completo del sentido del dinero. Sin ánimo de censura, puesto que la anécdota demuestra esplendidez y despreocupación, relato lo que un amigo de recursos modestísimos me refirió poco antes de la *débâcle* de mi amiga: “Fulano, préstame tres mil francos...” “¡Tres mil francos!... Son todos mis ahorros de dos o tres años, pero en fin, se trata de usted; aquí están...” Ese mismo día compró Valeria quinientos francos de juguetes para el hijito, que ya los tenía en abundancia... Luego, por la noche, invitó a la esposa del que

le había hecho el préstamo al restaurante más caro; se gastó en la cena doscientos, y así sucesivamente.

Cuando en Los Ángeles hicimos balance de nuestros recursos, resolví lanzarme en seguida a la América del Sur. El viaje llevaba mi prédica por el único rumbo que me quedaba abierto y, aparte de eso, me ofrecía oportunidades de ganancia inmediata. Acostumbrado a sortear las dificultades del exilio y la lucha contra enemigos implacables, nunca me he sentido tranquilo si no tengo por delante un año de vida seguro, en efectivo. De suerte que, apenas pasaron las dos o tres semanas necesarias para ver si lo del atentado a Ortiz Rubio y Topilejo iba a significar una ocasión de rebeldía o una consolidación del terror, decidí partir por agua rumbo a Panamá y Colombia. De su lado, Valeria convino en que era indispensable su regreso a México para liquidar sus asuntos en vista de la ausencia definitiva que proyectaba. Además, se proponía recoger al hijo. Al salir de México lo había encomendado a una hermana; pero estando en curso el pleito del divorcio, el padre aprovechó para reclamarlo. Se lo entregó el juzgado y entonces, con ánimo conciliador, puso al chico en poder de la misma hermana de Valeria. Este rasgo me sirvió de base para obtener de Valeria la promesa de que ya no recurriera a la astucia y la violencia para disputar la patria potestad. En vez de eso, procuraría un arreglo amistoso para dividirse, por semestres, la posesión del niño. También, al decidir a Valeria a cambiar de apoderado, logré que tomara de abogado al mismo de su señora madre, con lo que se concluyó un enojoso pleito sucesorio y una reconciliación filial que mucho contribuyó a tranquilizar el ánimo de mi extraordinaria amiga. El nuevo apoderado, un antiguo condiscípulo y buen amigo, garantizaba el máximo de eficiencia para el arreglo del embrollo que, largos litigios y falta de atención, habían creado. Y acordamos que, una vez terminada mi gira por el Sur y arreglados satisfactoriamente los asuntos de ella, tornaríamos a reunirnos en algún lugar del extranjero donde pudiésemos dedicarnos a redactar la revista que sería baluarte contra la calumnia y un ariete contra los enemigos de la patria.

#### LA DESPEDIDA

A todos los principales conductores del movimiento de que era yo jefe consulté la decisión de abandonar los Estados Unidos, no obstante que en realidad me la imponían las circunstancias. En lo de adelante, me tendría que dedicar a la denuncia de las maniobras del monroísmo, el poinsettismo, no sólo en México, sino en la América toda. Mis enemigos habían crecido y ya no se limitaría mi ofensiva a los políticos de México. El mal de la Colonia tenía que ser combatido en sus fuentes, o sea, en la Administración norteamericana. Aprobaron mi viaje al Sur todos los que estaban cerca de mí: Méndez Rivas, Herminio Ahumada, Pedrero, Juan Ruiz. Vito Alessio, escondido en San Antonio, ya no contestaba mis cartas; Miguel Ángel me contestó obsequiándo-

me el precio del pasaje hasta Panamá. Juan Ruiz decidió acompañarme por Centroamérica, por su cuenta y para servirme de secretario. A la vez se proponía colocar una película hablada en español, de las primeras que se ensayaron en Hollywood. Méndez Rivas, siempre optimista, creyó que algo podría intentarse por la frontera de Guatemala. Yo abrigaba esperanza parecida y seguramente no llego a Colombia si el ministro americano no me cierra las puertas de Guatemala.

Decidí no mover a mi familia de Los Ángeles, mientras anduviese errante. Mis hijos estaban en la Universidad. Mi hija, dedicada a sus estudios, era tan joven, que no me había pasado por la cabeza la idea de que anduviera de novia y acaricié el proyecto de llevármela en mi gira por el Sur. Y eso que Herminio en cierta ocasión puso en mis manos un librito de proverbios chinos, y me señaló el que más o menos decía: "Cuida mucho de ver con quién se casa tu hijo, pesa las ventajas, las desventajas de cada partido..." "A tu hija, cájala cuando puedas." No entendí. Tampoco hice mayor caso de las advertencias y alarmas que sobre el noviazgo de mi hija formulaba la mamá. ¿Era serio aquello? Por fin, Herminio tuvo que caer en la formalidad del pedimento matrimonial. Un tanto sorprendido, le dije a poco de reflexionarlo. "¿Qué prisa tienen? Esperen uno, dos años, hasta que esta situación se aclare." No me hicieron caso y ante lo inevitable, precisé: "No quiero perder, junto con mi hija, una buena amistad. Consiento, pero con una condición: si después de casados no se entienden, se arrepienten, no se hagan la vida amarga... Usted me la devuelve, que a mí nunca me ha de aburrir". "Sólo porque es usted quien me lo dice, no me enoja", contestó Herminio, ofendido. Cancelé el pasaje de mi hija. Por desgracia, mi viaje no podía aplazarse y el matrimonio quedó concertado para dos meses después, no obstante mi ausencia.

La actitud de la diplomacia norteamericana en México no me producía animadversión en contra del yanqui. Un sinnúmero de norteamericanos demostraba simpatía sincera por nuestra causa perdida. Cada vez que tuve contacto con funcionarios, como cuando fui a pedir el pasaporte para salir del país, la más exquisita cortesía era la regla y, a menudo, la conversación cordial. A mi hija, en cierta ocasión, la citaron al Tribunal por correr su auto más de lo debido, en pleno Boulevard Wilshire. Ocurrió esto cuando me hallaba en México y se publicaban a diario noticias de atentados y obstáculos. El juez preguntó a mi hija su nombre, sus generales... "¿De México?... ¿Vasconcelos...? ¿Qué es usted del candidato a la Presidencia?" "Hija..." Reflexiona el juez, se pasa la mano por la barba y sentencia: "No vuelva a abusar de la velocidad, no le impongo multa, *your father has enough worries...*" (Tiene ya bastantes dificultades encima su padre.) Por el estilo, cierta benevolencia y afabilidad en el trato suelen ser la regla de las relaciones humanas en el país del Norte.

Ya para embarcarme, contraje un compromiso: adelantando una mensualidad compré un *Ford*, que fue el regalo de boda de mi hija, un derroche dentro de las circunstancias, pero lo acabé de pagar con las entradas que pronto obtuve por Panamá y otros rumbos.

El cónsul de Panamá se portó en grande: ¿Que si me daba visa?, le preguntó un amigo. “No necesita visa —respondió—, pero aquí está y dígame que se le recibirá en mi país como se merece, con demostraciones oficiales y populares, es decir, con indiscreción.”

Y como me invitaron de San Francisco los “Diablos Viejos”, para una de sus comidas mensuales, no quise partir sin despedirme en persona de mi gran amigo el doctor Urrea, caballero y patriota sin par. El fracaso lo había tomado como derrota propia. Durante todo el curso de la campaña política nos habíamos escrito regularmente; sus consejos me habían iluminado en muchas ocasiones. En San Francisco me sacó del hotel, me hospedó en su casa. Estaba decidido a no volver al país mientras aquella situación durase; era de los que sólo pensaban en continuar la lucha con los medios que fuesen quedando a nuestro alcance. También el general Ruelas se mostró irreductible. En general, todos nuestros buenos compatriotas del destierro otorgaban aliento y simpatía. Por ejemplo, en Santa Bárbara, los mexicanos que trabajan allí de sirvientes en los hoteles de los millonarios yanquis me retuvieron una noche para hablar de la patria y sus angustias.

[*Obra selecta*, estudio preliminar, selección, notas por Christopher Domínguez Michael, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1992, pp. 280-335.]

## LA FLAMA (1958)

### EXCURSIÓN IMAGINARIA

#### (*El Purgatorio*)

Valeria siente como si despertara. Comienza a librarse de un extraño sopor. Sabe que se ha quedado sin ojos y sin embargo mira con claridad desusada: está sin oído pero capta las vibraciones todas del sonido. Había perdido el movimiento y ahora siente que puede moverse con la holgura que suponemos propia de los ángeles. Hállase suspendida en un extenso vacío, sin embargo no teme caer; no hay abajo ni arriba: está y existe por encima de las dimensiones. Intenta palpase; no encuentra dónde ejercitar la presión; de pronto, cree darse cuenta: se ha hecho impalpable, pero conserva el poder de una fuerza latente. Existe con más certeza que cuando su existir se hallaba encadenado a su cuerpo. ¿Dónde quedó el cuerpo? ¡Ah!, sí... por allá abajo, a pocos metros de la tierra, a donde no podrán destrozarlo las bestias, aunque no se librarán de los gusanos. Pero así hubiese quedado destrozado, pulverizado por una explosión o flotando en el mar, roído por los peces, no hubiese importado: no le hace falta.

Valeria se resuelve a caminar y avanza por una pradera que no tiene confín; no hay en ella plantas; pero se descubren presencias; algo como ella misma en su situación presente: volúmenes animados, "almas en pena", adivinó el lenguaje popular. Una de ellas avanza a su encuentro; le habla sin voces de un idioma particular; con pensamiento que proyecta la imagen de lo pensado, sin necesidad de articular sonidos convencionales: ¿transmisión y reconocimiento de las ideas y sus objetos?

Comienza el diálogo: "¡Bienvenida, alma sin ventura!", dice la sombra.

"Bendito sea Dios que no estoy sola", responde Valeria. "En efecto, somos millares los pobladores de esta zona del ser."

"¡Zona del ser! ¿Eres metafísica? Está bien, quien quiera que seas, háblame, sácame de esta confusión y soledad. ¿Cómo te llamas?"

"En el mundo me llamé Simonne; fui francesa, más bien dicho, judía; leí a Platón y procuré practicar la doctrina del Señor."

"¿De cuál Señor hablas, está por aquí Jehová? ¿Me habré equivocado de ruta? Yo fui católica. Por cierto, de México, donde tanto se ha padecido por la religión verdadera. Yo misma luché por ella, indirectamente, es cierto, por la vía de la política y nunca me sometí al poder de las tinieblas: busco la luz. ¿Tú, qué haces aquí?"

Simonne: "Yo también caminé por sendas torcidas, pero en lo íntimo mantuve fidelidad a Jesús".

Valeria: "¿Y como es posible eso, si dices que eres judía?"

Simonne: "Soy judía de raza, mira mi perfil (no, nunca fui bella), pero viví fuera de la Sinagoga. El Viejo Testamento se me hacía intolerable, como un totalitario cruel. Pronto me convencí de que la Iglesia posee el depósito de la verdad. Sin embargo, hallé en ella factores totalitarios que contuvieron mi entusiasmo. Preferí ponerme a imitar a Cristo en sus obras".

Valeria: "Yo amé a Cristo con pasión y sin embargo: henos aquí, tú y yo, en este lugar desolado. Dime qué país es este y por dónde se sale de él".

Simonne: "¿Tan pronto quieres ya partir?"

Valeria: "Lo malo es que no me siento con ánimos, ni siquiera para ver de instalarme aquí. Podían abrírsenos las puertas de par en par y no sabría qué hacer. ¿Zona del ser has dicho que es?; ¿región de la muerte, querrás decir!"

Simonne: "No de la muerte, sólo de la sombra. En cierto sentido, esto es una muerte; a medias, pero una muerte a la cual se puede escapar. Esto es el país de la esperanza: el preludio de la vida verdadera. Por lo menos, las penas del cuerpo han ya concluido para nosotros: la fatiga que yo padecí a diario, labrando la tierra mientras mi cabeza punzaba y el tormento y desasosiego moral que tú padeciste, según lo prueban las líneas atormentadas de tu rostro, todo eso pasó pero nos queda aún mucho qué pensar con el espíritu".

Valeria: "¿Será esto, entonces, el Purgatorio? Ahora comprendo: estamos en la región del castigo".

Simonne: "No, Dios no castiga; nos ama demasiado para hacerla de verdugo".

Valeria: "Entonces, ¿por qué no nos lleva directamente a la Gloria?"

Simonne: "Porque está escrito que el grano muere para dar nacimiento a la vida. Es uno de los misterios del existir. La muerte natural en el mundo, nos hace fácil la tarea de la resurrección en el cielo".

Valeria: "Pero yo he muerto ya y por mi propia decisión. ¿Qué más hace falta?"

Simonne: "Hace falta sufrir. Tú no has muerto, simplemente has pretendido escapar a tu cruz".

Valeria: "¿Crees tú, que yo no he sufrido?; precisamente por no haber querido soportar penas vulgares, hice el sacrificio supremo de cortar mi destino".

Simonne: "Huir de la pena no es heroísmo".

Valeria: "Entonces tú, ¿no eres suicida?"

Simonne: "No, mi pecado es otro: yo me pasé toda la vida ensayando, practicando la humildad. Viví, por propia voluntad, mezclada con los pobres, los miserables, buscando y casi gozando el sufrimiento. Pero en un punto capital me faltó la humildad. Caí en aquella manía de mi tiempo: proclamar como virtud suprema la sinceridad. Se puede ser sincero y malvado; sincero y soberbio. Lo que me trajo aquí fue en verdad, la indecisión. Estuve en el umbral de la Iglesia y no llegué a penetrar en su recinto".

Valeria (confusa): "Yo me avergüenzo de decirte que yo entré, pero entré

para matarme. Bajo la bóveda sagrada me pegué un tiro. ¿No se supo nada de eso por acá?”

Simonne: “No hace falta que entres en pormenores. Tú rehusaste, lo diremos en metáfora sagrada: quisiste apartar el cáliz. Te olvidaste del Señor Crucificado”.

Valeria: “¿Y acaso no estaba yo en mi derecho de hacerlo? Yo no tengo la fuerza de un Dios, a la vida se le ponen condiciones, de lo contrario lleva a perder la dignidad. No envidio a mis paisanos y lo que tienen que soportar en injurias y humillaciones para seguir arrastrando una existencia vil”.

Simonne: “Siempre queda el recurso de la protesta: morir en ella si es necesario, pero no rehusar”.

Valeria: “Pero no tenía madera de Santa, sólo vocación de rebelde”.

Simonne: “El Señor venció la carne, tú te sometiste a ella, matándola cuando ya no te pudo garantizar el placer. En fin... se va alargando demasiado nuestro diálogo y es preciso que cada una medite y descubra sus yerros y sus aciertos en estas largas horas de probación y de aprendizaje. Cuando quieras buscarme, basta con que así lo desees vivamente: aquí empieza a mandar el amor. La necesidad es fatalidad de la materia. Aquí cada quien labra su propia redención”.

Valeria (se ha quedado sola y medita): “Me ha dicho que no he muerto, que tan sólo pretendí escapar a la vida sin conseguirlo. Prófuga de mi propio destino, eso soy yo, eso es un suicida. Y como no he muerto, no puedo revivir. ¡Me está cerrado el camino que conduce a la resurrección!”

“Cuando el grano muere...” “Esta misteriosa sentencia atrajo mi atención alguna vez, pero no la penetré. El grano muere, pero no porque se rehúse, sino para dar sitio a otro existir: el tallo, las raíces, la flor. La muerte ha de ser creadora para que sea fecunda; el héroe muere para que algo viva, para que otro se salve. Morir nada más para uno mismo, es egoísmo, es cobardía. Sobre todo, en mi caso. Si hubiese sido una inválida, una que pesa sobre otro, una que ya nada tiene qué dar, enhorabuena, pero yo me anulé en plena juventud, cuando estaba cargada de dones que no se emplearon, no pudieron dar fruto. Empiezo a darme cuenta de mi inmensa responsabilidad. ¡Es para llorar!”

“Pero he aquí que no puedo llorar, será que como ya no tengo cuerpo, con el cuerpo he perdido el don de las lágrimas. Pienso en mi hijo y siento que me sofoca la pena, pero sucede que ya no respiro y no puedo acudir al sollozo. Parece que ningún desahogo me está permitido, tan sólo un hondo penar que me produce disgusto de todo lo que fue. Es como si la renuncia que no quise hacer en el mundo, se me impusiese ahora, por hallarme privada de sentidos, para sentir”.

“Padezco de una pérdida sin rescate y sin consuelo. En vano intentaría gozar como gozan en la tierra las madres el crecimiento milagroso de sus hijos. Cada una de las horas del mío era de deslumbramiento y dicha; ahora irá desenvolviéndose sin que yo pueda verlo. ¡Sufriré sin que yo esté a su lado! Desde el fondo de su almita desamparada, un anhelo hecho de instinto



y también de visión profunda, se expresará tímidamente y casi no llegará a articularse en sus labios porque sentirá algo como rubor de pronunciar la palabra sublime y común: ¡Madre!, ¿por qué me abandonaste? Es para estallar de dolor, si no fuese porque ya no tengo corazón capaz de latir. No imaginé que ante mi propio hijo cavaría un abismo.”

El Ángel de la Guarda: Hubo en el espacio vacío, un rozamiento de alas y una figura luminosa se hizo presente. Sí, en él reconoció Valeria la suprema gallardía que imitan las imágenes policromadas que decoran las iglesias de nuestro país. Era una figura imponente y viva; hecha de inteligencia y de luz. “No desesperes, alma afligida, soy tu guardián. Esto no es el Infierno; ésta es la mansión de la esperanza. Abandónate a tu sufrir, no temas hacerlo; entrégate a la misericordia del Creador; Él, que hizo tu molde, es el único capaz de rehacer lo que tú rompiste.”

Valeria (aquietada y en tono confidencial): “Creí que el haber tomado partido por la justicia en las luchas de mi Patria, me acarrearía algún merecimiento ante el Señor. Creí que el haber hecho algo por el arte... ¿Nada de esto ha de servirme? ¿Dónde está, entonces, la justicia? ¿Hasta cuándo ha de llegarme el perdón?”

El Ángel: “Los plazos del Señor suelen ser largos para la criatura. La Eternidad no se ocupa de las medidas. Vete acomodando al tiempo lento de la Eternidad. Lo juzga lento el que no mira; pero se halla tan cargado de sucesos que habrá de parecerte corto una vez que intentes el recorrido de la mitad de sus sendas”.

Valeria: “Cumplí, por lo menos, mis deberes patrióticos; eso no lo podrás negar. Pude aceptar la derrota sin dignidad, acomodándome. Los poderosos habrían acabado por corresponder a mi sonrisa. Les gusta que otros vengan a compartir su abyección recubierta de oropeles. Ninguno de ellos es bastante orgulloso para rehusar la adulación, así venga de la mentira y el cieno”.

El Ángel: “Concedido que te portaste bien, conforme a las exigencias de la honra. ¿No has reflexionado en que por eso estás aquí y no en sitio peor? Pero las virtudes sociales no bastan. Los intereses políticos son siempre secundarios. Suele ser condición de una vida con honra, pero la más ilustre vida será estéril si no prepara el tránsito a lo eterno. Los mitos modernos: el Estado, la Democracia, la Libertad, suelen poseer contenidos demoniacos; seguirlos sin discriminación es nada menos que entregarse al mundo: viene en seguida la entrega a la carne y al demonio, ya lo dice la doctrina sagrada”.

Valeria: “Según eso, el modelo a seguir es el Santo. Empieza por deshacerse de todo lo que concierne a las finalidades de la criatura. Sólo ha de buscarse lo Absoluto, como dicen los filósofos...”

El Ángel: “Aquí decimos Dios”.

Valeria: “De acuerdo, ya lo dijo Moisés: El Primer Mandamiento es el Mandamiento supremo: ‘Amar a Dios sobre todas las cosas’. A la criatura sólo le vale la chispa divina que posea. ¡Ay del que pone su pasión en el hombre o sus obras! Héroe, artista, genio, hermosura varonil; todo es vano si no

es camino para el fin posterior y supremo. ¡Pobre Don Juan! Mueve a risa y compasión. ¡Si se hubiera dado cuenta de lo que somos las mujeres!”

Valeria: “El Santo atina porque sólo quiere ser camino para lo otro. Pero ésta ya es, si no me equivoco, una obra de la gracia. A mí me faltó la gracia. Pídele al señor que me la dé, pronto, pídele...”

El Ángel: “Eres tú misma quien ha de pedirla, pero recuerda que no se da a los pedigüeños. A la postre cae sobre cada criatura; tal es la obra de la redención; pero es preciso que te pongas en condiciones de merecerla. Renuncia a todo; pero no como el budista, para alcanzar la nada. Renuncia como el cristiano: para ganarlo todo”.

Valeria: “¿Pero, cuándo, cuándo...?”

El Ángel: “Esa es la única pregunta que aquí no tiene respuesta”.

Reducida, como se hallaba, a la condición de sombra opaca, en un mundo de niebla, siente Valeria, desde su más recóndita entraña, un latir de eclosión, un brote como de luz que tenuemente, como interior aurora, ilumina su figura y a la vez esparce claridad que despeja todos los nublados del Universo. La creación misma se ensancha dispuesta a renovarse en el milagro de una palingenesia inmortal.

Clamó Valeria: “Tiene razón el Ángel, no soy gota de agua que vuelve al mar; me sumergí en ondas de olvido y no he podido ahogarme. Soy brizna de conciencia que no puede escapar a su destino”.

Desde sus primeros diálogos con Simonne y con el Ángel, se dio cuenta de que se hallaba en el Purgatorio. ¿Cuál era la significación moral de su nuevo estado? Pasan los días, transcurren los meses sin cambio alguno exterior aparente. El calendario no cuenta en las mansiones de lo eterno. El ritmo de las estaciones carece de sentido allí donde han concluido la siembra y la cosecha. Más allá de la evolución y de los ciclos.

Había traspuesto los ciclos. Sin prisa ni angustia, se fue dando cuenta de las circunstancias que la circundaban. Una memoria vivificada le trajo el recuerdo de aquellas exploraciones del niño que acaba de salir del vientre materno y va reconociendo seres y objetos, con frescura de amanecer. Con más amplitud, ahora entregaba su alma al mundo nuevo: Universo exento de las ataduras de la gravitación, igual que su ser había roto las tristes exigencias de la fisiología: estúpida mecánica de la vida terrestre; energía que se gasta si no se repone; comer para vivir y vivir para comer. Ahora ni siquiera respiraba, ni le hacía falta: era como si una ostra rebasase de pronto su menguado ambiente marino para saltar a las vastedades de la conciencia del hombre, multiplicada en todas direcciones hasta donde no puede ni concebirlo el molusco. Y más aún, con un aparato existencial que no requiere la carga de constante recuperación de energías. La flama de la escritura que arde sin consumirse.

El nuevo territorio era, sin embargo, difícil de percibir según las medidas y las referencias del cuerpo. Dotada ahora de configuración parecida a la humana pero sólo en los perfiles generales, no necesitaba, por ejemplo, de punto de apoyo y tampoco sentía la necesidad del reposo. Ni siquiera el sue-

ño la doblegaba; el alma no se fatiga. Todo era contemplar con agrandados mirares.

Imaginaba, a veces, que se había vuelto tan sólo un pensamiento, pero no pensamiento de orden lógico que necesita discurrir, sino más bien un disfrute de visión paradisiaco que capta a las imágenes y las enlaza conforme a musicales armonías. No era, sin embargo, pura contemplación lo que experimentaba. El afán de conocer y penetrar la creación por el ángulo nuevo de la armonía interesaba su mente, pero se había ensanchado y depurado su sentimiento. Entendía y amaba a un mismo tiempo. Las estrellas no eran ya nada más puntos de luz uniforme y compacta, sino espectáculo de múltiples capacidades de acción y quizás de vida. La velocidad también se había anulado. Con perfecta naturalidad, trasladaba la atención de la luna al sol y las estrellas. Tímidamente sonreía recordando las hipótesis de la astronomía del hombre: años de luz para recorrer la distancia de Cirio a los observatorios de la Tierra. Ahora, con el solo esfuerzo de un pensamiento que no conoce fatiga, su atención saltaba a voluntad de un extremo a otro de la Vía Láctea, deteniéndose donde le placía o donde era más atrayente el espectáculo. Al mismo tiempo, algo como entraña nueva de su ser liberado integraba el "Canto al Creador" de que nos hablan las profecías del Apocalipsis. Aquello era, sin duda, el cumplimiento de la misión conferida a las almas y a los ángeles, a las potencias y las dominaciones. A medida que su aprendizaje progresase, aquél canto al Eterno reemplazaba todos los afanes propios de existencias inferiores. Por sobre de la pena que torturaba su existir, todavía irredente, comenzaba a disfrutar la merced del consuelo. La promesa comenzaba a cumplirse, como cuando al final de la noche torturada se anuncian los primeros esplendores de la aurora.

Encendida de interno esplendor, reposando en la postura que adivinó el artista que hizo su desnudo en el mundo, asomada al eje de los destinos, Valeria contempló las metas del acontecer. Su anhelo, que tantas veces se equivocó en el mundo, empezó a deletrear un propósito final: ¡aprender el cantar que otorga sitio y participación en los Coros de la acción infinita!

Pensamientos dinámicos como vuelos de águilas que se arrancan a la órbita de un solo existir, para recorrer todas las mansiones del alma y de las cosas.

Ganarle el tiempo a lo que se está haciendo, a fin de conquistar lo consumado: lo que es.

Así quedó Valeria, fuera del tiempo, adiestrándose para penetrar en los estadios de las venturas celestes.

[*La flama: los de arriba en la Revolución: historia y tragedia*, México, Cía. Editorial Continental, 1959, pp. 256-263.]